

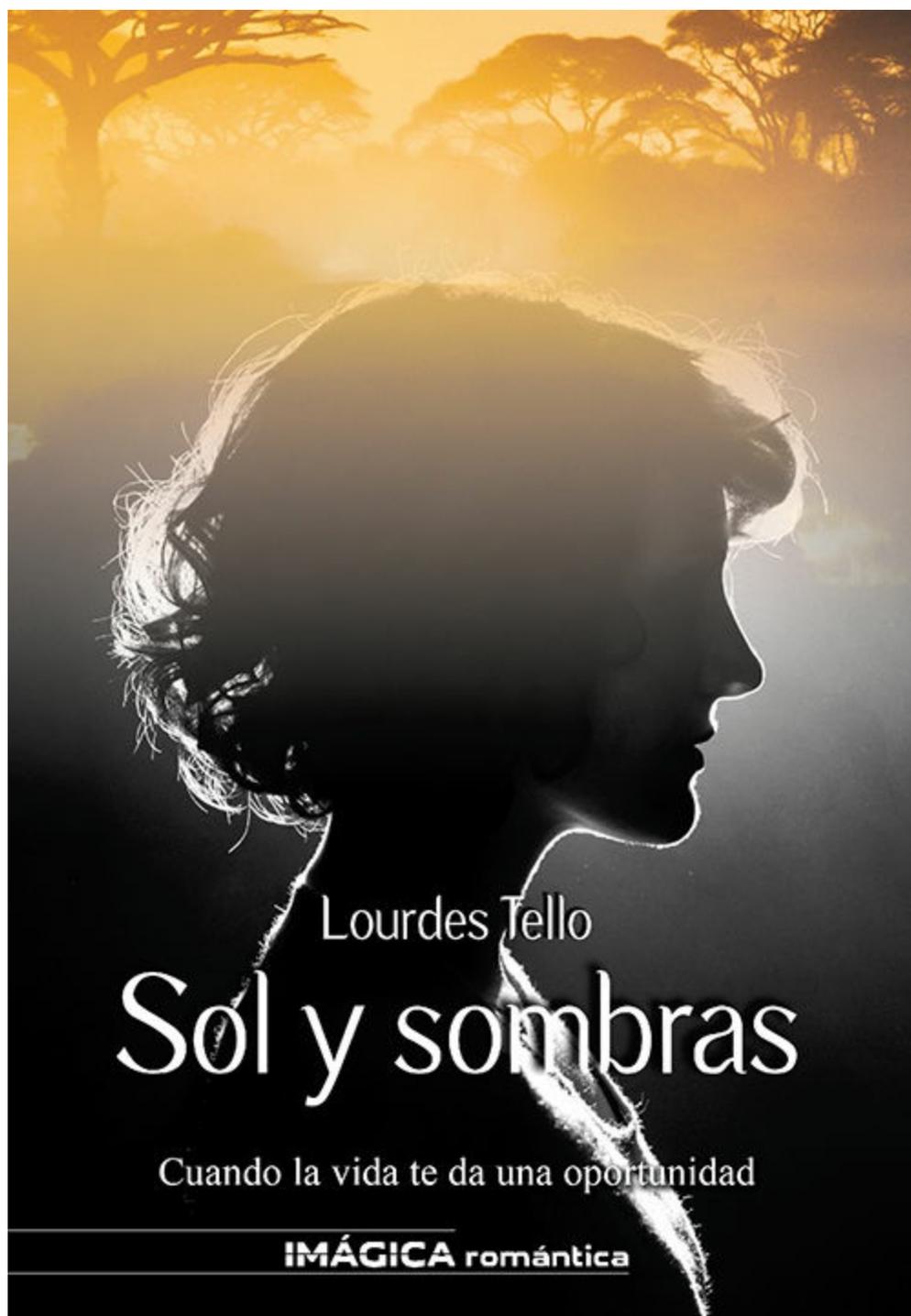


Lourdes Tello

Sol y sombras

Cuando la vida te da una oportunidad

IMÁGICA romántica



Lourdes Tello

Sol y sombras

Cuando la vida te da una oportunidad

IMÁGICA romántica

Sol y sombras

Lourdes Tello

IMÁGICA romántica

Alberto Santos, edición.

Carlos L. García-Aranda, correcciones, diseño de cubiertas, diseño y maquetación.

Imágica Ediciones, S. L.: Alberto Santos & Carlos L. García-Aranda,
Llorenç Carbonell y Emilio Gonzalo.

Manager de Internet: Rocío Cuervo (albertosantoseditor@gmail.com)

Copyright ©2018 Lourdes Tello.

Imágica Romántica. Copyright ©2018 Imágica Ediciones, S. L.

1.ª edición en e-book: enero, 2018.

Imágica Ediciones, S. L.

Tlf: 619 94 00 62.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ISBN: 978-84-95772-88-6

Tienda virtual: <http://www.albertosantoseditor.com>

Email: santoscastilloa@gmail.com

Blog: albertosantoseditor.blogspot.com

Facebook: <http://www.facebook.com/albertosantoseditor>

A mi marido y mis hijos,
porque ellos son la luz que consigue mantener
mi creatividad viva.

1. Un día más

Aún no eran las siete de la mañana. La noche terminaba y daba paso a los primeros rayos de sol, que atravesaban los ventanales de la espaciosa habitación e incidían cruelmente sobre los ojos de Julia. Era consciente así del comienzo de un nuevo y rutinario día. Julia disfrutaba cada noche, tumbada sobre la cama, contemplando el cielo nocturno. La ayudaba a relajarse y a olvidar sus problemas antes de dormir. Pero cada amanecer llegaba siempre acompañando de dos deseos. El primero, haber cambiado la ubicación de la cama cuando había tenido la ocasión, así podría evitar aquellos aborrecibles despertares. El segundo, poder retroceder diez años en su vida y volver a ser esa joven carente de responsabilidades y quehaceres.

Hoy, como le ocurría con frecuencia últimamente, la pereza, el cansancio y la sensación de monotonía se aferraban a su cuerpo. Se dio la vuelta sobre la cama con la intención de volver a dormir, aunque sabía que no sería fácil con esa insoportable luz que la asediaba. Pensó en levantarse un momento y bajar las persianas, pero la desgana pudo más y se rindió ante el sol.

El día anterior había sido más complicado de lo habitual. Las niñas, como consecuencia de su rebeldía natural combinada con el agotamiento extra provocado por el ejercicio en la piscina, habían tenido una tarde difícil. Cuando volvieron todas juntas a casa ya era tarde y las pequeñas estaban cansadas. Aun así, Ángela tenía que hacer sus tareas. Por si fuera poco, Juan también retrasó su llegada a casa. Un proyecto nuevo y la llamada de un cliente descontento lo obligaron a quedarse más tiempo del previsto en la oficina. Al llegar la noche, Julia estaba desvelada y trasnochó más de la cuenta para leer un capítulo más del libro que le había dejado Carmen, una novela de aventuras llena de tensión, descubrimientos y desengaños, que sin duda tendría un final feliz. Tanto a su amiga como a ella les apasionaba leer aquellas historias y dejar volar su imaginación, traspasar las barreras de la realidad para adentrarse en sueños de confabulaciones, aventuras y romances imposibles en lugares inimaginables.

En definitiva, un día duro como tanto otros y una noche demasiado

corta, como todas.

Julia, adormecida, miró a su derecha para ver a Juan, que aún dormía plácidamente a su lado con la expresión tranquila y relajada de un hombre que cree tener todo lo que necesita en su vida y que se siente feliz por ello. Estaba convencida de que su marido era un hombre maravilloso, que la adoraba a ella y a sus dos pequeñas —Ángela y Sara— y al que amaba y respetaba profundamente.

Llevaban diez años casados. Se habían conocido en el trabajo, Juan era un cliente habitual de la empresa en la que ella trabajaba. Él parecía tenerlo todo. Era simpático, agradable y guapo, cualidades que no pasaron desapercibidas ni a Julia ni a ninguna de sus compañeras.

Aún hoy podía verlo entrando en la oficina de su sección, con aquel chubasquero azul marino y el pelo empapado debido a una de las tormentas más grandes que podía recordar. Incluso mojado como estaba lucía una encantadora sonrisa mientras le preguntaba por el encargado de la gestión administrativa y la miraba desde el extremo de su mesa con aquellos brillantes ojos color café. Después de aquel día Juan visitó la empresa con asiduidad. El roce del día a día y la confianza provocaron que no tardaran mucho tiempo en enamorarse el uno del otro. Tras un par de años de maravillosos momentos íntimos en una preciosa y apasionada relación, se decidieron a dar lo que para ellos era el gran paso, y sorprendieron a todos sus conocidos anunciando que iban a casarse.

La boda se celebró en una pequeña ermita a las afueras de la ciudad, en un entorno silvestre que les proporcionó la intimidad que deseaban. Allí acudieron familiares, amigos y compañeros de trabajo para compartir su celebración y ver cómo se daban el ansiado «sí quiero». Incluso algunos de ellos, dado lo relativamente inesperado del evento, se plantearon la boda como un negocio y apostaron a que Julia, en el último momento, saldría corriendo y dejaría plantado al pobre Juan, rodeado de flores silvestres, mucho campo, mucha gente y mucho —aunque no de la persona que más necesitaba— amor. Pero aquello no ocurrió. Ambos estaban enamorados, eran adultos y sabían muy bien lo que querían. No solo tenían planeada su boda, sino que también tenían organizada y estructurada su nueva vida en común. Acordaron que Julia dejase de trabajar para atender su hogar y la familia que esperaban poder formar.

Hoy, tumbada en la cama, Julia pensaba que quizás ese acuerdo había sido un gran error.

En el pasado ella disfrutaba de una brillante carrera, y de un próspero futuro en la empresa en la que trabajaba, dedicada a la optimización y el desarrollo energético. Pero por aquel entonces Juan y ella deseaban tener familia lo más pronto posible y pensaban que lo mejor para sus futuros hijos sería que su madre estuviera con ellos.

Planeaban un hogar colmado de niños, maravillosas criaturas que llenasen sus vidas y todos los rincones de su hogar con sus juegos, con sus gritos, con sus risas. Julia deseaba poder evitar a sus hijos todas las carencias que ella asociaba con su infancia. Por lo tanto fue algo natural que, tal y como habían acordado, tras la boda ella dejara su puesto y todo lo que la unía a la empresa y se centrara junto a su marido en su nuevo gran proyecto.

Los niños no llegaron tan rápido como deseaban. Sin embargo, el comienzo de su nueva vida resultó divertido y ameno. Julia aprovechó para realizar todas las actividades que su trabajo, su sumidero de tiempo particular, no le había dejado hacer. Libre de obligaciones más allá de ella misma y de las que voluntariamente quisiera imponerse, acudió asiduamente al gimnasio y a la peluquería, leyó, pintó, atendió su casa y disfrutó de su marido. Pero aquello no duró, y a medida que pasó el tiempo se quedó más sola y rezagada. Sus amigas y compañeras de trabajo seguían un ritmo de vida desenfadado que no se amoldaba al suyo. Ellas no tenían tiempo que perder después de la jornada laboral y a Julia le sobraba todo el tiempo del mundo. Durante ese periodo hizo alguna conocida en el gimnasio, pero ninguna amistad sólida. Comenzar de cero, entablar conversaciones con personas que apenas conocía, le resultaba difícil y en ocasiones frustrante, como cuando se topaba con alguien que no mostraban ningún interés por su persona.

Después de tres años al fin llegaron las niñas, y fue en ese preciso momento cuando Julia perdió definitivamente su identidad y comenzó poco a poco, lentamente, minuto a minuto, a convertirse en mamá.

Primero llegó Ángela, una preciosa muñeca de nariz respingona y ojos aceituna como los de su abuela. Una picaruela que se ganaba a todo el mundo con su alegría y sus preguntas desconcertantes e inocentes. Dos años después apareció Sara, una pequeña de rizos rubios y alegre sonrisa que los traía a todos de cabeza. Las niñas se encargaban de iluminar sus días y la llenaban de felicidad, pero también iban mermando su espacio, su juventud y su vida.

Juan continuaba trabajando en la misma empresa. Él era un hombre comprometido con todo lo que emprendía y alardeaba de que su vida laboral era tan estable como su vida personal. El único cambio que había sufrido en su trayectoria profesional era el traslado a un nuevo despacho cuando lo ascendieron de categoría. Ascenso que Juan había aceptado encantado, pero que para Julia supuso más tiempo sin verlo e incrementó su sentimiento de soledad e incompreensión, ya que el nuevo puesto demandaba más tiempo en la oficina y más dedicación.

Julia aprendió a lidiar con su nueva vida. Los primeros años fueron los más duros, corriendo siempre de aquí para allá con las pequeñas, en la compra, en el parque, en el médico, aprendiendo todo a base de prueba, ensayo y error, siempre intentando no cometer demasiados fallos, sin tener a nadie con quien hablar de sus problemas y de sus dudas, procurando no quejarse demasiado cuando Juan llegaba cansado de la oficina o se mostraba frustrado por una negociación fallida, para que no se sintiera culpable por sus prolongadas ausencias.

Ahora, con las dos niñas en el colegio, Julia compartía su vida y sus experiencias con sus nuevas amigas, otras mamás que, como ella, sufrían día a día vivencias similares y entendían sus sentimientos sin cuestionarlos. Aunque ellas habían conseguido mantenerse más activas e independientes que Julia, que se había quedado estancada entre papillas y juguetes.

Se dio la vuelta en la cama, fingiendo estar dormida, mientras sentía caliente el espacio dejado por Juan. Él debía de tener prisa por llegar a la oficina, porque no la había abrazado ni le había dado los buenos días, como solía hacer cada mañana. Ahora le escuchaba trastear en la cocina para prepararse el desayuno, pero no le apetecía levantarse; quería robarle algún minuto más al día. Ella sabía que, en cualquier caso, él llamaría a lo largo de la mañana —siempre lo hacía— para preguntar cómo les había ido al entrar al colegio y para recordarle lo mucho que la quería.

Julia dudó si debía levantarse e intentar asearse un poco antes de que los niños se despertasen; luego le resultaría difícil conseguir un minuto para ella. Lo intentó, pero al final desistió: no tenía nada importante que hacer, no iba a ver a nadie especial, no tenía un motivo justificado para arreglarse. En ese momento se preguntó qué estaría haciendo Raquel, aunque sabía la respuesta: prepararse para ir a trabajar. Era una de sus nuevas amigas y se dedicaba a la compraventa de valores. Julia no entendía por qué Raquel disfrutaba con su compañía. Al fin y al cabo, ella nunca tenía nada nuevo

que contarle ni sabía cómo romper el hielo e iniciar la conversación. Aun así, Raquel la llamaba cada día para hablar de cualquier banalidad o cotilleo ocasional.

Un insistente rayo de sol incidió sobre sus ojos. «¡Ay! ¿Por qué tiene que molestar tanto este sol de mayo?», se preguntó, molesta con la mañana. «Quizá debería bajar las persianas, pero entonces tendría que levantarme, y no quiero hacerlo», pensó, y decidió que aquel día no parecía empezar con buen pie.

—Mamá, mamá, quiero agua —dijo Sara.

A estas alturas ya daba igual lo que Julia quisiera o no. Se levantó sin remolonear y acudió al cuarto de su hija.

—Hola, cielo, buenos días —dijo mientras cogía a Sara en brazos y se la llevaba a la trona—. ¿Quiere mi niña bonita un poquito de leche?

—¡No! Quiero galletas —respondió la niña, y Julia intuyó que pronto estaría irritada con la situación.

—Ya, cariño, pero para desayunar hay que tomar leche. ¿Prefieres yogur?

—¡No! ¡Galletas!

Julia, presintiendo que en breve su piel comenzaría a hormiguear, se dio la vuelta. No quería que la niña viese la frustración que sentía cada vez que la ponía entre la espada y la pared. Respiró profundamente mientras contaba «uno, dos, tres...», al mismo tiempo que llevaba el yogur a la mesa e intentaba disimular su creciente mal humor. Encendió la televisión para ver si la niña se lo comía sin darse cuenta. No había dejado de contar: «doce, trece, catorce...».

—Hola, mami —saludó Ángela, que aún tenía los ojos hinchados por el sueño.

—¿Cómo dormiste, tesoro?

—Bien, mami —contestó Ángela, y se dirigió a la mesa para sentarse junto a la trona de su hermana.

Como cada mañana, cambió el canal de la televisión para buscar su programa favorito. Era un acto con el que pretendía demostrar a su madre que se hacía mayor cada día que pasaba.

—Mamá, hoy quiero cereales, ¿vale?

Julia sonrió a su hija en señal de aprobación. Mientras tanto Sara miraba a ambas. Quería atraer de nuevo la atención de su madre, detalle que no le pasó inadvertido a Julia. Aprovechó la situación y simuló ignorarla mientras

terminaba de preparar los desayunos. Hoy tampoco la daría tiempo a sentarse con sus hijas a la mesa, ya se había hecho muy tarde y no quedaba tiempo para disfrutar del desayuno con ellas. Así que se bebió de un largo trago el primer café de la mañana y le pidió a Ángela que vigilara a su hermana mientras ella se vestía. A Ángela le encantaba sentirse mayor y que su madre le diera ciertas responsabilidades que implicaran a Sara. Así lograba afianzar su autoestima y al mismo tiempo lograr que Sara se enfadara y repitiera su frase preferida:

—Tú no mandas, ¡boba!

Ángela ya tenía casi siete años. Era alta para su edad y con su metro veinticinco parecía una espiguilla. En su cara redondeada destacaba su nariz respingona, salteada de pequeñas y graciosas pecas. Le faltaban algunos dientes, lo que hacía que pareciera más bichillo de lo que en realidad era. Tenía la piel muy blanca, y cuando se avergonzaba, se ruborizaba rápidamente. Era una niña alegre y responsable, de carácter abierto y confiado, que ya se consideraba mayor. Hoy se había despertado contenta. El lunes era su día preferido: tenía clases de danza, y eso la hacía feliz. Su mayor deseo era entrar en el conservatorio y dar clases de *ballet* para, algún día, convertirse en una bailarina famosa y viajar por todo el mundo con un baúl lleno de tutús de diferentes colores y zapatillas con puntera.

Cuando Ángela vio salir a su madre de la cocina, miró a Sara con una mezcla de envidia, incompreensión y cariño. Ángela quería a su hermana pequeña, pero no entendía por qué todo el mundo le hacía más caso a ella. Al fin y al cabo, lo único que hacía bien su hermana era enfadar a todos. Por el contrario, ella intentaba ser educada y obediente, y lo más que conseguía era algún beso perdido, un abrazo ocasional de su padres y un «bien hecho» del resto.

—Sara, ¿por qué no obedeces? Cómete el yogur, mamá se va a enfadar cuando venga si no lo has terminado —dijo Ángela.

Julia oía a las niñas hablar en la cocina. Mientras tanto, miraba su ropero y pensaba en qué debía ponerse. Sería algo rápido, ya no tenía demasiado tiempo para pensar en arreglarse. Las niñas entraban a las 9.25 al colegio y ya eran las 8.40. El chándal azul y las deportivas servirían, porque aún tenía que vestir a las chicas. Al menos a Sara, que como todos los días lucharía con las coletas, los calcetines y los zapatos. Ángela normalmente se vestía sola, salvo los días que estaba más tontona y necesitaba ayuda con los calcetines o los botones. Al menos este año ya iban al mismo colegio. El año

pasado había resultado caótico: tenían que salir una hora antes de casa para ir corriendo a la guardería, dejar allí a Sara y después apresurarse para no llegar tarde al colegio con Ángela.

Aunque no tardaron en estar las tres preparadas para salir de casa, Julia sabía que lo más probable era que llegaran al colegio cuando estuvieran cerrando la puerta del patio.

Hacía fresco y Julia intentaba que las niñas anduvieran sin entretenerse.

—Sara, anda un poquito más deprisa que no llegamos, cariño —le decía a su hija, que parecía ignorarla—. Bueno, Carlos cerrará la cancela y tendréis que entrar solas. Si eso es lo que quieres, por mí de acuerdo.

Sara miraba a las musarañas y se entretenía sacando de quicio a su madre. Julia no se consideraba una mala madre, pero le exasperaba la desobediencia, y Sara era toda una experta en esa faceta. Se acercó a su preciosa hija de coletas rubias y bajó la voz para que nadie la escuchara.

—Sara, o caminas ¡ya! o esta tarde no habrá parque —la reprendió, pero la niña continuó a su ritmo, sin prestar atención a su madre.

Perdida la paciencia, Julia cogió a Sara de la mano —aunque habría preferido incluso llevarla en volandas— y la llevo así hasta el colegio sin soltarla, mientras la pequeña se revolvía y protestaba sin parar. En ocasiones Julia sentía como si Sara se marcara la meta de sacarla de quicio. Cuanto más alto fuese el grado de su enfado, más feliz se sentía la niña.

Los amigos o conocidos que se animaban a dar su opinión coincidían: todos estaban convencidos de que Sara buscaba llamar su atención y sobresalir de alguna forma debido a los celos que tenía de su hermana. Todos le sugerían algo tan aparentemente sencillo como la paciencia. Era evidente que no entendían lo problemática, difícil y exasperante que podía ser la situación de convivir con una niña tan irritante como lo era su pequeño tesoro.

Al llegar a la puerta, el conserje las miró con cara de pocos amigos. Julia intuyó por su ademán lo que debía de estar pensando —otra vez tarde—, y tenía toda la razón, porque con su hija nunca conseguiría llegar a tiempo. Aun así, no le gustó su gesto. Eran sus pequeñas y Julia las adoraba. Le ignoró y se arrodilló frente a la puerta de entrada para despedirse de las niñas.

Julia esperó para ver cómo Sara atravesaba las puertas blancas de la mano de Ángela. Después se despidió con un gesto del conserje, que hizo lo propio.

Ya sin las niñas, se acercó a su grupo de amigas intentando disimular lo que estaba pensando: «¿Por qué no me molesté en arreglarme un poco más antes de salir de casa?». Las chicas tampoco se habían esforzado demasiado, pero al menos no tenían pinta de acabar de levantarse de la cama o de ser amas de casa en plena crisis emocional.

Su vida había dado un giro el día que había conocido y había entablado relación con aquel variopinto grupo de mujeres. Todas ellas tenían vidas diferentes, pero, aun así, compartían las mismas dudas e inquietudes por sus hijos. Las vivencias y las experiencias de unas ayudaban a las otras a superar el día a día. Además, a Julia cada una de ellas le aportaba algo nuevo, algo que la hacía sentirse querida y apreciada otra vez por alguien más que no fuese Juan. Pero no todo era bueno: conocerlas había avivado en ella el anhelo de la independencia de la que disfrutaban sus amigas. Era habitual que ellas bromeaban asegurando envidiar su suerte por no trabajar, no tener que llegar a objetivos, no dar cuentas a ningún jefe o cliente ni tener que cumplir un horario poco compatible con los niños. Julia procuraba no molestarse por sus comentarios y siempre contestaba lo mismo: «no es oro todo lo que reluce». Era cierto, no tenía ni horarios, ni jefes, ni tenía que rendir cuentas a nadie, pero en casa tanto Juan como las niñas dependían de ella, y Julia se sentía agotada. No se sentía ni mujer ni persona. Su único reconocimiento hacia sí misma era el de madre. Sin lugar a dudas, su sol eran sus niñas y su marido, pero sus días estaban llenos de sombras. Julia estaba aburrida de la tediosa monotonía que representaban sus días.

—Hola, chicas, ¿cómo lo lleváis? —dijo Julia al llegar a la altura de sus amigas.

—Bien, te estábamos esperando, ya empezábamos a pensar que no venías. ¿Qué hacemos, vamos a El Barril, como siempre? —preguntó Carmen.

Carmen era una atractiva mujer de cuarenta y dos años, morena, de ojos oscuros y nariz recta y proporcionada, cuyos gestos y actitud la hacían lucir siempre segura de sí misma. Tenía dos hijos: Fran, de ocho años, y Olivia, de seis. La niña era el vivo retrato de su madre —morena, de ojos violetas, nariz recta y labios finos— y era la mejor amiga de Ángela.

—Sí, ¿para qué cambiar? —contestó Julia, alegre por estar con sus amigas y tener tiempo para ella.

Carmen se había separado de Jordi hacía un par de años. Un día, él se marchó sin más. Al principio fue difícil para ella y para los niños. Sobre

todo para Fran, que adoraba a su padre. Pasaron tiempos difíciles, pero las cosas mejoraron bastante cuando ella encontró un puesto de trabajo más estable y mejor remunerado. Ahora era enfermera de planta en un hospital del centro y trabajaba noches alternas, lo que le dejaba tiempo para organizar su vida y la de sus hijos.

—Pues venga, vamos. Se nos pasará el tiempo aquí hablando —dijo Elsa, tan alegre como cada mañana.

Elsa era una rubia de grandes ojos azules y de nariz pequeña. No era demasiado alta, pero sí delgada, lo que la daba un aspecto dulce y angelical. Era de las personas que conocía a todo el mundo y que siempre saludaba con una sonrisa. Desde hacía años trabajaba media jornada como dependiente en una óptica en un centro comercial. Nunca había pedido aumento de horas porque no necesitaba ganar más dinero para vivir, y con el tiempo que trabajaba era suficiente para evadirse de sus preocupaciones. Además, trabajar pocas horas le permitía atender su casa y su vida familiar. Tenía dos años menos que Julia —treinta y ocho, para ser exactos— y también dos hijos: Sergio, de seis, y César, de dos. Estaba casada con Javier, un chico de aspecto intelectual con el que llevaba toda la vida.

—¿Alguien viene en el coche? —preguntó Olga mientras miraba por encima de sus gafas de sol graduadas, gesto muy habitual en ella.

Olga también trabajaba, pero lo hacía desde casa con un horario muy flexible, en fidelización para una empresa de seguros. Era bajita y rellenita, su pelo era oscuro y rizado y su piel aceitunada. Era la mujer sin complejos; como decía Carmen: la asertividad hecha carne. A Julia le encantaba su manera despreocupada de ver la vida, algo que su hija Ana —también de cinco años— había heredado de ella. Paco, su marido, era un hombre alegre y predispuesto. Su incipiente calvicie y las gafas graduadas no ayudaban en demasía a su tosco físico, pero enmarcaban a un hombre entrañable. Trabajaba como administrativo de recursos humanos en una empresa textil. Él y Olga formaban una pareja única y muy unida.

—Venga, yo te acompaño —dijo Gema.

Gema era la quinta componente del grupo. Por las tardes daba clases de logopedia en su consultorio a niños con problemas de aprendizaje del lenguaje. Su aspecto a menudo engañaba: la hacía parecer una mujer débil y maleable, cuando en realidad era una luchadora. Sus vivaces ojos marrones lo controlaban todo, y su carácter enérgico era capaz de revolucionar una sala en cuestión de minutos. Víctor, su marido, se quejaba siempre de que

apenas se veían. Él tenía horario de oficina, y Gema sabía que su consulta abría a las cuatro, pero no cuándo cerraba. Ellos también tenían dos hijos: Santiago, de cinco, y Salvador, de tres. Gema había sido una de las que más había ayudado a Julia a comprender que su vida no era peor que la de las demás, solo diferente. La crianza de los niños era difícil para todas.

De camino a la cafetería Elsa le preguntó a Carmen y a Julia si les importaba esperarla mientras ella entraba un momento a la frutería, a lo que Carmen contestó que no había problema. Ya no hacía tanto frío. Había entrado el mes de marzo y los días iban siendo también más largos, así que la esperarían mientras ella aprovechaba para fumar un cigarro.

Julia, que se jactaba de conocer a Carmen, se percató de que su amiga parecía mucho más pensativa de lo habitual, incluso algo incómoda. La mano con la que se llevaba el cigarrillo a la boca se veía tensa y fumaba de manera compulsiva.

—Carmen, ¿te pasa algo? Porque te veo abstraída y algo nerviosa —dijo Julia.

—¿Tanto se me nota? Es cierto, tengo que contarte algo, pero necesito hacerlo en privado. ¿Crees que podríamos comer mañana?

—Creo que sí, pero ¿de qué se trata? Me vas a dejar con la intriga.

—No sé ni por dónde empezar —dijo Carmen—. He conocido a alguien y me gustaría escuchar tu opinión.

Julia la miró, perpleja. Aquello era algo que no se esperaba de Carmen, realmente de ninguna de sus amigas. Solía pensar que, al igual que ella, andarían siempre cansadas, sin tiempo ni oportunidad de plantearse tener una aventura. Pero claro, Julia tenía a Juan, y aunque las cosas no fuesen de color de rosa, al menos tenía el apoyo de su marido. Aun así, le resultaba sorprendente aquella conducta de Carmen, que siempre se mostraba muy correcta en todo lo que hacía.

—Claro, Carmen, cuenta con ello —dijo Julia—, aunque no sé qué te puedo decir yo que te sirva para algo.

En ese momento Elsa terminó de pagar su compra y salió en su busca. Julia, buscando complacer la demanda de Carmen, procuró cambiar de tema mientras intentaba que Elsa no se ofendiera. Elsa hizo como que no se había enterado de nada y se dirigieron a la cafetería, donde las aguardaban Olga y Gema desde hacía rato.

—Mirad, ahí están —dijo Gema al ver a sus amigas sentadas en el bar.

—¿Cómo habéis tardado tanto? —preguntó Olga, algo molesta por la

espera—. Seguro que ha sido otra vez Elsa.

—¡Premio para ti! —contestó Julia.

Había cierto tono de burla en sus palabras, pero era una burla aceptada por todas. Mientras se sentaban no les hizo falta pedir nada, porque Ángel, el camarero, ya sabía sobradamente lo que tomaba cada una de ellas, y si había alguna variación, cosa poco habitual, se lo decían antes de sentarse.

Olga y Gema debatían acerca de las clases extraescolares de los niños, uno de los temas que más aburrían y agobiaban a Julia. Sin pretenderlo, se evadió de la tertulia y divagó sobre la presunta aventura amorosa de Carmen. Aquella insólita novedad le quitaba cualquier tipo de interés a la discusión sobre los problemas lectivos de los niños en el colegio. No es que a Julia le hastiase hablar de ello —al contrario, le resultaba positivo y enriquecedor—, simplemente no creía que fuese positiva la idea de presionar a los niños con más tareas de las necesarias. Carmen, sentada en su silla con las piernas cruzadas, daba vueltas con la cucharilla a su casi extinto café. Daba la impresión de estar tan abstraída como Julia.

Finalmente, Elsa, que también había permanecido callada hasta el momento, cambió el curso de la conversación por otro más banal.

—Necesito pasar por el centro comercial. He pensado ir el martes, os lo digo por si alguna se anima a venir y desayunamos allí.

—Yo me apunto. Necesito ropa para las niñas y camisetas para mí —dijo Julia, aliviada por el cambio de tema.

—Yo también voy —dijo Carmen—. Fran lleva los pantalones llenos de remiendos, no le duran nada. Gasto más en rodilleras que en pantalones.

—¿Sabéis algo de Raquel? Desde que volvió al trabajo no he hablado con ella —preguntó Olga.

—Anda bastante liada, aunque va sacando el trabajo que dejó pendiente. Ayer me contó que estaba cerrando el proyecto de Lisboa. Sale hoy por la noche de viaje, Andrés se quedará con el niño —contestó Julia, que anhelaba en silencio cambiar su vida como lo había hecho Raquel.

—Hay que reconocer que Raquel se ha adaptado muy bien, desde que cambió de trabajo no para —dijo Elsa—. Me tengo que ir, os dejo aquí el dinero. Me traen un pedido y, si sigo así, no llegaré a tiempo. Hasta mañana, cuidaos.

—¡Es tardísimo! Yo también me voy —dijo Julia, y dejó dos euros sobre la mesa—. Tengo que ir a comprar y preparar la comida, Juan viene a comer y no le voy a dar un bocadillo. Por cierto, mañana no me esperéis. No puedo

venir a desayunar, tengo unas cosas que atender en casa.

Julia sabía que sus amigas no preguntarían más, pero no quería que la esperasen en la calle cuando ella sabía que no iría.

—Espera, Julia, voy contigo —dijo Carmen mientras recogía sus cosas apresuradamente—. Voy en la misma dirección y así aprovecho y compro algo.

—Vale, nos vemos —dijo Gema.

Olga solo levantó la mano en señal de despedida.

Julia salió de El Barril con Carmen, y juntas caminaron calle abajo, hacia el supermercado, con la intención de hacer la compra de la semana. Era temprano y el barrio estaba lleno de movimiento: mujeres y hombres de aquí para allá, subiendo y bajando de coches o autobuses, entrando y saliendo de los locales comerciales, del banco, etc. Carmen caminaba en silencio al lado de su amiga. Simulaba mirar los escaparates mientras mantenía para ella su nuevo mundo en secreto. Veía a la gente pasar por su lado sin prestarles verdadera atención. Estaba deseando poder hablar con Julia de lo ocurrido, pero no sabía cómo comenzar a explicárselo ni si ella lo aceptaría. Siempre había visto a su amiga como una mujer equilibrada, conservadora y sobria, amante de las costumbres y del hogar estructurado. Ya había sido complicado hablarle en el pasado de los motivos que la condujeron a su separación matrimonial, por lo que revelarles la existencia de Emmanuel, el hombre que había llenado de luz y emoción su monótona vida, le parecía una tarea casi imposible. Deseaba poder compartir con alguien su secreto y sabía que si había una persona en la que podía confiar, esa era Julia. Desde que se conocieron siempre había podido contar con ella cuando necesitaba un empuje en su vida, y siempre había recibido buenos consejos de su amiga. Esta vez no sería distinto, seguro. Julia le daría su opinión imparcial, la compartiese o no. Aun así, ese no era un buen momento. Julia tenía prisa por llegar a casa y ella no podía contarle todo lo sucedido mientras su amiga buceaba en el mar ofertas de los lácteos. Además, tampoco quería abreviar las explicaciones de los acontecimientos que la habían llevado a la situación actual.

Por su parte, Julia no quería presionar a Carmen atosigándola con preguntas indiscretas, aunque sentía una gran curiosidad por conocer al detalle lo que estaba sucediendo en la vida de su amiga. Intuía que era algo emocionante y al mismo tiempo íntimo y delicado. Cuando Carmen estuviera preparada lo compartiría.

Cansada de disimular, Julia decidió romper el silencio con la primera nimiedad que le pasó por la cabeza:

—Esto es horrible, Carmen. Te juro que si un día me toca la lotería dejaré de ocuparme de la compra y de la cocina. Es un infierno pensar en qué comer, en qué cenar, en si hay galletas o no las hay. En casa todos creen que la comida crece en los armarios, o en la nevera, y nadie me agradece el esfuerzo que supone que no falte de nada.

—Yo tolero comprar cocinar, pero dejaría de limpiar y de planchar sin dudarlo —dijo Carmen con gesto de asco—. En casa la ropa se acumula en pilas enormes que no terminan nunca, se reproducen en el cesto, y cuanto más plancho, más ropa sale. ¡Odio hacer la colada!

—Venga, terminemos rápido con esto, viene Juan a comer y no he dejado preparado nada —le apremió Julia.

Después de recorrer el supermercado, Carmen y Julia se despidieron.

—Entonces, ¿comemos mañana? —preguntó Carmen, que temía que Julia hubiese olvidado sus planes.

—Sí, sí, cuenta conmigo, no te preocupes. ¿Adónde iremos? Porque seguro que Juan me lo pregunta, para estas cosas es muy cotilla.

—Pues si te apetece vamos al italiano nuevo que han abierto debajo de casa. Tiene buena pinta y está cerca del cole, así no llegaremos tarde a recoger a los niños.

—Por mi perfecto. ¿Te parece bien a las dos y media? Quieres que vayamos solas, ¿verdad?

—Sí, a esa hora está muy bien —dijo Carmen—. Y sí, por favor, no lo comentes. Como te dije, necesito tu opinión. No tengo nada en contra de las chicas, pero este asunto es muy delicado y aún no estoy preparada para hacerlo público. Necesito estar segura de adónde me lleva todo esto antes de que lo sepa más gente. No quiero que nadie me juzgue sin estar preparada para ello.

—Bueno, pues nos vemos mañana. Y tranquila, no se lo diré a nadie. Vete a dormir, que se nota que esta noche trabajaste.

Carmen no contestó. Sonrió y tomó un camino diferente al de su amiga. Intentó hacer lo que Julia le había aconsejado: tranquilizarse. Mientras caminaba con parsimonia hacia su calle, pensó en su arrogante exmarido y en su compresivo nuevo amigo. Intentaba no compararlos, pero era imposible no apreciar las diferencias. Su vida se había llenado de alegría repentinamente gracias a Emmanuel, y Jordi, como un sabueso que acosa a su presa, parecía haberlo olfateado. Ahora, después de dos años, llamaba a su puerta pidiendo explicaciones y malmetiendo a sus hijos con total impunidad. ¿Quién le daba derecho a inmiscuirse en su vida? ¿Y qué podía hacer ella si él seguía metiendo ideas erróneas en la cabeza de su hijo Fran?

Carmen continuó caminando por el barrio, cabizbaja, sin apenas percatarse del momento en el que abrió la puerta de entrada del apartamento. La habitación se sentía sola y fría, igual que su corazón desde que Jordi se había marchado. Aún no era demasiado tarde y todavía disponía de casi cuatro horas de sueño reparador si las pesadillas que últimamente la perseguían se lo permitían.

Después de dejar el bolso sobre la cama y los zapatos en el suelo, fue a la cocina a prepararse una tila y comer algún dulce. No quería tomar pastillas por la mañana porque la daba miedo quedarse dormida y no llegar a tiempo para recoger a los niños del colegio. Además, prefería descansar por la noche de un tirón. Ese hábito la ayudaba a no perder la noción del tiempo y de las horas tras la vigilia del trabajo.

Julia caminaba deprisa, medio corriendo, hacia su casa, pensando en que ya era la una de la tarde y solo había hecho la compra. Aún tenía que recoger un poco la casa y poner un par de lavadoras del fin de semana, sin olvidar que debía preparar algo de pasta y asar la carne para comer antes de que llegase Juan. Estaba segura de que él no se quejaría, pero sabía que su marido venía normalmente hambriento del trabajo. A Juan no le gustaba comer cualquier cosa en el despacho, menos aún bajar a la cafetería de la empresa. Decía que estaba llena de cotillas, de esos que no tenían nada mejor que hacer que chismorrear sobre lo que cobraban unos y otros, sobre

quién tenía más días, etc.

Cuando Julia llegó al portal saludó con un gesto rápido de cabeza al portero para que este no la entretuviese. Si le dejaba, la tendría otra media hora en el portal, y hoy Julia no disponía de ese tiempo. Ya en casa, se desprendió de las deportivas, las dejó tiradas en la entrada y arrojó el abrigo sobre el sillón. No tenía tiempo que perder; más tarde lo recogería todo, porque ahora era tiempo de lavarse las manos y comenzar con la comida. Tenía apenas una hora y media para prepararla y tener la casa medianamente organizada.

Cuando entró en la cocina lo primero que hizo fue sintonizar su emisora favorita. Tarareando una de sus canciones preferidas, se acercó al horno y metió dentro la carne que tenía condimentada desde por la mañana en una fuente. El rollo de ternera sería sin duda lo que más tardaría en hacerse. Después de poner la pasta a hervir en la cocina y comprobar que estaba bien sazonada, subió el volumen de la radio y fue al pasillo con el trapo del polvo en un bolsillo y la bayeta del baño en la mano. Era la hora de empezar la limpieza de la casa.

A las dos y media, puntual como siempre, llegó Juan. Le gustaba ir a comer con su mujer cuando el trabajo se lo permitía. Primero, porque disfrutaba del tiempo que pasaba con ella: daba igual cuantos años hubieran pasado desde que se habían conocido, Juan seguía tan enamorado de Julia como el primer día. Segundo, porque en casa era donde mejor se comía.

Juan había logrado mantener un aspecto juvenil. Se cuidaba a conciencia, hacía deporte, comía sano, o lo intentaba, y no fumaba ni bebía. Los años no pasaban por él. Era alto, fuerte y moreno, con unos bonitos ojos oscuros. Aunque por más que luchara contra el paso del tiempo, unas diminutas arrugas empezaban a aparecer en el contorno de sus ojos, dándole cierto toque de madurez.

—Julia, cariño, ya estoy en casa —se oyó decir desde la puerta.

—Hola, Juan —contestó ella, y le dio un beso de bienvenida—. No me preguntes lo que he hecho hoy porque la respuesta es nada. Estuve con las chicas y me entretuve muchísimo, entre eso y la compra llegué a casa a la una.

—Me alegro de que lo pasaras bien, pero, por favor, dime que tenemos algo para comer, me muero de hambre.

—Claro, claro, te alegras de que lo haya pasado bien siempre y cuando tenga la comida preparada —protestó ella, fingiendo molestia.

—Mmm..., pues ahora que lo dices, sí —dijo él mientras se acercaba a ella para darle un beso.

—Hoy has tenido un buen día, ¿verdad? Porque vienes de muy buen humor.

—Sí, no fue para nada uno de los peores, principalmente porque Fernando ha salido de viaje a Galicia para la nueva estación de gasolina y no está para incordiarnos a todos con lo retrasados que vamos con el proyecto.

—Se nota, cariño, se nota. Venga, siéntate, que ya está la mesa.

—¿Te ayudo en algo? —preguntó Juan.

—¡Déjate de cuentos y siéntate! —respondió Julia, que ya sabía que su marido solo lo decía por preguntar.

Se sentaron cada uno en su sitio de la mesa, uno enfrente del otro, para comer mientras veían las noticias. Juan tenía que regresar pronto a la oficina, ya que el programa para la nueva estación de gasolina les estaba complicando la existencia, y Julia no quería perder demasiado tiempo porque se quería dormir la siesta cuando su marido se fuera. Los lunes siempre se le hacían cuesta arriba y terminaba cansada.

—Julia, cielo, se me olvidaba. ¿Te parece bien que pida el puente de San Isidro y nos vamos con las niñas a casa de mi madre? —preguntó Juan simulando desinterés por su respuesta.

—Bueno, bien... A las niñas les gustará —dijo Julia.

Era evidente que a ella no le hacía demasiada ilusión ir con su suegra a pasar la tarde, mucho menos a pasar el fin de semana. La mujer era especialista en criticar de manera muy sutil todo lo que ella hacía. Pero reconocía que a las niñas les gustaba estar en la playa con sus abuelos y, al fin y al cabo, todo el mundo de su suegra giraba en torno a ellas.

Juan, contento de haber conseguido una respuesta afirmativa de su mujer, terminó su café. Prefería no ahondar en la conversación, porque conocía la aversión que Julia sentía hacia su madre. Si se arriesgaba a insinuar algo más respecto al fin de semana se arriesgaba a que Julia cambiase de opinión.

Pasar un fin de semana entero con Ascensión no era lo que Julia llamaba un paquete de diversión y descanso. Prefería quedarse sin puente y pasar los días en su casa antes que ir a la playa con semejante mujer. Julia estaba convencida de que el pobre Víctor, su suegro, se había ganado el cielo después de aguantar a su esposa durante los cuarenta y cinco años que llevaban casados. A diferencia de su mujer, el padre de Juan era un hombre

complaciente y callado, siempre dispuesto a ayudar a quien se lo pidiese. Cualidad que su esposa menospreciaba constantemente, repitiendo a cualquiera que la escuchase, e incluso a su marido, que los vecinos le creían tonto.

Julia sabía que en casa nadie compartía su opinión sobre Ascensión, por lo que no solo no debía, sino que tampoco podía negarse a ir a la playa con ella. Decidida a no dedicar más tiempo del necesario a compadecerse ante la idea del puente que le esperaba, se encaminó hacia su dormitorio con la intención de acostarse en la cama para dormir una siesta. Estaba cansada, psicológicamente agotada y físicamente derrotada. Sentía un enorme dolor de cabeza, era como si alguien presionase con ambas manos sus sienes. Una pequeña cabezada le sentaría bien tanto a su cuerpo como a su espíritu.

Eran más de las cuatro y media. Carmen iba medio caminando medio corriendo en dirección al colegio. Había utilizado hasta el último minuto del que disponía para recuperar el sueño perdido en el trabajo y poner algo de orden en su casa. Había preparado las meriendas a trompicones y estaba segura de que escucharía algún reproche de alguno de sus hijos. A medio camino se encontró con Julia, que llevaba el mismo ritmo que ella. Nada más mirarla, Carmen comprendió quién había sido el responsable del retraso de su amiga, que lucía las marcas inequívocas de un placentero sueño.

—Está claro que dormiste una buena siesta, porque aún tienes las marcas de la sabana.

—Sí, esta noche no dormí demasiado bien.

—¿Vas a ir al parque? —quiso saber Carmen.

—No, voy directa a casa, las chicas se tienen que bañar y Ángela tiene que leer. Si no me doy prisa no le dará tiempo y, teniendo en cuenta lo que Sara tarda cuando camina, no me puedo entretener.

—Yo tampoco voy, tengo que llevar a Fran al dentista y aprovecharé también para que vean a Olivia.

No les dio tiempo a charlar más de dos minutos antes de que las puertas del colegio se abrieran. Julia y Carmen se miraron antes de cruzar la cancela blanca y comenzar a subir las escaleras que las conducían —por distintos caminos— a un mismo destino. Como la mayoría de las madres que esperaban el fin de la jornada lectiva de sus hijos, podían sentir como se

consumían sus fuerzas tras la lucha continua y cotidiana con los niños. Las amigas se despidieron en el piso superior.

Carmen no había hecho ningún comentario acerca de lo que quería hablar al día siguiente, aunque había tenido la oportunidad, y Julia sentía una curiosidad enorme, pero se contuvo para no atosigarla. Inspiró antes de encaminarse hacia la clase de Sara, mientras veía a Carmen dirigirse a la de Fran.

Al llegar al aula, Sara se acercó a su madre, muy contenta, para enseñarle un precioso dibujo hecho con huellas multicolor. Al verlo, a Julia la pareció la pintura más bonita del mundo, pero instintivamente miró el bati, que, como era de esperar, estaba tan lleno de pintura como la lámina en sí. Julia miró resignada a Sara y después a su profesora. Se suponía que los niños tenían que experimentar, ¿no?

Tras recoger a las dos niñas todas salieron apresuradamente y volvieron a casa entre quejas, paradas inesperadas y malas caras. Tal y como Julia había imaginado, al entrar en la cocina vio en el reloj del horno que eran las seis y cuarto de la tarde. Mandó a las niñas directamente a la bañera, mientras ella organizaba las cosas para el día siguiente y preparaba la cena. Las niñas cenaban pronto, sobre las siete y media. Tardaban mucho en terminar y a Julia le gustaba acostarlas pronto. Normalmente a eso de las nueve, las pequeñas ya estaban dormidas, de esa forma Juan y ella disponían de algo de tiempo para ellos, siempre y cuando él llegara pronto y no estuviera cansado. Hoy tenía pinta de que tendría ganas de ver alguna película con ella. Pero antes de que eso pasara tenía que espabilar: Sara y Ángela debían terminar su baño, sus deberes, jugar un rato, cenar y dormir, y todo eso en apenas dos horas.

Cuando terminaron los baños, Julia puso a Sara a dibujar mientras escuchaba canciones infantiles y se dedicó a leer con Ángela. No dejaba de sorprenderle que desde tan pequeños se les exigiera tanto. Ángela leía *La gallina María comía en el jardín* cuando sonó el teléfono de casa; era Encarna, su madre.

—Hola, mamá, ¿qué ha pasado? —preguntó; era raro que su madre llamara a esas horas.

—Nada, solo quería saber si habías hablado hoy con tus hermanas. Ayer me llamó Carolina y me dijo que se encontraba mal y hoy no la localizo. Sofía tampoco sabe nada de ella y estamos preocupadas.

—Pues no, mamá, no he tenido tiempo de llamar a ninguna, ya sabes

que ando siempre atareada, y cuando no lo estoy, se me olvida. ¿La habéis llamado al móvil? ¿Habéis intentado llamar a Pedro?

—No, no se me ha ocurrido llamar a Pedro —dijo su madre, confirmando sus sospechas.

—Bueno, tranquilízate, voy a ver si la localizo y le digo que te llame. Ya sabes que Carolina va a su aire y que no mira hacia atrás para ver si preocupa a alguien. Ahora te llamo, mamá.

Después de colgar el teléfono, Julia respiró profundamente y se restregó la cara con las manos para liberar la tensión que sentía. Imaginaba a su madre histérica, mareando a su padre con sus incertidumbres, y eso le hacía sentirse más estresada de lo que ya estaba. Jaime, su padre, sufría de la tensión, y los nervios y el estrés empeoraban su estado. Cuando se sintió más calmada, marcó el número de móvil de su hermana. Carolina respondió con rapidez.

—Carolina, ¿estás bien? —quiso saber Julia antes de demostrar lo enfadada que estaba.

—Sí, ¿por qué?

—Porque nos tienes muy preocupadas a tu madre, a tu hermana Sofía y a mí. ¿Por qué no le has cogido el teléfono a mamá o has llamado a Sofía después de decirle ayer que estabas mala? Sabes cómo son, Carolina. Mamá está intranquila, haz el favor de llamarla y decirle que eres idiota y que estás bien.

—Vale, vale, ya voy, pero no me ha llamado al móvil y no estoy en casa. Vine al centro a por unas telas que necesito para la clase de arte.

—Bueno, por favor, llámala y díselo.

Carolina prometió que lo haría y Julia, mientras servía la cena a las niñas, prefirió creerla, porque a esas horas no disponía de tiempo; era la hora de las cenas y eso precisaba de toda su energía y atención.

Carolina era un desastre. Había vivido a su aire sus cuarenta y ocho años. Pedro y ella no habían tenido hijos y habían aprendido a vivir libres, haciendo y deshaciendo a su antojo, porque no tenían una responsabilidad mayor que su vida y su trabajo. Carolina era profesora de arte en un instituto público del centro y amaba su trabajo. El contacto con la gente joven la obligaba a estar en continua renovación y búsqueda de sí misma, lo que ayudaba a su personalidad —de por sí independiente y osada— a volar libre.

Por el contrario, su otra hermana, Sofía, parecía su segunda madre, siempre con su ojo avizor puesto en todos ellos. Era la que estaba pendiente

de todas las reuniones y celebraciones familiares. Tenía cuarenta y cinco años y llevaba casada veinte con Joaquín. Tenía dos hijos: Marcos, de quince, y Germán, de diez. Julia no sabía si a su hermana la embargaban sus mismas dudas, porque no tenía la suficiente confianza con ella como para preguntárselo. Imaginaba que no, porque siempre la había visto feliz dentro de su papel de madre y ama de casa. Sus padres siempre contaban con ella absolutamente para todo. Según su madre, Sofía había sido una bendición de Dios desde que nació, lo que dejaba a Carolina y a ella en un segundo y tercer plano. Después de tantos años, se habían acostumbrado al orden de las cosas y ya no le daban la menor importancia. Al contrario, se habían amoldado a vivir aprovechando los pros de tener dos madres.

Juan llegó a las ocho y media, justo a tiempo para contar el cuento a sus hijas. Ellas lo adoraban tanto como él las quería.

—¡Papá, papá, qué bien que llegaste pronto! —llamó Ángela, ya vestida con su pijama de princesas.

—¡Sí, bien, papá nos cuenta el cuento! —añadió Julia.

Juan miró a su mujer, resignado pero contento por el amor correspondido de sus hijas.

—Pues venga, chicas, al baño a hacer pipí y a lavarse los dientes, y a la cama, que ya voy —les dijo después de darle un beso rápido a su mujer y dejar sus cosas en el sillón del salón.

Mientras padre e hijas disfrutaban de los últimos momentos del día juntos, Julia se dispuso a preparar la cena de ambos; le apetecía charlar un rato con Juan sin la distracción de las niñas. No recordaba la última vez que habían salido los dos solos, la última cena romántica con velas o el último paseo cogidos de la mano como la pareja enamorada que eran. Mientras colocaba los vasos en la mesa, recordó con añoranza el último viaje que habían hecho solos. Fue un recorrido por México. Visitaron por segunda vez el país, porque en la primera ocasión, bien por tiempo bien por inexperiencia, solo habían ido a Cancún, un precioso destino turístico con una playa y un entorno increíbles. Julia se había quedado con ganas de conocer más a fondo el país. Dos años después, Juan la sorprendió en su aniversario con un maravilloso viaje como regalo, que comprendía un recorrido por Ciudad de México y alrededores. Julia jamás olvidaría la velada tan maravillosa que disfrutaron en la costa de Acapulco: cenaron en un mirador mientras veían a los clavadistas de la Quebrada lanzarse a las profundidades del mar desde un risco situado a cuarenta y cinco metros de

altura, dejando tras ellos multitud de peligrosas rocas, con antorchas que iluminaban la noche y sus acrobacias. Eran esos detalles los que Julia más añoraba en su vida: la sorpresa, la emoción, la aventura. Ahora, por el contrario, su vida era estable, se podía decir que armoniosa, pero terriblemente monótona.

Una hora después de despedir a las niñas con un beso, Juan y Julia ya estaban sentados en el salón para ver la televisión. Se decidieron por una película de suspense. Julia, tumbada sobre su marido, notó que el cansancio la vencía. El deseo de compartir algunas horas con Juan no consiguió despertarla, así que se rindió ante el agotamiento del día, le dio un beso y le deseó buenas noches.

—Cielo, se me olvidaba, mañana quedé a comer con Carmen. Te lo digo por si tenías pensado venir, que sepas que no estaré.

Juan hizo un mohín, pero asintió conforme.

Julia se metió en la cama con la intención de leer un rato, pero al llegar a la segunda página notó cómo le picaban los ojos y decidió que era mejor dormir. Mañana sería tan duro como hoy. O peor.

2. Una decisión complicada

Julia se despertó sobresaltada, con la sensación extraña de que algo iba a ocurrir. Había sido víctima de un sueño que la había tenido intranquila gran parte de la noche. Desvelada antes de su hora habitual, se levantó y se puso la bata con la intención de prepararse un café que la ayudara a serenarse. Intentaba sin éxito recordar de qué trataba su sueño; estaba revuelta, con mal cuerpo y no tardó en desistir en su empeño. Frustrada por su falta de memoria, se sentó en la mesa sosteniendo con ambas manos su taza de café, y allí, sola, pensó en Carmen. La oscuridad aún inundaba la noche y la calle desierta, en la que solo se veía pasear algún que otro gato en busca de comida. La curiosidad que sentía por la vida de su amiga la mantuvo entretenida y consiguió mitigar su injustificada angustia. Si el asunto que tan alterada tenía a Carmen no era grave, le agradecería la distracción proporcionada.

Para el grupo de amigas, los cambios, no eran algo demasiado corriente. Para ellas una novedad era la apertura de un nuevo centro comercial o las ofertas en ropa infantil de su tienda habitual. Lo cierto es que la ausencia de sucesos era algo que todas agradecían, porque al entrar en los cuarenta estos siempre implicaban engaños matrimoniales, separaciones, despidos o enfermedades, y ninguna de estas circunstancias era bienvenida, sobre todo para las mujeres con niños. Sin embargo, este parecía ser un caso excepcional. Ni Carmen ni nadie de su familia cercana sufría enfermedad alguna, y ella ya estaba separada, lo que dejaba como única opción el comienzo de un romance, o que a Jordi finalmente le hubieran hecho efecto todos aquellos males de ojo que las chicas habían estado enviándole durante el último año. En cualquier caso, cuando Carmen desvelara el misterio daría un poco de argumento a sus monótonas vidas, o al menos a la de Julia.

Era en estas ocasiones, en las que la vida rompía con su monotonía, cuando Julia más añoraba a su amiga Beatriz. Una antigua compañera de trabajo, mujer de talla pequeña pero carácter electrizante, que le solía decir con voz aguda y tono carismático: «Julia, alégrate, porque estas pequeñas alteraciones en la vida son las cosas que dan gusto y color al día, las que

proporcionan rayos de luz y diversión». Julia y Beatriz habían sido uña y carne durante muchos años. Trabajar al lado de aquella mujer enérgica había constituido una de las mejores experiencias de su vida, Julia había dejado atrás recuerdos inolvidables, sucesos irrepetibles y anécdotas memorables que jamás podría olvidar. Pasados los años se daba cuenta de cuánto añoraba a Beatriz, tan cálida y desastrosa al tiempo, una mujer capaz de ver lo positivo de todas las situaciones, por difíciles que fueran. Pero sus vidas se habían separado hacía tiempo. Cuando Julia dejó el trabajo siguieron caminos diferentes. Aún hablaban por teléfono para recordar sus aventuras juveniles, ya casi olvidadas, o para comentar los últimos sucesos de sus vidas. A veces incluso se conectaban por Skype para poder hablar, porque las dos tenían sus agendas demasiado llenas como para verse. Además, Beatriz hacía años que había cambiado de residencia; se había mudado de ciudad con su marido, lo que imposibilitaba que se vieran. Era curioso: como cada vez que algo insospechado ocurría, Julia se acordaba de su entrañable amiga. En esta ocasión había sido Carmen, y la perspectiva de verla envuelta en un apasionado romance, el detonante de aquel recuerdo.

A las nueve y media, puntuales como siempre, las puertas del colegio se cerraron, dejando a los niños dentro de sus aulas y a sus madres libres por unas horas para acudir a sus trabajos, a sus quehaceres o, como solía ser el caso del grupo de amigas, para ir a tomar un café calentito y desahogarse hablando un rato.

Julia vio a las chicas en la esquina, de charla, como era habitual, mientras hacían tiempo para que todas llegasen al punto de encuentro. Levantó la mano y, sin ir hacia donde estaban, se despidió de ellas. No quería acercarse al grupo, porque si les daba pie intentarían liarla para que se quedara, y seguramente tendrían éxito, lo que provocaría que llegase tarde a su casa, y no podía permitirse un retraso si se quería arreglar un poco para salir presentable. Hoy comía con Carmen y debía dejarlo todo organizado antes de marcharse. Sabía que Juan no iría a casa porque se lo había dicho por la mañana, antes de marcharse a la oficina. Al no estar Julia, prefería quedarse en el despacho y adelantar trabajo. A ella le parecía perfecto, así no tendría que preocuparse de él.

La madre de Julia solía decir que aunque su hija tenía la suerte de tener un marido que la adoraba, también tenía la desventaja de no tener dos niñas, sino tres niños. Y era cierto: Juan se ahogaba en un vaso de agua. No encontraba ningún problema en programar cualquier máquina que existiera

en el mercado, pero vestir a las niñas o preparar la cena era un mundo para él, y las pocas veces que Juan lo había intentado, Julia lo había lamentado, porque después era ella la que se había tenido que enfrentar a la limpieza del desaliño.

Carmen estaba deseando que llegasen las dos para ir en busca de Julia. Durante la comida le desvelaría el gran misterio, el secreto que llevaba guardando demasiado tiempo. Carmen esperaba ansiosa la opinión de su amiga. La mañana estaba resultando interminable, el tiempo transcurría lentamente y ella se movía aún más despacio. Había dejado a Fran y a Olivia en el colegio más tarde que nunca y ahora eran las doce y aún no tenía guardada la compra que terminaba de hacer en el supermercado. Incluso Marga, la dependienta, la había notado extraña. Exasperada, terminó de meter la carne, los yogures y la leche en la nevera sin demasiado orden, y se fue a dar una ducha. Quería hacer correr un poco más rápido el reloj y matar así parte del tiempo que quedaba para su cita.

Julia había recogido la casa como si fuera montada en un torbellino y aún le sobraba tiempo para bañarse y elegir la ropa que se pondría. Hacía meses que no salía a comer con amigas —ni con nadie que no fuesen las niñas y su marido— y estaba deseando tener un motivo para peinarse, pintarse y vestirse de manera especial. Iban a ir a comer al nuevo restaurante italiano del barrio y no pensaba ir hecha unos zorros. Cogió los pantalones negros de corte recto y la camisa beis que se solía poner en esas ocasiones. Su vestuario se había visto afectado en los últimos años, junto con su talla y formas. Antes lucía una cintura marcada y una bonita cadera. Con la llegada de las niñas, ambas habían pasado a la historia y prefería no acordarse de su pecho. Años antes, su hermana Sofía le había hablado de la crisis de los cuarenta. Julia no había querido prestar atención a lo que consideraba exageraciones de su hermana, pero ahora que comenzaba a sufrirla le parecía algo destructivo, capaz de aniquilar a la mujer más entera. La mayor parte de los días prefería no mirarse demasiado al espejo para no comenzar a buscar canas y arrugas, para no decepcionarse con su aspecto y

añorar momentos más banales de su vida. Con la edad también comenzaba a entender a las mujeres que no asimilaban el paso del tiempo, las que invertían en gimnasios y cirugías para retrasarlo al máximo.

Después de ducharse, alborozada, se peinó y se pintó antes de coger la ropa que había dejado preparada. A las dos, sorprendida por su puntualidad, ya estaba de camino al restaurante donde había quedado con Carmen. Le apetecía andar, disfrutar del momento, y el italiano no quedaba lejos de casa, apenas un poco más alejado que el colegio de las niñas. El día estaba precioso y primaveral, los árboles de la calle ya estaban verdes y llenos de frutos que te hacían recordar, aunque no quisieras, la estación en la que estaban. Este año el ayuntamiento no había plantado rosas en la rotonda del parque y se veía más triste de lo acostumbrado. La crisis y el menguado presupuesto se notaban en todas partes. Julia pensaba que ahorrar en el ornamento de la ciudad ensombrecía el ánimo de los ciudadanos. Las navidades pasadas los comerciantes habían sorprendido gratamente a todos al iluminar casi todas las calles de Madrid, aunque fuese con luces recicladas de otros años. A los niños no les había importado, y a los adultos les pareció una buena fórmula de ahorro que no escatimaba la ilusión navideña de los más pequeños y de los ya no tan pequeños.

Ensimismada en sus divagaciones, Julia llegó al restaurante. En la puerta no había nadie y Carmen tampoco parecía estar dentro. Al ver que su amiga no había llegado Julia decidió esperarla sentada en la mesa; esperar en la puerta le parecía de mal gusto. El restaurante era acogedor, vestido con tonos ocres y burdeos, con pasamanos en madera lustrada y quinqués dorados con tulipas de cristal biselado que hacían juego con las mamparas que separaban el amplio comedor. En el recibidor se le acercó una camarera de unos treinta años y aspecto latino, vestida de negro riguroso.

—Hola, buenas tardes, seremos dos —indicó Julia.

—Muy bien, sígame, por favor —dijo la camarera, y cogió de una repisa una carta de color burdeos que combinaba a la perfección con la decoración del restaurante.

Julia, algo molesta por el tratamiento de usted, siguió a la camarera. Prefería no darle importancia y pensar que en este caso el trato se debía a una norma de cortesía más que a su aspecto ajado.

Al sentarse a la mesa pidió una copa de vino rosado. No solía beber, pero para una vez que salía a comer lo haría en condiciones. Además, estaba convencida de que Carmen la acompañaría con el vino, porque a su amiga le

encantaba aquella bebida y hoy parecía un día propicio para beber. La camarera fue a por su copa y la dejó ojeando la carta. Diez minutos después, Carmen ya estaba sentada a la mesa con su respectiva copa de vino en las manos.

—Perdona el retraso, se me echó el tiempo encima y realmente no tengo ninguna excusa que darte. Toda la mañana deseando que el tiempo corriera y al final llego tarde, no tengo remedio —dijo Carmen después de dar un sorbo a su bebida. Se la veía acelerada y, como a Julia, se le notaba que había invertido tiempo en arreglarse.

—No te preocupes, Carmen, no llevo demasiado tiempo aquí y estaba mirando la carta. Creo que me voy a decidir por unos *fetuccini* en salsa *funghi*. ¿Te apetece compartir una ensalada?

—Sí, claro, a ver, déjame ver qué pido yo —dijo mientras consultaba la carta—. Creo que me decidido por unos raviolis crujientes de queso, tienen una pinta de muerte.

—¡Ja! ¿Qué te gusta más, la pinta o que te los dan hechos? —preguntó Julia, divertida.

—Las dos cosas, Julia, las dos cosas.

Después de pedir sus platos, Julia advirtió que Carmen no sabía cómo comenzar su relato. Durante una buena parte de su cita hablaron sobre las niñas, el colegio y las profesoras. Dieron vueltas sobre lo mismo de lo que charlaban habitualmente en los desayunos. Después de lo que Julia consideró un tiempo más que prudencial, le preguntó directamente sobre el tema de la discordia.

—Carmen, yo estoy feliz de comer contigo cuando quieras, pero creo que esta reunión clandestina —dijo, enfatizando la última palabra— era porque tenías que contarme algo importante para ti, ¿no?

Carmen miró su casi vacío plato de raviolis, levantó la cabeza y contempló a Julia con ojos llorosos.

—No sé ni por dónde empezar, Julia. Todo comenzó hace cosa de dos meses o dos meses y medio. Conocí a Emmanuel cuando vino a la sala de urgencias acompañado de un sin techo. Yo estaba sustituyendo a una compañera y le hice la historia. Emmanuel me contó que Johan, que así se llamaba el paciente, era un indigente que acudía frecuentemente a la ONG donde él trabajaba. Según me detalló, estaba sufriendo episodios de confusión, cambios de personalidad, pérdida de memoria y de concentración; además, le había notado la piel y el blanco de los ojos más

amarillento de lo normal, sin olvidar que bebía en exceso. Cuando los médicos pasaron a Johan a la sala de pruebas, donde Emmanuel no podía acompañarlo, fue cuando comenzamos a hablar. —Mientras Carmen hablaba, Julia la escuchaba boquiabierta, sin perder detalle de lo que su amiga le relataba—. Resultó que Johan tenía una cirrosis alarmante y fue ingresado en mi planta, por lo que Emmanuel y yo seguimos coincidiendo. Él se encargaba de que el enfermo recibiera la atención que merecía. Te estarás preguntando qué hacía un sin techo en un hospital privado; pues fácil, por un convenio firmado entre el hospital y la ONG en la que trabajaba Emmanuel. Normalmente los llevaban a los centros públicos, pero por lo que más tarde me dijo Emmanuel, cuando vio el estado en el que se encontraba Johan, el hospital más cercano era el mío y no se lo pensó demasiado. —Julia solo asentía, absorbida por la historia—. Me sentí atraída por él en cuanto lo conocí. No solo era muy atractivo para su edad, sino que además se involucraba con la gente, y eso me gusto aún más que su físico. El caso es que un café nos llevó a comer en la cafetería del hospital y de ahí a un paseo, a una cena... y de la cena ya te imaginas a dónde.

Julia suspiró, emocionada por la historia tan dulce que acababa de contarle Carmen.

—Bueno, esto no es malo, Carmen. Es sorprendente, pero no malo —dijo—. Piensa lo que quieres de postre, que viene la camarera. Yo me voy a animar con un *brownie*; después de lo que me has contado mi cuerpo necesita chocolate.

—Yo tomaré mejor profiteroles, creo que aquí son buenísimos.

—Como te decía, Carmen, la historia no me parece mal. Al contrario, eso te ayudará a olvidar al neandertal de tu ex y pasar página definitivamente.

—Es complicado, Julia, han pasado más cosas últimamente. —Su amiga la miró, interrogante—. Jordi me ha llamado, quiere volver a casa. —La expresión de la cara de Julia mostraba lo que pensaba, y Carmen sonrió antes de continuar—. Sí, como lo oyes, después de dejarnos a mí y a sus hijos tirados, cuando por fin tengo un buen trabajo que me permite atender bien mi casa sin demasiadas estrecheces y una persona que puede darme compañía y estabilidad, Jordi decide que se equivocó y que quiere estar conmigo y con los niños.

—Pero, Carmen, no le dejarás volver, ¿verdad?

Jordi se había marchado con una chica de veintiocho años, una de sus

alumnas del centro de fisioterapia. Había abandonado a su mujer y a sus hijos sin importarle lo más mínimo lo que pasase con ellos. A Fran, el mayor, le había resultado traumático y aún estaba en terapia porque culpaba a su madre de la separación.

—No es tan fácil, Julia, ya sabes que los niños no están bien sin él, y probablemente los problemas de Fran se solucionarían con Jordi otra vez en casa.

—Pero, ¿y tú? ¿En qué lugar quedas? ¿O es que tú también quieres que él vuelva a vuestras vidas? —preguntó Julia.

—No, yo no quiero que regrese. Estoy bien con Emmanuel, ilusionada y esperanzada con algo mejor que una vida amargada al lado de un hombre infiel, que ni respeto ni me respeta.

—¿Entonces? ¿Qué dudas?

—Pues todo, Julia. Todo. No deseo ser egoísta y mi hijo me tira. ¿Cómo crees que se tomaría Fran esta situación? Si se entera de que Jordi quiere volver y yo no le dejo, no me lo perdonaría jamás —dijo Carmen con lágrimas en los ojos.

Julia la entendía en parte. Su amiga tenía un gran dilema: la cuestión no era elegir entre Jordi o Emmanuel, sino entre la felicidad de su hijo o la de ella.

—Y si, además de eso, comienzo una relación estable con Emmanuel y le dejo entrar en nuestras vidas, Fran me odiará para siempre.

—Uf. Tienes un buen problema, amiga, pero creo que es un riesgo que debes correr. No es la primera vez que tu ex te engaña, y lo sabes, pero lo peor no es la infidelidad, sino que en esta ocasión fue capaz de abandonaros durante dos años sin importarle las consecuencias, y eso es grave. Muy grave. ¿Vas a tolerar que juegue con vosotros? ¿Crees que realmente le importan sus hijos? ¿Dónde estaba cuando los niños enfermaron? Yo te lo digo: disfrutando con una jovencita de veintiocho. ¿Y qué hizo cuando a Fran le empezó a tratar el psicólogo? —dijo Julia.

—Lo sé, lo sé. Estoy intentando sopesarlo todo, Julia.

—Sé que es difícil. Bueno, no, no lo sé, prefiero decir que imagino que lo es, pero tienes que aprender a valorarte, Carmen. No puedes dejar que te pisotee y te utilice de esa forma. Los niños lo entenderán. Si no es ahora lo harán más adelante, cuando crezcan y tengan sus propias experiencias. Y en lo concerniente a Emmanuel, no tienes por qué correr. No tienes que llevarlo a casa porque él lo desee, debes hacerlo cuando tú estés preparada.

—Ya, ya lo sé, pero me supera. Me gustaría que mi vida fuese más fácil. Como la tuya, Julia. Tú no tienes problemas, sabes que Juan te adora. Y adora a las niñas —dijo Carmen.

—No digas eso. Digamos que yo no tengo tus problemas y me alegra no tenerlos; pero no te confundas, tengo los míos. Adoro a las niñas y amo a mi marido, pero sabes, porque ya lo hemos hablado, que me gustaría volver a trabajar, y con mi edad y las crías tan pequeñas, ¿adónde voy a ir? Estoy fuera del mercado. No debí dejar mi trabajo. Juan me convenció o yo me dejé convencer, pero el caso es que ahora me arrepiento.

—¿Lo sabe él? —preguntó Carmen.

—No, procuro no hablar del tema delante de él, no quiero que se sienta mal. Al fin y al cabo él no tiene culpa, me da todo lo que pido, mejor no me puede tratar. Incluso hay días que pienso que soy una inconformista.

—Bueno, consuélate, tus males son menos males que lo míos —dijo Carmen sonriendo, con una mueca que no engañaba a nadie.

—Además, ¿sabes el planazo que me ha buscado para el puente? —dijo Julia para intentar divertir a su amiga—. Nos lleva a la playa con su madre. ¡Qué ilusión!

El comentario de Julia hizo reír a Carmen, que era consciente de la animadversión existente entre las dos mujeres. Más relajadas desde que Carmen se había desahogado, se dedicaron a utilizar el poco tiempo que les quedaba para pensar cuál podía ser el motivo por el que Jordi reaparecía en la vida de Carmen tan repentinamente. Las dos estaban de acuerdo en que el arrepentimiento no se podía esperar de una persona tan egocéntrica como él. Debatieron sobre posibles problemas con el juego, Jordi era un aficionado a las timbas; las drogas, quizás el ambiente juvenil en el que se había estado moviendo le había conducido a aquella adicción; el alcohol, ambas sabían que Jordi nunca despreciaba la ocasión de tomar un buen whisky.

A Carmen los motivos que condujeran a su exmarido a actuar de aquella manera ni le importaban ni le interesaban, pues hacía tiempo que el gran amor que sentía hacia él se había extinguido como fruto del sufrimiento soportado. Por el contrario, se mostraba temerosas acerca de las reacciones que pudieran tener tanto Emmanuel como su hijo Fran.

Carmen se sentía renovada, compartir sus sentimientos, sus miedos y sus inseguridades con Julia la había ayudado a encontrarse más serena y segura de sí misma y de sus posibilidades. Poder hablar con alguien de sus inquietudes convertía sus grandes problemas en algo más llevadero.

Después de los momentos de tensión previos al relato, la conversación se fue volviendo más distendida, fresca, vibrante y atrevida. Tanto ella como Julia habían ido transformando, sin apenas darse cuenta, el carácter serio de la situación en algo picante, emocionante y, en ocasiones, subido de tono. Era un alivio poder olvidarse de los problemas y sumergirse en su nuevo mundo, que se resumía en la felicidad que sentía junto a Emmanuel y los momentos mágicos que compartían. Mundo que, por fin, podía compartir plenamente con alguien más que con ella misma y su almohada.

El tiempo de tertulia se terminó, la hora de salida de los niños estaba próxima. Carmen volvió a comprobar la hora en su reloj mientras le pedía la cuenta a la camarera. Julia miraba a su amiga, abstraída por la fantástica historia, distraída, mientras daba vueltas a la sacarina del café sin prestarle atención a la taza, como si se tratase de un movimiento involuntario, hasta que Carmen la sacó del trance.

—Gracias, necesitaba hablar con alguien, me estaba volviendo loca dándole vueltas a la cabeza yo sola. Desde que Jordi y yo nos separamos no he contado con muchas amigas con las que poder hablar.

—Escucharte nunca es un problema, si necesitas algo solo tienes que decirlo.

Pese a la claridad del día, en la calle la temperatura se notaba más fresca ahora que cuando habían llegado al restaurante. De camino al colegio, ambas se abrocharon hasta el último de los botones de sus abrigos, protegiéndose del frío. Julia meditaba sobre lo acertado que había sido su último comentario. Era cierto que escuchar la apasionante historia de su amiga le había hecho pensar en algo que la sacara de su rutinaria vida.

Julia conocía a la perfección lo que ocurriría en su futuro inmediato: al llegar al colegio se despediría de Carmen, recogería a sus niñas y las llevaría a casa, donde discutiría con Ángela para que hiciera los deberes sin rechistar y se enfrentaría con Sara para que la pequeña no entretuviera a su hermana. Todo ello mientras preparaba la cena como paso previo a la ducha. De esa forma, cuando llegase Juan ya estarían listas, con el pijama puesto, dispuestas a escuchar el cuento que, casi todas las noches, les narraba su padre.

Si Julia era sincera consigo misma, aunque su vida le pareciera monótona apreciaba la estabilidad emocional de su familia. Ahora sus problemas le parecían algo más insignificantes en comparación con los de su amiga. La reaparición de Jordi en escena era algo con lo que nadie podía

contar y que la había confundido tremendamente. No lo entendía, ni a él ni a sus pretensiones. Y algo en esta historia no terminaba de convencerla.

Ángela salía de un humor excelente. Sería la protagonista de su función de *ballet* en el festival de verano: había trabajado muy duro para conseguirlo y ahora veía los resultados. Se trataba de una adaptación de «Las princesas bailarinas», el cuento de los hermanos Grimm, y Ángela daría vida a la hermana mayor. La niña estaba exultante, quería llegar a casa para llamar a todos y darles la gran noticia. Julia pensó que era un buen momento para celebrarlo con unos helados de cucurucho, de esos con pepitas de chocolate y sirope que solo comían en ocasiones especiales. De esa forma Sara no se sentiría tan celosa por la atención prestada a su hermana y disfrutaría con ellas del momento. Además sería una buena forma de romper con la rutina del día.

Las pequeñas no se creían la suerte que tenían. Tomar helados en Maswell no era lo habitual, pero tomarlos en esa época del año, y con el frío que hacía en la calle, representaba una novedad y una fiesta. Miraban hacia el exterior a través de la cristalera de la heladería. Era gracioso ver a la gente andar deprisa por la calle, muertos de frío, mientras ellas, calentitas en el local, disfrutaban de sus riquísimos helados. Julia le pidió al camarero que les hiciera unas fotos para inmortalizar el momento. Sin duda, la mejor fue una en la que se veía a Sara con la cara embadurnada del dulce y a Ángela con los ojillos relucientes por el placer que sentía. Ambas relamían sin descanso el sirope de fresa que caía por el cucurucho, y entre ellas se veía a Julia, con la expresión de satisfacción de una madre que ve felices a sus hijas.

Al llegar a casa, Julia se encontraba muy animada. Era cierto que su vida era monótona, pero sus hijas conseguían iluminar cada rincón oscuro de sus pensamientos. Daba igual lo frustrada que se sintiera por no trabajar o por no ir a la moda o por no tener una vida fuera de su casa, Ángela y Sara eran sus soles. Después de la comida con Carmen, Julia había tenido tiempo de meditar sobre su vida y había llegado a la conclusión de que no era de color de rosa, pero era mucho mejor que la de otros. Debía aprender a apreciar lo que poseía y dejar de anhelar lo que, hoy por hoy, era imposible tener. Una vez asentada de nuevo en la realidad, Julia llamó a su madre solo por el placer de hablar con ella un rato. Después preparó unas *pizzas* para cenar, sabía que las chicas no tendrían hambre después del helado y no le apetecía discutir con ellas tras la maravillosa tarde que habían disfrutado.

Como cada noche, cuando Juan llegó a casa fue en busca de su mujer con la intención de darle un beso rápido y preguntarle qué tal le había ido el día. Sabía que en cuanto sus pequeñas diablesas le oyesen atravesar la puerta irían en su busca para que les contara el cuento. El tema del relato variaba según le hubiese ido el día: si todo había ido como la seda, les contaba una historia de princesas; si había extraviado algún documento, una de duendes escóndelotodo; el cuento del jefe mezquino y avaro cuando Fernando, el encargado del proyecto en el que estaban trabajando, le recordaba la fecha tope para la entrega; el del buen samaritano si tocaba alguna paga extra, y hoy tocaba el del pirata más temido de los mares del Sur, el pirata Garbanzo, que casualmente se parecía al cocinero del restaurante donde comía cuando no iba a casa y del que siempre se quejaba por la poca sustancia que añadía a los guisos. Su carne con patatas era normalmente patatas con carne, y en ocasiones patatas con caldo de Avecrem.

Ángela y Sara no lograron escuchar el cuento completo, se durmieron antes.

—Estás guapísima —dijo Juan, y le dio otro beso a su mujer—. ¿Qué tal la comida?

—Bien y mal. Bien porque nos hemos reído hablando sobre nuestras tonterías, y mal porque Carmen me ha dicho que Jordi pretende volver a casa.

—Vaya.

—Anda, vamos a cenar. Menos mal que tengo amigas para cotillear y hablar, porque tú, cielo mío, no me sirves para eso —dijo Julia, y se echó a reír.

Aceptaba que no podía esperar mucho más de aquella conversación, porque Juan era un hombre parco en palabras cuando el tema no le interesaba.

—No me digas eso que me ofendo, ven aquí, anda, y cuéntame —dijo Juan, que comprendía que Julia quisiera hablar más sobre Carmen y su dilema familiar, incluso sospechaba que pretendía pedirle su opinión.

—No sé, Juan, no creo que Carmen deba admitirle de nuevo en casa. ¿Tú qué opinas? Y dime la verdad.

—Creo que es una pregunta trampa, y que si no respondo lo que tú

quieres oír te enfadarás muchísimo conmigo; eso es lo que creo —dijo Juan.

—Intentaré no enfadarme, pero dame tu opinión, por favor.

Con esa respuesta no había escapatoria para Juan. Julia no quería comportarse de forma visceral en lo referente a Jordi, por lo que necesitaba la visión de un hombre.

—No lo sé, Julia, a lo mejor él está siendo sincero. ¿Por qué no puede ser que se haya dado cuenta de que ha cometido un grave error?

—Porque no es la primera vez que la engaña, es un cerdo —contestó Julia, ofendida sin razón aparente.

—Eso es otra cuestión. Yo te hablo del ahora, no del pasado, y para que conste y no es que sea mi caso, hay muchos hombres que sienten la necesidad de buscar fuera de casa lo que no tienen en la suya, y eso no significa que no quieran a sus familias, solo que están insatisfechos. —La expresión de Julia confirmaba su desacuerdo, por lo que Juan no paró y continuo hablando—: Y me has prometido no extrapolar a casa el problema de Carmen.

—Eso es promiscuidad. ¿Cómo puedes insinuar que el engaño no significa que no te quieran? ¿Tú lo aceptarías?

—¿Lo ves? Al final discutiremos, y ese no es nuestro problema. ¿Lo dejamos?

—No, contéstame, ¿tú lo aceptarías?

—No lo sé, cariño —dijo Juan, paciente—. Pero, Julia, lo que le está pasando a Carmen no tiene nada que ver con nosotros. Si ocurriera algún día preferiría no saberlo; si me enterara no sé cómo actuaría. Puede que te perdonase, puede que no. Todo dependería del momento, de los atenuantes que llevasen a la situación. Las cosas no son siempre blancas o negras, como tú las quieres ver.

—Juan, tú no me has engañado nunca, ¿verdad?

—¿Lo ves? Ya estamos. No, yo no te he engañado, Julia. Pero ahora te voy a hacer yo a ti una pregunta con la que zanjaremos el tema y nunca más volveremos a tocarlo. ¿Tú crees que, si lo hubiese hecho, te lo diría? Es más, si fueras tú la que me engañases a mí, ¿me lo contarías? —Julia se calló y lo miró, dolida, sin entender por qué sus palabras la habían herido—. Cariño, nosotros estamos bien, no busques fantasmas ajenos a esta casa.

—De acuerdo, tienes razón.

El humor de Julia ya no era tan bueno. Se quedó en silencio mientras contemplaba a su marido, atento a las noticias en la televisión de la cocina,

evadiéndose de una conversación que le resultaba incómoda. Hasta ahora había estado convencida de que Juan nunca le mentiría, pero escucharlo afirmar que él jamás reconocería la existencia de una infidelidad le hizo dudar de su felicidad. ¿Quién le aseguraba que su marido no le había sido infiel si ni tan siquiera él lo hacía? Estaba herida y molesta, aunque en el fondo sabía que no tenía motivo.

Juan no quiso seguir con un tema que estaba seguro de que le iba a quemar. Notaba cómo Julia lo observaba y se empeñó en no ceder a sus pesquisas. Le resultaba gracioso e inverosímil que aún hoy, después de tantos años de convivencia, fuese capaz de provocar dudas y celos en su esposa. Juan era un hombre fiel y además le gustaba serlo. Estaba casado con la mujer de la que se había enamorado y no quería buscar otra persona que le complicase la vida. No le gustaba la situación que estaba viviendo Carmen y sentía lástima por sus hijos, pero por mucho que Julia insistiera no podía obviar que quizá Jordi fuese sincero. De lo que no tenía ninguna duda era de que si no zanjaba la cuestión inmediatamente, los problemas de la amiga de su mujer al final se extrapolarían a su vida, y no estaba dispuesto a que eso sucediese. Por esa razón terminó su cena en silencio, fingiendo prestar atención al periodista que retrasmecía las noticias y que, dicho sea de paso, no le caía nada bien, mientras Julia, a su lado, seguía observándolo mientras se mordía las uñas.

Cansada de lo absurdo del momento y de que su marido ignorase su presencia, Julia se levantó para preparar las cosas del día siguiente. Hacía tiempo que se había habituado a dejarlo todo organizado sobre el mueble del salón por la noche, antes de acostarse; de esa forma conseguía no retrasarse aún más en salir por las mañanas. Seguía apesadumbrada por la conversación mantenida con su marido. Nunca había dudado de él, pero verlo tan afianzado en su postura la asustó, y no pretendió demostrar lo contrario cuando lo sintió a su espalda. Estaba triste y ofendida por el trato recibido.

—Me voy a dormir, estoy cansada —le dijo.

—Vale, cariño —contestó Juan, firme y serio, al verla salir del salón—. ¡Julia! —la llamó. Ella se dio la vuelta con desgana para escuchar lo que Juan tenía que decir—. Para engañar a una persona hay que tener tiempo y yo no dispongo de él; el que tengo os lo dedico por entero a vosotras.

Julia, protegida por las sombras del pasillo, sintió cómo la calma la inundaba de nuevo. Conmovida por sus palabras, encaminó sus pasos de

regreso al salón para abrazarlo. Era difícil dudar de un hombre tan sincero y noble como Juan.

Más animada tras el abrazo, fue hacia el baño con la intención de darse una ducha antes de acostarse; el día, como todos, había sido largo. El agua caliente la relajaría y además conseguiría adelantar tiempo para el día siguiente. Pero al ver sobre la mesilla el libro que le había dejado Carmen, cambió de opinión y decidió tomar un baño mientras leía un par de páginas de la novela. Sin pensárselo dos veces, por si acaso si se arrepentía, puso el tapón a la bañera y abrió el grifo para que se llenara mientras comenzaba la lectura. Poco a poco el ambiente en el cuarto de baño comenzó a estar más cargado. Julia estaba desconcentrada y no lograba centrarse en lo que leía porque no cesaba de pensar en lo cruel que era la situación en la que se estaba viendo envuelta su amiga por culpa de Jordi. Optó por dejar la infructuosa lectura para mandarle un mensaje a Carmen.

Tu exmarido es un cerdo y no merece ni un
minuto de tu pensamiento.

23.10

Ya lo sé, pero es
difícil.

23.12

Mañana hablamos. Lleva alguna foto de
Emmanuel, me muero de ganas de verlo.

23.15

Con aquel último mensaje Julia dio por terminado el día. La habitación estaba a oscuras salvo por la pequeña lamparita que tenía en su mesilla de noche, y Juan dormía plácidamente en su lado de la cama. Mañana sería otro día y, aunque fuera a través de Carmen, viviría cosas distintas.

Carmen sabía que su amiga tenía razón, pero ¿qué podía hacer para que su hijo lo entendiera? ¿Cómo explicarle a un niño de ocho años que no podía volver a vivir con su padre porque ya no sentía otra cosa por él que no fuese repulsión? El dolor no olvidado que sentía en su interior aumentaba a causa de los recuerdos, y sus lágrimas rodaban por sus mejillas al revivir su pasado. Sentada en ese mismo sillón, esperando a que su marido regresara a casa de una de las múltiples juergas que él denominaba reuniones de trabajo; evocando las conversaciones en las que la llamaba loca, desquiciada o enferma; paladeando los momentos en los que se creyó inferior a las demás, poca cosa, despreciada, humillada; y los celos, el dolor producido por los celos. Ahora, sentada en el estudio, Carmen bebía de su copa intentando mitigar en el consuelo del alcohol la angustia que la duda le provocaba.

El rencor que sentía hacia Jordi volvía a tomar la fuerza que tuvo antaño, y conseguía hierla incluso ahora que contaba con el apoyo de Emmanuel. Corría el riesgo de perderlo si no conseguía hacerle entender su dilema: elegir entre su felicidad o la de su hijo. Para Carmen era duro tratar de entender la pretensión de Jordi. Él insistía en su deseo de volver a casa y se inventaba múltiples pretextos. Hasta ahora, el último resultaba ser el más vulgar e insólito.

Aquella tarde Jordi se había presentado en su casa con bollos y chocolate para que los niños merendasen. Fran y Olivia, encantados por la sorpresa, habían estado jugando con él hasta tarde. Hacía tanto tiempo que no veía a los chicos tan entregados a un juego de mesa que no quiso interrumpirlos para que se fueran a dormir a su hora. Jordi, tan sagaz como siempre, aprovechó para contarles que el apartamento donde vivía estaba infestado de cucarachas y no tenía más remedio que abandonarlo, dando a entender a los niños que ahora no tendría más remedio que buscar un nuevo sitio donde vivir.

Las dudas en Carmen se enraizaron ante la treta tan sucia que Jordi había utilizado para manipular a los niños. Pero era el padre de sus hijos y, por muy hipócrita que ella lo creyese, si Fran se enteraba de que Carmen no le había prestado atención o ayuda seguramente no la perdonase nunca.

Deshecha en lágrimas por la impotencia que sentía, no podía evitar

pensar que Jordi pretendía aprovecharse de la debilidad que ella sentía por sus hijos para obligarla a tomar una decisión apresurada. Tenía que pensar algo y tenía que darse prisa en hacerlo.

Julia se despertó al sentir que algo se le clavaba en la mejilla. Era un papel. Lo cogió creyendo que sería algún dibujo de las niñas que ayer, al acostarse, le había pasado desapercibido, pero al mirarlo con más detenimiento leyó: «Te quiero. No nos enfademos. Nos vemos sobre las 2.30». Al leer la nota que Juan se había tomado la molestia de dejar a su lado recordó la discusión. Al parecer, a él le preocupaba dejarla triste y había intentado arreglarlo con una breve nota de despedida. Julia depositó con cuidado el papel sobre la mesilla y, animada por el detalle, se levantó dispuesta a prepararse un café.

Mientras desayunaba, Julia pensaba en llamar a su amiga Beatriz. Hacía tiempo que no hablaban y le apetecía saber de ella, y además estaba segura de que Beatriz le daría algún buen consejo para Carmen. Beatriz era una mujer positiva pero también realista, quizá tuviese alguna pista de cómo sacar a Carmen del mar de dudas en el que Julia creía que su amiga se encontraba. Estaba convencida de que Juan se confundía: ella no veía ningún arrepentimiento en Jordi y estaba segura de que los hijos de Carmen estarían mejor cuanto más lejos de su padre estuvieran. Nunca había sido una buena persona ni una buena influencia, y si Carmen cedía a sus chantajes, se arrepentiría el resto de su vida. Hoy no permitiría que la pereza le impidiera buscar un momento para coger el teléfono y llamar a Beatriz. Además, así pondrían sus vidas al día.

De pronto recordó que ayer tampoco había hablado con Raquel. Ninguna de sus amigas del grupo había sabido nada de ella en días. Debía de andar muy ocupada con las reuniones que tenía si no daba señales de vida, aunque solo fuera para preguntar cómo estaban.

Julia sonrió al ser consciente de sus divagaciones de desayuno. En fin, debía comenzar a vestirse antes de que las pequeñas despertasen. Hoy tenía la sensación de que el día le sería fructífero y deseaba sacarle el máximo partido.

Descolgó unos vaqueros y uno de sus jerséis al azar. Al menos en esta ocasión no iría en chándal, y para empezar la mañana, eso era un avance. Si

conseguía arreglarse antes de que las niñas se levantaran tendría alguna oportunidad de llegar antes al colegio. Mientras se vestía trataba de imaginar cómo sería Emmanuel. Lo veía moreno, de mediana edad, rondando los cincuenta, con mirada profunda y soñadora, un hombre honesto y cariñoso capaz de llenar las carencias en la vida de su amiga. Estaba segura de que para Carmen debía de resultar refrescante la compañía de alguien así y se alegraba de que su amiga tuviera algún motivo para sonreír cada mañana al mirarse al espejo.

A las ocho, Julia pensó que era hora de despertar a sus queridos monstruitos y quince minutos más tarde se arrepintió de haberlo hecho: la ilusión que había albergado de llegar pronto a la puerta del colegio era solo eso, una ilusión. Después de vestirse, Sara decidió que los cereales no debían comerse con la boca, sino por la cabeza, que era mucho más divertido. Julia contempló resignada el pelo de su hija, regado de leche y pequeñas bolitas de maíz azucarado. Cabizbaja, llevó a la pequeña a la ducha para solucionar el desastre. Julia miraba a su hija Sara cepillarse el pelo embelesada frente al espejo. Mientras pensaba en las protestas de la más reciente de sus amigas acerca de lo insufribles, desobedientes y autoritarios que eran sus hijos. Lo cierto era que no se podía decir que la pequeña princesa tuviera un despertar especialmente bueno; por el contrario, normalmente se levantaba bastante hostil.

Al final salieron a la misma hora de siempre, con el mismo retraso de cada día, pero logró dejar a las niñas en la puerta del colegio antes del cierre. Después se reunió con sus amigas.

—El día que llegues pronto pensaré que te pasó algo grave, Julia —dijo Olga—. Es increíble que siempre llegues la última.

El comentario, aunque jocoso, molestó a Julia, que venía disgustada por el incidente con Sara. Hoy había hecho todo lo que estaba en su mano para llegar pronto y ni aun así lo había conseguido. Comenzaba a pensar que el problema no estaba en sus hijas, sino en ella.

—Es sencillo llegar a la hora si vienes en coche como tú —contestó sin disimular su mal humor—. Además, no me hables del tema, Olga, que vengo de un humor de perros —añadió para suavizar su primera intervención.

—Creo que deberíamos irnos —sugirió Carmen—. Julia, vente conmigo, que así me acompañas y te relajas.

En la intimidad del coche Julia se sujetaba la cabeza con ambas manos,

hastada. Carmen escuchaba a su amiga relatarle el motivo de su ansiedad: comenzaba a sentirse ahogada e inútil, Sara era una niña difícil y ella se veía incapaz no solo de dominarla, sino también de aguantarla. Carmen le dijo que todos los niños tenían etapas difíciles, unos antes y otros después, y los hermanos pequeños solían ser más complicados: estaban más resabiados, ya que contaban con las enseñanzas de sus hermanos y con el cansancio de sus padres.

—¿Cómo es que hoy has venido en coche? ¿Vas a algún sitio? —quiso saber Julia.

—He quedado para hablar con Jordi en el centro comercial de la carretera de Burgos —contestó Carmen con pocas ganas.

—¿Qué le dirás?

—Aún no lo sé, solo voy a escuchar.

—Ya —dijo Julia.

Tampoco hacía falta que dijera más, porque Carmen conocía la opinión de su amiga respecto a su situación.

—Julia, busco tu apoyo, tu comprensión y tu opinión, no tu recriminación. Sé que me consideras débil, o quizá torpe y ciega, pero ¿has visto a tu hija mayor alguna vez llorar de noche por la ausencia de su padre? ¿Te ha hecho sentir como si fueras la peor madre del mundo por anteponer tus deseos a los de ella? ¿Se ha despertado en plena noche gritando y sudando por el miedo a perder a su padre? Si no es así, ayúdame sin juzgarme —dijo Carmen con lágrimas en los ojos.

Fue ese momento en el que Julia miró apesadumbrada a su amiga. Carmen tenía razón, su comportamiento estaba siendo egoísta, infantil e ignorante. Ella no podía entender ni cuantificar la agonía por la que debía de estar pasando la mujer que tenía sentada a su lado. La dificultad de enfrentarse a la decisión y la situación de Fran eran más graves que los absurdos altibajos que ella sufría ocasionalmente debido a las niñas.

—Carmen, lo siento, quizá cualquiera de las chicas te sería más útil que yo. Temo que solo puedo escucharte, me siento inexperta frente a tus problemas y no sé cómo puedo ayudar.

—Por ahora no, Julia, es algo muy personal que debo sopesar, asimilar y solucionar antes de contárselo a nadie más. Te lo he dicho a ti porque confío en tu criterio, silencio y honestidad. Sé que puedo estar segura de que lo que me dices es lo que opinas y no lo que yo deseo escuchar.

Julia no contestó. Condujeron por el barrio manteniendo un cómodo

silencio entre ambas. Pese a que no tardaron en llegar adonde las esperaban, prefirieron aparcar el coche a un par de manzanas de El Barril con la intención de caminar un poco antes de unirse al grupo. Julia quería despojarse de su mal humor antes de volver a molestar a cualquiera de sus amigas, Carmen quería tranquilizarse y alejar sus preocupaciones del grupo por el momento.

Al abrir las puertas del bar, el familiar bullicio de las personas que charlaban mientras desayunaban les dio la bienvenida. Olga y las demás estaban sentadas en la mesa del fondo, su lugar habitual. A Julia le llamó la atención el nuevo cuadro que hoy colgaba sobre la mesa: una hoja de limonero flotando en el agua. A su parecer, la pintura no pegaba demasiado con el local, pero el dueño de la cafetería aprovechaba los espacios vacíos en las paredes para exponer y vender cuadros de artistas desconocidos. Se habían retrasado más de lo debido, por lo que sin pérdida de tiempo se encaminaron hacia sus respectivas sillas. Olga, que parecía haber olvidado su pequeño rifirrafe, las saludó y les animó a unirse a la conversación que mantenían.

Alrededor de una hora después, tal y como había dicho, Carmen se despidió del grupo. No quería entretenerse, estaba nerviosa por la reunión que tenía entre manos. La conversación de la pasada noche con Jordi no había concluido y no sabía a qué se enfrentaría hoy. A Olga no le pasó inadvertido el nerviosismo de su amiga. Estaba convencida de que a Carmen le sucedía algo, pero hacía tiempo que había aprendido la ardua tarea de respetar la intimidad de las personas.

—Ayer Paco estuvo haciendo entrevistas en el trabajo para un puesto de auxiliar administrativo —dijo Olga—. Al llegar a casa estaba con el ánimo por los suelos y de un humor espantoso. Cuando le pregunté qué le pasaba me dijo: «Olga, hoy he visto a sesenta chicos más jóvenes que yo, de los cuales la mayoría hablaba dos o tres idiomas, todos tenían carreras universitarias, algún máster y algún otro curso más. Cualquiera de ellos está mejor preparado que yo y optaban a un puesto de auxiliar. ¿Sabes cómo te deja eso? Es más, ¿qué pasa si me despiden, Olga? ¿Dónde me colocarían?». Y comprendí que tenía razón, a nuestra edad y con nuestro currículum solo nos queda rezar por quedarnos como estamos.

La conversación no ayudaba al ánimo de Julia, que según avanzaba la mañana veía su día más desmoralizador. Primero, Sara la había desquiciado, luego Carmen le había hecho sentirse mezquina, y ahora Olga se había

encargado de hundirla, dilapidando cualquier esperanza que Julia albergase de volver a la vida activa. Deseando escaparse a la protección de su hogar mientras se sintiera capaz de reaccionar, Julia se despidió:

—Tengo muchísimas cosas que hacer, os dejo.

Tras la marcha de Julia, Olga se sentía contagiada por esa penumbra que cubría el estado anímico del grupo. Al parecer había estado tan abstraída que no se había dado cuenta de que últimamente todas tenían problemas. Desconocía en qué consistían los de Carmen; esa mujer había sufrido muchísimo anteriormente, pero en los últimos meses la había visto mucho mejor. Alcanzaba a sospechar los de Julia, aunque no se inmiscuiría en su vida, no era su estilo. Por su parte, ella tenía miedo del futuro cercano: si las sospechas de Paco se cumplían, estarían en problemas. Ellos no tenían ahorros, vivían al día con dos sueldos y todavía debían algo de la hipoteca del piso. Nunca habían pensado en privarse de cenas, salidas y caprichos para la niña, y esa vida quizás ahora les pasase factura. Pero ¿quién podía esperar eso? Tanto ella como Paco habían tenido una infancia difícil y una juventud llena de carencias, ambos habían trabajado desde jóvenes y habían deseado otra vida para la pequeña Ana.

Olga no había querido contar toda la verdad acerca de la situación laboral de Paco. Su marido sospechaba que la oleada de trabajadores nuevos tenía como finalidad la sustitución de la vieja plantilla por jóvenes más preparados, y laboral y económicamente más rentables. A la empresa no le importaba la vida de las personas de las que prescindiría. Además, la venta de seguros estaba floja y lograr que los clientes no cambiasen de compañía cada día era más complicado. Debían pensar en suprimir gastos y priorizar para prevenir esa posible situación.

Al entrar en casa, Olga se quitó el abrigo y lo dejó colgado en la entrada. Hoy tendría que trabajar sin descanso intentando rescatar todas las pólizas que amenazaban con abandonar la compañía. Le dolía la cabeza, y la espalda se resentía desde hacía días, pero no podía malgastar su tiempo en pensar en lo mal que se encontraba.

Julia quería llamar a Carmen. Estaba preocupada, habían trascurrido varios días sin noticias, pero tenía la sensación de que si la llamaba la presionaría. Estaba segura de que su amiga la llamaría cuando estuviese preparada para hacerlo. Ya era viernes y casi se podía dar la semana por terminada. Le tranquilizaba saber que, aunque Carmen no había acudido a los desayunos, su hija Olivia sí había ido a clase cada día. Intrigada por saber qué había pasado con Jordi, Julia decidió mandarle un mensaje en señal de apoyo y cariño. Sería una forma de contactar con ella aunque su amiga no contestara.

¿Estás bien? Solo di sí o no. No necesito saber
más.
12.10

Dentro del almacén de la ONG, donde Carmen llevaba inmersa toda la semana entre cajas y precintos, apenas quedaba espacio para ella. Terminaba de cerrar los últimos paquetes del envío, los que contenían medicamentos y curas que, por lo que había dicho Emmanuel a primera hora del día, eran los más delicados. Seguramente pasarían control de aduana y debían estar debidamente cumplimentados si no querían sufrir ninguna pérdida o retención. El transporte saldría ese mismo día con destino a Malawi. La ONG tenía un centro de ayuda permanente en aquel país y Emmanuel insistía en que era vital que ese suministro saliera a tiempo de España. Carmen estaba convencida de que algo importante y que les incumbiría a todos estaba sucediendo en las altas esferas de la organización. Se apreciaba más ajetreo del habitual, más prisas por terminar, más presión, incluso mucha más burocracia que la habitual. Emmanuel y Héctor no paraban. Llevaban una semana saltando de una reunión a otra, ya fueran estas en la sala de juntas o por videoconferencia. Pero nadie les decía qué era lo que estaba sucediendo.

Carmen recibió el mensaje de Julia, pero necesitaba alrededor de quince minutos antes de poder atenderlo. Tenía demasiadas cosas que contar y no podía resumirlas en una breve respuesta de chat. En cuanto terminase el

paquete que estaba elaborando y comprobase que no se le olvidaba nada la llamaría e intentaría quedar con ella. La semana había resultado difícil. No había tenido un minuto libre en el día para hablar con sus amigas: entre el hospital, los niños, la ONG y Jordi, las horas del día habían transcurrido como si fueran segundos.

Finalmente, tras un breve descanso, Carmen acordó con Julia quedar antes de ir a recoger a los niños, en una cafetería que llevaba toda la vida en el barrio y que quedaba cerca de la casa de ambas. Julia estaba preocupada y Carmen deseaba contarle los últimos detalles acontecidos en su vida.

En esta ocasión Julia no se entretuvo en arreglarse: sujetó su pelo en una coleta y se puso las deportivas. Juan había estado más hablador de lo habitual durante la comida, y después, en el lugar de marcharse pronto, como acostumbraba, había optado por esperarla con el fin de que salieran juntos de casa, ya que no solían tener muchas ocasiones de hacerlo.

Después de acompañar a su esposo hasta el coche, Julia se encaminó a la cafetería donde había quedado con su amiga. Solo tendrían tiempo de tomar un breve café y Julia estaba impaciente por saber si Carmen por fin había mandado a paseo a Jordi.

Julia, como siempre, llegaba tarde, por lo que más que andar corría por la acera atropellando a todo el que se cruzase en su camino. Hasta que al doblar la última esquina vio a Carmen sentada en el banco que había frente al escaparate del local, fumando un cigarrillo mientras miraba el móvil.

—¿Qué estás haciendo aquí fuera? Podías haber esperado dentro tranquilamente.

—Estaba aprovechando, dentro no se puede fumar.

Cuando Carmen dio por terminado su cigarro entraron en la cafetería, donde ambas pidieron café con leche y sacarina.

—¿Qué te pasa, Julia? Tienes mala cara —preguntó Carmen antes de sentarse, evitando de esa manera comenzar a hablar de sus cosas.

Tenía tanto que decir que antes de comenzar debía organizar sus ideas.

—Estoy de un bajón tremendo desde el martes. Cuando te marchaste, Olga saco a colación el tema del paro y me hizo pensar en que las niñas se van haciendo mayores. Antes de que me dé cuenta no me necesitarán, creo que debería hacer algo.

—¿Qué pudo decir Olga que te influyera tanto? Hoy es viernes y aún te dura. Yo conseguí un buen empleo hace poco. Encontrar un trabajo es difícil pero no imposible.

—Sí, lo recuerdo, pero el trabajo de enfermera está muy solicitado. Sin mencionar que tú eres muy buena en lo tuyo. Sin embargo, yo he olvidado prácticamente todo lo que sabía, y lo que no he olvidado ya no funciona.

—Pues recíclate en lugar de protestar y hundirte —dijo Carmen.

—Eso es tan fácil de decir para ti como para mí decirte que mandes al carajo a Jordi. ¿No recuerdas que Juan no quiere que trabaje? No creo que se lo tomase bien.

En el pasado, en más de una ocasión, Carmen y ella habían hablado acerca de su vida. Carmen conocía las circunstancias en las que Juan y ella se conocieron y cómo Julia dejó que él la convenciera para que dejara su trabajo y se convirtiera, de esa forma, en una respetable ama de casa. El motivo por el que Julia no quería volver a tratar con Carmen ese tema era que no deseaba que su amiga le volviese a hacer dudar acerca de su felicidad, porque si de algo Julia no tenía dudas era de lo mucho que se querían Juan y ella.

—Carmen, no querrás pasar todo el tiempo hablando sobre mí, ¿no?

—Tienes razón. Hemos quedado para que te cuente lo que ha sucedido y aquí estoy, intentado desviar tu atención. Bien, ya sabes que el martes fui a hablar con Jordi. Me dijo lo mismo que lleva diciendo los últimos días: que se arrepentía, que nos quiere y que quiere volver a casa. Y nada, después de hablar con él, fui a la cita que tenía con el psicólogo de Fran. Él no me dio respuestas, solo me hizo ver las alternativas que yo ya conocía y encima me cobró cincuenta euros por la consulta. Por un lado, el problema de Fran y su conducta conmigo mejorarían enormemente con la vuelta de su padre a casa, pero siempre y cuando el ambiente familiar fuera real, sin gritos ni peleas. Claro está, el psicólogo también me advirtió del peligro que conllevaría una nueva ruptura, eso retrasaría de manera estrepitosa la evolución de Fran. Por último, me llamó a reflexionar sobre el coste emocional, físico y psíquico que me ocasionaría a mí.

—Y bien, ¿qué harás?

—No lo sé.

—Has hablado con Emmanuel al respecto.

—No, hoy lo haré. He empezado a colaborar con él unas horas al día en la ONG, con eso consigo ayudar a otros más necesitados que yo y me saco

un pequeño sobresueldo que me viene muy bien. Ya sabes, siempre ando justa.

Julia miraba a su amiga estupefacta. Allí estaba, sentada frente a ella, sin poder creer que Carmen hubiese sido capaz de pasar por todo aquello sin mencionar ni una sola palabra.

—No me lo habías contado —dijo Julia, intentando quitarle protagonismo al tema de Jordi—. ¿Cómo has podido aguantar sin decírmelo?

—Empecé hace un par de semanas trabajando algunas horas, ha sido esta cuando he comenzado con el horario de mañana y no te he visto. Entre el trabajo por las mañanas y las noches en el hospital he estado muy liada; es más, esta tarde tendré que volver a la ONG porque hay mucho ajeteo allí.

—¿Eso significa que te perdemos para el café?

Julia no pretendía lanzar ninguna pregunta, solo una afirmación caprichosa. Se alegraba por la suerte su amiga, pero gran parte de ella seguía envidiando la aventura.

—No lo sé, igual cuando hoy hable con él me despide. Imagino que al final tendré que dejar mis ilusiones y sentimientos a un lado. Quiero demasiado a mi hijo, no tengo opciones válidas ni argumentos que me digan lo contrario. Quiero ver feliz a Fran. Le debo al menos intentarlo, ¿no crees?

—Creo que te arrepentirás toda tu vida, Carmen. Y me gustaría hablar más de ello, pero ya es la hora de marcharnos. ¿Me contarás lo que pase?

—Sí, tranquila, seguramente terminaré yendo a llorar a tu casa para que no me vean los niños destrozada.

—Tienes las puertas de mi casa abiertas y mi ayuda cuando la necesites, lo sabes.

Julia lo afirmó con sinceridad mientras le acaricia el hombro cariñosamente en señal de apoyo. Carmen tenía una decisión difícil que tomar y necesitaba de toda la ayuda que pudiese encontrar. Fuese cual fuese la opinión que Julia tuviese acerca de Jordi, se la guardaría por el momento. No le ocasionaría más angustia a su amiga si lo podía evitar.

—Oye, Carmen, que si te echan igual yo puedo cubrir tu puesto, así que acuérdate de mí si te despiden.

Se acercaban las cuatro y media y la cafetería estaba desangelada por la ausencia de clientela. No había apenas gente salvo ellas y algún anciano tomando su carajillo de la tarde. Lo que indicaba que, inequívocamente, llegaba la hora de acudir en busca de sus hijos. Acompañadas por el

ensordecedor ruido que hacía el camarero al limpiar la cafetera, terminaron sus cafés y salieron en dirección al colegio.

El semblante de Carmen se percibía más relajado después de la charla con su amiga. Hablar y desahogarse con una persona a la que quería le había servido de más ayuda que su infructuosa consulta con el psicólogo. Sabía que Julia no compartía su opinión —ella no creía que el regreso de Jordi fuese beneficioso para nadie—, pero la escuchaba, y eso ya era mucho.

Ya en la calle, la repentina aparición de Olga en su destartalado Nissan fue providencial. Sonriente, Julia tiró del brazo de Carmen para animarla a subir al coche. Iban con retraso, y el encuentro con Olga resultaba de lo más afortunado.

—Olga, ¡qué suerte que nos hayas visto! Vamos pilladas de tiempo, si no es por ti llegamos tarde; siempre nos sucede lo mismo. Al final los hombres van a tener razón: es un peligro dejarnos solas —dijo Julia mientras se abrochaba el cinturón de seguridad del asiento del copiloto.

—Pues la verdad es que sí, dudo que hubieseis llegado de no ser por mí. De cualquier forma, no os preocupéis, ya os cobraré el favor.

Olga bromeaba, intentado correr un velo sobre un asunto al que no quería dar demasiada importancia. Escondía su incredulidad tras sus gafas de sol, ya que estaba convencida de que Julia intuía que ella sospechaba que las dos se traían algo entre manos. Aun así, se mantuvo callada, aunque no pudo evitar sentirse dolida por la falta de confianza que sus amigas.

—Además, siempre me podéis coger a Ana si no encuentro sitio —añadió Olga.

—No hay problema, Olga, yo la recojo y te la acerco, así no te lías aparcando, que todas sabemos lo mal que te sienta —dijo Julia mientras Carmen se mantenía callada en el asiento trasero del coche.

Al llegar a la puerta del colegio, Julia salió precipitadamente del coche con la excusa de ir en busca de las niñas. Tenía prisa por salir de aquel reducido espacio en el que se notaba acorralada. Estaba convencida de que Olga sabía algo y no quería ser la culpable de desvelar el secreto de Carmen; a su vez, le parecía injusto que Carmen no confiase en una mujer tan cabal y discreta como había demostrado ser Olga en numerosas ocasiones. Sin mencionar el hecho de que la propia Olga acaba de desvelar al grupo de amigas el gran problema que tenía en su casa, confiando en ellas plenamente.

Carmen, por el contrario, se tomó su tiempo. Era tan consciente de las

conjeturas de Olga como Julia, pero no estaba preparada para airear sus miserias. Necesitaba más tiempo, pese a lo que pudieran pensar las demás. Quería ser fuerte y poder detallarles lo que estaba viviendo sin llorar, porque ya la habían visto con anterioridad derrochar demasiadas lágrimas por Jordi.

Esa tarde, Ángela y Sara tenían piscina, actividad a la que iban desde muy pequeñas, en el polideportivo municipal que tenían cerca de casa. Después de ducharlas allí mismo y pelearse tres o cuatro veces con Sara, Julia las llevó a cenar al Burger King. Hoy no había tenido tiempo de dejar cena preparada por haber estado con Carmen toda la tarde, circunstancia que a las chicas no les molestó en absoluto.

Al llegar a casa, a eso de las nueve y media, Julia tenía dos mensajes en el contestador. La habían intentado localizar en el móvil, pero en la cafetería había activado el modo avión para que nadie las interrumpiese y después había olvidado quitarlo. Una era de Juan y otra, de nuevo, de Carmen.

Decidió llamar primero a su marido. No era normal que Juan la llamase por la tarde y le preocupó que pudiese haberle pasado algo. Últimamente el ambiente estaba un poco revuelto, era como si un manto oscuro de preocupación se cerniese sobre el grupo de amigas y un mal augurio la persiguiese. Al marcar su número saltó directamente el contestador automático: «Julia, cariño, no he querido insistir en llamarte al móvil para no preocuparte. No me esperes despierta, he tenido que venir al hospital a traer a mi madre, se ha caído y le duele la cabeza, le están haciendo pruebas. No puedo tener el móvil encendido, en cuanto sepa algo te llamo para mantenerte informada. Un beso y descansa».

Más tranquila ahora que sabía que Juan estaba bien, Julia decidió acostar a las niñas y darse una ducha rápida antes de hacer la siguiente llamada, que amenazaba con ser larga.

Se disponía a descolgar el teléfono cuando de repente le asaltó el deseo de prepararse una copa. No recordaba el tiempo que hacía que no se tomaba una, pero indiscutiblemente el momento lo requería. Se levantó y se dispuso a prepararse un Baylis, bebida que había visto a Carmen tomar en alguna ocasión. Normalmente Julia bebía ron con coca-cola, pero la idea de tomar aquel cálido y espeso licor llamó su atención.

Julia apagó las luces de la casa para que las niñas no se despertasen. Dejó como única iluminación la tenue luz que proyectaba la lámpara de mesa que tenía a su izquierda. Dejó la copa sobre la mesa de centro y se sentó en el sillón, se acomodó sobre el apoyabrazos y se cubrió con la manta

de lana que tenía. Después marcó el número de Carmen, que no tardó en atender el teléfono.

—Carmen, hola, cuando vi tu mensaje decidí llamarte después de haber acostado a las niñas para que pudiésemos hablar tranquilamente. ¿Te viene bien ahora?

—Sí, Julia, tranquila, yo también los tengo acostados. Te llamé porque no podía esperar a mañana para contarte los nuevos acontecimientos. — Después de un breve silencio Carmen continuó hablando—: Necesitaba informarte urgentemente de lo que ha ocurrido esta tarde en la ONG, no podía esperar. Hoy me armé de valor y fui a hablar con Emmanuel, pero al llegar frente a él me quede en blanco. Empecé a tartamudear y a sudar, la sala en la que estábamos se me antojaba minúscula, y en la necesidad de reaccionar dije lo primero que pasó por mi mente. Le pregunté si cabía la posibilidad de que entrases a trabajar con nosotros. Él me miró desconcertado durante unos segundos, imagino que no esperaba una pregunta como esa de mí en esos momentos. El caso es que cuando recuperó la compostura me pidió que le hablase de ti. Después de darle unos cuantos detallitos, me pidió tu currículum para incluirlo en un proyecto nuevo que están abriendo. Al parecer, la ONG está en trámites con instituciones gubernamentales y otras ONG para llevar a cabo un proyecto energético conjunto en uno de los pueblos más apartados de la central de Malauí. No sé para qué exactamente, solo sé que es allí donde van destinados todos los envíos que estamos elaborando en este momento y, por lo que parece, da la sensación de ser algo muy grande.

Para cuando Carmen terminó de hablar, Julia ya se había terminado la segunda copa de Baylis. La bebida la había ayudado a mantener la compostura ante la noticia que su amiga le estaba dando. No sabía qué decir ni qué contestar, nunca hubiera imaginado que era esto lo que Carmen necesitaba contarle con tanta urgencia.

—Pero, Carmen, yo no me puedo ir a Malauí. ¿Estás loca?

—¡Ja, ja, ja! No, tonta, claro que no, ¿qué ibas a hacer tu en Malauí? Tu trabajo estaría aquí en Madrid, pero el proyecto es para ayuda allí.

—¡Oh! Ya te lo había dicho, estoy fuera de onda. —Las dos rieron ante la idea de Julia perdida en África—. Bueno, ¿y lo tuyo cómo fue?

—Imagínate, no fue plato de gusto discutir el tema con Emmanuel, pero no fue tan mal como yo esperaba. Después de hablar acerca de tu currículum, del trabajo, de la ONG, del proyecto y de todo lo que se me

ocurrió, abordé el problema y le expliqué mi situación. Le conté que Jordi quería volver a casa y que para Fran era lo mejor. Al principio Emmanuel permaneció callado. Después de un rato de silencio que se me hizo eterno, me preguntó qué era lo que yo quería, quiso saber si yo también deseaba la vuelta de Jordi. Le contesté que rotundamente no. Como es lógico, le aseguré que mi deseo era seguir con él. Pero que entendiese la importancia que tenía Fran en mi vida. Si existía la más mínima oportunidad de que mi hijo volviera a estar bien, mi obligación era intentarlo. Emmanuel también quiso saber lo que esperaba Jordi de ese retorno al hogar. Le aseguré que Jordi era consciente de que entre nosotros solo estaban nuestros hijos y nuestros ingratos recuerdos, por lo que era imposible que ni ahora ni nunca existiese nada más. Entonces fue cuando me preguntó si estaría dispuesta a que nuestra relación fuese pública para mi ex, a lo que le contesté sin dudarle que sí. Si ese era un rayo de esperanza para nuestra relación, no lo dejaría escapar.

—Entonces, ¿en que habéis quedado? —insistió Julia.

—Es complicado. Emmanuel entiende por lo que estamos pasando los niños y yo, pero necesita que le dé espacio y tiempo para decidir qué hacer. Él buscaba algo más que una aventura rápida: quería una relación estable, tranquila y sin problemas, no lo que le ofrezco. Está cansado de entrar y salir de la vida de diferentes personas y no hallar su lugar en ningún sitio. Al menos él tiene la suerte de saber lo que quiere. Aun así, no está todo perdido, todavía tengo esperanzas de que me conceda algo de tiempo. Y por ahora, hasta que me diga lo contrario, seguiré trabajando en la ONG.

—¿Cuándo te dirá algo?

—No lo sé, no lo puedo presionar, si lo hago, corro el riesgo de perderlo. Hay que entender que para él no debe de ser fácil ni tampoco agradable. Imagínate. Si fuese al contrario yo no sería capaz de aceptar algo semejante. Para serte sincera, tengo la seguridad de que no lo haría, me comerían los celos y la inseguridad, y eso provocaría que lo dejara, que es lo que en el fondo sospecho que hará él. Sé que me ha pedido tiempo para pensar, pero imagino que terminará por dejarme —dijo Carmen.

—¿Y Jordi sabe cuáles son sus intenciones reales? Porque, honestamente, no me fio de él. Siempre lo he considerado un cretino, un falso y un manipulador, y te advierto que no voy a cambiar de parecer tan fácilmente.

—Le he dicho por activa y por pasiva que mi único sentimiento hacia él

es de asco y rencor. Lo sabe, pero es demasiado engreído y cree poder cambiarlo, no comprende que no hay vuelta atrás. Siempre ha sido un estúpido inmaduro y no cambiará, cree que con pedir perdón se soluciona todo. Es un experto en omitir u olvidar las consecuencias de sus actos.

—Oírte hablar resulta escalofriante. ¿Los niños ya lo saben? —preguntó Julia.

—Aún no les he dicho nada. El fin de semana hablaremos más tranquilos, tengo que conseguir que comprendan la situación sin hacerse falsas ilusiones. Después de mucho meditar he llegado al convencimiento de que puedo admitir al padre de mis hijos en casa, pero no a mi marido. Y eso lo tienen que entender, o al menos saber. Es normal que los niños se creen falsas esperanzas, cualquier pequeño y no tan pequeño desea tener una familia unida. Por desgracia, esa no será su realidad.

Julia se debatía entre quien la preocupaba más, si los niños o la madre. Normalmente, Carmen era una persona muy recta, pero este tema la estaba desquiciando. Las manecillas del reloj continuaban corriendo sin respetar a nadie, se iba haciendo tarde y el cansancio del día se dejaba notar. En pocas horas, tanto Ángela como Sara la reclamarían de nuevo, y si no se acostaba pronto e intentaba descansar lo pagaría caro al día siguiente. Julia, cada vez más reclinada sobre el sofá, con la mirada fija en techo del salón, escuchaba cómo su amiga se desahogaba con la única que persona que conocía los últimos y desastrosos acontecimientos de su vida, y reconocía a su vez que ella nunca tendría la fortaleza física y mental necesaria para afrontar semejante situación.

A Carmen no la dejaba dormir el miedo a reprocharse algún día no haber hecho todo lo que estuvo en su mano para tratar de conseguir que su hijo Fran superase el estado de aislamiento, insatisfacción y tristeza en el que estaba sumido desde la partida de Jordi. A lo largo de estos años se había documentado acerca del tema. La sintomatología que mostraba el niño era un problema normal en hijos de padres separados. A otros chavales les daba por meterse en conflictos, mostrar mal comportamiento en la escuela, disminuir su rendimiento escolar o cualquier otra alteración en su conducta que les permitiese demostrar su inconformismo. Desde que había comenzado este embrollo, Carmen no había sido capaz de dejar de darle

vueltas. Al fin parecía haber llegado a una conclusión: sería capaz de sacrificar cualquier cosa por sus hijos, incluso su nueva pareja y su nueva vida, pero no se perdería a ella misma como mujer. No podía volver con Jordi, ni ahora ni nunca, eso le haría volver a sentirse la basura que antaño se sintió. Solo recordar el roce de sus manos en su piel la ponía enferma.

El reloj del reproductor marcaba la una de la madrugada cuando las amigas se despidieron. Incluso siendo tan tarde, Carmen sabía que no sería capaz de conciliar el sueño. Últimamente agradecía los días que le tocaba guardia en el hospital, porque al menos le daban alguna utilidad a su vigilia. Después de ponerse el pijama fue a la cocina para coger una pastilla. Hacía casi un mes que se había visto obligada a recurrir a tranquilizantes para resistir la presión a la que se estaba viendo sometida. Tras tomar la pastilla apagó las luces de la casa y se metió en la cama, donde esperaría plácidamente a que el sueño llegara mientras leía un par de páginas de la novela que había comprado en el mercadillo del barrio. Una novela rosa, cargada de pasión y subida de tono, que le hacía desear estar más cerca de Emmanuel de lo que creía posible volver a estar.

A Julia el sueño la rendía y la cabeza le martilleaba, sin embargo, los nervios se habían adueñado de su ser. La noticia que terminaba de darle Carmen había despertado en ella el entusiasmo. La oportunidad de volver a incorporarse de forma tan repentina al mundo laboral la había pillado de improviso. Ciertamente que el trabajo no tenía mucha relación con lo que había hecho anteriormente, pero cualquier actividad laboral conseguiría sacarla de su monotonía y sentimiento de exclusión. Retomar un trabajo, un horario y otras responsabilidades que no fuesen las niñas abriría sus expectativas y alentaba sus esperanzas.

A pesar de los altibajos, ella vivía su rutinaria vida pensando que era feliz, convenciéndose de que no le faltaba nada. Ahora no era capaz de controlarse. En cuanto se despidió de Carmen comenzó a pensar en lo que le podía deparar el futuro y comenzó a hacerse preguntas sin respuesta que terminaron con su relajación y su sueño. ¿Cómo sería el trabajo en una ONG? ¿Qué tareas desempeñaría? ¿Cuáles y cómo serían sus compañeros? ¿Trabajaría con Carmen? ¿Necesitaría hablar inglés? ¿Francés? Había estudiado inglés durante su periodo escolar, pero solo conseguía

chapurrearlo. ¿Se tomaría en serio Emmanuel su candidatura después de la ruptura con Carmen? Tenía la cabeza llena de datos, expectativas y esperanzas, y no deseaba despertar y darse cuenta que el trabajo no sería para ella. No podía culpar a Carmen por hacerle perder oportunidades de conseguir ese empleo, al fin y al cabo había sido ella quien se lo había proporcionado. Además, lo que estaba sucediendo en la vida de su amiga ya era lo suficientemente tétrico como para que Julia la culpara o recriminara nada; eso sería un comportamiento absurdo e infantil. Por la mañana le daría el currículum a Carmen, aunque ella no creía poder hacérselo llegar a Emmanuel hasta el lunes, cuando lo viese en la oficina. Él había dejado muy claro que quería espacio y tiempo para decidir lo que podía o no aceptar, y Carmen estaba totalmente decidida a respetar su decisión, aunque para ello tuviese que hacer uso de toda su determinación. Ninguna de las dos creía que Emmanuel pudiese admitir como algo normal la relación existente entre Carmen y Jordi, ni que pudiese mantener una relación sentimental con ella mientras su exmarido viviese en su casa.

Juan llegó de madrugada. Julia ya estaba dormida y no quiso encender las luces para no despertarla. Sabía que la relación entre su mujer y su madre no era buena y que Julia no se tomaría bien que él la despertase a esas horas por haberla llevado al hospital. Las pruebas habían resultado tediosas. Habían pasado más tiempo en las salas de espera que en el proceso en sí. Juan estaba fatigado pero tranquilo. Su madre parecía no presentar ninguna lesión; aun así, el médico había prescrito reposo y vigilancia. Sin entretenerse, se metió en la cocina y cerró la puerta tras de sí. Quería beber un vaso de leche y prepararse un sándwich rápido para acostarse pronto; el sábado tenían planeado ir al zoo con las niñas y, si no se dormía rápido y trataba de descansar para estar en plena forma por la mañana, Julia se enfadaría.

A la mañana siguiente, al despertar, Julia prefirió mantener la noticia del posible trabajo en secreto, hasta encontrar el momento propicio para contárselo a su marido. Intuía que a Juan no le entusiasmaría que Carmen la

hubiese recomendado para un trabajo en su empresa, y con Ascensión, su madre, enferma, su reacción era impredecible. Estaba convencida de que la madre de su esposo no tenía nada grave, pero lo cierto era que su suegra había encontrado el pretexto perfecto para lograr que el hijo estuviera pendiente del teléfono y de ella durante todo el fin de semana. Julia preparó café, tostadas y zumo para intentar animar a Juan, que no tenía buen aspecto incluso después de ducharse. Estaba claro que hoy no estaría de buen humor en todo el día, y a Julia no le apetecía que su marido le amargase el día ni que destruyera su nueva ilusión con algún argumento bien elaborado, con referencias al bienestar de la casa y de las niñas. Al ver lo que probablemente se avecinaba, se decidió a llamar a Olga; quizá su amiga se animase a acompañarla al zoo con las niñas, de esa manera Juan no se vería obligado a llevarlas y podría descansar.

El tiempo acompañaba, el día era soleado y sin nubes. Las chicas llevaban sus sombreros blancos con lazo rosa y flores y sus gafas de sol, y Olga, incansable, las perseguía cámara en mano mientras hacía millones de fotos: corriendo, saltando, bailando o dando de comer a las cabritas. El zoo era un parque magnífico donde llevar a las niñas: allí se entretenían solas viendo a los animales y apenas daban guerra. El pequeño diablillo de Sara se rio como una loca cuando los osos negros aplaudieron con sus patas delanteras pidiéndoles manzanas tras manzana, o cuando les tiró cacahuetes a los monos escondiéndose de los cuidadores del centro. Julia necesitaba contarle a alguien los nuevos sucesos, y Olga era una de las personas en las que más confiaba; era una mujer serena, seria e inteligente. Cuando las niñas, cansadas, se sentaron a comer sus bocadillos, pudo abordar el tema sin interrupciones.

—Carmen va a dar mi currículum en su trabajo y hay alguna que otra probabilidad de que me hagan una entrevista. Estoy nerviosa. Más que eso, estoy histérica. Hace años que no trabajo y me siento insegura. No se lo he dicho aún a Juan porque no sé cómo se lo tomará, pero me temo que no demasiano bien.

Después de soltar de carrerilla lo que tenía que decir, Julia respiró profundamente y miró a Olga, que la observaba sorprendida tanto por la noticia en sí como por la forma de exteriorizarla.

—Eso es genial, me alegro muchísimo por ti. Sabía que os pasaba algo a Carmen y a ti, pero no quise preguntar. Aunque hay algo que no entiendo, ¿por qué temer a Juan? Le has dado muchísimos años de tu vida a él y a las

niñas, te mereces evolucionar, seguir y sentirte bien contigo misma. Y si trabajar consigue que te sientas mejor, pues entonces adelante, lucha por ello.

—No es solo que Juan no me entienda, lo que me atemoriza es el miedo al fracaso, a que no me contraten o a que no me llamen para entrevistarme. A no ser suficiente. Soy mayor, Olga. Hace tiempo que no me siento interesante, ni joven, ni guapa ni nada. Y me causa terror comprender que no sean solo cosas mías, sino que la gente me vea así también.

—Julia, no somos niñas recién salidas de la facultad, pero a nuestra edad tenemos experiencia, estamos cualificadas, sabemos lo que queremos, nos conocemos a nosotras mismas y no necesitamos que nadie nos descubra nada. Es cierto que llevas un tiempo apartada, pero eso no te convierte en una mujer inútil, fea y vieja. Tú has invertido esos años en gestiones que en su momento creíste más importantes y no deberías olvidar los motivos que te llevaron a elegir esa opción, porque eso le quitaría la importancia que en su momento le diste.

—Tienes razón, pero mira a Elsa. Ella es guapa, se la ve joven e interesante, ha sabido mantener su vida y su casa sin sacrificar ninguna de las dos facetas. Mírate a ti, eres una mujer segura de sí misma, tu marido te adora y eres un soporte fundamental para tu casa. Qué se puede decir de Gema, que es capaz de compaginar y llevar la casa y la consulta. Y Carmen, una luchadora capaz de haber sobrevivido a Jordi y enfrentarse a la vida por sus hijos. Y yo, ¿qué hago yo, Olga? Me siento, con gran diferencia, inferior a vosotras, y lo peor es que no puedo evitar sentirme así.

Ese fue el momento que Ana, la hija de Olga, eligió para pedirle a su madre un poco de agua y recordarle que apenas tenía seis años. Se acercaba la hora de regresar a casa. Después de pasear todo el día por el zoo las niñas estaban muy cansadas, y tanto Julia como Olga aceptaron con desgana dar por zanjada su conversación.

En casa, Julia puso una película de dibujos antes de que las niñas cenaran. Debía bajar el nivel de excitación de las pequeñas antes de pensar en meterlas en la cama. Juan no estaba. Había ido a pasar el día con su madre, por si necesitaba algo o por si se volvía a encontrar mareada. Tener conciencia de ello hizo que Julia se revoliera en su silla. Juan había consentido que ella y las niñas pasaran el día solas por acudir al auxilio y socorro de Ascensión, y lo peor era saber que hasta que no pasaran al menos un par de semanas su marido no se quedaría tranquilo, y no podría contar

plenamente con él para que la ayudase un poco con las niñas.

Cuando finalmente llegó Juan, Julia ya no se sentía con humor de contarle nada acerca de la ayuda en la ONG, y él estaba tan saturado y cansado que no pareció notar que algo rondase por la cabeza de su mujer. Los dos acordaron, sin necesidad de mediar palabra, que era preferible terminar aquel día sin discusiones. Un «te quiero» y un «buenas noches» era lo más acertado para no despedir el sábado con altercados innecesarios.

El domingo, la madre de Juan preparó una enorme y sustanciosa paella para conmemorar su aniversario de boda. Era costumbre celebrar el acontecimiento en familia. La mujer sabía que era el plato preferido de Juan y se sentía feliz de poder cocinar para su pequeño gran hombre, así como para sus pequeños vástagos. Para ella era una pena que la mujer a la que había elegido Juan fuera tan insulsa y superflua. A Ascensión nunca le habían gustado las mujeres quejumbrosas, y Julia no cesaba de quejarse de lo mucho que le hacían trabajar las pequeñas princesitas. Ella, por el contrario, había trabajado toda su vida para sacar adelante su casa y a sus hijos con el modesto sueldo que Víctor, su marido, ganaba en el banco. Ahorrando cada peseta y haciendo encaje de bolillos para llegar a final de mes sin tocar la extra. Los niños iban siempre limpios y lustrosos, jamás nadie los vio desaliñados, no como a la pequeña Sara, que llevaba siempre las coletas medio hechas y los leotardos medio rotos. Ascensión estaba convencida de que, de no ser por ella, que algún zurcido les echaba, la niña iría enseñando las braguitas y a su madre no le importaría lo más mínimo. Y sin embargo, disponía sin pudor del considerable salario de su hijo, malgastando el dinero en superfluos caprichos innecesarios en el día a día. No se privaba del café con sus amigas o de aquellas cremas tan caras que Ascensión dudaba que utilizase, porque a su parecer no ayudaban en nada a su físico, cada vez más ajado y estéril de atractivo. Si de ella hubiera dependido, su hijo habría mandado a semejante mujer a hacer puñetas hacía tiempo, tal y como Jorge, su hijo mayor, había hecho con Mireya.

Jorge era el mayor de los hermanos y le sacaba dos años a Juan; en esta ocasión vendría solo. Mireya hacía un año que había tomado la determinación de dejar a Jorge, no aguantaba las continuas infidelidades de su marido y las mentiras que se veía obligada a contar para poder salir

dignamente a la calle sin sentirse avergonzada por la cruel realidad. Nunca había sido aceptada en la familia. Ascensión la menospreciaba por sus orígenes humildes y Mireya no había tenido la suficiente valentía y carácter para enfrentarla. Por lo que un día, sin previo aviso, cogió su maleta y se marchó de casa sin decir adiós. Ahora Jorge y ella estaban en pleitos por la custodia de los niños. Cuando Mireya se fue no tenía trabajo ni un lugar donde vivir, por lo que decidió dejar a sus dos hijos —Isabel, de catorce años, y Roberto, de once— al cuidado de su padre, hasta que ella consiguiera una situación medianamente estable para poder atenderlos. Después de un año de lucha, lo había logrado. Trabajaba de comercial en una empresa de recambios de automóvil y vivía en un pequeño apartamento a las afueras de la ciudad. No nadaba en la abundancia, pero disponía de lo justo para poder atender a los chicos, que estaban deseando marcharse con su madre. Y ella lucharía por ellos con uñas y dientes.

Julia comía mientras intentaba pensar en otra cosa que no fuera la insufrible cara de su suegra. Se sentía agradecida de que al menos hoy no le hubiese tocado frente a ella. Con el fin de celebrar su aniversario, ambos cónyuges ocupaban los lugares presidenciales en la mesa, normalmente destinados a sus dos hijos. No verla le permitía abstraerse y pensar en cómo le contaría a Juan el tema de la ONG sin sufrir las miradas maliciosas e irreverentes que Ascensión le profesaba; aunque, conociendo a la mujer, nadie la libraría de recoger la mesa bajo su crítica supervisión. Para la anciana, su hijo había cometido un gran error eligiéndola como esposa y madre de sus hijos. No le encontraba nada bueno, y Julia, después de diez años, lo tenía asumido.

De postre, la abuela sorprendió a toda la mesa con un espectacular bizcocho relleno de chocolate caliente que hizo las delicias de los pequeños y de los mayores, entre los que, para su vergüenza y contricción, se encontraba Julia (gran amante del chocolate y del dulce), a la que el olor a chocolate caliente que desprendía el postre le hizo la boca agua. Sara y Ángela se peleaban por alcanzar sus trozos de pastel mientras observaban calculadoras las porciones de los demás, intentando prever si podrían repetir del apetitoso dulce o sería imposible. Isabel y Roberto, más formales, guardaban la compostura en la mesa mientras sus ojos no se apartaban de la

bandeja en la que descansaba bizcocho.

El tedioso domingo finalizó entre abrazos, despedidas y buenos deseos fingidos. Cada uno de ellos se abrazó y deseó poder verse igual de bien en el siguiente aniversario, aunque ninguno de ellos hubiese anhelado volver a verse la cara; a excepción de los niños, para los que estos días de reunión suponían una alegría y una fiesta en la que poder estar con sus abuelos, tíos y primos. Todos los miembros de la familia habían terminado por aceptar secretamente que estas celebraciones y reuniones continuaban por los más pequeños, no por los adultos, que era un secreto a voces que no se soportaban. Ni tan siquiera los dos hermanos se hablaban. Juan no aceptaba el comportamiento de Jorge, y este no solo no entendía la recta moralidad de Juan, sino que además la ridiculizaba, menospreciando de esa manera a su hermano y a Julia.

Ya en casa, Juan disfrutaba de la merecida tranquilidad de su hogar acompañado de su mujer. Después del tenso día, comían palomitas y veían la película de la noche en el salón medio adormecidos. Hasta que el teléfono de Julia sonó, como de costumbre, informándole de nuevas noticias en su chat de mamás. Hacía tiempo que Julia se había unido a aquel grupo de mujeres, hecho que le había servido para sentirse más integrada en el mundo. Pero, en ocasiones, Juan no podía dejar de sentirse molesto por la invasión que suponían las continuas alarmas en la privacidad de su vida. Varias veces había insinuado a Julia que desconectase el chat por la noche, y esta se negaba con alguna excusa. Al principio, Juan pensó que la euforia del chateo terminaría por aburrirlas, pero con el tiempo comprendió que era inútil hacerse ilusiones: habían encontrado un lugar de liberación y era mejor dejarlas en paz.

Julia miró extrañada el teléfono. El mensaje era de Gema, con un SOS pedía que se reunieran el lunes en el desayuno. Quería que estuvieran todas porque tenía que contarles algo de máxima importancia. Julia no podía imaginar de qué podría tratarse, porque, a su parecer, Gema gozaba de una vida plena. No faltaría a su cita no solo porque Gema lo había pedido de forma desesperada, sino porque ese pequeño espacio del día era su desahogo cotidiano, cuando el estrés de sus hijas, de la casa, de su marido y de su suegra desaparecía.

Eran ya las once de la noche y Julia continuaba sin decirle nada a Juan acerca de sus planes. Pensó entonces que no encontraría un momento mejor que aquel para hacerlo; después del día en casa de su madre, Juan debía de estar de buen humor.

—Cariño, quería contarte algo —le dijo sonriente, captando así toda su atención.

—¿Qué sucede, Julia?

—Nada grave, solo que no te he comentado que Carmen ha hablado de mí en la ONG en la que está colaborando y le han pedido mi currículum. Quizá pueda haber algún hueco allí para mí y, si lo hubiese, me gustaría aceptarlo.

—Pero ¿y las niñas? ¿Has pensado en ellas?

Antes de lo que hubiera deseado, Julia se puso a la defensiva.

—Juan, ¿te das cuenta de tu egoísmo? Aún no sé qué horario sería, ni que puesto ocuparía, realmente aún no sé nada y tú tampoco, pero antes de saberlo o de interesarte por ello, me recriminas no pensar en ellas.

—No, yo no te recrimino nada, Julia, solo te recuerdo que están las niñas, que pienses en ellas.

—Llevo diez años pensando en ellas y en ti, creo que empieza a ser hora de pensar en mí y de que tú me veas como algo más que la madre de tus hijas.

Julia se contuvo para no decir lo que pensaba en realidad. Ella no admitiría que él la comparara con Ascensión, que diera por sentado que su única obligación en la vida debía ser tener la casa y la ropa limpia y ordenada para él, así como la comida caliente y servida en la mesa cuando él llegara. Ese era el concepto que tenía su suegra de un hogar, no el de ella. Julia actuaba de aquella manera porque así lo había deseado, no porque nadie se lo impusiese. Preferiría verse muerta antes que sometida al yugo de su marido y, por añadidura, al de su suegra.

—Estás exagerando las cosas, solo te he pedido que hablemos del tema civilizadamente cuando sepas algo más.

—Cuando sepa algo, si llega el caso, lo que haré será pensar en la propuesta que me hagan, y también en las implicaciones que tendrá en mi vida y en las vuestras. Y cuando llegue a una conclusión podremos discutir acerca de mi decisión. Mientras tanto, no tenemos nada que hablar.

—De acuerdo, buenas noches —contestó Juan. Luego se levantó del sillón y se fue a la cama.

Julia se quedó en el salón. Había perdido el sueño y las ganas de compartir la cama con su marido. Aunque Juan no había dicho gran cosa en contra del trabajo, ella sabía perfectamente lo que él pensaba.

3. Nuevos cambios

A las ocho de la mañana, la rutina había tomado el mando de la ciudad. Coches acelerando en los semáforos en ámbar, gente abalanzándose sin miedo a los pasos de peatones, padres arrastrando a sus hijos hacia al colegio y niños riendo, llorando y protestando por cualquier motivo.

Julia se apresuraba para llegar al lugar habitual, donde el grupo de amigas arropaba a Gema, que hoy llevaba unas enormes gafas de sol y no iba tan arreglada como de costumbre. Estaba despeinada, con el pelo recogido en una coleta mal hecha, no llevaba ni una gota de maquillaje y vestía con chándal. Aún no les había contado nada, pero se masticaba en el ambiente que no debía de ser algo feliz. Las amigas la protegían de las miradas curiosas del resto de mamás que, instintivamente, miraban en su dirección, percibiendo sin duda aquel ambiente enrarecido.

—Pero ¿qué os pasa? ¿Qué haces aquí, Carmen? Llegarás tarde al trabajo —dijo Julia, que no quería que Carmen se retrasara en la entrega de su currículum.

—No es un buen día, Julia —dijo Olga.

Julia ya lo había adivinado al comprobar que sus amigas no se metían con ella por ser la última, como siempre.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber.

—Han despedido a Víctor después de quince años —contestó Gema con la voz ronca y entrecortada.

Julia se quedó sin palabras. Víctor era el marido de Gema. Tenía cerca de cuarenta y cinco años, si no recordaba mal, y trabajaba como gerente de producto en una empresa de juguetes robóticos.

—Lo siento, Gema, no lo sabía y no pretendía molestar.

—No te preocupes, Julia, no sabías nada y sé que no era tu intención —respondió Gema, mostrándose más amable de lo que podía.

Cabizbajas y apesadumbradas por la noticia, se encaminaron hacia el bar en silencio, cada una imaginando las consecuencias que el despido de Víctor supondría en la vida de Gema. Todas conocían la precaria situación en la que se sumergiría la pareja. Aunque Gema ganaba un sueldo considerablemente

bueno como logopeda, no cubriría todas sus necesidades. El año anterior se habían embarcado en un gran gasto al comprar la nueva casa, y si a eso le sumaban la letra del coche y la moto que Víctor había comprado tres meses atrás, el panorama se dibujaba apocalíptico.

Entraron en silencio en la cafetería. Al verlas entrar, Ángel, el camarero, se dispuso a preparar sus desayunos mientras las amigas se sentaban en la mesa del fondo, mucho más calladas y menos dicharacheras de lo habitual. Después de tantos años de experiencia detrás de una barra, Ángel podía presumir de ser un gran psicólogo, por lo que dejó los desayunos en la mesa donde se había sentado el grupo sin darles apenas conversación. Quería dar a entender que no pretendía molestar, pero que estaba a su disposición si necesitaban algo más.

Cuando Elsa estuvo segura de no sufrir interrupciones, y de que nadie ajeno a la mesa pudiese escuchar lo que tenían que decir, comenzó la conversación sin preámbulos, preguntándole directamente a Gema por el asunto.

—Bien, nos has dado el titular del problema, ¿cuándo nos vas a contar el resto? Porque seguro que no soy la única en esta mesa que quiere conocer los detalles y saber cómo te podemos ayudar.

Gema se quitó sin prisa las gafas que utilizaba hoy con la única intención de esconder las bolsas que se habían formado bajo sus ojos a causa del llanto. Después de tomarse unos segundos para reflexionar acerca de cómo relatar lo ocurrido a sus amigas, comenzó su narración:

—La semana pasada el jefe de recursos humanos de la empresa de Víctor mandó un comunicado a todos los empleados. Les informaba acerca de los cambios que la empresa se vería obligada a realizar en un plazo corto de tiempo a causa de la poca productividad en el último ejercicio. Motivo por el que convocó una reunión extraordinaria con carácter urgente en la que se darían todas las explicaciones que requiriera el personal, en un plazo máximo de quince días. Víctor ya sospechó entonces que su departamento era uno de los que más peligro corría, y no se equivocó, porque a la mañana siguiente del comunicado su jefe los reunió en su despacho, tanto él como sus compañeros. El motivo no fue otro que informarles de la decisión tomada por la directiva: la fusión del departamento de juguetes robóticos con el de informática debido a la bajada de ventas y la disminución de beneficios. Lo que implicaba prescindir de parte de la plantilla, claro. Víctor no me quiso decir nada para no preocuparme, no era nada seguro y él tenía

tantas probabilidades como cualquiera de mantener el trabajo, pero ayer le llamaron a eso de las siete para convocarle a otra reunión a las 8.30 de la mañana de hoy. El motivo no fue otro que informarle de que era uno de los empleados de los que, muy a su pesar, prescindirían.

Gema no podía dejar de llorar y de dar vueltas a su anillo de bodas mientras relataba lo sucedido. Olga, que conocía con anterioridad los hechos, la consolaba masajeando suavemente su espalda.

—Pero ¿no hay forma de que lo readmitan? Aunque sea bajándole el sueldo, reduciendo la jornada o trabajando más horas —preguntó Elsa, que parecía ser la única lo suficientemente lúcida como para hablar; el resto se debatía entre la sorpresa y el disgusto.

—No, al parecer lo intentó todo: reducción de nómina, ampliación de horario, retirada de incentivos y del bonus... Propuso infinidad de posibilidades y ninguna pareció servirles. Aunque no se lo dijeron, estaba claro que su despido era el más oportuno, porque, a diferencia de Roberto, su compañero, él era autónomo, lo que significaba que no tendrían que indemnizarlo.

—¿Cómo es posible? Con la cantidad de años que lleva en la empresa, ¿cómo es que seguía siendo autónomo? —preguntó Julia.

—Pues... porque mientras las cosas fueron bien, que han sido muchos años, nos compensó económicamente; pero, claro, no fuimos previsores. Nadie esperaba esto. Hace años le propusieron cambiar al régimen general y no quiso porque eso implicaría que ganaría menos. Ahora ellos han tenido la sartén por el mango por nuestra torpeza.

—No te angusties, antes o después encontrareis una solución —dijo Olga, intentado animar a su amiga.

—No sé qué vamos a hacer. La hipoteca se comía prácticamente el sueldo de Víctor, y con el mío cubríamos los gastos de la casa. Los ahorros que teníamos los metimos en la reforma que hicimos en la vivienda.

—No sé en qué puedo ayudar, pero en lo que necesites cuenta conmigo —consiguió decir Julia, temerosa de que algo así les pudiera ocurrir a ellos y más segura que nunca de querer aquel puesto en la ONG.

—Gracias. Por ahora empezaré despidiendo a María. Víctor tendrá que ayudarme e involucrarse más con las tareas domésticas. Quitaré a los niños de las actividades y del comedor, eso nos dará algo de holgura. Y si Víctor no encuentra trabajo, pronto pondremos a la venta la casa, no descarto incluso hacerlo ya mismo. Otra solución no se me ocurre.

—Siento decirlo que tengo que marcharme, llego tarde al trabajo, hablamos luego —dijo Carmen.

Julia se levantó con la intención de acompañar a Carmen hasta su coche y se despidió apresuradamente del resto. La razón de tanta premura no era solo porque tuviera las tareas normales de los lunes pendientes de hacer, sino por el propósito de preguntarle a su amiga en privado acerca del fin de semana.

—¿Qué tal te fue con los niños? —dijo Julia, ya en la puerta del vehículo.

Carmen se paró a su lado, con las llaves del coche en la mano, para contestarle.

—¡Buf! Es largo, no sé ni por dónde comenzar. Por un lado, Olivia está feliz, la pobre no entiende demasiado lo que ha ocurrido y lo ve como un cuento de hadas en el que la princesa, es decir, su madre, gana a la bruja. Y después podemos hablar de Fran, que está indeciso y no comprende que su padre vaya a volver a casa, pero que a su vez Jordi y yo no estemos juntos. Le pediré ayuda al psicólogo para que lo ayude a entenderlo.

—Pobre niño, para él tiene que ser complicado.

—Lo sé, Julia, recuerda que he arruinado mi dicha por su felicidad. Es duro también para mí.

—Tienes razón. ¿Cuándo pretende volver a casa?

—Jordi quiere mudarse cuanto antes, pero no se lo permitiré hasta el fin de semana. Quiero que Fran hable con el psicólogo y no tiene cita hasta el miércoles. Julia, llego tarde, me tengo que marchar. Hoy le daré tu currículum a Emmanuel y a ver qué dice. Cruza los dedos y esperemos que al menos a una de nosotras le sonría la suerte.

La idea de sorprender a Carmen en el trabajo surgió inesperadamente, y dejó de ser una simple idea para transformarse en una tarea a realizar ese mismo día. Se apresuraría con todos los quehaceres del día y llamaría a Juan para que no contase con ella a la hora de la comida. Mejor aún, le mandaría un mensaje avisándole de su ausencia, porque todavía estaba molesta con él por la discusión de la noche anterior. Se iría a la sede de la ONG y procuraría alegrarle la mañana a su amiga con un almuerzo rápido. Carmen disponía más o menos de tres cuartos de hora, y hoy Julia haría que se los tomase. Además, tenía ganas de conocer el lugar de trabajo de su amiga, y con suerte el suyo.

Sin dar ninguna pista de sus intenciones, Julia se despidió de Carmen

con un leve movimiento de cabeza; repentinamente ella también tenía prisa.

Eran cerca de las doce y Julia esperaba la compra del supermercado mientras terminaba de dar los últimos retoques a su aspecto. Se puso un jersey gris de cuello vuelto y unos vaqueros lavados azules, maquilló un poco su rostro y aplicó rímel a sus pestañas. No tenía intención de parecer un cuadro, pero sí de causar buena impresión, por si por casualidad conocía a Emmanuel.

A las doce y media de la mañana, con toda la compra guardada y la comida de Juan preparada, salió de su casa entusiasmada. Deseaba que el camino que hoy emprendía por primera vez se convirtiese, en breve, en su ruta cotidiana. Desde que había dejado a Carmen en el coche, un cúmulo de sensaciones la inundaba: la euforia de comer con su amiga, el nerviosismo de acudir a su lugar de trabajo, el interés por la sensación que le causaría el lugar, el desconcierto por no saber cómo actuar, la curiosidad de cómo serían sus compañeros, el miedo a no gustar y, además, y en gran medida, la pesadumbre que sentía a causa de lo acontecido con Gema.

La vida se le antojó similar a la ruleta rusa: cada día te apuntaba con un nuevo acontecimiento, fuese como fuese tu vida. En ocasiones te sorprendía con sucesos buenos, otras no tanto, y en ocasiones te asestaba un golpe de mayor o menor importancia que volvía la vida dramáticamente del revés. Si Juan la abandonase, ella se quedaría sola con las niñas sin ningún medio de vida. Dependería de que él quisiera o no pasarle una pensión, y eso en el hipotético caso de que ella pudiera mantener la custodia de las niñas sin un trabajo. ¿Qué vida les podría ofrecer ella, un ama de casa? Y si eso podía ser malo, que Juan perdiese su trabajo supondría la ruina y desidia de su hogar. ¿Cómo pagarían la hipoteca, el coche, la luz, el colegio, la comida? Según se acercaba a la sede, el nerviosismo y el miedo ganaban peso.

Al llegar a su estación de metro, Julia salió del vagón y se dirigió hacia el plano que había en el andén para orientarse. La oficina de Carmen estaba en la calle Prim. La sede estaba situada en una zona privilegiada de Madrid, una ubicación estratégica para la ramificación de sus acciones sociales en la capital, así como para la imagen de la organización en el campo internacional, por la cercanía de varias embajadas y ministerios. Situada entre las plazas de Cibeles y Colón y a pocos metros de Recoletos, ofrecía al visitante extranjero un hermoso marco de la ciudad y una buena

comunicación de transportes.

Aunque Julia quiso subir inmediatamente, los nervios hacían que sus piernas no le respondiesen, por lo que decidió parar unos minutos en la cafetería que había frente a la entrada para tomar un refresco y tranquilizarse. La barra estaba llena de gente, la hora era propicia para ello y en una zona llena de oficinas como aquella era lógico. La atención de la camarera parecía no recaer en ella y la pareja de hombres que tenía a su derecha no ayudaba a que la mujer se percatara de su presencia. Los dos eran altos y corpulentos y ocupaban más espacio del que necesitaban. Cansada de esperar de pie educadamente en un pequeño espacio de la barra a que la atendieran, Julia decidió que nada ni nadie le haría perder un tiempo del que no disponía.

Malhumorada pero decidida, golpeó suavemente en la espalda del hombre que tenía al lado.

—Disculpe, ¿sería tan amable de moverse un poquito? Estoy intentando pedir un refresco y es imposible que me vean si usted y su amigo ocupan tanto espacio.

Julia sentía arder sus mejillas. Esa no era su forma habitual de comportarse, pero lo cierto es que tampoco se sentía como siempre. Los nervios le habían jugado una mala pasada y presentía que el desconocido se había percatado de ello, ya que sonreía amablemente.

—Claro, perdona —se disculpó—. Sara, por favor, ponle a la señorita un refresco.

Julia le agradeció el gesto y se tomó su bebida lo más deprisa que pudo. Se sentía ridícula por la actitud que había demostrado y no sabía ni quería alargar más de la cuenta aquella conversación. Cuando terminó, salió del bar llena de vergüenza, deseando no volver a ver jamás al atractivo caballero que acababa de invitarla.

Carmen, en su mesa, miró perpleja hacia el frente. El día estaba resultando desastroso, no atinaba con nada, cada pequeña tarea que ejecutaba se retrasaba o se malograba por cualquier insignificancia. No estaba siendo capaz de centrarse en el trabajo y conocía los motivos. Y de pronto allí estaba Julia.

—¡Qué sorpresa! ¿Qué haces aquí?

—Ya ves, impredecible que es una. Esta mañana, cuando nos despedimos, decidí que hoy era el día de conocer uno de tus puestos de trabajo y de invitarte a almorzar, ¿puedes?

—Claro que sí, deja que ordene todo esto y nos vamos. Siéntate, por favor. Además, así puedes cotillear un poco el entorno antes de que nos marchemos.

La oficina, pintada en tonos salmón, era enorme y prácticamente diáfana. Todo el personal estaba junto, cada uno ocupando su espacio pero sin divisiones entre ellos. Los tres únicos despachos que existían eran acristalados, y aunque tenían un estor gris para crear un ambiente privado, en ese momento lo tenían recogido, por lo que la apariencia del lugar era la de un enorme espacio lleno de personas trabajando en un proyecto común.

Carmen se mostraba encantada por la sorpresa. A primera hora de la mañana le había entregado a Emmanuel el currículum de su amiga, pero él no le había hecho ningún comentario, más allá de un «gracias». Estaba claro que no quería entablar ningún tipo de conversación con ella, ya fuera laboral o personal. Carmen no estaba segura de ser capaz de trabajar con él en aquellas condiciones, enamorada de Emmanuel hasta la médula y atada a Jordi, como se encontraba. La llegada de Julia fue providencial: comerían juntas y podrían desahogarse hablando de los niños, del trabajo, de los hombres de su vida, del despido de Víctor y demás.

Carmen fue presentando a Julia a sus compañeros a la vez que se despedía hasta llegar a las puertas del ascensor, donde las chicas comenzaron a tratar las posibilidades existentes para la comida. Pensaban en un italiano, porque a las dos les gustaba la pasta, allí estarían tranquilas y no sería demasiado caro. Cuando las puertas del ascensor se abrieron para dejar paso a los dos hombres que salían de la cabina, ambas mujeres se quedaron paralizadas y calladas instantáneamente. Carmen porque no esperaba encontrarse de nuevo cara a cara con Emmanuel, y Julia porque jamás hubiera sospechado encontrarse con el desconocido del bar en aquel lugar.

—¿Ya te vas? —preguntó Emmanuel, evidentemente tan contrariado como ella.

Carmen, haciendo uso de toda la fingida seguridad de la que disponía, lo miró y le contestó:

—Sí, ha venido a buscarme Julia para ir a comer y no le quise hacer esperar. Además, ya es tarde.

—Es cierto. Mira, Héctor, te dije que su cara me sonaba aunque no estaba seguro de qué. Es Julia, la amiga de Carmen, ¿recuerdas el currículum que te mostré esta mañana?

Tras el comentario de Emmanuel, Carmen y Julia miraron al interesante

compañero de ojos oscuros y piel aceitunada que se encontraba al lado de Emmanuel. Ambos eran altos y de complexión ancha, pero allá donde Emmanuel denotaba seriedad, corrección y seguridad, su compañero demostraba inteligencia, perspicacia y peligro. Carmen había visto a Héctor en alguna ocasión, pero nunca había tenido la oportunidad de conocerlo. Sabía de su existencia porque era compañero y amigo de Emmanuel desde hacía muchos años. Era el topógrafo de la ONG y llevaba una vida ambulante. Viajaba continuamente de proyecto en proyecto, no solo para conseguir los datos que le requerían, sino también porque era su forma de vida.

—Ya me he dado cuenta, recuerda que me llamó la atención en el bar por mi falta de cortesía —dijo Héctor sin apartar la mirada de Julia, que cada vez se sentía más avergonzada.

—Julia, sé que no es la forma más correcta, pero después de ver tu currículum me gustaría que mantuviéramos una entrevista. ¿Te vendría bien mañana a las doce?

Julia no podía creer lo que escuchaba y no le resultaba fácil prestar atención a lo que le decían con la mirada de Héctor sobre ella. Lo único en lo que podía pensar con claridad era en salir del lugar lo más deprisa posible para aclarar su mente y en la vergüenza que sentía por lo ocurrido en el bar; aun así, logró contestar:

—Por supuesto, aquí estaré. —Y se despidió de Héctor con un firme apretón de manos.

Por su parte, Carmen miró a Emmanuel deseando saber qué acontecería en su futuro, y deseando también que la abrazara como hacía cada vez que lo veía.

Ya en el ascensor, Carmen miró a Julia desconcertada.

—¿Qué ha pasado ahí fuera? Ha sido raro. ¿Cuándo os habéis conocido? ¿Y por qué no me lo has contado?

—¿Qué querías que te contara, que perdí los papeles en la cafetería con un desconocido? ¿Cómo iba a sospechar que terminaba de hacer el ridículo delante de la persona que me tenía que contratar?

—Pues, básicamente, tratándose de Emmanuel, ¡sí, quiero que me lo cuentes!

—Se puede resumir en que hice el ridículo comportándome como una histérica. Estaba estúpidamente nerviosa por entrar en la oficina y pensé que sería buena idea tomar algo para tranquilizarme antes de subir a verte.

¿Cómo me iba a imaginar que tendría la mala suerte de entrar en la cafetería donde estarían ellos? ¿Cómo iba a sospechar que elegiría este día para comenzar a ser una quisquillosa y malhumorada cuarentona?

—No te enrolles y cuéntamelo —dijo Carmen.

—¡Vale! Como te dije, entré en la cafetería con la intención de relajarme un poco, pero estaba llena. Pensé que ya que estaba dentro no iba a buscar otro bar, que probablemente encontraría igual de lleno, por lo que después de localizar un pequeño espacio en la barra me coloqué allí. La camarera no me hacía ni caso, cada vez que pasaba frente a mí y la llamaba, me ignoraba. Para colmo tenía a mi lado a dos enormes mastodontes que no paraban de echarse encima de mí sin prestarme la menor atención. Cansada del abuso, golpeé en la espalda al que tenía más cerca para hacerme respetar. Cuando el desconocido se dio la vuelta para ver qué quería le solté una perorata que ni recuerdo. En lugar de molestarse, me sonrió y llamó a la camarera como si nada, que se acercó solícita a ver que quería el guapísimo moreno. —Carmen escuchaba sin interrupción—. Tomé rápidamente el refresco, al que el desconocido me invitó, y me fui intentando olvidar lo sucedido, recordándome a mí misma no volver a actuar de esa manera histérica y vergonzosa. Pero también tranquila de no tener que volver a ver a ninguna de las personas que había en el bar. Por eso opté por no contártelo.

Carmen escuchaba atónita mientras caminaban por la calle en dirección al restaurante, debatiéndose entre la risa y el llanto y luchando para que su cara no la delatara. La situación había sido ridícula y cómica, además de algo inoportuna. No se imaginaba a su amiga Julia montando aquella escena, ya que solía ser muy discreta. Julia había elegido un mal momento para cambiar su forma de ser. Carmen le había hablado a Emmanuel acerca de una mujer tolerante, paciente, agradable, disciplinada y trabajadora. Ahora no podía imaginar la imagen que tendría de Julia. Ambas deberían esperar a ver cómo resultaba la entrevista que mantendrían la mañana siguiente.

—No lo pienses más y vamos a comer. Hasta mañana no sabremos mucho más del tema y no merece la pena que nos amarguemos por esto. Me has dado una sorpresa genial al venir a buscarme y no quiero que el incidente nos arruine la tarde. No sabes cuánto necesito reírme y desahogarme, con todo lo que me está pasando estoy sometida a demasiada presión y dudo ser lo suficientemente fuerte e inteligente para sobrellevar lo que viene. Sé que Jordi trama algo, y sé también que no será bueno, tengo que ser hábil y no dejarle malograr a mis hijos. Yo tengo mi vida hecha,

mala o buena, la tengo..., pero ello son niños.

Después de que las puertas del ascensor se cerraran, los dos hombres se miraron con complicidad. Había resultado toda una sorpresa encontrarse a la exasperada mujer de la cafetería en su oficina, y más aún descubrir de quién se trataba. En el bar, a Emmanuel la cara de la mujer le había resultado familiar, aunque no había sabido decir de qué o de dónde. Y Héctor, aunque la madura belleza de Julia no le había pasado desapercibida, tampoco había sido capaz de reconocerla.

Ambos siguieron su camino al despacho, bromeando sobre el curioso suceso.

—En el currículum parecía menos histérica, ¿verdad? No sé si he hecho bien en concertar la entrevista. Bastantes problemas tengo ya con Carmen, no voy a contratar a nadie que no crea bueno para el trabajo, y la impresión en el bar no ha sido buena —dijo Emmanuel.

—Es cierto. Pero está claro que sabe lo que quiere y no tiene miedo a pedirlo. Me gusta —contestó Héctor.

—Aquí tendrá que tratar con gente muy diferente. No me pareció una mujer paciente y tolerante, me pregunto cómo actuaría ante una persona de las muchas que acuden a nosotros en busca de ayuda. Algunos están tan absortos en sus problemas que no prestan atención a las indicaciones; buscan una solución, no instrucciones. ¿Qué haría ella, lo entendería o lo mandarían a paseo?

—No lo sé, pero creo que no deberías prejuzgarla antes de hablar con ella, tiene algo que me gusta.

—Ya sé lo que te gusta. Pero yo pienso en el trabajo, no en la mujer.

Héctor obvió el comentario. Llevaban años trabajando y luchando juntos por los mismos objetivos y habían forjado una gran amistad. Ambos se conocían a la perfección y habían aprendido a ignorar los comentarios molestos o absurdos. Este era uno de ellos. Héctor terminaba de salir de una relación claustrofóbica, de las muchas que había vivido a lo largo de su vida, y no tenía la intención de buscar nada con ninguna mujer, fuera o no hermosa. A sus cuarenta y nueve años era un soltero por convicción; le gustaban las mujeres como al que más, pero aún más que a ellas deseaba su independencia. Aborrecía las explicaciones, los llantos y las recriminaciones a las que las mujeres solían someterlo. Silvia no había sido

una excepción, convirtiéndose así en su último intento fallido de mantener una relación estable. Tras aquel último desastre, Héctor se había prometido a sí mismo no volver a complicarse la existencia comprometiéndose con ninguna mujer. Era libre y así seguiría.

—Por cierto, ¿cómo sigue Silvia? —preguntó Emmanuel.

—He dejado de contestar a sus mensajes. Sigue insistiendo en que hablemos, en que solucionemos las cosas. No lo entiendo, Emmanuel. Silvia sabe que no estoy dispuesto a comprometerme con ella, que no quiero hijos, que no quiero una esposa, que no deseo un hogar tal y como ella lo entiende, pero no hay nada que hacer. Ella insiste en que podemos conseguirlo. ¿Por qué las mujeres no aceptan simplemente un no?

—A mí la chica me da lástima, ha malgastado dos años de su vida contigo y... ¿para qué? —le reprochó Emmanuel.

—Nunca le prometí nada ni le di motivos para pensar que habría más, ella lo sabía. Me paso más de la mitad del año fuera de casa, viajando por medio mundo, y cuando al fin regreso, estoy tan ocupado con el papeleo que casi no respiro. Por eso procuro dedicarle a Rebeca el poco tiempo del que dispongo en casa. Así que, por favor, ¿nos centramos en el trabajo y dejas de tocarme las narices?

—De acuerdo, y te haré caso con tu corazonada, pero insisto, no me gustó lo irascible que parece la amiga de Carmen.

—No la juzgues sin conocerla, esperemos a ver qué sale mañana de la reunión. Su currículum es bueno y puede ser útil en varias secciones del proyecto. Sin contar que escucharla te acerca a Carmen.

—¿De qué sirve si el capullo de su exmarido vuelve a casa? ¿Acaso piensas que creo lo que dice? Si Carmen no albergase la posibilidad de volver con él, no lo aceptaría, y si lo que busca realmente es el bien de su hijo, pues que lo ayude madurar, que le enseñe a crecer y a entender que la vida es cruel y que, en ocasiones, lo que uno desea no es lo mejor.

—Sé que lo solucionarás, Emmanuel, siempre lo haces. Eres una gran persona y la quieres, ella terminará viéndolo. Por lo que me has contado sobre Carmen, es una mujer inteligente, así que pensará en lo que pierde si te deja marchar y recapacitará. Pero ahora vamos a trabajar, el tiempo se nos echa encima, ya lo sabes. Tienes las mediciones en el despacho. Tras hacer los cálculos creo que la zona es la apropiada, podríamos comenzar con la construcción de la planta a finales de agosto. Tenemos casi cuatro meses para organizarnos y cerrar los acuerdos necesarios.

Julia cogió el mando de la televisión para poner a las niñas alguna película de dibujos animados. Le dolía la cabeza debido a la tensión y pretendía que las pequeñas se quedasen tranquilas, absortas por la pequeña pantalla. De esa forma, ella podría pensar con calma en la entrevista que tendría lugar a la mañana siguiente. Intentar cautivar a Emmanuel era misión imposible. Julia no era tonta y sabía que no debía de tener una opinión demasiado buena de la mujer que había conocido en la cafetería, si no pensaba, directamente, que estaba desequilibrada o desquiciada. Tendría que trabajar mucho para cambiar la imagen que había causado, empezando por su aspecto.

Julia miraba nerviosa la hora en el reloj de cocina: apenas eran las cinco y media de la tarde. Había llamado a Sofía para que se hiciera cargo de las niñas mientras ella iba a la peluquería. Nerviosa, cogió del armario una de las galletas con pepitas de chocolate que tanto le gustaban. El intenso sabor del chocolate ejercía un efecto relajante en ella.

Sofía no tardó más de veinte minutos en presentarse en su casa para quedarse al cuidado de las pequeñas. Traía la cena aún humeante en una bolsa de plástico, un pequeño gesto que le demostraba una vez más a Julia lo acostumbrada que estaba a ocuparse de todas las necesidades de su familia. Julia la esperaba vestida y, tras de escribirle un mensaje rápido a Juan, se despidió de sus hijas y de su hermana para ir a la peluquería.

Sabía que era tarde y no quería retrasar más de lo necesario a Carla, su peluquera, por lo que se apresuró al salón de belleza. Había decidido que fuera la peluquera la que guiaría su nuevo estilo, arriesgando de ese modo el todo por el todo. Necesitaba cambiar y necesitaba que la ayudasen a conseguirlo.

—Hola, Julia, que rápido has llegado. ¿Qué te parece si me dices en qué andas para que tengas tanta prisa? —dijo Carla, sin abandonar a la señora con la que se encontraba.

—Buenas tardes, siento las prisas y la hora, pero necesito que me ayudes. Mañana tengo que aparentar ser, al menos, cinco años más joven y estar mucho menos cansada.

Julia, cohibida, se acercó un poco más a la peluquera, para que esta no tuviera que gritar a causa del ruido ensordecedor del secador. Mientras tanto, la clienta a la que Carla peinaba la miraba de hito en hito,

evidenciando que la conversación que mantenían las dos mujeres no era de su agrado.

—Qué exagerada eres. Cuéntame en qué has pensado —contestó la peluquera, fingiendo una empatía que no sentía.

—Quizás unas mechas o unos reflejos, algo que no se vea muy artificial pero que mejore mi aspecto. Lo quiero largo, pero aparte de eso, lo demás te lo dejo a ti. Lo único que necesito es que me rejuvenezcas.

Julia, sonriente, miró al espejo, donde se encontró de nuevo con la mirada inquisidora de la clienta de Carla, que la observaba dejando entrever, queriendo o no, sus pensamientos.

—Siéntate, que enseguida van a buscarte para comenzar.

Julia decidió no preguntar qué era lo que tenían pensado para ella. La peluquera la conocía desde hacía años, sabía sus gustos y más o menos los respetaba, lo que hacía que Julia se sintiera cómoda. Abrió al azar una de las revistas que había sobre la mesa de la entrada. Cogiese la que cogiese, cualquiera le parecería de actualidad. No era aficionada a la lectura del corazón, no solía comprarlas y, como no visitaba la peluquería con asiduidad, tampoco las leía allí habitualmente. Intentó concentrarse en la lectura, pero entre el ruido de los secadores, las peluqueras parloteando con las otras clientas y su hoy mermada capacidad de concentración, no fue capaz. Juan no la había llamado en todo el día, lo que inequívocamente significaba que su marido se negaba a que ella acudiera a la entrevista. Si había algo que no deseaba imaginar era lo que diría o haría Juan cuando se enterase. Fue entonces cuando decidió que sería más conveniente que él no supiese nada hasta que todo hubiese pasado, de esa manera no interferiría en su decisión.

En mayor o menor medida, todas las mujeres de su entorno trabajaban y ninguna de ellas tenía desatendidas ni su casa ni su familia. Juan se estaba comportando como un retrógrado, debía evolucionar y cambiar de actitud.

Dos horas y media más tarde, Julia salía de la peluquería en dirección a su casa. No se sentía más joven, pero sí menos dejada. Su cabello caía suelto y rizado sobre su espalda, con unos discretos reflejos dorados sobre una base marrón. Al día siguiente debía estar a las doce en la oficina de Carmen y quería ir perfecta a la entrevista, que su aspecto le proporcionase la imagen de una mujer segura de sí misma. A sus casi cuarenta años no podía quejarse: medía 1,68, tenía una complexión media bien conservada, su pelo era largo, rizado y espeso y ahora lucía un bello color, la forma de su cara

era cuadrada y sus pómulos aún guardaban su firmeza, y tenía unos ojos almendrados de color avellana y una nariz recta y proporcionada. Si conseguía que la escuchasen y la mirasen después del espectáculo proporcionado aquella mañana en el bar, se daría por satisfecha.

Sofía acababa de apagar la luz del pasillo cuando notó el pestillo de la puerta abrirse. Era Julia, que regresaba de la peluquería. Sin perder un segundo, fue en busca de su hermana. Estaba nerviosa por conocer los detalles: quería saber dónde tendría lugar la entrevista, para qué empresa y a qué puesto de trabajo optaba. Se trataba de Julia, la joya de la familia. En casa todos se sentían orgullosos de ella, y que retomase su vida profesional era algo casi insólito que sorprendería a más de uno, comenzando por Juan. Sofía sentía gran curiosidad por conocer la reacción de su cuñado cuando Julia consiguiera el trabajo, porque si de algo estaba segura era de que Julia lo conseguiría. Aunque su hermana estaba falta de ánimo, era una mujer inteligente y sabría llevar la entrevista a buen término.

Sofía no se fue a su casa hasta que Julia no terminó de narrar todo lo ocurrido aquel intenso día en la sede. Quiso conocer todos los detalles de la desafortunada coincidencia acontecida en el bar y de la reacción que Héctor y Emmanuel tuvieron al conocerla. Era innegable que la primera impresión no debió de ser demasiado buena. Julia era especialista en salir airosa de las complicaciones, y no solo de las suyas. A lo largo de su vida había ayudado a la alocada Carolina, su otra hermana, a solucionar múltiples problemas de mayor o menor importancia. Pero este, sin lugar a dudas, era un contratiempo de lo más absurdo y desafortunado.

Antes de que Julia terminara de relatar su día, Sofía ya había dictaminado que el tal Héctor no le gustaba. Parecía un tipo demasiado listo e impetuoso. Si le sumaba que a su hermana parecía no haberle pasado desapercibido su físico, eso lo convertía en peligroso. Esperaba que Julia demostrase la inteligencia que siempre la había caracterizado y se alejara de aquel hombre, que podría hacerla flaquear en diferentes situaciones y poner en peligro la estabilidad de su vida. Sofía sabía que Héctor era el tipo de hombre que hubiese conquistado a Julia antes de que ella conociera a Juan. Conocía la necesidad que Julia siempre había tenido de aventura y emociones, cualidades que Héctor parecía reunir. Sofía temía que él pudiese proporcionarle lo que su hermana hacía tanto tiempo había dejado atrás.

Su temor no era solo porque Sofía le tuviera un gran cariño a su cuñado, era también el padre de los hijos de su hermana, y ella creía fervientemente

en la unidad familiar.

El reloj de la mesa marcaba las nueve y media de la noche. Juan sospechaba que la discusión del día anterior continuaría al regresar a casa y aún no estaba decidido sobre qué camino tomar. Llevaba todo el día debatiéndose entre zanjar la discusión aceptando la necesidad que parecía tener su mujer por comenzar a trabajar fuera de casa o, por el contrario, mantenerse firme y luchar por el acuerdo al que ambos habían llegado antes de contraer matrimonio, según el cual Julia se quedaría a cargo de los niños y de la casa. Juan sabía que Julia hacía ya mucho tiempo que se ahogaba en casa, y por esa razón jamás había puesto ningún impedimento a nada que ella hubiese hecho, dicho o decidido. Incluso cuando su madre insistía en enumerar una y otra vez todos los errores que, según ella, cometía su esposa. Él siempre la había respetado y la había defendido de cualquier ataque impertinente por parte de su madre. Aun así, conocía a Julia mejor que nadie y sabía que no podría hacer nada por hacerla cambiar de opinión. Es más, cuanto más insistiese en ello, más insistiría ella en llevar a cabo su empeño, fuera cual fuese.

Juan suspiró y miró la foto de su hermosa familia, en la que Ángela sonreía mientras levantaba su nariz respingona y Sara inclinaba la cabeza y dejaba caer los tirabuzones rubios sobre su hermana. Julia las abrazaba desde atrás, exhibiendo su impresionante belleza. Ellas eran su más preciado tesoro. Había luchado duro durante todos esos años por el bienestar de su familia, les había proporcionado todo lo que había creído necesario, pero, al parecer, no había sido suficiente para Julia. Juan no sabía con exactitud qué era lo que su mujer ansiaba, si su independencia económica, cosa que ya tenía, o su realización profesional.

En cualquier caso, era hora de regresar a casa y afrontar lo que tuviera que venir sin retrasarlo más. Julia no solo debía de seguir enfadada, ahora también estaría preocupada, y eso añadiría tensión al encuentro.

Carmen estaba deseando que pasaran las horas. La idea de tener a su amiga en la sede trabajando con ella le hacía muchísima ilusión. Ahora necesitaba más que nunca a sus amigos: su abrazo, cariño y comprensión. Recordaba lo bien que se había sentido con Julia en la oficina, lo fácil que

era estar a su lado. Incluso parecía que ella siempre hubiese pertenecido a aquel lugar. Aunque la expresión de Emmanuel no le había dejado claro que él pensase lo mismo que ella, pese a sus amables y educadas palabras. Carmen conocía a Emmanuel y sabía que era una persona entrañable fuera de la organización, lo que no significaba que dentro fuese un jefe indulgente. A Emmanuel le gustaba la seriedad, la constancia, el compromiso, el trabajo bien hecho y estructurado y el buen trato con el necesitado que acudía a la sede buscando solucionar su problema, y por ello no consentía deslices ni despistes en el trabajo.

Por el contrario, Carmen se percató de que a Héctor no le había pasado inadvertida la carismática personalidad de su amiga. Circunstancia que prometía dar mucho juego a sus desayunos, aunque solo fuese durante las breves temporadas que Héctor permanecía en la ciudad. A él le gustaba el riesgo y la aventura, cualquier circunstancia o cosa que le supusiera un reto le servía de aliciente. Carmen estaba convencida de que Julia supondría todo aquello para él. Ver como su amiga vapuleaba al invicto Héctor sería algo digno de ver, porque así como estaba segura de la reacción del hombre, conocía la inquebrantable voluntad de su amiga y el amor que esta le profesaba a su marido.

Carmen estaba encantada. No dudaba de que la incorporación de Julia en la ONG sería como tener una bolsa de oxígeno a mano para los casos de urgencia, que, dadas sus circunstancias, no serían pocos. En breve, Jordi se trasladaría de nuevo a su casa. Ya había cambiado a Fran a la habitación de su hermana. El dormitorio del niño estaba más alejado del de ella, y cuanto más lejos tuviese a la alimaña de su exmarido tanto mejor. Pensar en Jordi la dañaba no solo emocionalmente, sino también físicamente. La repulsión por él era de tal magnitud que el sentimiento la hería, transformándose en dolor real. Intentaba evitarlo, pero la presencia de su exmarido en la casa cada momento era más latente. Las cajas de cartón con sus pertenencias comenzaba a amontonarse, aunque Julia se había negado a que él las desmontase, con la intención de alargar al máximo su entrada oficial en el apartamento. Emmanuel no la ayudaba. Se mantenía frío y distante incluso cuando ella intentaba el más mínimo acercamiento. Decidida a no dejarse vencer por el desánimo, optó por llevar de nuevo sus pensamientos hacia Julia y mandarle algún mensaje de ánimo.

—Hola, ¿nerviosa? Imagino que sí. No te preocupes todo saldrá bien, recuerda no ponerte nada amarillo, estrenar algo y levantarte con el pie

derecho. Cruza los dedos pidiendo un deseo, pon la escoba de pie detrás de la puerta y un cactus en la ventana. Si haces todo eso, seguro que no tendrás ningún problema, o por lo menos no te aburrirás. Un beso y mucha suerte.

Julia estaba a punto de contestar el mensaje de Carmen cuando notó que la puerta se abría. Instintivamente, miró el reloj del salón. La casa estaba en silencio y las niñas dormían desde hacía rato, lo que indiscutiblemente significaba que Juan seguía molesto y había preferido quedarse en la oficina antes que regresar a casa. Julia dejó el móvil sobre la mesa para ir a saludarlo. Necesitaba su apoyo, su cariño y comprensión, pero ¿cómo podía compartir con Juan su alegría por la entrevista si él no quería saber nada del tema?

—Juan, cariño, llegas tarde.

—Sí, me quedé cerrando un contrato que tengo que entregar mañana —mintió él mientras contemplaba los cambios en la imagen de su esposa—. Estás muy guapa. ¿Celebramos algo o ha sido solo por sorprenderme?

La ocasión no podía ser mejor y Julia pensó que mentir en ese momento no podía ser un buen comienzo. Si Juan debía enfadarse, prefería que al menos no fuese por un engaño.

—Sé que no lo hemos terminado de hablar, pero mañana tengo una entrevista en la ONG y voy a ir. Espero que, si no lo aceptas, por lo menos seas capaz de respetar mi decisión.

—De acuerdo, Julia, gracias por contármelo. Ahora me voy a dormir. Buenas noches.

—¿No cenas?

—No, no tengo hambre.

Julia se quedó sola en la cocina, sin saber qué hacer o decir. Permaneció en silencio mientras su marido se encaminaba hacia la habitación sin mirar atrás. Él ya había decidido, ella tendría que hacerlo también.

4. Un nuevo comienzo

La mañana se había levantado soleada y eso animó a Julia, pese a que Juan seguía sin hablarle. Las cosas no parecían calmarse en casa. Muy por el contrario, él cada vez demostraba estar más reacio al diálogo. Julia estaba cada vez más desconcertada, no reconocía al hombre con el que se había casado. Por más que lo intentaba, no entendía su negativa, no aceptaba su egoísmo. Él se excusaba en las niñas, en la desatención que ellas sufrirían. ¿Por qué no era claro? ¿Por qué no reconocía que su miedo no era otro que el que ella se viera útil y libre? Julia adoraba a sus hijas y no consentiría que nada les pasara ni les faltara. ¿Tan difícil de entender o aceptar era que ella quisiera ser como las demás?

A estas alturas, Julia se había autoconvencido de que Juan disfrutaba sintiéndose el cabeza de familia, el sustento del hogar. Y ella no iba a seguir soportando aquella situación, menos ahora que comenzaba a ser consciente de las pretensiones de su marido. Si la entrevista en la ONG no terminaba bien, ella se encargaría de buscar otras opciones. Había tomado una decisión y, si de algo estaba segura en ese momento, era de no permitir que ni Juan ni nadie la manipulase. Dejar de trabajar había sido una elección libre, e incorporarse de nuevo a un trabajo debía serlo también.

A las doce menos cuarto de la mañana Julia entraba en la oficina. No había encontrado apenas tráfico y el taxi había tardado menos de quince minutos en recorrer la distancia que la separaba de la calle Prim. Carmen llevaba toda la mañana vigilando la entrada, esperando su llegada. La vio entrar desde su mesa y movió impetuosamente la mano para llamar su atención. Emmanuel y Héctor la estaban esperando, y Carmen era la encargada de llevarla hasta ellos cuando apareciera.

—Estás guapísima. ¿Cómo te encuentras? ¿Nerviosa? —preguntó Carmen.

—No te imaginas cuánto, apenas he dormido.

—No exageres. No te van a comer, ya lo verás. Bueno..., igual Héctor sí —bromeó Carmen, intentando relajar a su amiga mientras se acercaban al despacho—. Vamos deprisa, que te están esperando.

—Carmen, no seas bruta. Me estás poniendo más nerviosa.

—¿Qué tal Juan, ya te habla?

—No, sigue enfadado.

Carmen levantó los hombros desconcertada y llamó a la puerta de Emmanuel. Ella tampoco entendía aquella reacción en un hombre como Juan.

Al otro lado de la puerta se escuchó una voz masculina que ambas mujeres reconocieron como la de Héctor.

—Adelante, pase.

Carmen abrió la puerta sin dar tiempo a Julia a respirar de nuevo y dejó libre el camino para que ella pasara al despacho.

—Aquí os traigo a Julia —dijo, antes de percatarse de que Héctor estaba solo.

Emmanuel debía de haber salido sin que ella lo viera. Había estado toda la mañana distraída, imaginando lo fantástico que sería tener a Julia trabajando con ellos.

—Gracias, Carmen. Julia, pasa y siéntate —dijo Héctor mientras señalaba una de las sillas libres que había frente a la mesa—. Ahora vendrá Emmanuel, ha ido a por unos documentos. Carmen, por favor, si lo ves, dile que lo estamos esperando.

Julia tuvo intención de salir con su amiga para esperar el regreso de Emmanuel, pero Héctor se negó a que lo hiciera y la instó a ocupar su asiento. Carmen cerró la puerta tras de sí, sonriéndose al percatarse del incómodo silencio provocado por las chispas que saltaban entre ellos. La atracción que su amiga provocaba en el hombre era obvia, y su mirada ardiente delataba los oscuros pensamientos que la mujer suscitaba en él.

Emmanuel no tardó demasiado en aparecer. Portaba bajo el brazo una carpeta colmada de documentación, lo que daba lugar a pensar que después de la entrevista se quedarían en el despacho trabajando durante horas. Los plazos para la presentación de los contratos cumplimentados y firmados llegaban a término, y aún se necesitaba sincronizar a más de un organismo internacional.

Emmanuel estaba comprometido con el proyecto, era un idealista convencido que luchaba para que el término globalización significara lo mismo en todas partes del mundo. La desidia y la pobreza parecían acrecentarse cada día más en determinadas zonas. Malauí, donde estaba el mayor punto de actuación de la organización, no era diferente a otros de los

muchos países del mundo manipulados por unos pocos. Los avances tecnológicos y el desarrollo de la comunicación permitían diversas vías de acceso a la empresa privada, promoviendo así la integración de estas zonas más desprotegidas.

Pero todo aquello no era suficiente para Emmanuel y su grupo. Ellos pretendían acabar con la compasión que este país generaba, anhelaban un cambio. Deseaban ayudarlos a avanzar, a construir una vida, un futuro de bienestar. Terminar con la misericordia que generaba en el mundo para comenzar a incitarlos al trabajo, la evolución, la creatividad. Así lograrían convertirlos en una facción participativa. No era una tarea fácil y lo sabían.

Carmen vio cómo el hombre que ocupaba sus pensamientos se acercaba a ella. No hablaban desde hacía días y su cercanía conseguía inquietarla, aun a sabiendas que solo se trataría de algún tema laboral.

—Carmen, después de la entrevista Héctor y yo tenemos que terminar con todo esto. No saldremos hasta que no lo tengamos cerrado. ¿Te importaría encargarnos en el bar un bocadillo, dentro de un par de horas? Honestamente, no creo que para entonces hayamos terminado.

—No hay problema, cuenta con ello.

—Otra cosa más. Vendrán de la parroquia de San José. Dales estas direcciones, necesitan pinches y cocineros. No es mucho, pero esta semana es lo único que he conseguido.

—¿Que no es mucho? —dijo Carmen—. Si no fuera por ti, ellos no conseguirían nada, Emmanuel. ¿Por qué siempre te infravaloras?

—Porque soy un privilegiado, Carmen. Tengo casi todo lo que deseo y sin que me haya ocasionado ningún esfuerzo, o al menos no como a la gente a la que intentamos ayudar. Quisiera poder creer en la igualdad, en que esta se puede alcanzar. Pero cada día me resulta más duro, más difícil. Las diferencias sociales van arraigando de nuevo en la sociedad como la mala hierba y yo no puedo hacer nada. Desearía poder ofrecerle un trabajo a cada uno de ellos, darles un medio de vida, pero ni con todas las influencias que poseo lo consigo. Cada día son más y las oportunidades cada vez son menores.

—Eres un buen hombre. Consigues motivar a todos los que trabajamos contigo, que todos creamos y colaboremos en tu proyecto incondicionalmente. Eso te engrandece —dijo Carmen, segura de sus palabras.

—Pero no es suficiente para ti, ¿cierto? Por favor, recuerda la comida.

Voy a entrar para hablar con tu amiga antes de que Héctor la avasalle demasiado y no pueda contestarme a nada.

Julia se sobresaltó al oír cómo se abría la puerta. La intensa mirada de Héctor había conseguido ponerla en una situación problemática, se notaba insegura y sentía las manos sudorosas. La entrada de Emmanuel rompió el silencio y la sensación de claustrofobia que reinaba en el despacho.

—Disculpadme por el retraso, pero hoy tengo una agenda muy apretada. Julia, cuanto antes comencemos, mejor —dijo Emmanuel, serio pero afable—. ¿Qué te parece si nos hablas de ti y nos cuentas por qué te interesa incorporarte a nuestra empresa?

Julia carraspeó y se recolocó en la silla para mirar directamente a su interlocutor, tal y como se debía hacer según varios sitios de Internet que había visitado la noche anterior en busca de pistas y ayudas para su entrevista. Se sentía insegura, pero comenzó a hablar:

—Como ya saben, mi nombre es Julia Ramírez y tengo treinta y ocho años. Soy técnico administrativo especializado en suficiencia energética, aunque tengo la habilidad de amoldarme rápidamente a cualquier campo. Trabajé en el sector durante ocho años. Entre mis funciones se encontraban el trato con clientes y el desarrollo y la investigación de las opciones más óptimas para alcanzar la solución más acorde a sus necesidades. Hablo inglés, aunque no tengo ninguna titulación que lo acredite, y tengo nociones de francés. Quiero incorporarme a esta empresa porque me interesa el bienestar social. Trabajar aquí sería una buena forma de colaborar para alcanzarlo.

Julia no quería extenderse demasiado en su vida pasada y prefería evitar hablar de su situación familiar. ¿Quién en su sano juicio contrataría a una mujer de casi cuarenta años con dos niñas pequeñas? Aunque claro, llegado el momento, no lo negaría. Tampoco iba a hablar de sus ganas de empezar a trabajar en cualquier lugar.

Emmanuel, que escribía en su agenda lo que Julia contestaba, no interrumpió a Héctor cuando este continuó con las preguntas.

—¿A qué le das más valor, a tu esfuerzo personal o a tu inteligencia?

Julia pensó rápido, intentando ofrecer la respuesta más adecuada.

—Considero que es la combinación de ambos lo que garantiza el éxito. No podría elegir ni valorar cuál de esos dos atributos es mejor, señor Fernán.

Héctor no dejó que Emmanuel enunciara la siguiente pregunta.

—¿Qué ganaría la empresa si la contratara a usted en lugar de a otro?

¿Qué podría aportar? —preguntó, sin retirar su punzante mirada.

Hasta el momento las preguntas eran las habituales. Julia, aunque nerviosa y obviamente indecisa, había preparado todas aquellas respuestas en casa. Moduló su voz y, sin retirar la mirada de su interlocutor, contestó, intentando mostrarse más segura de sí misma de lo que se sentía.

—Aportaría un trabajo pulcro, resolutivo y comprometido, sin perder por ello el sentimiento de empatía hacia las personas con las que trate. Poseo una gran habilidad comunicativa y disfruto con el trabajo en grupo y la innovación. El respeto y la sinceridad forman parte de mi personalidad, y las apporto a mi trabajo. Acepto las críticas y aprendo de ellas.

Héctor sonrió. Sopesaba si la actitud de aquella mujer la provocaba la soberbia, la ingenuidad, los nervios o la inteligencia. En cualquier caso, era más que interesante. Después de aquel inciso dejó continuar a Emmanuel.

La entrevista no duró más de una hora, aunque a Julia se le antojó eterna. Las preguntas habían sido comprometidas, no siempre fáciles de contestar. No podía decir si la entrevista había sido exitosa o no, por lo que no tendría más remedio que esperar el resultado. Emmanuel se había despedido diciéndola que se pondrían en contacto con ella cuando cerrasen el proceso de selección, así quedaba libre en ese momento de compromiso alguno al que le pudiese atar su relación con Carmen.

Carmen se mostraba optimista por la presencia de Héctor en el despacho. Él no se solía involucrar en la selección de personal, y no solo había presenciado la entrevista, sino que además había participado en ella de forma activa. Carmen estaba convencida de que aquello era un buen presagio. Conocía poco a Héctor, pero estaba segura de que, a su manera, él quería asegurarse la entrada de Julia en la empresa. El motivo aún no lo sabía, aunque sin duda podía sospecharlo. Su jefe tenía fama de no poder resistirse a una mujer bella y con carácter, y Julia tenía ambas cosas. Por el momento, no pensaba compartir sus sospechas con su amiga.

Cuando Carmen llegó a casa mandó a Fran y a Olivia a hacer los deberes. El niño tenía un examen al día siguiente y debía repasar con más atención el tema. Ella terminaría de organizar las cenas y procuraría descasar un rato sin pensar demasiado en Emmanuel ni en Jordi. María, la chica que se quedaba con los niños cuando Carmen tenía guardia en el

hospital, debía de estar al llegar. Hoy le pediría el favor de que le tomara la lección al niño mientras ella intentaba dormir algo antes de marcharse a trabajar. Fran llevaba varios días disperso. El regreso de Jordi había afectado a cada miembro de la familia de manera distinta y, al parecer de Carmen, ninguna buena. Carmen había esperado que su hijo estuviera contento y motivado por la vuelta de su padre, pero la tutora la había llamado para informarla de las faltas continuadas que estaba teniendo el pequeño. El niño estaba comenzado a mentir de nuevo: no llevaba las tareas hechas, respondía inadecuadamente a los maestros y acumulaba una sucesión de actitudes reprochables. Faltaban solo tres días para que Jordi finalizara la mudanza y ella ya se arrepentía.

Carmen creía tener todos los cabos atados para que Jordi no obtuviera de la situación más provecho del necesario. La semana anterior, Elsa la había puesto en contacto con una abogada amiga suya, que al conocer la urgencia del problema no había vacilado en ponerse manos a la obra y se había convertido en la encargada de encauzar el dialogo y los términos del acuerdo al que Carmen y Jordi finalmente consiguieron llegar.

Carmen le pasaría un recibo del alquiler por la habitación que, bajo ningún concepto, incluiría los gastos ni de la vivienda ni de los niños. Esos irían como hasta ahora, en la pensión alimenticia que Jordi estaba obligado a mantener. De manera que él no podría alegar ante ningún juez ni su regreso al hogar ni que su presencia en la vivienda se debiese a la desatención de la madre. Aunque Jordi había aceptado que ambos llevaran vidas separadas e independientes, Carmen lo conocía suficientemente bien como para saber que un desequilibrado como él no se conformaría.

Olga y Elsa ya sabían del retorno de Jordi. Olga, siempre intuitiva, había sospechado algo, pero ni de cerca se había acercado a la realidad. Carmen las tenía a ambas maquinando para hacerle la vida imposible a aquel ser despreciable. La única que aún permanecía al margen del problema era Gema. Carmen había considerado más acertado mantener a su amiga apartada del dilema. No es que no quisiera hacerla partícipe, sino que quería evitarle más malas noticias, ya que llevaba varios días llorando sin consuelo.

A Carmen le hubiese gustado poder ofrecer más apoyo a su amiga, pero si no era capaz de solucionar sus propios problemas, ¿cómo iba a buscar soluciones para los demás? Su vida ya era bastante deprimente como para agobiarse con más problemas. Se sabía egoísta, quizá mala persona por su

falta de empatía, pero en ese momento no era capaz de dar más.

Mientras Sara leía en su cuarto, Olga fumaba distraída y le daba gracias a Dios por la estabilidad que disfrutaban en casa. El trabajo estaba resultando duro, pero por el momento parecía que ellos estaban tranquilos. Todas sus amigas tenían problemas en casa, unas más que otras, pero en general todo estaba cambiando. Llevaba toda la tarde pensando en Gema. Dudaba que Paco, su marido, pudiera hacer algo por Víctor. Hacía bien poco, apenas una semana, que ellos dos habían estado hablando de la problemática situación que Paco estaba viviendo. Pero el hombre, sin pensárselo dos veces y afectado como el que más por la situación de su amigo, había entregado aquella misma mañana el currículum de Víctor al encargado de personal de su empresa. No esperaba gran cosa ni tenía demasiadas expectativas, pero lo menos que se podía hacer era intentarlo.

Gema había mandado a todas sus amigas el currículum de Víctor. No guardaba demasiadas esperanzas y tampoco tenía tiempo. De la noche a la mañana se había convertido en el sustento de su familia, en el pilar de su hogar. Víctor estaba derrotado, nunca lo había visto así: no se vestía, no se duchaba, andaba en casa en pijama, iba de la cama al sillón y de allí a la mesa para volver más tarde a la cama. La depresión amenazaba con alcanzarlo si él no luchaba contra la apatía, y Gema no sabía qué hacer para ayudarlo. Cada hora que pasaba la presión aumentaba: su marido derrotado, los gastos de la casa, sus hijos, la hipoteca. Todos ellos parecían transformarse en terribles gigantes con los que ella no se sentía capaz de luchar. Gema siempre había sido una trabajadora incansable. El trabajo no la asustaba; por el contrario, lo disfrutaba. Durante toda su carrera habían considerado a cada paciente único y especial, cada uno de ellos había supuesto un reto, una meta, y ahora, después de tantos años de experiencia e ilusión, había dejado de dirigirse a ellos como pacientes para transformarlos en clientes. Ya no veía sus caras, veía doblones de oro brillar a la luz de la lámpara de la consulta. Y el problema solo había empezado.

Hacía escasamente diez minutos que terminaba de discutir con Víctor a

causa de un vaso que se había quedado sucio en el fregadero de la cocina. Él nunca se había preocupado por esas cosas y ahora se comportaba como un maníaco. Los perseguía a ella y a los niños por toda la casa, instándoles sin descanso, de manera enfermiza, a no dejar nada descolocado. No encontraba otra ocupación que no fuera perseguirlos allá donde fuesen, y los niños comenzaban a asustarse por el cambio tan repentino que estaba sufriendo su padre.

Juan apagó el ordenador de la oficina. Eran las siete de la tarde y había tenido todo el día para pensar. Su mujer había apostado por dar un giro a sus vidas y él solo tenía dos caminos: acompañarla en el recorrido, como había hecho hasta ahora, o tomar una bifurcación que los separase para siempre. Juan estaba indiscutiblemente dolido con el cambio sufrido por Julia, pero era también consciente del amor que sentía hacia su esposa y sus hijos, y por nada del mundo pretendía ser tan ciego y necio como para dejarlos marchar. Si Julia necesitaba cambiar, él no se lo impediría. Feliz y sosegado por haber llegado a un consenso consigo mismo, terminó de recoger todas sus cosas para marcharse a casa. Hoy no había hablado con su mujer en todo el día, porque quería estar seguro de saber qué decir cuando lo hiciera. Ahora, seguro de su elección, nada podía retenerlo ni un minuto más en la oficina. No prepararía una fiesta sorpresa para celebrar un cambio que no ansiaba, pero dejaría aquella actitud distante que había adoptado tras la noticia. Iría a su casa, abrazaría a su esposa y se encargaría de recordarle cuánto la amaba y la necesitaba.

La semana transcurrió sin novedades. Para Julia continuaron las tertulias matutinas a la hora del café en El Barril, las compras en el supermercado, las tareas domésticas y, por las tardes, la rutina con los niños: la recogida en el colegio, los deberes, la cena, los baños. Carmen, mientras tanto, se mantenía ocupada las veinticuatro horas del día para evitar pensar en su vida.

El viernes Olga lucía un humor de perros. Su jefe había decretado nuevas normas debido a la baja productividad del equipo. Medidas que

concluirían en una rebaja salarial y en el endurecimiento de su trabajo, de por sí arduo y desagradable.

Elsa y Julia escuchaban pacientemente cómo su amiga se desahogaba entre improperios. Alarmadas por el relato de su amiga, no necesitaba más malas noticias. Todas ellas parecían estar pasando por momentos difíciles. Incluso Elsa, la más despreocupada y vivaracha, no tenía clara la situación en la empresa.

De improviso, arrancándole el protagonismo a Olga, el teléfono de Julia comenzó a sonar. Ella cogió el bolso sin darse demasiada prisa, dando por sentado que era Juan. La sorpresa fue mayúscula cuando descubrió que era el número de la oficina de Carmen. Esperanzada por encontrar a Emmanuel al otro lado de la línea, contesto.

—Julia, soy yo —oyó decir a Carmen desde el otro lado del teléfono.

—Hola, Carmen. ¿Ha pasado algo? —dijo Julia, algo decepcionada por oír la voz de su amiga.

—¡Te quieren aquí! Me tienes que traer toda la documentación esta tarde a casa. Héctor se ofreció a llamarte, pero como Emmanuel conoce nuestra relación, le disuadió de la idea. Me dejó que te lo dijese yo. ¡Julia, tenemos que celebrarlo!

Julia se quedó muda, incapaz de articular palabra. No era capaz de creer lo que terminaba de escuchar. ¡La habían contratado! Increíble, lo había conseguido. Había anhelado volver a trabajar, pero incluso dispuesta a luchar por su empeño, como estaba, lo había creído imposible. La llamada le parecía un milagro.

—Eso es... genial. Nos vemos esta tarde y me lo cuentas todo. Un beso enorme.

Tras colgar el teléfono, Julia contó la feliz noticia a Olga y Elsa. Por fin las cosas empezaban a cambiar.

5. Cuando el sol brilla, una nube amenaza a lo lejos

Tras recibir la increíble noticia, Julia se quedó sin palabras. Se sentía llena, importante. En aquel momento tenía todo lo que deseaba: un marido que la amaba, unas niñas preciosas y un trabajo. Temerosa de que su suerte pudiera cambiar, miró a sus amigas, que la observaban expectantes, esperando a que ella pronunciase palabra.

—Es increíble —dijo finalmente Julia—. Todo mi mundo se ve diferente.

Elsa sonreía. Las chicas necesitaban la llegada de buenas noticias y esta era grandiosa. Porque aunque Julia no solía exteriorizar en alto sus anhelos, todas ellas intuían que no solo deseaba trabajar, sino que además lo necesitaba. Los niños en sí eran maravillosos, pero también agotadores, y Julia, a pesar de ser una excelente madre, también era una persona que, como todos, requería su espacio.

—Yo diría que esto merece una celebración especial, una cena, una salida —propuso Elsa, feliz de tener algo que celebrar.

—Estoy de acuerdo contigo. ¡Basta ya de días grises! Últimamente todo son problemas. Pongámosle fin a esta racha de mala suerte —convino Olga.

—No sé si es lo más apropiado, mirad cómo está Gema con lo de Víctor, y Carmen con lo de Jordi —contestó Julia, recordando que sus amigas no estaban pasando por un buen momento.

—También puedes añadir al déspota de mi jefe. Así que podemos asegurar que la culpa de todos nuestros males la tienen los hombres —dijo Olga—. Tienes razón, estamos pasando por una malísima racha, pero necesitamos salir y celebrar algo, divertirnos, comprender que vendrán cosas mejores. Esta vez te ha tocado a ti y nos alegramos. Además, estamos para apoyarnos y no solo en los malos momentos.

—Está bien, me habéis convencido... Lo que no sé es que le voy a decir antes a Juan, si lo del contrato o lo de cena —respondió Julia, más serena.

—Yo pienso que sería más conveniente decirle en qué te has fundido la

tarjeta, porque, Julia, ir a comprar ropa es algo que en este momento apremia —dijo Elsa, demostrando una vez más su sinceridad y su falta de tacto.

Tras el café Julia se marchó de El Barril. Sabía que Elsa tenía razón: su ropero estaba anticuado, pasado de moda. En los últimos años no le había prestado demasiada atención a su fondo de armario. La mayoría de los días recurría al chándal, por ser una prenda cómoda y rápida de poner y quitar. Bastante tenía con luchar con la ropa de sus hijas como para preocuparse por la de ella sin motivo. Pero había llegado el momento de cambiar, de renovarse, por lo que antes de volver a su casa decidió ir de compras por el barrio.

Tras dos horas de arduas pero fructuosas compras, Julia se miraba satisfecha en el espejo de la tienda mientras pensaba en cómo le diría a Juan que finalmente había conseguido el puesto de trabajo. Su marido había aceptado y había comprendido su deseo de trabajar, pero entre deseo y realidad había un trecho que aún debían recorrer, y ella no estaba segura de la reacción de su marido. No se dejaría convencer, así que decidió no esperar más e ir a buscar a Juan al trabajo. Lo invitaría a comer en algún sitio tranquilo, quizás en un ambiente neutral, para que el tema fuese más sencillo de tratar.

Nerviosa, llamó a un taxi que la llevara a la oficina de Juan. De camino, inmersa en el fluir del tráfico, Julia pensaba que Juan debía de estar a punto de recoger sus cosas para marcharse a casa. Pensaba si no hubiese sido preferible haberle avisado de sus intenciones, sorprenderlo presentándose en su despacho para hablarle del inminente contrato quizás no era la mejor idea. No tenía miedo de que él se hubiese marchado antes de que ella llegara, el tiempo no era el problema, lo que le asustaba era que Juan hubiese mentido en cuanto a su aceptación.

Cuando llegó al edificio de oficinas ya no había marcha atrás.

—Cariño, qué alegría. ¿Por qué no me has avisado? Estaba recogiendo las cosas para ir a casa —dijo Juan.

—Quería sorprenderte e invitarte a comer.

—Pues me alegro. Estas sorpresas son todo un placer. Por cierto, bonito vestido, ¿es nuevo?

—Sí, necesitaba comprarme ropa —dijo Julia, que no dejaba de pensar en cómo comenzar a contar todo lo que tenía que decir.

Juan pronto ató cabos: la entrevista de trabajo, la ropa nueva, la sorpresa

de venir en su busca. No necesitaba que Julia le dijese nada más. Su mujer y él ya habían discutido más de lo necesario por aquella cuestión, la decisión estaba tomada y no se echaría atrás.

—Bien, entonces quizá debamos celebrarlo. Yo te invito. ¿Cuándo empiezas a trabajar?

Julia estaba emocionada. Se le humedecieron los ojos mientras miraba a Juan y veía en él al hombre que, pasara lo que pasara, nunca la defraudaría.

—El martes, pero he pensado en comenzar el lunes para no llegar sin saber nada.

—Solo una pregunta, y no quiero que te moleste, ¿tienes organizado el horario de las niñas? ¿Necesitas que te ayude? —quiso saber Juan de camino al restaurante.

—En principio no tiene por qué cambiar nada. Dejaré a Ángela y a Sara en el colegio y después me iré con Carmen a la oficina. Solo son cinco horas, por lo que vendré a casa a comer contigo si quieres —contestó Julia, aún sin creerse la reacción de su esposo.

—¿Acaso lo dudas? —dijo Juan, y abrazó a su mujer.

La noticia no tardó más de un clic de ratón en conocerse. A las cuatro de la tarde, el chat del móvil ardía. Juan miraba atónito a Julia sin llegar a acertar quién estaba más contenta por el trabajo, su mujer o cualquiera de sus amigas. Mientras, los mensajes iban y venía. Unas querían chino, otras italiano, otras japonés. Seguramente terminarían sorteando la opción, porque a ninguna de ellas le importaba realmente donde fueran. Todas coincidían en la necesidad de salir y festejar cualquier nuevo acontecimiento. Aquello tranquilizaba a Juan, porque demostraba que no era que su mujer quisiera alejarse de él con aquellas esporádicas salidas, sino que bien por la edad, bien por la situación que vivían, todas ellas parecían necesitar salir y desahogarse. En cualquier caso, Juan se aferraba al refrán «mal de muchos, consuelo de tontos» y pensaba que si las demás también lo hacían, entonces debía de ser normal.

El porqué de que cinco mujeres, con hijos y con vidas estables y plenas, deseaban tener algún motivo para salir resultaba chocante. Incluso podía generar malintencionados comentarios en otros. Aunque el motivo que cada una de ellas encontraba era la necesidad de liberarse de las diferentes

presiones a las que se encontraban sometidas diariamente. Ante todo, la de la crianza y educación de sus hijos, que era precisamente lo que había unido al grupo.

El fin de semana corrió como la pólvora. Julia consiguió organizar la casa, la compra y la ropa de toda la familia. Su mente era un hervidero. No deseaba darle ningún pretexto a Juan para que este pudiera quejarse de su nueva situación. No tenía experiencia acerca de cómo transcurriría la semana y cuáles serían sus nuevas necesidades, pero estaba harta de oír hablar a sus amigas de las mejores técnicas para sobrevivir a los quehaceres de la casa y a la obligación del trabajo. Julia se sabía oxidada, pero no por ello le daría motivos de crítica a su suegra. Menos ahora, que había conseguido que Juan entendiese su deseo de volver a trabajar y no solo eso, sino que además lo aceptase.

La noche del domingo Julia no pudo conciliar el sueño. Su incorporación oficial a la empresa no se realizaría hasta el martes. Aun así, el lunes daría comienzo a una nueva etapa en su vida acompañando a Carmen a la oficina. Ella sería la encargada de enseñarle el lugar, de presentarle a sus nuevos compañeros, sus costumbres y formas de trabajo, para que cuando finalmente el martes se uniera al grupo todo fuera más sencillo.

Insomne, Julia no se reconocía, nerviosa, insegura de sí, ella no solía actuar de aquella manera, se caracterizaba por su seguridad, pero desconocía lo que podía esperar de aquel primer contacto. Llevaba demasiado tiempo en casa, sola con sus hijas. Su mente cansada y desordenada daba tumbos, deliberando incesantemente acerca de cómo hacer desaparecer el inoportuno primer encuentro entre ella y sus dos nuevos jefes, como encajar los retos que le acontecerían, y que cada vez se sentía menos segura de poder superar.

El lunes deba comienzo a una nueva semana gris. En el coche Carmen, alicaída y cansada por la llegada de Jordi a casa, no parecía muy dispuesta a entablar ninguna conversación. La mudanza de su exmarido la había dejado exhausta, carente de energía o positividad. Verlo deshacer su equipaje había

sido sentir agujas clavarse en su piel con cada prenda o enser que sacaba de la maleta. Mientras, Fran y Olivia observaban absortos la vuelta a casa de su padre sin atreverse a decir palabra. Ellos miraban de Jordi a Carmen sin alcanzar a comprender la situación. Su padre estaba de regreso y su madre estaba más triste que nunca. Carmen debía prepararse para enfrentar a Emmanuel, al que no imaginaba de buen humor. ¿Qué haría o diría él? Ahora que lo pensaba, quizá no había sido buena idea decirle a Julia que comenzase aquel día.

—Carmen, ¿estás bien? ¿Quieres que hablemos?

—No, tranquila, pasará. Estoy disgustada y dolida por el fin de semana, pero esto no termina aquí. Jordi está, y no se irá hasta que no tenga nada mejor. Solo pido que mi hijo no salga más herido.

Al llegar a la oficina parecía que había problemas. El gerente de la central de Gweru había hecho una llamada urgente a Emmanuel y Héctor el domingo tarde. A esas horas debían de estar volando a África para a firmar el acuerdo con el alcalde de la ciudad ese mismo lunes. Se esperaba el cambio de gobierno en horas, y después de los tres largos años de negociaciones y disputas con los distintos departamentos, ninguno de ellos estaba dispuesto a perder el proyecto. Todo el mundo sabía que algo muy grande se estaba cocinando en aquel continente, era un secreto a voces, pero nadie sabía con exactitud en qué consistía. Y esa incertidumbre fue lo que restó cualquier interés a la incorporación de Julia a la empresa.

Héctor llevaba cuatro años estudiando la zona, realizando estudios medioambientales, mediciones topográficas, comprobando la cantidad y variedad de seísmos, calculando los niveles de emergencias y los posibles desastres, así como aplicando la adecuada gestión de riesgo. Y ahora, tres años y diez meses después de dejar a su hija Rebeca para buscar su sueño en África, un gobierno emergente pretendía tirar por tierra lo que era el sumun de su carrera. No lo permitiría, haría lo que hiciera falta pero la central continuaría.

Las placas solares ya estaban al máximo rendimiento, el abastecimiento eléctrico estaba asegurado, el cercado de la central era un hecho y en el recinto ya vivían cincuenta familias autóctonas, lo que daba por finalizaba la primera etapa del gran proyecto. Hacía dos meses que tenían en su poder

los permisos de obra para comenzar a levantar los cimientos de la nueva central energética, pero la falta de tiempo se lo había impedido. Ahora la situación se estaba complicando. Según transcurrían los días se hacía más evidente que su presencia y la de Emmanuel allí, en la central de Malauí, era imprescindible. La próxima vez que viajase a Karonga quizá fuese para no retornar a España.

Los días transcurrían con rapidez. Ahora cada despertar en la vida de Julia se presentaba con una nueva sonrisa a la vida. Solo habían transcurrido dos días desde su incorporación a la organización y ya se sentía una mujer nueva. Los compañeros de la oficina eran increíbles, todo el mundo estaba predispuesto a ayudarla o a enseñarle lo necesario para que ella llevara a buen término su trabajo. No había rivalidades ni enfrentamientos entre ellos. Todos parecían formar una piña en torno a Emmanuel, que, pese a los conflictos que recientemente estaban apareciendo en la sede, llevaba un control diligente de las necesidades de la organización.

Aun así, el revuelo continuaba. Nadie conocía con exactitud qué era lo que tanto inquietaba a Héctor y a Emmanuel, lo que conducía a que las habladorías de pasillo aumentasen. La falta de información llevaba a conjeturas, la más popular hablaba de problemas con los últimos envíos de medicamentos y documentos. Algo que Carmen no creía posible porque ella había vigilado minuciosamente —bajo la estrecha supervisión de Emmanuel— cada paquete y cumplimentado cada página, y estaba convencida de no haber omitido nada ni necesario ni superfluo.

Julia no conocía cómo había sido el trabajo anteriormente en la calle Prim, por lo que no le extrañaba todo aquel ajetreo de ir y venir de gente. Todo el mundo tenía prisa por llevar, entregar o recibir algo. Al entrar en la oficina todo era movimiento, no había espacio para el descanso o la parsimonia, y eso la hacía sentir viva después de tanto tiempo de monótona existencia. En la oficina todo eran preguntas. ¿Hiciste la tarea, Julia? ¿Dónde está ese documento? ¿Hablaste con fulanito o menganito? Por insignificantes que fueran los quehaceres, ella los veía gratificantes.

El jueves, Carmen andaba demasiado preocupada con sus problemas personales como para involucrarse en asuntos que no la requerían. Emmanuel la había llamado a su despacho para decirle que

aproximadamente en un mes se iría a Malauí. Sería solamente por una semana, pero aquella separación parecía ser más de lo que Carmen se creía capaz de soportar. Él no le había querido decir los motivos de aquel repentino viaje, aunque le aseguró que, de haber podido evitarlo, lo hubiese hecho. A Carmen los motivos le daban igual. Si Emmanuel se iba, aunque fuese un día de su vida, se desmoronaría. Era lo único que la sostenía en pie cada mañana, cuando la realidad de su vida la asaltaba al ver a Jordi paseando a sus anchas por los pasillos de su casa. Emmanuel la incitó a acompañarlo, pero no podía marcharse y dejar a sus hijos atrás. No sabía si él llegaría a entenderla o si lo malinterpretaría, como había estado haciendo con todas sus decisiones hasta este momento. Aun así, el resultado era el mismo: Emmanuel la dejaba sola, tal y como ella siempre supuso que haría. Estaba cansada, harta de ser débil.

En casa de Julia todos se estaban amoldando a la nueva situación. Las niñas no habían notado ningún cambio porque Julia continuaba dejándolas en el colegio por las mañanas y recogíéndolas por la tarde, como había hecho siempre. Juan, por el contrario, echaba de menos llegar a casa a mediodía y encontrar a Julia dispuesta a charlar tranquila con él unos minutos. Ella llevaba solo dos días trabajando, pero el encanto de las comidas en compañía de su esposa había desaparecido. Ahora Julia llegaba a la misma hora que Juan y, con muy poco tiempo para miramientos, disponía la comida para ambos antes de ponerse a preparar las meriendas de las niñas. Juan reconocía que hacía años que no veía a su mujer tan feliz, cantando y bailando por los pasillos viejas canciones al igual que hacía de recién casados.

Olga veía impotente como su pequeño grupo se desvanecía. Ella y Elsa eran el rastro que quedaba del pequeño club del desayuno. Carmen hacía tiempo que era una ausente a causa del pluriempleo, Gema estaba obligada a hacer horas extras para enfrentar su día a día tras el despido de Víctor y ahora Julia, con su reciente contrato, también las abandonaba. Olga suponía que era cuestión de tiempo que también ellas abandonaran el café de la mañana. Aunque se llevaban bien, no eran el punto de unión del grupo y no tenían demasiado en común, excepto los niños. Elsa era más joven que Olga y tenía otras inquietudes. En breve se tendrían que conformar con su chat y con alguna salida esporádica. Y eso si conseguían mantenerse unidas.

6. ¿Qué hay en Karonga?

Julia no se podía quejar, los dos primeros meses de trabajo había transcurrido sin altercado alguno. Atendía el teléfono y gestionaba las ayudas solicitadas con el apoyo de Carmen, que se encargaba de enseñarle los trucos del trabajo. Los nervios de los dos primeros días desaparecieron con rapidez. Era como si nunca hubiese estado fuera de aquel lugar, como si conociese a todas aquellas personas que hoy la trataban como una más.

Carmen se veía triste. No tenía noticias de Emmanuel desde que este había salido con destino a Malawi sin dar explicaciones del porqué. Ahora sabían que el motivo tenía algo que ver con los permisos en la central. Pero los días sin él habían sido muy largos para Carmen, que lo extrañaba a cada momento del día. Emmanuel no se había puesto en contacto con ella y la tenía desconcertada. Intentaba convencerse de que su falta de interés se debía a la gravedad del asunto, porque la otra alternativa era asumir que no la extrañaba.

Carmen escuchó con atención cuando su compañero de administración dio noticias de Emmanuel. Aun dolida por no haber sido ella la que recibiera su llamada, necesitaba saber qué estaba sucediendo. Emmanuel había llamado para informar del éxito de las pesquisas: todo había salido como era lo esperado. El viernes, después de casi dos semanas de ausencia y conferencias en la sala de juntas frente a la pantalla del ordenador, regresarían. Héctor y Emmanuel llegarían a última hora, por lo que no esperaban reunirse con el personal de la oficina hasta el lunes.

Tras la noticia, ambas amigas salieron de la oficina. Como todos los días, Julia tenía prisa por llegar a casa. Juan seguía siendo tan puntual como siempre y ella estaba deseosa de compartir con su marido las novedades. Pero la noticia del regreso de Emmanuel atormentaba a Carmen, quien, cabizbaja, rompió el silencio reinante en el coche.

—Estoy francamente nerviosa. ¿Qué crees que pasará cuando Emmanuel regrese?

—No lo sé, pero tranquila. No sabemos de qué se trata el proyecto, pero por la urgencia con la que se fue y el tiempo que ha tardado en regresar,

tengo la impresión de que el tema ha sido lo suficientemente grave como para que no haya tenido tiempo de pensar en lo vuestro, o quizás haya preferido darte espacio y tenerlo también él.

—Me duele pensar en él como algo ajeno. Lo quiero, Julia. Estos quince días han sido duros sin su apoyo. Con Jordi apoderándose de mi privacidad, utilizando mis cosas, comiéndose mi comida.

—Solo puedes esperar —dijo Julia, y se despidió de su amiga para dirigirse a su portal.

En casa, preocupada por su amiga, Julia quiso conocer la opinión de Juan en lo referente a Emmanuel. Juan, alentado por el buen estado de ánimo que su mujer lucía cada día, se prestaba solícito a cualquier tarea doméstica, siempre y cuando implicara compartir más tiempo con ella. Cada día que pasaba desde su incorporación al trabajo se parecía más a la mujer que había conocido hacía diez años y de la que se había enamorado perdidamente. Pero en esta ocasión Juan no supo qué contestar. No conocía a Emmanuel y no quería darle falsas expectativas. Lo cierto era que el tipo se había marchado varios días y no había dado señales de vida, y eso a Juan no le parecía una buena señal, pero quizás existieran problemas que imposibilitaran la comunicación. En cualquier caso, no podía dar una opinión veraz sin conocer al sujeto.

Julia aceptó que era mejor esperar y ver qué sucedía en lugar de hacer conjeturas sin sentido. Además, como cada tarde, era hora de ir a recoger a las sus pequeñas al colegio. Primero recogería a Sara y después iría en busca de Ángela, que hoy había tenido excursión a la biblioteca y seguro estaría de muy buen humor.

—¡Mamá, mamá! Mira lo que me han dado —dijo Ángela, y le mostró un pequeño libro a Julia.

—A ver, cariño. ¡Anda, pero si en un cuento! —dijo Julia antes de que Sara la cortase.

—Yo quiero, yo quiero. ¿Cuál es?

Con más paciencia de la que disponía antes de comenzar a trabajar, Julia se lo enseñó a la pequeña con cariño y una sonrisa.

—*La princesa, el dragón y el botón*. Esta noche, si os portáis muy bien, lo leeremos, ¿queréis?

—¡Sí, sí! —contestaron las dos entre saltos de alegría.

—Pues vamos a casita rapidito para que nos dé tiempo a todo.

Por primera vez en mucho tiempo disfrutaba de la compañía de sus niñas. Llegaron a casa sin altercados, ni pequeños ni grandes. Las pequeñas se habían amoldado a la nueva actividad de su madre sin ningún problema.

—Mami, ¿nos contarás el cuento ahora? —preguntó Sara.

Pero antes de poder contestar se escuchó el sonido de la puerta al abrirse y Julia sonrió.

—Sí, claro, aunque igual preferís que os lo cuente papi, que acaba de llegar.

Ella sabía la respuesta inmediata de las niñas.

—¡Viva, viva! Papá los cuenta mucho mejor —gritó Sara.

La niña daba saltos en la cama para reclamar la atención de su padre, que acababa de entrar en el cuarto y mostraba una enorme sonrisa.

—¿Qué hacéis, mis grumetes? —preguntó Juan.

—Mamá estaba a punto de empezar a contarnos un cuento nuevo que me dieron en la biblioteca, pero nos gusta más que nos lo cuentes tú, papi.

Juan asintió.

—Está bien, dejemos que mamá se vaya y descanse mientras yo os leo. A ver, déjame ver ese cuento, pequeña pirata —le dijo Juan a Sara mientras la niña le tendía el pequeño cuento—. ¡Qué buena pinta! *La princesa, el dragón y el botón*.

Julia, antes de salir de la habitación, se despidió de las niñas.

—Bueno, pequeñas, luego vendré a daros un beso. Ángela, presta mucha atención al cuento, y así mañana me lo puedes contar tú a mí de camino al cole, ¿vale?

Julia podía escuchar la voz de Juan mientras se dirigía a la cocina, pero para preparar la cena de su marido. Después de un rato perdió el hilo, y poco después entró su marido.

—Ya puedes ir a despedirlas, pequeña rata escurridiza, que me he dado perfecta cuenta de lo que has hecho antes con el cuento.

Julia lo miró con picardía. Sabiéndose pillada, puso cara de inocente y salió de la cocina fingiendo ofensa.

Julia estaba en armonía con el mundo. Su casa funcionaba, su pareja la amaba, el trabajo era genial. La daba miedo disfrutar de su felicidad sin cortapisas por si esta se esfumaba. Juan había cumplido su promesa y había aceptado la situación, Sara y Ángela se estaban comportando de manera

impecable, quizá debido a la actitud más serena y positiva de Julia. En la ONG todo le sorprendía, por lo que el trabajo era ameno. De vez en cuando extrañaba la tertulia y los cafés de la mañana con sus entrañables amigas, aunque mantenía el contacto con ellas gracias al chat.

Gema seguía destrozada, sumergida en una espiral de destrucción; Víctor estaba cayendo en una crisis nerviosa provocada por la ansiedad. Hablaba mal a los niños, no salía de casa, no se aseaba y, para rematar, culpaba a su mujer de su decadente vida.

Carmen tampoco estaba bien. El lunes por la mañana lucía unas enormes y hundidas ojeras negras que ensombrecían su rostro.

—Hola —saludó Julia—. ¿Cómo te encuentras? ¿Sigues sin tener noticias de Emmanuel?

—Sí, sigo sin tener noticias tuyas. No he querido llamarlo para no empeorar las cosas. Está claro que lo que tuvimos terminó. No deseo agobiarlo ni violentarlo, no soy de esas.

—Entiendo —contestó Julia para cerrar el tema, sin tener claro si compartía la opinión de Carmen.

Estaban entrando en la oficina y no era el lugar adecuado para hablar de Emmanuel, ni en ese tono ni en ningún otro. En la entrada se notaba revuelo. Los compañeros iban de un lado a otro del local con los auriculares del teléfono puestos. Buscaban papeles y bolígrafos, y algunos portaban taburetes y demás enseres. Jaime, uno de los chicos de recursos humanos, al verlas paradas en la puerta, las apremió.

—¿Qué hacéis ahí? Han convocado una reunión urgente. Coged todo lo que creáis necesitar, porque nos han avisado de que será larga.

Carmen y Julia se miraron y siguieron a Jaime hasta la sala de reuniones. En el fondo de la sala, rodeados por sus compañeros, se encontraban Héctor y Emmanuel. El primero sentado en dirección a la pizarra, con la pierna izquierda cruzada sobre la otra con aire despreocupado. Emmanuel de pie, con un puntero en la mano, estudiando unos documentos, mientras preparaba lo que parecía una presentación. Una vez estuvieron todos acomodados en la sala de reuniones, Emmanuel pidió que apagasen las luces y encendió el proyector.

Cuando todos quedaron en silencio empezó la proyección. Un vídeo acerca de Malauí, en concreto sobre la región de Karonga, en Sudáfrica. Trataba de su pequeña población, su ganadería, su agricultura y su topografía. Hacía especial hincapié en sus fértiles tierras y en el lago Nyasa,

con una superficie de casi treinta mil kilómetros cuadrados con puntos limítrofes en Mozambique, Malawi y Tanzania. En la actualidad, la región estaba habitada en su mayoría por etnias bantúes, anteriores a la llegada de los primeros comerciantes de esclavos árabes y exploradores portugueses.

Finalizado el prólogo, Emmanuel mostró un plano de gráficos llenos de datos, números y estadísticas de habitantes, producción y rendimiento bruto. Después dio paso al motivo de la reunión.

—Tras más de tres años de trámites y negociaciones con las diferentes secciones gubernamentales y no gubernamentales de Mozambique, Malawi y Tanzania, hemos conseguido firmar los acuerdos que nos permitirán continuar con el proyecto que estamos elaborando allí y que aún no está en conocimiento de todos vosotros. Os he convocado para informaros de los cambios que surgirán de hoy en adelante en la sede, así como de la ayuda que precisamos de todos vosotros.

Los murmullos invadieron la sala. Carmen y Julia se miraron desconcertadas y retornaron su atención a Emmanuel cuando continuó la charla.

—Las obras siguen su curso. El proyecto está estructurado en tres fases, de las cuales las dos primeras están prácticamente finalizadas y la tercera está en curso. Os las detallo por orden. La primera, la más costosa e importante por la dependencia que tendrá el resto del proyecto de ella, fue la construcción de una central energética. El cercado inicial, así como las obras en la central y las planchas energéticas, están prácticamente finalizados y preparados para generar la energía necesaria para las siguientes secciones. La segunda fue la construcción del centro médico y el colegio. Queremos que los nativos se sientan seguros y tengan buenas condiciones de salubridad. En esta semana, los obreros iniciarán la implantación de las acometidas de suministro y las cotas para comenzar con los cimientos de la tercera parte del proyecto: un hotel que proporcionará trabajo a cincuenta personas.

Los murmullos retornaron y algunas manos comenzaron a levantarse. En este punto —y en general— los compañeros no entendían cómo encajaba una ONG en un proyecto como aquel. Tampoco entendían en qué podían colaborar, y sobre todo no lograban encajar a Emmanuel en aquel macroproyecto. Indignados, arremetían contra él sin dejarle continuar. Héctor, aburrido y dando muestra de su iracundo temperamento, se levantó para hacer callar el revuelo.

—¡Basta ya! —La sala enmudeció—. Emmanuel y yo llevamos cuatro años luchando por este proyecto, que nace del inconformismo en una noche de verano. Cansados de prestar la mano al necesitado sin lograr avanzar, aburridos de ser testigos de la devastación, la ruina, la decadencia y el abuso. CRP (Central de Recursos Primarios) nace con un compromiso, con una vinculación inherente, porque no se busca dar comida al necesitado o medicinas al enfermo. No creo en la limosna navideña de la campaña de invierno, ni me creo mejor persona por darle un día arroz a un niño. Nosotros buscamos una transformación. No queremos darles los recursos, queremos que ellos los obtengan. Algo impensable en todos esos países subyugados a la manipulación y la corrupción gubernamental. Contra todo pronóstico, en Karonga se está consiguiendo. Ya hay cuarenta familias viviendo, que no subsistiendo, de la central, y pretendemos que sean muchas más, quizá cientos. Y he ahí donde precisamos vuestra ayuda. Así que, por favor, dejad que Emmanuel continúe el desarrollo antes de intentar lincharlo de nuevo.

La sala permaneció en silencio para dar paso a lo que Emmanuel tenía que decir.

—Gracias, Héctor. Bien, continuemos. Como detallaba en un principio, las fases uno y dos del CRP están terminadas, salvo por el arduo trabajo de elección y formación de recursos humanos que tenemos por delante. La pretensión de la ONG es siempre la misma: la ayuda y la colaboración con el que lo necesite. Por lo que nuestro cometido actual y principal es contratar un ingeniero y varios técnicos aquí en España, cuyo único requisito intrínseco es que se encuentren en nuestra base de datos o en situación precaria. Se contratará a estos perfiles durante periodos anuales, siendo el lugar de desempeño laboral Karonga. No podemos ofertar ni grandes sueldo ni grandes condiciones. La contratación la hará una empresa con sede en Malawi, por lo que se les proporcionará vivienda y un sueldo acorde al país. Esta será la única aportación humana extranjera de la que se dotará al proyecto. El resto de contrataciones será autóctono, y este es otro punto en el que pedimos vuestra colaboración. Necesitaremos formar al personal que trabaje en el CRP, puesto que queremos dotar al centro de proyección internacional. Ahí es en lo que os pedimos colaboración. La lengua oficial es el inglés, lo que nos asegura no tener problema con la comunicación. Necesitamos que, en la medida que cada uno pueda, y siempre sin ocasionar con ello mayores trastornos, se traslade a Karonga por

temporadas más o menos largas según la disponibilidad de cada cual, con el fin de formar a estas personas en diferentes oficios, secciones administrativas, informáticas, comunicación, etcétera. En definitiva, y para que lo entendáis todos, queremos dotarles de una microciudad dentro de Karonga, una ciudad que les proporcione recursos no dependientes del Estado.

En el ambiente se notaba el sobresalto, la inquietud, el alborozo, el ímpetu. Julia miró a Carmen y la vio enardecida, llena de esperanza. Ella misma se sentía estimulada, ensalzada, llevada a un punto más alto. Se imaginaba allí, en Karonga, aportando no sabía bien qué pero sintiéndose necesaria, importante. Se preguntó si el resto de sus compañeros se sentía igual, y si era a esto a lo que Carmen se refería al presentar a Emmanuel como una persona capaz de llevarte a lo más alto.

Al finalizar la presentación, Emmanuel les pidió unos minutos a Carmen y Julia.

—Carmen, Julia, sentaos y poneos cómodas. Entiendo que, dada la relación que tenéis, puedo hablaros sin preámbulos. —Ambas asintieron—. Carmen, conozco en primera persona tu situación personal actual. No pretendo mezclar temas, esto es un proyecto profesional y nada tiene que ver con tu vida privada. No quisiera que lo que te vamos a proponer llevase a equívocos. Como ya hemos expuesto anteriormente, el centro hospitalario ya es un hecho y necesitamos ponerlo en marcha. Es obvio que los médicos y las enfermeras del centro serán autóctonos, pero precisamos una persona de confianza que se ocupe del funcionamiento interno, de los recursos, del trato, de modelar al personal hacia la forma correcta, o más occidental, de trabajar. Consideramos que tu aportación sería espléndida. Me reitero en que conocemos tu situación y entendemos que es una decisión complicada. Nos encantaría poder ofrecerte tiempo, pero es un bien preciado del que no disponemos.

—Me encantaría poder ayudar, pero, como bien has dicho, conocéis mi situación, tengo dos hijos a los que atender. ¿Durante cuánto tiempo debería residir allí? ¿Sería temporal o permanente? Y otra cuestión importante, necesito cubrir unos gastos mínimos que con lo que cobro aquí es impensable. Ambos datos son necesarios para que pueda tomar una decisión —contestó Carmen, serena, como si estuviese valorando la opción de marcharse.

—Ya habíamos pensado en el dinero. Igualaríamos tus ingresos actuales

y allí te proporcionaríamos una vivienda, como al resto de personal transferido. Es más, aceptaríamos que llevases a tu familia. En lo referente al tiempo, estaríamos dispuestos a aceptar todo lo que nos puedas dar: un mes, un año, un lustro.

Carmen asintió, por lo que Emmanuel continuó con Julia.

—Julia, tú has resultando, contra todo pronóstico, un gran fichaje. En un principio no me generaste expectativa alguna, seguramente si no hubiera sido por la insistencia de Héctor no te habría llamado, pero lo cierto es que has demostrado una enorme capacidad de adaptación y de trabajo. Cualidades que en este momento valoramos. Sin olvidar tu experiencia en el campo del desarrollo energético. Por eso nos gustaría conocer tu disponibilidad para involucrarte más en el proyecto. En tu caso, una incursión de un mes nos beneficiaría para cerrar un par de contratos a medio cumplimentar con varias empresas privadas de la zona. Que conozcas los términos y que hables inglés facilitará a Héctor la tarea. La salida hacia Karonga se realizará tal y como se dijo en la reunión, a finales del mes de junio. Sabemos que es precipitado, pero el tiempo apremia.

Antes de que Julia tuviera oportunidad de contestar, Carmen, cuya euforia había desaparecido al comprender que Emmanuel se marcharía para no volver, preguntó, dejando entrever su propio y profundo sentimiento de abandono:

—¿Qué va a pasar con la sede de Madrid? Hay mucha gente que depende de nosotros aquí. No podemos abandonarlos por ir detrás de un sueño.

—Tienes razón, Carmen. Aún no se sabe quién cubrirá nuestros puestos, lo que es seguro es que la central de la organización permanecerá como hasta el momento, aquí en la calle Prim. Emmanuel y yo somos los únicos que no volveremos. De junio en adelante, si todo funciona como esperamos, nos trasladaremos permanente a Malawi. El proyecto exige sacrificios de todos nosotros, es algo con lo que contamos desde el comienzo —dijo Héctor.

Carmen, mirando a Emmanuel fijamente, le increpó:

—Entonces, ¿te vas sin más?

Ante el silencio de Emmanuel, Carmen, herida, salió de la sala tras abrir con violencia la puerta. Julia se levantó para ir tras ella, pero antes de salir de la estancia se dio la vuelta.

—Contad conmigo —dijo para sorpresa de ambos, antes de salir en

busca de su amiga.

7. ¿Avanzar o salir corriendo?

Cuando Juan llegó a casa, cansado de los problemas de la oficina pero feliz de llegar a su hogar, como cada día, Julia no le hizo mención alguna de los últimos acontecimientos. Cenaron juntos en la cocina, como era costumbre, como si nada hubiese sucedido. Cuando terminaron las noticias, Julia se levantó para recoger un poco mientras Juan revisaba uno a uno los papeles que había traído de la oficina. Desde tiempos inmemoriales, él siempre tenía algo que revisar, firmar o contestar después de su trabajo, incluso en más de una ocasión alguna videoconferencia con algún contacto en Asia. Y con ello, involuntariamente, sin ser consciente de lo que sus acciones obraban en su esposa, empequeñecía un poco más a Julia. Ser la esposa de un hombre con un puesto de tan elevada responsabilidad, siempre tan correcto, exigente y trabajador, terminaba con toda su autoestima.

Una vez dio por terminado su cometido, se acercó a Juan para darle un beso de buenas noches y se marchó de la cocina con el pretexto de darse un baño de última hora.

En la bañera, mientras echaba unas gotas de su aceite esencial en el agua, Julia comprendió que su decisión había sido tomada segundos después de la proyección del vídeo. No lo había sopesado ni meditado ni hablado, y tampoco deseaba hacerlo. Entendía que la premura del viaje se debía a los problemas derivados de las primeras lluvias del monzón. Las masas de aire húmedas arrastradas desde el golfo de Guinea eran las frecuentes causantes de las grandes precipitaciones. Existían áreas de terreno propensas a sufrir inundaciones durante los periodos de alta descarga. Aunque en los últimos cuarenta o cincuenta años se observaba una gran disminución de dichas inundaciones, debían controlar que el cauce de alivio artificial del que habían dotado al recinto funcionaba correctamente.

Debía pensar qué hacer con las niñas durante el periodo que se ausentara. No sería mucho, quizá quince o veinte días, probablemente un mes. No se alargaría más. No podía olvidar a Juan, tenía que encontrar la manera de informarle de su decisión y de que entendiera que no existía la posibilidad de una negociación. Tenía ante sí la perspectiva de una

experiencia que no volvería a surgir jamás. En su haber, Julia ya albergaba un enorme baúl de vivencias que contaban como oportunidades perdidas, no quería seguir almacenando carencias. Deseaba envejecer como una persona realizada, no mirar atrás para recordar todo aquello que pudo ser y no fue.

Ella deseaba ir a Karonga, y estaba segura de que muchas personas la tacharían de caprichosa e inconsciente. Calificativos que carecían de importancia porque ya había tomado una decisión.

A primera hora de la mañana, antes de que las niñas despertaran, Julia se levantó y se dispuso a preparar el desayuno con el intento de amainar el gran disgusto que le causaría a su marido cuando le contase sus planes. Lo tenía todo organizado: primero le prepararía su café, se sentarían unos minutos a charlar y en ese momento se lo plantearía. Julia sabía que inmediatamente después Juan despotricaría, quizá gritaría, para terminar marchándose indignado a la oficina. No se plantearía llegar tarde, ni siquiera por un conflicto familiar grave. Y precisamente a esa actitud se aferraría Julia para dar fuerza a su determinación.

Juan entró en la cocina atraído por el intenso olor a café que venía de ella. Julia debía de estar de muy buen humor si había preparado el desayuno para ambos.

—Buenos días, cielo. ¿A qué se debe todo esto? Café, tostadas, cruasanes...

—Cariño, cómo me conoces. Tenemos que hablar, y me gustaría hacerlo antes de que se levanten las niñas.

Ante tal enunciado, Juan se puso en guardia. Su mujer no era de las personas que se andaban por las ramas ni de las que daban rodeos innecesarios. Julia era una persona directa. Si había visto la necesidad de preparar una puesta en escena, la conversación amenazaba con ser relevante.

—Tengo que preocuparme —dijo, irónico.

—Eso depende de tu nivel de tolerancia y comprensión hacia mí.

—Déjate de rodeos que no van contigo. Dime de una vez lo que tengas que decir y acabemos con esto.

—A finales del mes de julio tengo que ausentarme quince días de casa. Me han convocado para una colaboración en Malawi y quiero ir. De hecho, ya he aceptado.

—Y en esto imagino que ni las niñas ni yo tenemos opinión, ¿cierto? —contestó Juan, evidentemente sorprendido, dolido y enfadado.

—No enfatices, son solo un par de semanas. Estoy segura de contar con

Sofía para que nos ayude con las niñas. Que, por si no lo recuerdas, ya estarán de vacaciones, circunstancia que entiendo que desconozcas dada tu despreocupación por esos temas.

—¿Cómo dices? ¿Despreocupación? Julia, no hago otra cosa más que trabajar por el bienestar de esta familia, ¿y tú te atreves a decirme que me despreocupo? ¿Cuándo no he estado pendiente de vosotras?

—Estás tergiversando las cosas a tu conveniencia. Solo te estoy diciendo que las niñas estarán atendidas, son solo dos semanas. ¡Por Dios! Tú apenas lo notarás, estás todo el día fuera y las niñas estarán con sus primos. ¿Cuál es el verdadero problema, Juan? ¿Las niñas, tú o que yo desee hacer algo más en esta vida que fregar platos?

La conversación terminó cuando las niñas aparecieron medio dormidas pero sobresaltadas en la entrada de la cocina. Ángela llevaba en su mano su oso de dormir y Sara iba detrás de su hermana asustada.

—¿Pasa algo, mamá? —pregunto Ángela preocupada—. Os escuché gritar. No os vais a separar, ¿verdad, papá?

—No, mi niña, tranquila. Mamá y yo solo hablábamos en alto. Los mayores a veces discutimos, pero eso no significa que no nos queramos. Mamá y papá se quieren mucho, mi amor. Anda, ve con tu hermana a lavaros las manos y la cara y venid a la mesa a desayunar, que tenéis que ir al cole.

Al marcharse las niñas, Juan miró a Julia, inquisitivo.

—¿Estás convencida de haber valorado bien las consecuencias de tus actos, Julia?

Y tras esas palabras, hirientes como solo él era capaz de ser cuando se enfadaba, dejó sola a Julia delante de su café.

8. ¿ Buscando su camino o una salida?

Carmen esperaba sentada en la terraza del bar la llegada de su amiga, con una cerveza en una mano y un cigarrillo en la otra. Observaba a la gente pasar, veía almas solitarias como la suya caminando apresuradamente, no porque tuvieran prisa, sino porque no tenían motivo para aminorar su paso. Su vida se había vuelto a convertir en un fraude, en un fracaso. Y de nuevo el responsable de ello había sido Jordi. Hacía ya casi tres meses que vivía en su casa. Ojalá hubiese podido decir que estaba siendo beneficioso para alguien, pero por desgracia, el único beneficiado hasta la fecha estaba siendo él. Fran mantenía su comportamiento discordante y distante, y el psicólogo aún no era capaz de predecir si los cambios obrados en la vida del niño eran positivos o no. Se limitaba a recomendar paciencia, un poco más de tiempo. Carmen sonreía sarcásticamente al pensarlo. ¿Tiempo? ¿De quién? La respuesta era evidente, de ella. Ya no le quedaba nada. Su exmarido le había robado el bienestar de su hogar y Emmanuel desaparecería definitivamente de su vida al día siguiente, a las 9.50 de la mañana.

Este último mes había sido particularmente difícil. Carmen había procurado mantenerse al lado de Emmanuel, ayudarlo en todo lo que estaba en sus manos. Él tenía que clausurar un gran capítulo de su vida que, inevitablemente, también la incluía a ella. Emmanuel quizá no volviese jamás a España y debía dejar todo cerrado. El piso de la calle Colombia lo alquilaron a unas estudiantes de arte dramático, cancelaron el alquiler de la plaza de garaje que tenía en la zona, modificaron su censo, solicitaron los papeles en la Seguridad Social, informaron a Hacienda para que las posibles notificaciones llegaran a la sede y prepararon lo necesario para el traslado de los empleados: vacunaciones, seguros, permisos de trabajo temporales, pasaportes, visados y un largo etcétera de quehaceres que prácticamente no les había dejado tiempo de pensar en la despedida.

Además Carmen luchaba para no desmoronarse al ver a Fran sufrir cada vez que Jordi le mentía o le defraudaba. El niño intentaba negarlo, buscando excusas infantiles que lo protegiesen de la verdad. Su padre seguía siendo el

lobo con piel de cordero que siempre había sido. Carmen sabía que el único propósito de Jordi era aprovecharse de ella y de su casa, los niños nunca le habían importado y ahora solo los utilizaba como herramienta. Pero ella no podía decir nada, Debían ser sus hijos los que vieses y fuesen conscientes del maltrato al que su padre los estaba sometiendo. Aun así, cada lágrima derramada por Fran se le clavaba en el alma. Algún día ella le haría pagar el sufrimiento infligido a sus pequeños.

Julia volaría en el mismo avión que Emanuel. A la mañana siguiente y a la misma hora, Carmen sufriría dos grandes pérdidas, aunque el caso de su amiga sería temporal. Julia estaría de regreso entre mediados y finales de julio, pero Carmen lamentaba tener que distanciarse de ella ahora que tanta falta le hacía. ¿Con quién lloraría la ausencia de Emmanuel?

Hoy Carmen se había prometido a sí misma no llorar. Julia debía de estar al llegar, acababa de llamar para informarle de que acababa de dejar a las niñas en casa de su hermana Sofía. Ellas se quedarían con su hermana hasta el fin de semana, que las recogería Juan. Tanto Ángela como Sara estaban encantadas de compartir unos días de diversión con sus primos; sobre todo con German, un trasto de diez años que se pasaba el día alborotando a las niñas e instando a Sara, la más peligrosa, a cometer maldades contra los mayores.

Al doblar la esquina Julia vio a Carmen sentada en la terraza de El Barril, aferrada a su cerveza, con la mirada perdida. Intuía que su amiga se castigaba en silencio por la decisión tomada. Una vez más había antepuesto a Fran a su bienestar, sin querer sopesar otras alternativas. Julia se preguntaba por qué: comodidad, miedo o costumbre. ¿Por qué Carmen no había apostado por el riesgo? ¿Qué haría ella ahora sin Emmanuel?

—Hola. Perdóname, es tarde. Sé que te parecerá absurdo, solo me voy unos días, pero no te imaginas lo mucho que me ha costado dejar a las niñas —le dijo Julia a su amiga mientras alcanzaba la silla más cercana.

—No te preocupes, lo imaginaba, a mí me hubiera pasado lo mismo. Espera, no, rectifico. Yo soy una cobarde que no ha sido capaz de hacerlo.

—Lo siento, no debería sentirme así delante de ti. Tú no estás bien y aquí estoy yo, dichosa por la idea de irme mañana.

—No seas tonta. Me alegro muchísimo por ti. Es cierto que estoy mal, que me siento miserable y que sospecho que pasaré el resto mi vida esperando que él regrese con mil rosas para pedirme perdón por abandonarme aquí. Pero lo he decidido yo, nadie me ha obligado.

—Carmen, ¿estás segura? Sabes que siempre puedes cambiar de idea.

—No, no sería capaz de volver a dejarlo. Emmanuel no va a volver.

—Pero los niños podrían estudiar allí. Hay cientos de personas que trasladan sus vidas a otros países continuamente, y los niños se amoldan con rapidez. ¿Quién te puede decir que no es lo que necesita Fran?

Carmen comenzó a llorar, las lágrimas mojaban su rostro bajo las grandes gafas de sol. No había cesado de pensar en aquello durante aquel largo mes.

—No puedo volver a fallarles. Tengo dos hijos y son mi responsabilidad. Emmanuel es libre, puede tomar diferentes caminos sin retorno sin que nadie pague por sus errores. ¿Pero yo? No puedo empacar a los niños como el que coge un bolso y embarcarlos en mis tropiezos. No, no lo haré, al menos no por ahora. Él tampoco ha insistido demasiado. Está demasiado inmerso en su proyecto como para pensar en lo que deja atrás.

—¿Y Jordi? ¿Sabe algo?

—No tengo duda de que sospecha, pero no sabe nada de mi vida. No hablamos de nada que no tenga relación con los niños, y en ocasiones ni de eso.

—No sé, quisiera equivocarme, pero tengo la sensación de que el motivo por el que Emmanuel no ha insistido en que vayas con él es que piensa que quieres rehacer tu vida con Jordi. Incluso yo lo pensaría si no te conociera.

—Ya lo he pensado, pero da igual, no hay nada que hacer. Ahora, por favor, dejemos de hablar de mí. Mañana te vas. Quiero despedir a mi amiga con una sonrisa, no quiero que este sea el recuerdo que te llevas de mí. ¿Qué tal está Juan? El último día que lo vi no me dio la sensación de no estar contento.

—No ha sido fácil que lo aceptara, incluso pensé que esto acabaría con nuestro matrimonio. Su madre no ha colaborado. Me la imagino frotándose las manos, disfrutando del fin de nuestra vida en común. Pero según ha ido pasando el mes lo ha ido madurando. La idea de que me marche no le emociona, no aplaude cada vez que hablamos de la planificación, pero por lo menos me está ayudando con los últimos trámites.

—Bueno, imagino que lo cariñosa que estás últimamente lo está ayudando, ¿no?

—¡Ja, ja, ja! ¡Sí! Es lamentable, pero sí. Quizás eso haya tenido algo que ver.

Alrededor de las siete, Julia fue en busca de su marido. Hacía años que

no tenían la ocasión de estar solos, sin la continua presencia de sus pequeñas. Hoy cenarían en algún rincón recóndito de la capital y crearían entre los dos un recuerdo que los acompañase durante los días de separación. Julia pretendía darle a su marido la seguridad de que, pasase lo que pasase, siempre regresaría a él. Borrar sus miedos, demostrarle que era la misma de siempre y que lo amaba.

Juan estaba lleno de dudas acerca de las verdaderas razones por las que Julia buscaba huir de casa. Cambiar de vida, correr tras un sueño, una brillante pero fugaz estrella. Sus miedos tenían nombre: Héctor. No entendía qué tenía ese hombre que le ponía alerta acerca de sus intenciones. Nunca lo había visto y Julia no hablaba en demasiadas ocasiones de él. Pero había pequeños indicios, diminutas muestras que lo hacían peligroso ante los ojos de Juan, que se imaginaba a Julia buscando novedad, aventura y promesas en otra piel.

A las siete de la mañana llevaría a Julia al aeropuerto Adolfo Suárez. Tendría que despedir a su esposa en la puerta de embarque del vuelo 6510. Le obsesionaba la idea de perderla, de verla marchar en el mismo vuelo que Héctor en busca de un destino desconocido. Aquella Julia que se marchaba era la misma que un día conoció, la misma que le tendió una toalla seca el primer día que se vieron, la misma que soñaba con viajar, con correr riesgos, con investigar, con soñar. Esa Julia que, con el paso de los años y las cargas, había desaparecido. Catapultada por la responsabilidad y la monotonía, había retornado con más fuerza, con más ímpetu, con la firmeza de la madurez. Juan intentaba evitar volverse loco por los celos y se aferraba a la esperanza de su regreso.

Los fantasmas de Juan habían crecido bajo su piel desde que ella había comenzado a trabajar de nuevo. Él siempre la veía grande, fuerte, el punto de apoyo de su vida, la mujer a la que le había entregado todo. Quería ser su sustento, que ella no conociera preocupación alguna. Tan ciego había estado en su empeño de darle todo que se olvidó de ofrecerle lo que ella más necesitaba.

Mientras acariciaba el colgante de oro y brillantes que le había comprado para recordarle su hogar y su familia, comprendió que ya era tarde. Las reglas ya no servían. Tendrían que rescribir sus vidas, empezarían

de nuevo, pero él no la perdería. Lucharía por que Julia regresara a casa.

Ahora era momento de parar los pensamientos lúgubres. Julia debía de estar a punto de llegar y quería ofrecerle una despedida que ella pudiese recordar en la distancia. Recordaba a la perfección sus gustos y hoy saciaría cada uno de ellos.

9. Un nuevo comienzo

Nunca lo había visto así. Su marido, el bastión de su vida. Ahí estaba, hundido frente a ella. ¿Por qué? No pasaba nada, solo estaría fuera unos días. ¿Por qué se empeñaba en ponérselo tan difícil? Allí estaba ella, paralizada frente a la puerta, mirando a Juan, mientras Héctor, desde el otro lado, la instaba a acelerar. Se estaban retrasando, el resto de compañeros debía de estar en la sala de embarque. Sin poder ni querer evitarlo, con los ojos anegados en lágrimas, corrió hacia los brazos de su marido.

—Tengo que irme ya. Bésame, por favor, y déjame ir. Te prometo que cada hora del día pensaré en vosotros, pero necesito ir, Juan. Necesito volver a recuperar lo que perdí y lo sabes. Te prometo que volveré. Cuéntalos, serán solo quince días.

Juan besó a su esposa sin mediar una palabra más y la dejó marchar. Nuevos temores se habían clavado en su alma al conocer a su fantasma. Un personaje salido de los más profundos deseos de su mujer, un hombre que exhalaba todo lo que era ella. Héctor era la personalidad de Julia hecha carne.

Julia cruzó el control sin mirar atrás. No era fácil dejar allí a Juan, obviar las mil excusas que podría encontrar para quedarse a su lado, para correr hacia la seguridad de su hogar, al cobijo de su marido. Pero sabía que si optaba por la cobardía nunca volvería a tener la oportunidad de volver a sentirse libre, especial; sus sueños volarían sin ella. Arrastró sus pies tras Héctor mientras sentía los músculos de su cuerpo transformarse en plomo con cada centímetro que se distanciaba de su ancla. Incluso el oxígeno parecía querer jugarle una mala pasada, como si se hubiera olvidado respirar.

En la cabina, Julia escuchaba cómo Jaime detallaba a un grupo de compañeros las características del avión. Ella ni conocía ni le importaba el modelo, el motor o el tamaño del aparato. Solo podía describir que era cómodo y espacioso, y deseaba que no tardara en llegar a destino. Volaba rodeada de casi treinta personas, todos ellos compañeros y amigos, pero solo percibía sombras, miedos y dudas. Julia miraba por la pequeña ventanilla

que tenía a su derecha, intentando disimular su inquietud. Les esperaban casi veinte horas de claustrofóbico viaje hasta llegar a Kinshasa, y se presentaban tediosas. A estas horas, Carmen debía de estar a punto de llegar a la oficina de la calle Prim para continuar el trabajo que la organización había comenzado tantos años atrás. Al mirar a Emmanuel, Julia no podía dejar de lamentar que su amiga no hubiese elegido un futuro diferente.

Héctor observaba, guardando la distancia, a la más reciente adquisición de la organización. Julia se veía desvalida, incluso perdida en sus pensamientos. Actitud irónica en una mujer que demostraba ímpetu y entusiasmo en cada acción que emprendía. Desde el momento en el que fue testigo del desgarramiento con el que Julia se separó de su marido en la puerta del aeropuerto, un sentimiento de celos nació en él, un instinto masculino de protección y posesión. Héctor nunca había logrado tener ese tipo de relación con ninguna mujer y, para no llevarse a equívocos, tampoco lo había querido. Pero ver la unión existente entre ellos le había hecho anhelar un destino diferente, quizás un futuro menos solitario. Quería ser Juan, quería una mujer, unos hijos. Sabía que lo que quemaba su piel no era afán de protección, era deseo.

—¿Molesto? —preguntó Héctor.

Julia alejó su nostálgica mirada de la ventana e intentó dibujar una sonrisa mientras asentía y señalaba el asiento vacío de su izquierda.

—Antes de echar a correr, ¿por qué no me dejas ensañarte los secretos de Karonga y sus alrededores? Creo que sería capaz de hacerte cambiar de idea.

—No sé a qué te refieres, no se puede escapar de un avión —dijo Julia.

No quería admitir que su instinto la rogaba una y otra vez que regresara a casa. Más ahora, que se encontraba tan cerca de Héctor.

—¿Qué buscas en este viaje Julia? ¿Qué pretendes encontrar? —le preguntó.

Sus penetrantes ojos aceitunados no permitían que Julia retirase su mirada.

—A mí... me busco a mí. Necesito recuperar la mujer que fui antes de perderla definitivamente. Tengo miedo de mírame un día al espejo y comprender que se fue para siempre. Quiero volver a conquistar la ilusión —contestó Julia.

Héctor observaba a Julia mientras se acariciaba el mentón.

—Me gustaría saber más de ti, apuesto a que eres capaz de casi de todo.

Cuéntame alguna anécdota, una en la que resolvieras una situación particularmente problemática con éxito, antes de... ¿Cómo has dicho? Ah, sí, perderte.

—Podría hablarte entonces del día que nos conocimos.

—Entonces llevas muy poco tiempo perdida —dijo Héctor.

—Tienes razón. —Tras unos segundos, Julia sonrió—. De esto hace diez años y siete meses. Ocurrió el día anterior a mi boda. Seguramente para ti, como hombre, te parecerá absurdo. Lo más probable es que pienses que pensar en ello como una situación problemática en sí es infantil. Pero para una novia en la víspera de su matrimonio resultaba un drama. Mi hermana Carolina solo pretendía molestarme cuando jugaba con mis preciosos zapatos de novia. Cuanto más le rogaba yo que los dejara, más los castigaba zapateando. De repente, un tropiezo traicionero y el tacón de mi hermoso zapato se rompió. Recuerdo como si fuese hoy que era tarde, las ocho, era verano y todos los comerciantes de la zona cerraban pronto. No tenía posibilidad de comprar unos nuevos ni forma de arreglar los rotos. Sin decir palabra ni armar escándalo, cogí las páginas amarillas y llamé uno a uno a todos los zapateros de Madrid, hasta que un número atendió el teléfono. El hombre debía de estar cerrando su negocio u ocupado en algún tema interno. Apenado por mi situación, consintió en aguardarme y ayudarme. Tuve que recorrer medio Madrid para llegar, pero conseguí que mi zapato estuviese como nuevo el día de la ceremonia. Y aún hoy los conservo de recuerdo.

—Impresionante.

—¿Te ríes de mí?

—No, me parece admirable. Te he preguntado por una situación problemática. Normalmente cuando una persona recuerda este tipo de situaciones las guarda como algo desagradable de su vida. Pero tú la conservas como algo hermoso, por tu expresión apostarí a que con añoranza.

—De eso hace ya mucho tiempo, la añoranza por el pasado es parte de nuestra naturaleza —dijo Julia.

—Sabes dónde vas, ¿verdad? A un país lleno de miseria, sida, tuberculosis, meningitis. Julia, ¿tanto te añoras? Vienes al confín del mundo para lograr... ¿qué?

—Me vacuné contra la tuberculosis. El sida no se contagia fácilmente. Aquí precisáis ayuda y yo ansío sentirme necesaria para alguien que no sea mi marido o mis hijas.

Julia no pretendía seguir hablando. En su necesidad de excusar su

actitud le estaba dando a Héctor más información de la que precisaba conocer. Ella no era una mujer que airease con facilidad sus debilidades. No conocía a aquel hombre, salvo por las pinceladas que Carmen le había dado, y aquí estaba, abriéndose a una hermosa mirada que la trasportaba a un mundo exento de monotonía, plagado de experiencias, de vida, de libertad.

Julia cerró los ojos. Héctor, consecuente, le permitió zanjar el tema. Tenía la suficiente experiencia con las mujeres como para saber que no debía presionarla. Ella hablaría y le daría las pistas en su momento. No deseaba atosigarla con un sinfín de preguntas; quería conocerla, que ella confiase en él. A pesar de su imagen de hombre infalible, no había conseguido aquello que Juan tenía. Héctor vivía atormentado por sus cambios de carácter y sus insatisfacciones. Su fuerte disconformidad no le había permitido lograr más que inestabilidad. Lo único solido en su vida era la dedicación plena que le ofrecía a la ONG.

Al llegar a Kinshasa, el aeropuerto de la República del Congo, los esperaba un pequeño avión comercial para llevarlos a Karonga. Julia se atemorizó nada más verlo. El aparato era pequeño, viejo y destartado. Su exterior, de colores amarillo terroso, anaranjado y blanco, lucía un gran número de ralladuras, como aquellos pobres coches de ciudad cuyos conductores aparcan de oído. Aquel aparato tenía pinta de haber sufrido más de un contratiempo a lo largo de su existencia. Inquieta, Julia buscó al piloto, un africano tan desgarrado y desaliñado como su transporte. Esta sin duda era la primera piedra que encontraba en su camino hacia la aventura. Rastreó con su mirada hasta la segura presencia de Héctor, que la seguía de cerca. Él, consciente de sus miedos, la abrazó en un intento de sosegarla.

Si el exterior la contrarió, el interior del avión la aterrorizó. Aquel vehículo infernal parecía un gallinero. Julia, convencida de que aquello no podría volar, hizo el amago de retroceder, de volver al aeropuerto camino a casa.

—¿Tiene suficientes paracaídas? —preguntó.

Héctor la miró, solemne, satisfecho de tener la oportunidad de demostrar su hombría y su seguridad. Emmanuel y él habían utilizado en más de una ocasión el transporte de Moroni, y si bien era cierto que las primeras veces no les había ofrecido seguridad alguna, con el paso del tiempo y la experiencia entendían que no existía mejor piloto en toda África.

Tres horas más tarde, el insólito avión tomó tierra. Rauda, sin prestar

atención al resto de compañeros, Julia salió por la escotilla. Respiró profundamente, supliendo con ella la tentación de agacharse para besar el suelo que pisaba. El vuelo había sido movido, plagado de turbulencia, ruidos extraños y altibajos.

Más tranquila al encontrarse en tierra firme, miró a su alrededor. Se hallaba en un pequeño y modesto aeropuerto de arena. La pista lindaba directamente con el arbolado africano, en su mayoría acacias y arbustos bajos. El ambiente era pegajoso y cálido, imaginó que debido a la humedad. África la inundó de una mezcla intensa de diversos aromas y matices. La flora, la fauna, el calor, incluso la libertad parecía tener un olor característico.

Allí los esperaba el conductor del autobús que los llevaría a la central, donde al fin podría descansar después del largo viaje. Con suerte conseguiría hablar con Juan y con las niñas, a los que ya echaba de menos. No existía diferencia horaria entre Malauí y España. Dormiría cuatro horas antes de llamarlos, no quería despertar a las niñas.

A las cinco y media de la madrugada la luz anaranjada propia del amanecer inundaba la estancia que Julia compartía con Sara, una compañera. Julia no conseguía conciliar el sueño, ya fuese por añoranza o por miedo a lo desconocido. El vuelo la había llenado de incertidumbre. El desgarró de Juan en la despedida le hacía sentirse culpable. Los nervios se arraigaban en su cuerpo y la duda hormigueaba por sus venas.

Julia salió a la galería que hacía las veces de mirador y pasillo al que daban todas las habitaciones de la estancia. No quería despertar a su compañera, que dormía profundamente. Miraba al horizonte en busca de nada en especial, solo la tranquilidad. Abajo, en el porche, se encontraba Héctor, reclinado sobre una silla con una taza de café, tan falto de sueño como ella. Julia bajó a su encuentro, en busca de una conversación que la sacase del ensimismamiento en el que conscientemente estaba sumida.

—¿Qué haces aquí fuera? —preguntó Julia.

—Recordar —dijo Héctor.

—¿Puedo preguntar sobre qué o es algo personal? No pretendo ser indiscreta.

—La primera vez que viene a Malauí tenía veinticinco años. Las mujeres morían en los paritorios desangradas e infestadas de miseria, los niños que sobrevivían morían debido a enfermedades o desnutrición, la mayoría no superaban una esperanza de vida de cuarenta años. Vine aquí

para cambiar el mundo, con la pretensión altruista de que en mi mano estaba ayudar a este extenso país. Sin embargo, pronto me vi obligado a poner en práctica todos mis recursos psicológicos para no hundirme en la decepción. Cada día recibía una lección de humildad de este maravilloso pueblo, que, aun hundido en la miseria económica, miraba al cielo con la esperanza de un mañana mejor. —Después de unos segundos de silencio, Héctor continuó—: Recuerdo como si fuera hoy uno de aquellos primeros días de estancia. Caía una lluvia torrencial. Habíamos terminado nuestro turno y estábamos especialmente extenuados. Como te he dicho, llevábamos poco tiempo en Malauí. Ese día habíamos dado de comer a un centenar de personas, raciones irrisorias de algo que en España jamás hubiésemos denominado comida, pero que para muchos de ellos sería el único alimento que tomaran en el día. Nuestras ropas se empapaban mientras esperábamos a que el minibús viniera en nuestra búsqueda. A nuestro lado se resguardaban dos pequeños. Ambas criaturas dirigían su mirada hacia la pequeña bolsita de chocolatinas que sobresalía de mi mochila. Mientras yo ya la había olvidado, ellos la miraban saboreando su mera existencia. Sin darle mayor importancia le entregué la pequeña bolsita amarilla a los niños, y su cara se iluminó como si acabaran de recibir un preciado regalo. En ese momento consagré mi vida a este lugar.

El silencio se mantuvo, más pesado que el aire. Julia se sentía insignificante, incluso egoísta y superflua, llena de admiración por el hombre que se sentaba a su lado.

—Pero lo que habéis conseguido Emmanuel y tú aquí es increíble, el proyecto ya casi real es indescriptible.

—El mérito del éxito fue solo fruto de la suerte y de la desgracia al mismo tiempo. Ojalá pudiese decir que tanto Emmanuel como yo tuvimos algo que ver con ello, más allá de estar en el sitio adecuado en el momento propicio.

—No te entiendo, Héctor —dijo Julia.

—Ya es tarde. Debemos ir a prepararnos, el día será largo y tenemos que ir a varios sitios. Solo hablar con el cónsul nos llevará gran parte del día.

Julia asintió y volvió a la habitación para cambiarse de ropa. Después bajó de nuevo y tomó un desayuno rápido, café con leche y una tostada. Fue entonces al despacho donde se encontraba el único teléfono de la sede para llamar a Juan.

—Buenos días, cariño, ¿qué tal el vuelo? —preguntó Juan.

Estaba feliz de escuchar su voz, hacía solo unas horas que no hablaba con su mujer y parecía que habían transcurridos años.

—Bien, tesoro, sabes que no me gusta volar, pero ya estoy en tierra firme. Hoy empezaremos a trabajar. Estoy nerviosa, no sé a qué nos enfrentaremos.

—¿Y qué tal las primeras impresiones de África? —preguntó Juan, ocultando la trastienda real de su pregunta.

—Aún no he visto nada. Llegamos a eso de las tres de la madrugada al centro. No he sido capaz de dormir, ya sabes lo mucho que me molesta la luz, y a las cinco y media de la mañana en la habitación era casi de día. ¿Qué tal las niñas? Todavía no las he llamado, prefiero hacerlo en otro momento para no molestar a Sofía.

—No te preocupes, andan felices con los primos. Ayer se pasaron el día enredando y jugando, te aseguro que no nos extrañan ni a ti ni a mí. Anoche, cuando hablé por teléfono con Sara y le pregunté qué tal estaba, me dijo que nos quería mucho pero que no nos preocupásemos, porque no nos echaba de menos nada de nada, que se quería quedar en casa de la tía Sofía más tiempo.

Héctor dio unos pequeños golpecitos en la puerta para avisar a Julia de que debía despedirse. El transporte ya los estaba esperando.

—Intentaré llamarte mañana. No te lo puedo asegurar, porque aquí somos muchos y no puedo monopolizar el teléfono.

—Ok, Julia. Te quiero.

—Yo también, Juan.

Julia colgó el teléfono con desgana y se encaminó al encuentro de su compañero de aventura.

Ahora, con la luz del día era fácil distinguir el paisaje, en su mayoría pastos verdes, salteado de acacias y baobabs —o árbol botella, como también se les conocía—, que a Julia se le antojaban setas gigantes, con sus gruesos troncos y sus ramas en forma de sombrilla. El camino de arena rojiza llenaba de polvo el interior del minibús.

Tal y como había anticipado Héctor, la mañana fue intensa. Después de una rápida inspección a la documentación que debían presentar, se encaminaron a la central de policía con el fin de sellar unos impresos necesarios para la continuidad de las obras. La semana anterior, una partida las había paralizado en la nueva nave. Héctor necesitaba terminar de cumplimentar la solicitud para poder continuar con la construcción. Un

enorme ventilador de techo movía el aire. Julia se exasperaba, sentada en el banco de madera de la pequeña y sofocante sala, viendo entrar y salir agentes sin que ninguno de ellos se percatase o se interesase por su presencia ni por la de Héctor. Después de tres interminables horas y del pago de las diversas tasas, consiguieron salir de la oficina con los impresos en regla.

Se encaminaron hacia las dependencias del cónsul, aun sabiendo sobradamente que era tarde para acudir a su cita. Tendrían que disculparse y pedir una nueva, esperando que esta pudiese tener lugar antes del final de la semana.

Tras el desarrollo de la infructuosa mañana, Héctor y Julia regresaron al centro con el propósito de sentirse algo más útiles proporcionando ayuda en la hora de la comida. Como era habitual, un centenar de malauíes esperaban su turno de comida.

Desde el comienzo del nuevo proyecto, la ONG había proporcionado a los malauíes que trabajaban en la sede y a sus familias un sueldo, comida y asistencia sanitaria. Hasta la fecha, la iniciativa estaba siendo un éxito, pero requería el trabajo de todo el que quisiera ayudar.

Compartir el espacio y el tiempo con aquella diversidad de personas — ancianos, hombres, mujeres, niños; en sí familias enteras— engrandeció el espíritu de Julia e hizo que se sintiera útil, plena y llena de fe en el proyecto del que tanto habían hablado durante las últimas semanas. Le daba sentido a su presencia en África y le permitía olvidar los fracasos del día. Deseaba poder ofrecer más a aquellas personas que ahora compartían un lugar en su vida y que, sin pretenderlo, sacaban lo mejor de ella solo con sonreír al coger el plato de comida que ella les daba.

Después de la cena, Julia se despidió de sus compañeros para irse a su dormitorio. Cansada pero insomne, después de malgastar un largo rato dando vueltas en la cama optó por darse una ducha nocturna. El calor era sofocante y la excitación del día la mantenía despierta. Sin demasiados preámbulos y sin querer pensarlo dos veces, cogió su albornoz, las zapatillas y algo de ropa limpia para ir al barracón de las duchas. Era tarde y la noche estaba oscura y en silencio, salvo el ruido que emitían los animales salvajes, que conseguían asustarla. Julia entró en el barracón, que se iluminó al instante con la luz que emitía su candel. Después de comprobar que no había nada —ni nadie— dentro, cerró con llave con el fin de no ser interrumpida.

Tras la ducha, y de vuelta al centro del campamento, donde estaba su

habitación, se encontró de nuevo con Héctor en el mismo lugar y en la misma silla.

—¿No duermes? —le preguntó.

—Digamos que no todos los días es fácil conciliar el sueño —contestó él.

—¿Quieres compañía? Yo tampoco consigo dormir.

—Si quieres, quédate. Pero te aviso que no estoy de buen humor.

—Yo tampoco. La mañana fue una mierda, no conseguimos gran cosa, y para colmo, he olvidado llamar a mis hijas.

—No digas eso. La vida en África lleva un ritmo diferente, pero gracias a esos papeles que hemos traído firmados los chicos podrán proseguir mañana con las obras.

Julia lo miró sin demasiada fe en sus palabras. En contra de la opinión de Héctor, ella pensaba que la mañana había sido un fracaso.

—¿Por qué no continuas con tu historia? Si quieres, claro —dijo Julia.

—¿A qué te historia te refieres, a la de mi vida o a la de CRP?

—No me malinterpretes. No dudo que tu vida sea interesante, pero la puedo llegar a imaginar: viajes, aventuras, romances y peligros. Me atrae mucho más saber acerca CRP.

—Comprendo, es la imagen que doy —dijo Héctor—. Espera que haga memoria. ¿Dónde me quede esta mañana?

Sin esperar a que continuase, Julia respondió.

—Por la parte en la que todo cambió por el azar y por la desgracia.

—Sí, es cierto. Lo uno va ligado a lo otro. Bien, como te contaba esta mañana, Emmanuel y yo vinimos por primera vez a África hará unos veinte años. Durante los primeros diez años colaboramos activamente con todas las ONG que surgían. Entregábamos alimentos, ayudábamos a los ATS, repartíamos útiles y enseres, colaborábamos en escuelas e iglesias con los seculares y misioneros. Vivíamos cada día intensamente, pero éramos testigos de cómo la ayuda que aquella maravillosa y altruista gente proporcionaba no era suficiente. Las personas morían en nuestras manos. Los niños, víctimas de la hambruna, dejaban de llorar y de pelear por la vida para esperar la muerte que inequívocamente traía el hambre. —Julia veía a aquel hombre de aspecto mundano y atractivo desfallecer ante el recuerdo—. La lucha de las organizaciones y de las naciones consiguió un gran avance alrededor del año 2005, pero todas las acciones emprendidas seguían sin ser suficiente. La esperanza de vida seguía siendo corta, no más de

treinta y tantos o cuarenta años, los niños seguían muriendo y las enfermedades como la malaria, la tuberculosis o el sida aún se propagaban. Fue entonces cuando, en uno de nuestros numerosos viajes buscando ayuda exterior, Emmanuel tuvo la gran oportunidad de entrevistarse con uno de los hombres más ricos y poderosos del mundo, del cual no se me permite desvelar su identidad. En esta visita, el caballero en cuestión conoció a la que sería el gran amor de su vida, Anana, una joven malauí cuyo nombre hacía gala de su actitud amable y gentil. Después de aquel primer encuentro nuestro personaje viajó en innumerables ocasiones a Karonga, donde residía la muchacha. En cada una de sus visitas le rogaba que lo acompañase a su país, y en todas las ocasiones ella le respondía lo mismo: que su sitio estaba al lado de sus hermanos. Tras un año de relación, la feliz pareja concibió un pequeño al que llamaron Enam, «regalo de Dios». Transcurridos dos años, cuando el pequeño ya caminaba por el jardín, la desgracia, arrogante como es, llegó a su casa. Tanto Anana como Enam fueron víctimas de la malaria. Nada pudo hacer el dinero y el poder por ellos. Aún en vida de su mujer, en su lecho de muerte, el héroe, porque hoy eso se le considera, un héroe, se arrepintió de no haber prestado atención a las peticiones de ayuda que su amada Anana le pidió en contadas ocasiones. Allí, frente a ella, prometió que haría todo lo que estuviese en su mano para ayudar al pueblo de su amada y de su hijo. —Héctor tomó otro sorbo de su whisky y prosiguió con la historia—. A los pocos días del funeral nuestro ilustre protagonista llamó de nuevo a Emmanuel a su despacho, donde ambos mantuvieron una extensa conversación acerca de los planes que en anteriores ocasiones mi amigo había tratado de mostrar. Con el acuerdo bajo el brazo y con la única exigencia de que nadie conociese la procedencia del dinero, Emmanuel regresó a España y creó la ONG que se encargaría de controlar el proyecto, que lucharía por proporcionar a los malauíes, en especial a Karonga, una oportunidad única: la posibilidad del desarrollo.

—No sé cómo reaccionar ante tu historia —dijo Julia—. Es increíble, bella y enormemente triste. Imagino que la placa conmemorativa es en honor de Anana y de su hijo.

—Sí.

—Llevas luchando veinticinco años por este país, sufriendo con su gente y bregando con su burocracia. Es irónico que algunas personas especulen acerca de ti. De tu vida nómada, de tu falta de compromiso —dijo Julia sin poder contener lo que pensaba y concedora de la improcedencia del

comentario.

—Sé perfectamente lo que se dice de mí y realmente no le había dado demasiada importancia hasta hace unas horas. Ayer, cuando te vi despedirte de tu marido, sentí rabia. Celos. Yo quería eso para mí, pensé que te quería a ti para mí. Deseaba ser él, tener su relación, su vida. Cavilé la manera de arrancársela, de quedarme con lo que él tenía, de quedarme contigo. Durante todo el vuelo pensé en todo lo que haría, como te conquistaría, como iría tejiendo mi tela de araña para atraerte hasta que no pudieses escapar. Pero entonces llegamos a África, pisé la que ahora es mi casa, reconocí el lugar y a las personas que lo habitan como parte de mí. Entonces comprendí por qué jamás nada me ató en España ni en ninguna otra parte del mundo. Mi alma le pertenece a esta tierra, mi vida está aquí. Es cierto que tengo una hija en Madrid, pero espero que cuando crezca comprenda mi labor en África.

Julia, sintiéndose menuda e insignificante, se despidió de Héctor deseándole buenas noches.

10. Junto con el amanecer

El calor sofocante de la noche, los mosquitos que incesantemente martilleaban a su alrededor, las nuevas experiencias vividas y la negra adversidad de Anana y Enam, cuya breve existencia detallaba la crueldad de la vida en África, no le habían facilitado la tarea de conciliar el sueño. Hablar con Héctor tampoco había ayudado a apaciguar su ánimo, ya que le había hecho tomar conciencia del lugar que ocupaba en ese momento. Julia no se molestó en engañarse, el último comentario que Héctor había hecho sobre Juan no le importunó en la medida en la que seguramente debió haberlo hecho. Se sintió en parte halagada por el hecho de que un hombre como él pudiera sentirse atraído por ella e incluso ambicionase lo que el matrimonio compartían.

Era su segundo día en Karonga y Julia todavía no había logrado descansar tras el vuelo. Aun así, se encontraba viva, llena de energía y fulgor. La experiencia del día anterior con los que ahora eran sus compañeros la había colmado de entusiasmo. Conocer de primera mano el nacimiento del proyecto por el que luchaba incansable la CRP la había llenado de esperanza en lo concerniente a lo que ella podía ofrecer: una mano, una sonrisa o un apoyo.

Tras el desayuno, Julia salió al recinto para impregnarse de los primeros rayos del sol de la mañana. Ya se podía escuchar a los malauíes en la obra, en la central o charlando con sus compañeros de camino a las plantaciones de maíz, patata, tabaco, mijo y demás, también propiedad de la ONG. Ahora en su mano estaba colaborar en esa lucha por el desarrollo de ese excepcional país.

Cuando decidió salir de Madrid, abandonar la seguridad de su casa para ir en busca de un nuevo comienzo, lo hizo con el único propósito de llenar sus carencias y anhelos. Su única finalidad consistía en demostrarse a sí misma y al resto su valía. Ahora la meta de un bien común más amplio la embargaba, instándola a trabajar por ellos.

Al verla apoyada en las escaleras mirando el paisaje, los niños del centro acudieron raudos a su encuentro para escuchar alguno de los cuentos

que Julia contaba a sus pequeñas asiduamente. El día anterior, mientras descansaban después de la comida, Julia les había prometido contarles algún breve relato de su país antes de que entrasen en la escuela. A cambio, ellos harían lo mismo a la hora de la comida, para que pudiera narrar a sus hijas esas historias.

Cuando los niños entraron en la escuela, Julia se encaminó hacia el centro, donde buscaría alguna de las múltiples ocupaciones que existían. No le importaba en lo que consistiese, porque cualquiera de ellas aportaba un grano de arena a aquella gran montaña. Se dirigía a la cocina, donde imaginaba que más falta haría a esas horas, cuando vio a Héctor.

—¡Julia! Ven.

—Buenos días. ¿Qué necesitas? —preguntó Julia con cautela cuando llegó a su altura. Los comentarios de la noche anterior la habían halagado pero también la habían hecho ponerse en guardia.

—Te estaba buscando. Sube al coche, corre. Me han llamado del parque natural de Kasungu. Una de las jirafas está a punto de parir, imaginé que te gustaría verlo.

—¿En serio? ¿Puedo ir? —dijo Julia, impresionada por la idea, mientras subía al todoterreno que conducía Héctor.

—Claro que puedes, y además es necesario.

—¡Espera! Quiero hablar con las niñas, llevo dos días sin escucharlas.

—Te concedo diez minutos, tenemos aproximadamente seis horas de ida —dijo Héctor.

Julia bajó rápidamente del coche para correr campo a través hasta llegar al despacho. El teléfono estaba libre. Después de marcar el número de Sofía esperó impaciente a que el aparato diese la señal de llamada.

—¿Sí?

Era una vocecilla que hizo brotar lágrimas de sus ojos.

—Ángela, mi vida, soy mamá. ¿Cómo está mi cielo? Os echo muchísimo de menos —dijo Julia.

—¡Hola, mami! —vociferó Ángela al reconocer la voz de su madre—. Nosotras también te echamos de menos. Bueno, yo, Sara no tanto. Ella se pasa el día jugando con el primo Germán, haciendo enfadar a la tía. ¿Cuándo vuelves, mami?

A Julia se le partió el alma al escuchar la voz de su hija al otro lado del teléfono, tan cerca y al mismo tiempo tan lejos de su alcance.

—Pronto, cielo, solo estaré lejos dos semanas, mi niña. Aquí me

necesitan mucho, pero te prometo que desde hoy intentaré llamar todos los días. —El claxon de Héctor avisó de que su tiempo terminaba—. Tesoro, me tengo que marchar, me están esperando. Dale un beso y un abrazo enorme a Sara de mi parte, y dile que se porte bien, que no enfade a la tía. Y dale otro beso a papá. ¿Lo harás, mi niña?

—Sí, mami, te quiero.

—Yo también, Ángela.

—Vale, mamá, hasta mañana.

Julia colgó el auricular del viejo teléfono sin reparar en las lágrimas que recorrían su rostro. Aun sabiendo que las niñas estaban bien atendidas por Sofia y Juan, Julia no dejaba de sentirse en parte culpable por no estar con ellas. Sin querer ahondar en ese sentimiento persistente desde que había dejado su casa, se apresuró al encuentro del todoterreno, donde Héctor la esperaba impaciente con el motor en marcha.

El trayecto se presentaba largo e incómodo, plagado de baches y desniveles por caminos de tierra y arena. Pero no todo en África era sequía y pobreza, también había extensos terrenos cubiertos de vegetación donde la exuberante naturaleza y la vida salvaje se mostraba en todo su esplendor.

Durante las primeras cuatro horas de viaje, Héctor había respetado la concentración de Julia, que eventualmente se permitía retirar la vista del horizonte para coger la cantimplora de agua. En esta época del año las primeras horas del día normalmente eran frescas, incluso frías, pero el reloj se acercaba peligrosamente a las tres de la tarde y el calor era sofocante. Aún no habían comido nada.

—Julia, no quisiera parar para comer porque no quiero perder tiempo. Además, no es seguro parar en terrenos abiertos. Pero seguramente tengas ganas de comer. Tanisha metió en la parte de atrás dos cajas preparadas con comida. ¿Te importaría cogerlas? Las comeremos de camino.

—¡Por supuesto! —contestó Julia rápidamente—. ¿Cuánto nos queda de camino? No imaginé que el viaje fuera tan largo. ¿Cómo haremos para volver a Karonga? Porque calculo que no quedaran más de tres horas para que anochezca.

—Llevas callada casi cuatro horas y en un segundo has formulado tres preguntas —contestó Héctor, y se rio de su propia ocurrencia—. Si no sufrimos ningún incidente, nos queda alrededor de hora y media de viaje. Llegaremos al parque al atardecer, lo que es bueno porque, sin lugar a dudas, las mejores horas para ver a los animales de la reserva es al amanecer y al

anochecer, que es cuando hace menos calor y se mueven más. Dudo que regresemos hoy al campamento Karonga. Además, en la reserva de Kasungu hay unas personas a las que nos interesa conocer. Abriremos el hotel a finales de octubre y deseo comenzar lo antes posible a atraer turistas. Ese es el motivo principal por el que te he invitado a venir. Utilizaremos tu encanto natural y conocimiento sobre las centrales energéticas para incitarles a conocernos.

Julia se había percatado durante el recorrido de que Héctor era un experto conductor. Parecía conocer a la perfección no solo las costumbres de los animales, sino también el terreno.

—Pareces estar sobradamente preparado acerca de la vida salvaje.

—Bueno, es normal. Ya te he contado cómo fue nuestra vida antes de que nuestra suerte cambiase. La vida en África es maravillosa cuando vienes por unos meses como turista. Pero los que venimos a luchar por África corremos la misma suerte que los africanos: escasez de medios, comida y dinero. Sobre todo dinero. Emmanuel y yo dábamos prácticamente todo el dinero del que disponíamos a la ONG con la que trabajáramos en el momento. Y eso ocasionaba que nunca anduviéramos holgados. Por lo que cuando salía la oportunidad de hacer de guía en cualquiera de los grandes parques naturales de la zona, íbamos raudos. Acompañábamos a los turistas en busca de sus experiencias africanas en safaris inolvidables. Ellos no siempre conseguían ver una pelea de hipopótamos o una caza de leones, pero procurábamos que siempre regresaran con una amplia sonrisa en la cara. Después de veinticinco años, tanto Emmanuel como yo contamos con algún que otro recurso.

—Me encantaría ver una manada de elefantes en libertad —cortó Julia.

—Son más fáciles de ver en el parque de Kruger, quizás en otra excursión podamos ir. Espero que te puedas conformar con el nacimiento de una jirafa, o con la madre y su cría.

—Por cierto, ¿dónde pasaremos la noche? Porque no creo que regresemos.

—Allí, en Kasungu. No sé si en una de las piezas, depende de la disponibilidad. En el peor de los casos dormiremos en una tienda.

—¿Qué? —chilló Julia.

—No seas infantil. No pasará nada. Si hay habitaciones nos las darán separadas, y en el peor de los casos dormiré en el suelo.

—Me dan igual las camas, como si tengo que dormir en la ducha. Pero

no pienso dormir en una tienda ahí fuera. ¿Estás loco?

—Julia, la gente que viene de safari paga miles de euros por dormir en tiendas de campaña. Los responsables del parque son profesionales y lo tienen todo controlado.

Julia no quedó demasiado satisfecha por la respuesta. Una cosa era conocer Malauí protegida en el todoterreno, y otra muy diferente dormir a la intemperie. Ni siquiera le gustaban los insectos. ¿Cómo iba a dormir en el suelo? La idea le aterraba. Había volado a África para encontrarse a sí misma, no para exponerse a la vida salvaje. Julia prefirió dejar el tema tranquilo hasta que se viese el transcurso de los acontecimientos. Por el momento prefería conocer los detalles acerca de la reunión que mantendrían esa misma tarde: quiénes eran las personas con las que hablarían, a qué se dedicaban, qué interés debían despertar en ellos...

—Como ya sabes, el fin de CRP es promover el desarrollo —dijo Héctor—. Hay cientos de ONG que proporcionan alimentos y medicamentos, pero no existe ningún movimiento que genere evolución. Nosotros pretendemos que los ingresos que produzca la ONG se utilicen en su totalidad para el progreso y bienestar de los malauíes que trabajen en ella y para que sigan ramificándose en los distintos campos de comercio. De esa forma, conseguiríamos entrar en un bucle y crear así progresivamente más puestos de trabajo para los malauíes, ofreciéndoles un camino hacia al desarrollo. Nuestra labor actual es atraer la ayuda exterior que necesita el proyecto, que en este punto es el turismo. Precisamos que el turismo conozca nuestro proyecto, que se aloje en nuestro hotel y compre nuestro producto. Mi amigo Genet es un activista, como nosotros. Además de llamarme para contarme lo del nacimiento de la jirafa, también lo hizo para informarme de lo que se estaba cocinando en Kasungu. Siete de las diez compañías turísticas más importantes de África se han reunido allí, imaginamos que con el fin de organizarse y repartirse los distintos paquetes vacacionales de la siguiente temporada. Y ahí es donde tenemos que entrar nosotros. Debemos conseguir que consideren interesante incluir en sus itinerarios un par de días en Karonga.

—¿Y qué es lo que se supone que debo hacer o decir yo? Yo solo tengo experiencia en el campo energético, no en *resorts*. ¿Por qué no ha venido Emmanuel contigo?

—Es inviable que los dos estemos juntos para todo. Uno de nosotros debe quedarse en el campamento. En África nunca se puede prever cuando

surgirá un contratiempo. La magnitud del conglomerado nos exige la permanencia continua en Karonga. Ahora déjate de pamplinas, coge la documentación que tienes detrás y estúdiala antes de llegar. Tenemos que hacerles ver la capacidad que tendrá el hotel para atender a sus clientes, que no solo incluirá los servicios y comodidades habituales, sino que además cuenta ya con una central eléctrica propia y servicio médico en el campamento. Además de la proyección internacional que podríamos dar de sus respectivas empresas y de los beneficios fiscales que podrán proporcionarles su colaboración con una ONG como es CRP, sin que sus beneficios se vean mermados por ello. Hay que lograr que entiendan que no buscamos sus donaciones, sino simplemente que nos contemplen como una oferta turística más.

Julia cogió la documentación y se puso manos a la obra sin decir una palabra más. Cierto era que este era su cometido aquí, pero igual de cierto era el terror que sentía ante el fracaso, porque este no la involucraría solo a ella, sino también a las familias que dependían de su éxito. Si al menos hubiera dispuesto de más días y más tiempo para estudiar y preparar la reunión. Pero al parecer la oportunidad era clara y no se podía dejar escapar. Sin demasiada confianza en sí misma, dirigió su atención al amasijo de cifras que Héctor le había entregado. Mientras lo estudiaba, para su sorpresa, en su cabeza se fueron configurando los viejos hábitos. Aproximadamente diez kilómetros antes de llegar a Kasungu Julia ya tenía esquematizado el contenido de la reunión y Héctor se mostraba satisfecho con su plan de acción. Ahora solo podían cruzar los dedos.

En la reserva, Héctor preguntó a unos de los vigilantes del parque por el paradero de Genet, al que imaginaba en las profundidades de la sabana, sirviendo de guía a los agentes. El vigilante le indicó las coordenadas aproximadas donde se esperaba que estuviese Genet, ya que no había forma de predecir con exactitud cuál sería su localización exacta. Con los datos proporcionados Héctor, que había estado en incontables ocasiones en el parque como guía, intuyó dónde debía de encontrarse su amigo.

Después de un breve recorrido por caminos de arena, Héctor paró el todoterreno y rogó a Julia que permaneciese en silencio para no molestar a los animales que pudiesen encontrarse por los alrededores. Tras bajar del vehículo, le indicó que mirase en dirección norte. Una plataforma se elevaba en la sabana, rodeada de pastizales y alguna que otra acacia o baobab. En ella se intuía un grupo de hombres. Héctor verificó con los prismáticos que

se trataba de Genet y fue en su busca seguido de Julia, que procuraba caminar en el mayor silencio posible.

Al llegar a la plataforma, ambos subieron y saludaron silenciosamente a los que se encontraban en ella con un gesto de mano. Genet, contento de ver a su compañero, lo abrazó y le instó a mirar en dirección este. Allí, una jirafa comía mientras protegía a su cría entre la patas. No habían llegado a tiempo para ver el nacimiento de la nueva jirafa, pero aun así, la visión de aquellos animales era magnífica.

Julia se encontró inmersa en otro mundo, en una inmensidad donde no se divisaba fin. Respiró profundamente, queriendo llevarse el momento consigo para siempre.

Alrededor de las ocho de la tarde, ya de noche en Kasungu, sentados alrededor de la hoguera que los guías solían hacer en el campamento del parque, Julia y Héctor charlaban sobre su proyecto con los representantes de las agencias, que para sorpresa de Julia se mostraban francamente interesados por los datos que se les presentaban. Las expectativas superaban con creces lo que ellos tenían en mente. Las palabras brotaban de Julia con vida propia. La visita a la sabana había dotado de vida a los números, de énfasis a las estadísticas y de voz a las palabras escritas.

Héctor, satisfecho por lo conseguido, contemplaba cómo Julia captaba la atención de los presentes. Su misión estaba cumplida, ahora era momento de que ellos se retirasen para dejar deliberar a los empresarios. Con discreción, le indicó a su compañera que era el momento oportuno de despedirse de los presentes.

Reclinada sobre el saco de la tienda de campaña, bajo la luz que aportaba un pequeño candil, Julia se sentía embriagada por el éxito de la velada. Ya no le importaba dormir a la intemperie, de todas maneras sabía que no pegaría ojo. No por miedo, sino por el estado de euforia en el que se encontraba. Además, junto a ella, en la tienda, dormían ya plácidamente Héctor y Genet, este último con un rifle abrazado a su cuerpo.

Al no poder conciliar el sueño, Julia optó por volver a mirar los papeles por si había dejado escapar algún dato significativo. Había expuesto la capacidad de la central solar, del refuerzo electrohidráulico y de la perspectiva del aprovechamiento de la energía eólica. También había hablado acerca del personal sanitario, formado por un médico residente en el centro y dos enfermeras, así como de sus instalaciones. Tampoco había olvidado nombrar la escuela, que aunque no era primordial para el turismo

podía llegar a ser de utilidad para alguna reunión.

De repente un ruido extraño irrumpió en el silencio de la tienda y sacó a Julia de sus cavilaciones. Era como si algo hurgase, gruñese o resoplase entre la maleza, cada vez más fuerte y más cercano. Aquello no solo la distrajo, sino que también la asustó. Intuitivamente, Julia se levantó de un brinco para ir en busca de Héctor, que roncaba plácidamente.

—¡Héctor, despierta!

—Julia, duérmete, llevas sin descansar desde que has llegado.

—¡Despierta! ¡Mierda! ¡Hay algo ahí fuera!

—Voy, voy.

Héctor cogió una linterna de su mochila para mirar fuera de la tienda. No era un inexperto, por lo que no se aventuró a salir de la tienda antes de otear los alrededores por una pequeña abertura. Pero con lo que vio fue suficiente, no necesito más datos para cerrar la pequeña abertura y apagar las luces de la tienda. A oscuras, se acercó a Julia.

—Por lo que más quieras, quédate en un silencio sepulcral.

—¿Qué sucede? —preguntó Julia en un susurro.

—Tenemos dos grandes problemas ahí fuera. Un par de hipopótamos, y uno de ellos es una cría, lo que hace del adulto un animal bastante agresivo que hará lo que crea que debe hacer para protegerla. Mientras estemos callados y quietos en la tienda, él solo verá un bulto, una piedra gigante o lo que sea que piense que es la protuberancia que sale de la tierra. Pero si salimos y empezamos a correr o a hacer aspavientos y ruidos, nos verá como una amenaza. ¿Lo entiendes, Julia? —Julia asintió, asustada, sin atreverse a decir nada—. ¡Bien! Ven aquí, échate si quieres a mi lado, pero, por favor, silencio.

Julia no lo dudó ni un momento y se recostó en el camastro junto a Héctor, procurando unir sus cuerpos con en el afán de buscar su protección. Le rogó a Dios que esos dos animales se fueran lo antes posible.

El miedo incontrolado la hizo comenzar a delirar, ¿Qué hacía ella aquí, perdida en África? ¿Cómo había podido abandonar a sus pequeñas por perseguir un sueño? Ni siquiera las fieras como las que estaban fuera de su tienda abandonaban a sus crías. ¿En qué tipo de persona la convertía aquello?

Finalmente, tras media hora de desesperación provocada por el miedo a perderlo todo, abrumada por el sentimiento de culpa que le ocasionaba sentirse libre y feliz en África, la ausencia de sonidos ajenos a la noche

presagió que los dos hipopótamos habían dejado el lugar. Temerosa de que volvieran, Julia decidió quedarse junto a Héctor, buscando su calor y protección. Cayó en un profundo sueño, arropada por el varonil aroma que procedía de Héctor, quien la abrazó protectoramente, salvaguardándola de la noche africana.

Héctor nunca pensó que tener a Julia tan cerca de él supusiese una tentación tan fuerte. Notaba flaquear su entereza con cada respiración, que provocaba el roce de sus cuerpos y avivaba en él el deseo de poseerla en la oscuridad que los rodeaba. Tratando de evitar el deseo, se giró para obligarse a no tocarla. Abrazarla era más de lo que podía soportar. Pero fue inútil, porque, al sentir su movimiento, Julia, dormida, lo abrazó mientras acariciaba con las yemas de sus dedos su cintura. Así consiguió que los músculos de su abdomen se tensasen por la excitación que ella le provocaba al tocarlo y que su erección aumentase bajo sus pantalones. Héctor comenzó a soñar despierto. Quería girarse para poder así adueñarse del cuerpo de Julia, vagar por ella y saborear la esencia de su piel. Se imagina sujetando sus manos entre las suyas y así, sobre ella, besando cada centímetro de su cuello hasta llegar al lóbulo de la oreja, donde lamería su contorno y enviaría impulsos de placer a través de todo su ser. Seguro de que notaría aumentar la respiración de Julia. La veía sumida en el deseo, retorciéndose de placer por el roce de su erección, mientras él recorría mordisqueando su mandíbula hasta encontrar sus labios, que entreabiertos lo esperaban y dejaban escapar un gemido a modo de súplica. La imagen de Julia enfebrecida por su contacto le hizo seguir imaginando lo que haría con ella. Probablemente continuaría besando sus labios hasta que ella estuviera preparada, entonces bajaría al encuentro de sus pechos, donde sus pezones endurecidos por la excitación lo recibirían. Héctor aprovecharía un arqueo provocado en Julia para abrazar sus caderas, recorrer sus glúteos, disfrutar de sus preciosos muslos y encontrar el camino hacia su interior, donde su humedad le diría que estaba dispuesta para él.

Pero Héctor era consciente de que no estaban solos. No podía levantarse sin correr el riesgo de despertar a su compañera ni moverse sin que Genet se percatara, por lo que debía tranquilizarse y pensar en cualquier otra cosa. Quizá centrarse en la madre y la cría de hipopótamo que rondaban por el exterior de la tienda conseguiría bajar su ánimo. Pese al temblor que recorrió su cuerpo, no era el momento ni el lugar para violentarla. Anhelaba ser correspondido por Julia, pero no estaba seguro de serlo. Era necesario

dejarlo estar, al menos por el momento.

Al despertar, Julia recordaba azorada cada instante vivido en su delirio nocturno. Preocupada porque Héctor no notara nada extraño en ella, procuraba mostrarse normal. ¿Cómo podía explicarle que su estado se debía al deseo que involuntariamente había sentido por él? Temía haber podido delatarse con traicioneros sonidos o movimientos en la noche. En el sueño, la excitación provocada por Héctor la hizo perder todas sus inhibiciones. Compartió de forma explícita lecho y pasión con él, permitió que su subconsciente la liberase del deseo que tan arduamente ella luchaba por esconder. Recordaba vivamente cómo las manos de él marcaban su cuerpo y calentaban su piel, mientras ella suspiraba de placer mirando lo increíblemente atractivo que era. Desconcertada, Julia temía no poder refrenar sus impulsos si el destino le daba ocasión de revivir aquel sueño, donde Héctor la había invitado a descubrir las diferencias existentes entre su cotidiana relación y él.

Más serenos tras el susto de la pasada noche y por las intensas sensaciones vividas por ambos en secreto, Héctor obsequió a Julia con una visita a la reserva. La reunión había sido un rotundo éxito y qué menos que una merecida celebración con su compañera. Genet no pudo ir con ellos porque tuvo que acompañar a los representantes al aeropuerto. Héctor se ofreció incondicionalmente como guía, y a Julia la idea de volver a la reserva la llenaba de entusiasmo, por lo que aceptó encantada la oferta. Se sentía totalmente a salvo con Héctor. Antes de salir, él le dio una larga lista de recomendaciones y prohibiciones para evitar incidentes no deseados, como, por ejemplo, no levantarse a mirar o moverse violentamente por un sobresalto. Algunos animales, como los leones, no le darían más importancia a un todoterreno que la que le darían a cualquier roca, pero si algo se movía dentro de aquella roca ambulante lo confundirían con un apetitoso filete.

Al igual que sucedió la tarde anterior al entrar en la reserva, Julia se sintió trasladada a una realidad diferente. Las manadas de animales salvajes, la magia del amanecer en África, la inmensidad de terreno salvaje. Su imaginación la hizo recrear a Meryl Streep paseando entre la maleza de la sabana africana, incluso desear vivir su propia aventura de *Memorias de África*.

El respeto por la naturaleza, el silencio y la paciencia eran necesarios en un safari. La magia no venía sola, había que ayudarla. Los animales dejaban

ver solo lo que ellos deseaban, no estaban expuestos como en un zoológico y se mostraban bastante reacios a aparecer cuando notaban la presencia humana. El respeto hacia su entorno y, ¿por qué no?, la suerte, eran primordiales para poder observarlos. No podías saber en qué momento esas magnificas fieras te sorprenderían y te mostrarían partes de su naturaleza.

En el camino de regreso a Karonga, el silencio ya no era una prioridad en el coche. Héctor, dicharachero y animado por el resultado del viaje, se encontraba totalmente predispuesto a hablar de cualquier cosa. Julia, agotada pero feliz, compartía el ánimo de su compañero. Habían tenido la ocasión de ver en libertad a dos de los magníficos *Big Five*. Excitada, Julia hablaba sin cesar del proyecto que sabía que no vería finalizar.

—Héctor, después de estar en Kasungu hay algo que no entiendo. Sé que los beneficios que genere el hotel serán íntegramente para los malauíes que trabajen en el hotel, que no existe afán de lucro por parte de la organización. Y hasta ahí la idea es perfecta. Pero después de pagar esos salarios, ¿qué haréis con la ganancia que genere el hotel?

—Como ya hemos comentado alguna vez, buscamos crear más y mejores oportunidades para los habitantes de Karonga. Presumimos que con el producto obtenido podremos proporcionarles más puestos de trabajo e industria.

—Tienes razón —dijo Julia, dando por sentado que Héctor y Emmanuel estaban en lo cierto y sopesando el arduo trabajo que tenían ambos hombres por delante—. Os deseo toda la suerte del mundo porque la merecéis.

—Gracias, Julia. Ya sabes que se acepta todo tipo de ayuda, puedes quedarte cuanto quieras —contestó Héctor con su deslumbrante sonrisa.

—Ojalá pudiera quedarme, pero están Juan y las niñas. Solo llevo fuera de casa cinco días y los extraño muchísimo. De hecho, me siento fatal por sentirme bien aquí. Es como un sentimiento de culpa y reproche. No sé si me estoy explicando bien. Cada vez que cualquier cosa de África, por pequeña que sea, me llena, siento un pinchazo de culpabilidad por no sentirme mal al estar alejada de ellos. Cuando la sonrisa de un pequeño malauí me hace sentir plena, me siento aborrecible por no estar con mis propias hijas. Incluso cuando te sonrío es como si engañase a mi marido. Es un sentimiento continuo de amor odio, que no estoy segura de poder sobrellevar mucho más tiempo.

—Me halaga y te entiendo. Yo también tengo una hija y en alguna ocasión también me he sentido así. En mi caso, no sé si por ser hombre, por

confiar en que mi hija está bien atendida o por no continuar amando de la forma adecuada a la madre de Rebeca, África siempre ha sido más fuerte que todo. Ante la incertidumbre nunca he tenido que sopesar dónde debía estar.

—¿Y Emmanuel?

—La única vez que he visto a Emmanuel dudar fue cuando conoció a Carmen, tu amiga. En más de una ocasión pensó que quizás había encontrado a su compañera, pero por lo que parece no fue así. El retorno de su exmarido lo cambió todo. Emmanuel le dio espacio para elegir y ella optó por tomar otro camino. Es una pena, porque es un buen hombre, pero imagino que su destino es como el mío, la soledad.

—Carmen no eligió a su exmarido. Las circunstancias la hicieron tomar una decisión nada agradable para ella, como bien has dicho antes. Eres hombre y no puedes saber lo que está dispuesta a entregar o sacrificar una mujer por sus hijos.

—Conozco el problema del niño, pero ¿no es mejor para él hacerle madurar en lugar de ponerle vendas frías? Sus padres se han separado. Por Dios, no es el fin del mundo.

—Tiene ocho años y está en tratamiento psicológico —cortó Julia sin querer dar la razón a Héctor, aunque sabía que la tenía—. Carmen está destrozada por la marcha de Emmanuel.

—Pues que venga a buscarlo. Que haga algo además de estar callada y poner trabas a su felicidad.

—¿Y si fracasa? —preguntó Julia—. ¿Quién recogerá luego los trocitos que queden de ella? ¿Emmanuel pensará lo mismo que tú de tus conquistas? Que es una lástima no seguir sintiendo lo mismo por ella. Carmen ya ha pasado por el dolor de la pérdida, el engaño y el maltrato. ¿Crees que le quedan ganas o fuerzas para luchar?

—Puede que tengas razón, pero Emmanuel no es como yo. De mí puedes pensar que soy un inmaduro, incluso voluble, pero te puedo asegurar que Emmanuel no, él es un buen hombre.

—Deberíamos dejar el tema, no debo olvidar que eres mi jefe y creo que hace bastante tiempo que he sobrepasado la línea divisoria que nos separa. Discúlpame.

—¿Crees que puedo aprovecharme de la situación o molestarme al punto de echarte de la organización? ¿Que soy tan insensible que no veo que solo tratas de defender a tu amiga? —preguntó Héctor sin intención de dejar

el tema—. Si tanto te preocupas por el bienestar de Carmen, quizá deberías decirle que deje de ser tan estúpida y no permita escapar a un hombre como Emmanuel. Que haga sus maletas, coja a sus hijos y venga con él a este país, que tiene mucho más que ofrecerle que la vida que comparte con su exmarido. Porque es imposible que Emmanuel regrese. Tanto él como yo sabemos que tenemos que quedarnos aquí por un largo tiempo.

—¿Y tú qué sabes del amor? ¿Alguna vez has amado a alguien que te desprecia? ¿Alguien que utilice tus sentimientos para menospreciarte? Haz el favor de no juzgar lo que no conoces. De Emmanuel se puede decir lo mismo. Si tanto aprecias a tu amigo, dile que luche por una mujer que de verdad lo ama, pero que tiene tanto miedo a amar y volver a fracasar que prefiere dejarlo marchar.

A escasos diez minutos del término del viaje, finalmente el silencio se adueñó del vehículo. Julia había dicho más cosas de las que debía. No tenía que haber hablado con Héctor acerca de Carmen, mucho menos de sus sentimientos. Ella no conocía las intenciones de su interlocutor y ni qué haría con la información que estúpidamente le había dado. ¿Acaso podía confiar en Héctor? Realmente no se conocían, y lo poco que ella sabía de él era su fama de mujeriego por boca de otras mujeres. Julia, como un peón más del juego, se sentía enormemente atraída por Héctor. Su atractivo y su fuerte personalidad lo hacían fácil, pero algo en él ponía en alerta cada uno de sus sentidos. No era solo que ella fuese una mujer felizmente casada, que lo era. Había algo más en él que no era siempre visible, algo en él la atraía y la aterraba al mismo tiempo.

Héctor se sentía enardecer desde el primer día que vio a Julia en el ascensor de la oficina. Recordaba perfectamente cuando Emmanuel le pidió que se olvidase de ella y él negó cualquier tipo de atracción hacia ella. Pero lo cierto era que desde el primer día que la vio sintió la necesidad de tenerla a su lado. La reciente ruptura con Silvia, después de su claustrofóbica relación, lo había mantenido alejado de involucrarse emocionalmente con otra mujer. Prefería aparcar ese deseo en un segundo plano, y había contado con la suerte de tener que viajar continuamente, sin tener ocasión ni momento de plantearse otra opción.

Pasados un par de meses, aunque oculto, ese deseo había seguido

palpitando sin disminuir de intensidad. Nunca le había ocurrido. Sonreír sin un motivo aparente, solo por recordar una frase que Julia hubiera pronunciado, era una sensación nueva para él. Que le llenaba de incertidumbre, que le hacía preguntarse qué tenía aquella mujer, aparentemente tan normal, que le ocasionase tanta vacilación.

En el aeropuerto, todos aquellos instintos, deseos y cavilaciones estallaron. No soportaba ver a Juan abrazar a Julia, pedirle que no se marchara. Con cada beso o abrazo que Juan daba a su mujer, más deseaba Héctor quedarse con ella.

El deseo de Julia de volver a casa con su marido y sus hijas lo enfermaba. No aceptaba que quisiera regresar con Juan, la quería para él y no cejaría hasta conseguir su empeño. Sin darse cuenta, se había enamorado de forma enfermiza de aquella indómita mujer, capaz de decirle que se callara o de acurrucarse a su lado buscando protección en la noche.

Nunca había conocido el desamor o el desinterés de una mujer, y la indiferencia que demostraba Julia incrementaba su deseo. Después de haber compartido esos días en su compañía, no estar cerca de ella le hacía un daño casi físico.

Por eso optó por coger su botella de whisky y dos vasos del mueble bar e ir en busca de su amigo. Al menos beber era algo que podían hacer juntos.

Sin entender bien por qué, Julia necesitaba encontrar la estabilidad emocional que la voz de su marido le proporcionaba. Algo había pasado en el todoterreno de regreso a Karonga, algo en la conversación con Héctor no había estado bien, había sido extraño. No era solo que lamentara haber hablado sobre los sentimientos de Carmen hacia Emmanuel, era algo distinto. El indicio de que en aquella conversación no había hablado solamente de Emmanuel y de Carmen. La piel que la noche anterior había rozado a Héctor ahora le hormigueaba. Sin querer esperar a la mañana siguiente, fue en busca del único teléfono que había en el centro.

Estaba a punto de entrar en el despacho de Emmanuel cuando la puerta de este se abrió con violencia. Héctor salía con una botella y un par de vasos en la mano. Julia lo miró deseando desaparecer. Permaneció parada en la entrada del despacho, sin poder moverse y sin saber qué decir, si había algo que decir.

Al verla ahí de pie, Héctor, frustrado y víctima de unos celos que le eran desconocidos hasta el momento y que lo quemaban, se acercó a ella.

—¿Qué necesitas?

—Nada —dijo ella—. Solo quería utilizar el teléfono.

Héctor, encendido por la rabia que le provocaba saber a quién pretendía llamar Julia y sin querer ponerle freno a su deseo por más tiempo, se abalanzó sobre ella para besarla con la fuerza que llevaba conteniendo desde el día que la conoció. Abrazó su cuerpo con ansia devoradora, mientras contenía sus ganas de arrancarle la ropa y memorizar con sus manos cada una de las curvas de su cuerpo. Deseaba borrar de su mente el deseo de hablar con Juan o de volver a verlo.

Julia, aceptando a Héctor, acarició su cuello dulce pero firmemente y lo atrajo hacia ella. Presionó su cuerpo sobre él, se dejó llevar por un antiguo instinto, casi olvidado pero latente, de pasión y lujuria, ambas veladas por una relación estable. Las manos de Héctor recorrían sin prisa pero apasionadamente su cuerpo, sumergiendo a Julia en una espiral de placer y deseo que le hacían aceptar el contacto de Héctor como parte de ella.

Pero pronto regresó a la realidad, aquello no podía continuar. Ella no era libre, ella tenía una vida fuera de África. No podía culparle, no era necesario decir nada, ambos habían sido responsables de aquel beso, de aquel abrazo, de aquel contacto. Ella había aceptado gratamente sus caricias.

Lenta y dulcemente, besó sus labios.

—Lo siento, no soy libre —susurró mientras se apartaba de Héctor.

Después echó a correr por la galería, de regreso a su habitación. Una vez en el dormitorio, procurando no hacer ruido para no despertar a su compañera, Julia sintió cómo se marchitaba su alma al pensar en el daño que podría ocasionarle a Juan y a las niñas. Sentía un dolor desesperante, una opresión en el pecho y el deseo que corría por sus venas de ir tras Héctor, de arrancar su ropa y unirse a él, dispuesta a olvidarse de la razón y del sentido. ¿Qué haría después? ¿Cómo miraría a su marido y a sus niñas? Estar con Héctor estaba prohibido, ella no era libre. No quería entrar en la locura de lo prohibido, en el misterio del tabú.

11. Luchando por entender

Después de cinco días, casi insomne, Julia había perdido la esperanza de volver a conciliar el sueño hasta su regreso a España. Pero, contra todo pronóstico, aquella noche consiguió dormir. Justo cuando más necesitaba mantenerse despierta para pensar en lo ocurrido y buscar un sentido a su conducta irracional, el sueño había decidido honrarla con su presencia. Ahora, con los primeros rayos de sol, la esperanza oculta en el crepúsculo de que los problemas se desvaneciesen con el amanecer se quedaba en eso, en vanas esperanzas de un mañana mejor. Mentiras que se ansía creer para que la amargura no termine con la cordura.

Julia contemplaba desde la galería cómo los primeros rayos de sol inundaban el horizonte africano de tonalidades anaranjadas y doradas. Mostraba una visión épica de su magnificencia al invadir la inmensa llanura, adueñándose sin piedad de los que, como Julia, se atrevían a ir a su encuentro. Les recordaba la existencia de un mundo inmerso en luz, emoción, aventura, pasión y renovadas ilusiones. Un mundo que estaba vetado para ella.

Reclinada sobre la galería y con la ayuda de un café, Julia intentaba despejar su mente, ya que su corazón estaba lúgubre y cubierto de culpa. Sin duda se sentía culpable de no lamentar haber besado a Héctor, de no querer regresar aún a casa, de necesitar descubrir lo que quería, de amar desmesuradamente el sentimiento de libertad que respiraba en África, de no poder desvelarle a Juan la verdad.

Dentro de poco, Julia debería llamar a Juan. Aunque en África hacía un par de horas que la vida había dado comienzo, en España aún faltaban dos para que su mundo se pusiera en marcha. Tras doce años de relación, era la primera vez que Juan y ella habían estado sin hablar más de doce horas seguidas. Julia se preguntaba en qué momento había decidido omitir las carencias de su vida. Siempre se había creído enamorada de su marido. ¿Cómo habían llegado a esto?

Llegado el momento, Julia se encaminó hacia el despacho. Sentada en la silla de Emmanuel, clavó la vista en las pequeñas teclas del viejo teléfono

que descasaba sobre la mesa. Cogió el auricular con la intención de marcar el número de Juan.

—¿Sí?

—Hola, ¿se puede poner Carmen? —En el último momento, Julia no había podido llamar a Juan, necesitaba imperiosamente hablar con su amiga.

—Hola, ¿quién eres? —contestó al fin Carmen.

—Soy yo, Carmen, necesitaba escucharte. No sabes cuánto te echo de menos. ¿Cómo estás?

El tono que empleaba Julia no podía engañar a su amiga.

—Ya lo sabes. Cara a la galería parezco genial, pero la verdad es que estoy echa una mierda. Extraño a Emmanuel con toda mi alma. Vamos, igual que cuando te fuiste. La única diferencia es que cada día que pasa lo llevo peor; desconocía que fuese posible, pero lo es. Todos los días me despierto con la certeza de que me equivoqué en todas las decisiones que tomé, que cometí un gran error permitiendo que Jordi traspasara la puerta de mi casa, que me engañé cuando dejé escapar a Emmanuel y que fui una estúpida por no subir a ese maldito avión contigo.

—Carmen, vente conmigo. Puedes coger un avión, llegarías mañana. No te imaginas lo que te espera aquí. En África puedes dibujar un futuro nuevo para ti y para los niños. Hazme caso, Carmen, coge el primer avión y ven. No pierdas tu tren.

—No es tan fácil. ¿Qué hago con los niños? Además, no tengo papeles, recuerda que yo dije que no iba. ¿Qué diría Emmanuel si me presento allí con mi maleta y dos niños?

—Carmen, yo no veo mucho a Emmanuel, pero sé que desea tenerte aquí. Tu visado está en el despacho, guardado en el cajón de su mesa. Él no te escuchó cuando dijiste que no contase contigo y lo preparó junto con el resto, no perdió la esperanza hasta el último minuto. Tienes permiso de trabajo y residencia y los niños aquí tienen colegio. ¿Qué tienes que pensar, Carmen? Coge tu vida y crea tu futuro. No permitas que nadie la manipule por ti.

—¿Qué te está pasando? Estás francamente rara. ¿Le ha pasado algo a Juan o a las niñas? —preguntó Carmen.

—Nada, solo que te quiero y deseo que tengas lo que deseas. Y deseo que sepas que lo puedes alcanzar. África es un paraíso en el que Fran encontraría la paz que necesita y tú la felicidad —contestó Julia, convencida de sus palabras—. Carmen, tengo que dejarte, esto es de la pocas cosas

malas que tiene Karonga. Solo tenemos un teléfono para todos y hay un compañero esperando a que termine. Por favor, promete que pensarás lo que te he dicho. Diles a Juan y a las niñas que intentaré llamarlos mañana. Y que los quiero.

—Te lo prometo. Llámame pronto, por favor.

Julia colgó el teléfono y se lo entregó a Jaime, que lo cogió con una sonrisa. Todos los compañeros esperaban su turno con euforia contenida. Querían hablar con sus familias para contarles las anécdotas del día, y ella había utilizado sus cinco minutos para llamar a su amiga y pedirle que no desaprovechase la oportunidad de ser feliz.

Indignada como estaba por su estupidez, Julia se dirigió a la cocina del gran comedor, donde albergaba la esperanza de que Faustino y Tanisha necesitaran su ayuda. Así podría sumirse en el arduo trabajo, con la intención de esconderse de cualquiera que la pudiera buscar, en especial de Héctor. Al que, por extraño que le pareciese, hoy no había visto a lo largo de la mañana. Él siempre solía observar el atardecer y el amanecer en la silla del porche, pero a primera hora Julia había comprobado agradecida que el sitio estaba vacío.

En la cocina, Faustino intentaba amenizar la tarea a sus compañeras contando chistes españoles en su inglés chapucero. El hombre ponía todo su interés, pero su trabajo resultaba infructuoso. Tanisha, paciente, reía sus intentos. Incluso Julia sonrió ante las tentativas de Faustino, que, satisfecho por conseguir las risas de sus amigas, continuaba con sus payasadas, aun sabiendo que las mujeres no se enteraban de nada de lo que él les decía. Julia estaba ocupada lavando las patatas con las que Tanisha prepararía la comida, cuando Emmanuel entró en su busca.

—Julia, por favor, ¿puedes venir un momento?

Julia se levantó del pequeño taburete para ir detrás de su jefe.

—Dime, Emmanuel, ¿qué puedo hacer por ti?

—Mañana tienes que acompañarme al despacho del cónsul. Sé que es algo que tenías pendiente de hacer con Héctor, pero los planes han cambiado.

—¿Puedo saber por qué?

—Héctor ha tenido que irse un par de días a Bantire. El éxito de vuestra reunión ha hecho que los planes se aceleren y ha tenido que ir para registrar los permisos que trajisteis de la comisaria. Así podremos firmar los contratos para la temporada.

—Bueno, quizá me hubiese gustado ir, dado que el buen término de la reunión se consiguió gracias a los dos. Pero imagino que yo no soy quien para decirlo —replicó Julia, claramente ofendida.

—Julia, Héctor no ha pretendido apartarte, pero ha salido esta mañana muy temprano. No ha habido tiempo de hacer preparativos, ni avisos ni maletas.

—Sí, imagino que después de una botella de whisky no es fácil organizar un viaje. Sobre lo de mañana, no hay problema. ¿A qué hora me quieres preparada?

—Si te parece bien, las siete de la mañana para mí es una hora perfecta. Si Dios quiere, a la una habremos terminado.

Emmanuel deseaba terminar la conversación y escapar. ¿Por qué su amigo siempre terminaba metiéndola en estos líos?

—Perfecto, cuenta con ello. Si no necesitas nada más me voy —dijo Julia, y regresó a la cocina.

Emmanuel miró en silencio cómo se alejaba. En poco tiempo, ella había demostrado su valía en más de una ocasión, pero seguía pensando que tenía un carácter temperamental que era incapaz de controlar. Estaba convencido de que ella sabía que Héctor no había querido llevarla a Bantire y no había dudado en poner a Emmanuel en una situación indiscutiblemente tensa. Julia no tenía miedo a mostrar su desconformidad con nada ni con nadie. Emmanuel desconocía lo que había pasado entre Héctor y ella la noche anterior, aunque, conociendo a su amigo, podía llegar a imaginarlo. Lo cierto es que Héctor había decidido salir a primera hora de la mañana, cuando podría haber esperado tres o cuatro días y llevarla con él a la ciudad. Ella había hecho un buen trabajo y merecía haber ayudado a concluirlo. Prefirió no seguir dando vueltas a la incorregible vida sentimental de su amigo, que reiteradamente caía en sus viejos hábitos.

Emmanuel regresó en silencio a la central, quería verificar que los índices se mantenían estables. Lo único que lo mantenía firme era su férrea voluntad de que la CRP siguiera funcionando. Añoraba con locura a Carmen, no conseguía alcanzar el sentimiento de odio que lo ayudara a superar la separación. Deseaba poder sacar el amor que sentía hacia ella de su corazón, pero ni su traición conseguía arrancarla de él. En su lucha, lo único que había conseguido arrancar de su alma eran pobres excusas que justificasen la decisión de ella. Él nunca había creído en Romeos y Julietas, pero Carmen lo había cambiado todo y ahora Emmanuel se encontraba perdido.

Deseaba que lo que sentía por ella desapareciese, al igual que desaparecían los romances de la vida de Héctor. ¿Por qué él no lo lograba? Los recuerdos vividos en Madrid eran como gigantes de hielo que no le abandonaban y helaban su corazón. Emmanuel últimamente solía buscar la soledad que le permitiera rememorar la sonrisa de Carmen, su forma de caminar, sus susurros en la noche. Pero era consciente de que aquello debía terminar. No podía permitir que el dolor ensombreciera su alma, de por sí ya solitaria. Sabía muy bien que no la podría olvidar jamás, así que debía superar su pérdida. Se lo debía a la gente que día a día luchaba con él. En aquel difícil mundo en el que cada día morían hombres y mujeres sumidos en la miseria, donde los niños desnutridos abundaban en las calles, no podía perderse en sentimientos destructivos, no tenía sentido aferrarse a la esperanza de volver a verla. No cuando las personas morían detrás de su puerta. Conseguiría su propósito costara lo que costara, y para ello debía olvidarla.

Carmen, sentada en la mesa de la cocina acompañada de su copa de vino, no podía olvidar las palabras de su amiga. Preparaba la ensalada para la comida mientras se preguntaba si sería posible que Emmanuel aún la estuviera esperando. Sola, rememoraba una y otra vez el cajón del despacho donde la esperaba su visado. Sentada donde estaba, escuchó sonar el teléfono en el salón. No se molestó en levantarse a cogerlo, no esperaba ninguna llamada. La única persona que ocasionalmente podía querer hablar con ella era Julia, y hoy ya habían hablado. Emmanuel hacía meses que no llamaba, por lo que no albergaba la esperanza de que fuera él.

Fue Jordi el que se apresuró a descolgar la llamada. Después de un hola entrecortado, el tono de la conversación dejaba prever que se trataba de una nueva cita. A Carmen le traía sin cuidado lo que su exmarido hiciese y con quien lo hiciese. Hacía años que su matrimonio y su amor habían desaparecido. Entre ellos solo existía un vacío lleno de odio y rencor que cada día crecía más. Carmen no soportaba ver el despotismo con el que Jordi jugaba con el amor que sus hijos le profesaban, las manipulaciones y juegos malabares que hacía frente a ellos para evadir su responsabilidad, aquella responsabilidad por la que supuestamente había regresado a casa.

Jordi entró en la cocina en busca de Carmen, con la mirada viciada y exhibiendo una sonrisa de hiena traicionera.

—Carmen, me voy. No me esperéis despiertos, llegaré tarde.

—¿Qué? Jordi, le prometiste a Fran que iríais al cine y a cenar. ¿Lo has olvidado?

—Es cierto, pero no pasa nada, iremos el próximo fin de semana.

—Eso le dijiste la semana pasada, y la anterior. Jordi, es tu hijo, ¿no recuerdas que es el único motivo por el que te consiento estar en esta casa?

—Estás exagerando, solo le he fallado un par de veces. Ha surgido algo y debo ir —dijo Jordi.

—No te atrevas a mentirles, Jordi, te lo estoy avisando.

—Carmen, no te entiendo. Deja de poner problemas, el niño está bien. Eres tú las que te empeñas en poner fantasmas delante de él. Pensé que con el tiempo habrías cambiado. Pero no lo harás jamás, estás enferma. Cuando te dejé estabas loca de atar, de verdad que pensé que estarías mejor. Pero veo que no. Quién sabe, quizá debería volver a pedir la custodia de los niños.

Carmen, que portaba un cuchillo en la mano, dudó también de su cordura.

—Jordi, vete, vete y no te molestes en volver. No vas a volver a mentir a mi hijo y no vas a volver a vernos, ni a ellos ni a mí. Olvídate de nosotros, porque quizá la próxima vez que abras la boca mis últimos vestigios de cordura se diluyan.

Jordi dirigió su mirada incrédula a la mano de Carmen, captando alto y claro su mensaje. Comprendió entonces que Carmen ya no era la mujer que había conocido. Ya no le permitiría nunca más manipularla o vejarla a ella o a sus pequeños, y en el fondo, él era un cobarde. Jordi no se atrevió a decir ni una palabra más, salió de la cocina y cerró la puerta con violencia. Después de media hora de golpes y patadas frustradas, Jordi abandonó la casa con sus maletas en la mano. Cabizbajo y avergonzado por la mirada decepcionada con la que su hijo Fran lo miraba, no se atrevió a despedirse de los niños mientras ellos lo veían entrar en el ascensor.

Fran, que miraba abstraído hacia la puerta por donde su padre había salido sin ni tan siquiera un adiós, entendió repentinamente el desamor que Jordi sentía hacia ellos. No era necesario llorar por el abandono de su padre, porque en realidad nunca había vuelto. Fran se dio la vuelta en busca de su madre, sonrió y dijo:

—Mamá, tranquila, sin él estaremos mejor.

Carmen dibujó en su cara la sonrisa que hacía tiempo que no era capaz de esbozar. Satisfecha, comprendió que ya podía tomar la decisión que debía

haber tomado hacía meses.

A las siete de la mañana, tal y como Emmanuel le había pedido, Julia esperaba en la puerta del despacho a que su jefe terminara de coger el portafolios de la mesa. Seguía despechada por el desplante sufrido por Héctor, pero no estaba dispuesta a que nadie lo sospechara. No permitiría que pensarán que ella era una más de sus conquistas, a la que desechar una vez conseguida.

No tardarían demasiado en llegar al consulado, tenían cita con el cónsul a primera hora de la mañana. Emmanuel confiaba en no tener que esperar mucho tiempo a ser atendido, pero en África todo podía suceder. Como Julia ya había aprendido, el tiempo en aquel país no transcurría igual que en España, y el hábito parecía contagiarse con facilidad.

—Buenos días, Julia, gracias por la puntualidad.

—Hola, Emmanuel. No ha sido ningún problema, desde que llegué a Karonga no suelo dormir demasiado. Además, tengo que reconocer que he estado pensando toda la noche en la reunión y no comprendo por qué voy.

Julia no le encontraba sentido a acompañar a Emmanuel, no creía poder aportar nada. La figura de su jefe tenía el peso, la fuerza y la firmeza suficiente para cualquier tema de índole gubernamental.

—Lo entiendo, no te he explicado lo que pretendemos conseguir. No creas que siempre la corrección y la experiencia es suficiente; en ocasiones, la espontaneidad y el ímpetu obra milagros.

Julia prosiguió el camino en silencio, sin llegar a entender lo que él quería de ella. Debía confiar en Emmanuel, que generalmente sabía lo que se debía hacer y cómo hacerlo para conseguir su propósito.

Al llegar al consulado, tras subir las escaleras que conducían al despacho del cónsul, les atendió una mujer de color que se dispuso a confirmar si la cita a la que se refería Emmanuel era acertada. Después de revisar su agenda y varios apuntes en el ordenador, los hizo pasar a una espaciosa aunque austera sala de espera. La impaciencia hormigueaba libre por el cuerpo de Julia. Si existía algo que odiaba, era la sensación de inseguridad, de no saber qué hacer o decir. Ella era una mujer sencilla que se movía sin problemas en su ambiente. Las personas más relevantes con las que había tratado en los últimos años eran los jefes de Juan, los profesores

de sus hijos o, en estos meses, sus propios jefes. No estaba acostumbrada a tratar con cargos políticos, como era el caso.

Media hora después, la secretaria fue en su busca para hacerlos pasar al despacho de cónsul. Julia buscó la protección de Emmanuel situándose tras él, quien, al notar su inquietud, le susurró que todo iba a ir bien.

El despacho, al igual que el resto del edificio, era espacioso y estaba desprovisto de ornamentos. Aquello no le pasó inadvertido a Julia, que esperaba encontrar una habitación ostentosa, decorada con sabor a recia institución. No faltaba la bandera de España y el escudo de la nación, en la estantería, al lado de la bandera de Malauí.

—Emmanuel, qué alegría verte —saludó el cónsul amigablemente a Emmanuel.

—Lo mismo digo, Xavier, solo vengo cuando necesito tu ayuda. No tengo perdón. Te presento a Julia, está colaborando con nosotros.

—¿En qué te puedo ayudar? Miedo me da cada vez que vienes a verme.

—Vengo por los permisos del hotel. Queremos abrirlo en otoño, pero nos están retrasando. Sabes tan bien como yo que aquí no todos nos quieren.

—Es normal, Emmanuel, estáis fastidiando a muchas personas y empresas. Sabes bien cómo funciona el orden de las cosas.

—Lo sé, nadie dijo que fuera fácil llevar a cabo nuestro proyecto. Pero tampoco lo será hacernos retroceder.

—Bien, ¿en qué te puedo ayudar? Sabes que como cónsul no te puedo representar, ni ayudarte a gestionar trámites de ningún tipo.

—Lo sé, pero es justo lo que necesito —insistió Emmanuel.

Julia no daba crédito a lo que escuchaba. Xavier no parecía tener intención de colaborar con ellos. Aparentemente, le era más fácil ignorar la situación en la que vivían miles de malauíes si con ello salvaguardaba su posición. Se mordió la lengua, procurando no cortar la conversación que los dos hombres mantenían. No quería interferir en la forma en la que Emmanuel había decidido llevar la cuestión y además no sabía cómo debía tratar al cónsul. Ellos daban la impresión de conocerse desde hacía años por la manera coloquial en la que se trataban, pero ella no era nadie, ni tan siquiera era un agente permanente en Malauí. Ella se marcharía en breve.

Tras una infructuosa charla, Emmanuel se levantó evidenciando su desánimo. Fue entonces, antes de llegar a la puerta, cuando Julia, sin poder evitarlo, se dio la vuelta para hablar.

—¿Sabe algo? Yo no lo conocía. Antes de entrar, mientras esperaba en la

sala, temía que mi comportamiento y mis formas no fueran las adecuadas para entablar conversación con un hombre de su responsabilidad. Apenas llevo en Karonga diez días, pero me siento plenamente involucrada con la labor social que hace la ONG aquí. Puedo decirle que nunca había hablado o comido con usted, pero sí lo he hecho con las personas que diariamente visitan el campamento pidiendo ayuda a la CRP y no entiendo cómo puede usted dormir tranquilo sin ayudar a una organización que desea ayudar a este país de la forma que lo hacen ellos. No le pedimos que quebrante ninguna ley, solo que utilice sus contactos para hablar a nuestro favor. No entiendo cómo podrá dormir por la noche sabiendo que no hizo lo que estuvo en su mano para ayudar. Y le pido disculpas si le parece que mi intervención es inadecuada, pero no podía salir de aquí sin darle mi opinión que, por si no lo recuerda, es la de una española en el consulado de su nación, no la de la CRP.

Xavier miró incrédulo de Julia a Emmanuel.

—¿Trajiste tu artillería pesada? Sabes que haré lo que pueda, pero no te puedo prometer gran cosa. Julia, usted no debería confundir no poder con no querer. Si de mí dependiera, Emmanuel tendría toda las ayudas que precisa, pero mi labor como cónsul es más informativa que activista. Por desgracia, en mi mano no hay mucho que pueda hacer. Aun así, puedo asegurarle que haré todo lo que pueda.

Como siempre solía ocurrirla, Julia quiso recular después de disparar lo primero que le había venido a la mente. Entendía las limitaciones propias del cónsul, pero estaba convencida de que podría proporcionarles ayuda gracias a sus contactos. Cohibida por sus palabras, prefirió no volver a hablar.

—Disculpa a mi compañera, Xavier, es muy impetuosa. Sé que podemos contar contigo. Muchas gracias.

De nuevo en el coche, de camino al campamento, Emmanuel se dirigió a Julia:

—No hay necesidad de permanecer tan callada. No has hecho nada que yo no previese que fueras a hacer. Realmente no creerás que el cónsul tenía verdadera intención de hacer algo por nosotros antes de que le increparas, ¿no? Desde que lo conozco, siempre he tenido que buscar la forma de encontrar su colaboración. No es que sea mala persona, pero no sé si por miedo, pereza o dejadez, siempre intenta escurrir el bulto cuando se precisa su actuación. Sé que él no puede hacer nada desde el consulado, pero es de

todos sabido que Xavier tiene muchos amigos en Malauí.

—Pero ¿de qué puede tener miedo?

—Principalmente de todas las mafias que están viendo mermados sus ingresos por nuestra culpa. La central energética, la escuela, el hospital, la agricultura y ahora el hotel quitan muchos ingresos a ciertos sectores. Hay mucha gente que no nos quiere aquí, motivo por el cual Héctor y yo nos veremos obligados, en un futuro no muy lejano, a llevar escolta. De hecho, deberíamos llevarla ya, pero es incómodo vivir con miedo.

Julia asintió. Comprendía lo que Emmanuel trataba de decirle, era lógico que los organismos y empresas privadas establecidas en Malauí vieran afectados sus ingresos a causa de la CRP. Principalmente porque ese era uno de los cometidos de la organización: conseguir que el pueblo de Karonga prosperase en conjunto.

Después de aquella última intervención, Julia se centró en los más pequeños, que la buscaban alegres para jugar con ella en el patio y mostraban una inmensa sonrisa en sus caras cuando ella aceptaba su invitación. Los niños consiguieron que olvidase sus dudas y su culpa mientras le narraban historias, cantaban o bailaban canciones tradicionales de su pueblo para ella. Los acompañó al ritmo de un balafón, en el que Kerel martilleaba la percusión, y el djembe, una especie de tambor que Daudi, un pequeño de apenas siete años, tocaba sin descanso.

El anochecer llegó acompañado de música, baile y alegría. Los más pequeños de la organización, los niños, habían dado una inmensa lección de humildad a Julia. Aquellas pequeñas almas desprovistas de todo no dudaban en compartir su vida, energía y alegría con cualquiera que les prestase unos minutos de atención. Aquellas pequeñas personitas, carentes de maldad y ricas en miseria, eran capaces de dar lecciones de humanidad y de modestia por doquier. Hacían empequeñecer a las personas que, como Julia, anteponían su mundanal existencia a la felicidad desnuda.

Tumbada en su cama, deseando la llegada del sueño, Julia luchaba por aferrarse al recientemente aprendido sentido de humildad. En la oscuridad de su cuarto, su egocentrismo amenaza con salir y retomar con fuerza la rabia de la mañana. ¿Qué sentido tenía ahora todo? ¿Qué era lo que buscaba? ¿Cuáles eran los motivos reales de sus quejas diarias? ¿Seguía amando a su marido? ¿Por qué había permitido que Héctor la besara? ¿Por qué aquel arrebató de ira al saber que él se había ido?

Julia sentía cómo crecía la ira y el aborrecimiento hacia sí misma en la

medida en que comprendía la magnitud de su egoísmo. No existía excusa para su comportamiento. Ahora conocía de primera mano las necesidades de las extraordinarias personas con las que convivía en este país. Sus prioridades no eran a quién amar o a quién odiar o si eran más o menos importantes para otros, sino algo tan primitivo como vivir un día más. Se sentía insignificante en un país en el que la malnutrición era el eje de su política, donde el índice de la mortalidad infantil superaba el diez por ciento, donde se calculaba que el dos por ciento de las mujeres morían al dar a luz a sus pequeños, donde el sida afectaba a casi un millón de personas, pero que, contra todo pronóstico, se levantaba cada mañana luchando por un futuro mejor y con una sonrisa en su rostro.

En los días que siguieron, la lucha interna de Julia no disminuyó, pero el trabajo había aumentado de ritmo desde su llegada de Kasungu. La apertura del hotel en el mes de octubre les apremiaba a la contratación y preparación del personal que lo atendería. Por las mañanas, Julia se encontraba con cien o doscientas personas agolpadas en la puerta del despacho, que se presentaban para los diferentes puestos de trabajo con la esperanza de conseguir formar parte del proyecto que para ellos era lo más parecido que conocían a la prosperidad. Pero la ONG no podía acogerlos a todos. Como en cualquier punto del planeta, la situación requería una selección que, por dura que fuera y por mucho que le partiese el corazón a Julia, debía hacerse.

Observar el nerviosismo de la mujer que se sentaba frente a ella le hizo recordar el día que Héctor la entrevistó en Madrid, cómo la habían hecho sentir con sus preguntas. No hacía tanto tiempo de ello como para que lo hubiese olvidado, por lo que intentaba que las personas que se sentaban en el despacho se sintieran seguras. Julia procuraba no acordarse demasiado de Héctor, pero sin él en la sede, además de trabajar no se podía hacer mucho más. Malawi no era un lugar donde una mujer pudiera andar sola, por lo que tras su partida, Héctor no solo la había dejado sola con su rabia, sino que también se había llevado toda la emoción y la diversión. Julia no tenía nadie que le enseñase Karonga ni con quien le apeteciese compartir la experiencia. Y eso la llenaba de nostalgia. Mientras tanto, las preguntas se sucedían: ¿Te gusta trabajar con gente o prefieres trabajar solo? ¿Qué sabes hacer? ¿Qué te gusta? ¿Cómo eres? ¿Qué personas te ponen nervioso? ¿Cómo era un día normal en tu anterior trabajo?

¿Acaso a alguno de ellos le importaba lo que Julia preguntaba, cuando lo que rondaba su cabeza era conseguir comer aquel día? Cualquiera de ellos

habría dicho lo que ella quisiera escuchar con tal de conseguir uno de aquellos trabajos.

12. Un rayo de luz

—Juan, cielo, ¿qué tal está todo? ¿Cómo están las niñas?

Julia estaba avergonzada. Llevaba sin hablar con su marido cinco días, la culpa no le había permitido llamarlo desde el regreso de Kasungu.

—¡Julia, cariño! No estaba preocupado porque Carmen me dijo que estabas bien cuando la llamaste, pero reconozco que me estaba empezando a poner celoso. ¿Qué tal las cosas por allí? —respondió Juan.

No era tonto ni estaba ciego. Conocía lo suficiente a su mujer para saber que algo sucedía. En su fuero interno, Juan culpaba a Héctor de la huida de ella, aunque de nada servía obviar que los problemas con Julia venían de hacía tiempo. Pero eso ahora no era prioritario, quería a su mujer de vuelta en casa y haría lo que tuviera que hacer para conseguirlo. Cuando Julia estuviera de nuevo con ellos, Juan se ocuparía de buscar una solución para los problemas de su matrimonio.

—Esto es increíble, me encantaría que tuvieses la ocasión de verlo. Seguro que dejarías de quejarte por el comportamiento de tu jefe.

—No sabes cuánto daría por estar allí ahora mismo contigo. Y no te preocupes por las niñas, esas pequeñas desagradecidas no se acuerdan de nosotros. Ya conoces a Sofía, es como la gran madre de todos y tiene a Sara y a Ángela como dos princesitas. Así que, cielo, disfruta los días que te quedan ahí. Tranquila. Aquí todos estamos bien.

—Vale, dales a las niñas un beso enorme de mi parte y diles que las quiero y que me acuerdo de ellas cada día —dijo Julia, que veía que Faustino comenzaba a impacientarse mientras esperaba su turno de llamada—. Ahora debo colgar, me están esperando. Os quiero.

—Nosotros a ti también, cielo. Si no conseguimos hablar estos días, estaremos esperándote en el aeropuerto.

Tras colgar el teléfono, Julia regresó a su lugar preferido del recinto, la galería donde Héctor y ella disfrutaban de la caída de luz que el atardecer les ofrecía cada día. Allí se sentía libre de ataduras, de prejuicios y deberes. Después de hablar con Juan, Julia experimentaba una nueva sensación que, si bien no la libraba de la culpa del engaño, sí le hacía sentir menos pesada

la carga. Su marido seguía allí, esperándola.

Una revuelta en la entrada la sacó de sus reflexiones. Alguien entraba en el recinto y parecía que su llegada levantaba gran revuelo. La idea de que ese alguien pudiera ser Héctor la llenó de expectación. Julia entró en su cuarto para comprobar su aspecto en el espejo: no era grandioso pero se mantenía aceptable. Cogió las llaves de la habitación y salió en busca de la agitación de la entrada.

Efectivamente, un gran convoy parecido al que trasladó a Julia y a sus compañeros entraba en el centro, levantando a su paso una gran nube de arena rojiza que no dejaba ver quién iba en su interior. Cargado de cajas y maletas, se detuvo en el centro del campamento ante la mirada expectante de todos los que se encontraban en el área. Julia esperaba ver bajar del auto al orgulloso Héctor. Increíble y demasiado emocionada ante la visión que tenía ante ella, Julia corrió hacia la persona que bajaba del todoterreno con los ojos anegados en lágrimas. Carmen y los niños bajaban del coche, llenos de polvo y arena, cansados después del largo viaje pero con la mirada expectante ante las maravillosas imágenes y momentos que el continente les mostraba.

—¡Carmen, lo has hecho! ¡Has venido! —gritó Julia mientras se abalanzaba hacia ella y le daba un gran abrazo.

—Sí, eso parece.

—Chicos, ¿cómo estáis? ¿Qué tal el viaje, tenéis hambre? —preguntó Julia a los niños, que asintieron azorados como respuesta—. ¡Perfecto! Creo que debe de quedar algo del desayuno. Id con Tanisha a la cocina mientras mamá y yo buscamos un sitio para vosotros.

Fran y Olivia siguieron a la cocinera al salón, donde la encantadora mujer le sirvió un gran vaso de leche a cada uno acompañado de una de sus famosas tortas dulces. Una exquisitez con la que Tanisha solía sorprender a todos de vez en cuando.

Por la ventana los pequeños malauíes observaban a los recién llegados. La curiosidad de los niños era infinita, y uno a uno fueron entrando en la sala para conocer a los recién llegados. Tanisha, que lo veía desde la cocina, dejó que los niños entrasen. A Fran y a Olivia les vendría bien integrarse con ellos lo antes posible. Los pequeños eran la joya del centro, capaces de derretir con su sincera sonrisa el corazón más negro.

Después de saludar a todos sus compañeros, pasados los abrazos de bienvenidas y los continuos avisos de que se preparase para lo que la

esperaba, Carmen y Julia consiguieron escabullirse y caminaron hacia el despacho de Emmanuel.

—Luego hablaremos todo el tiempo que quieras, pero creo que es mejor que entres cuanto antes a hablar con él —dijo Julia, y se detuvo en las escaleras.

—Estoy muy nerviosa, Julia, no sé qué decirle.

—Estoy segura de que detrás de esa puerta está lo que mereces, Carmen. Sé valiente y entra.

Carmen dio la espalda a su amiga. Julia tenía razón, más tarde tendrían tiempo de ponerse al día. Carmen percibía alto y claro que a su amiga le pasaba algo, pero ver a Emmanuel la apremiaba. Indecisa, subió las escaleras que la conducirían al despacho. Se preguntó qué le pediría primero, si perdón por su estupidez o tiempo para arreglarlo. Aún aterrada por el miedo al fracaso, Carmen continuó. Tomó un último respiro antes de dar un par de golpes en la puerta, tal y como solía hacer en la oficina de la calle Prim para avisar de su presencia, y abrió la puerta que los separaba.

Emmanuel enmudeció al mirar hacia la entrada del despacho. Escéptico ante la imagen que veía, pensó por un momento que el exceso de trabajo le jugaba una mala pasada. Estaba viendo a Carmen allí, con él, y no quería permitirse creerlo. Sería demasiado cruel que no fuera cierto. Ya era suficiente echarla de menos cada momento del día, imaginársela en su despacho era exagerado.

—Hola, Emmanuel, ¿me dejas entrar?

Emmanuel no pronunció palabra, solo asintió temiendo aceptar su presencia.

—Veo que no me lo vas a poner fácil, lo entiendo.

Carmen paró de hablar y miró extrañada la forma de comportarse de Emmanuel. Había esperado un abrazo apasionado, un beso, quizá gritos de despecho, incluso un frío apretón de manos, pero nunca imaginó que vería a Emmanuel en un estado catatónico, como si hubiese visto un fantasma.

—Quizás esto sea absurdo, creo que debo irme.

Antes de dar la vuelta, Emmanuel la tenía entre sus brazos.

—Has venido. Carmen, has venido.

—Te aseguro que en todo este tiempo me he imaginado mil historias, mil motivos para venir. Sé que piensas que no soy sincera, que crees que deseaba volver con Jordi, pero no es cierto. Cada minuto que he compartido con él en casa, mi desprecio y repulsa crecía. Jordi arruinó mi juventud y mi

inocencia, sacrifiqué mi vida por él y ahora le estaba permitiendo destrozar mi futuro. Te juro que me hacías falta cada momento del día. Esperaba que vinieras a buscarme, que me obligaras a tomar la decisión que yo no era capaz de tomar, pero no lo hacías y no podía aguantarlo más. Y aquí estoy, delante de ti, pidiendo que me des otra oportunidad.

Emmanuel mantenía el silencio porque no necesitaba decir nada, tener a Carmen entre sus brazos era suficiente. Ella finalmente había vuelto a él, libre y sin presiones. Le estaba escuchando reprocharle no haberla presionado, pero ¿de qué hubiera servido? Él la amaba libre, deseaba que ella quisiera estar con él, no que se sintiera obligada a estarlo.

Carmen seguía esperando oír a Emmanuel decir algo, y aunque su abrazo parecía decirlo todo, no estaba segura de ello, porque él seguía sin mediar palabra.

—No te quiero obligar a nada, puedo hacer mi trabajo aquí sin comprometerte a nada.

Cansado de escucharla, Emmanuel alzó tiernamente su cabeza para que ella pudiera ver como él presionaba sus labios sobre los de ella. Entonces Carmen no necesitó decir más, los miedos y las dudas desaparecieron.

La llegada de Carmen había llenado de energía renovada el campamento. Los días pasaban, Emmanuel parecía más vivo que nunca, su risa iluminaba a los malauíes que le sonreían al pasar a su lado, contagiados por su felicidad. Los niños gritaban alborozados jugando y corriendo en el patio a fútbol. Fran jugaba como uno más mientras Olivia se dejaba trenzar su precioso pelo.

Julia los observaba desde la distancia, nostálgica. Segura del maravilloso destino que se dibujaba para ellos, pero llena de tristeza por lo mucho que iba a echar de menos a su amiga cuando regresara a su vida. Julia se había acostumbrado a escuchar los consejos de Carmen en el café, sus protestas en la puerta del colegio, sus llamadas nocturnas para hablar de nada cuando se aburrían, sus bromas en el chat. Olga, Elsa y Gema también la extrañarían, pero ninguna tanto como ella, que había compartido tantas cosas con Carmen. En dos días abandonaría Malauí para no volver. Ella también emprendería un viaje sin retorno. Héctor no había vuelto al campamento y Julia recordaba su ausencia con demasiada frecuencia. No debía, lo sabía, pero su desaparición había hecho su presencia más deseable.

Carmen había terminado el recuento de las medicinas y útiles satisfactoriamente, el centro médico era sorprendentemente bueno y ella

ayudaría en lo que pudiera a Emmanuel para convertirlo en excelente. Pero ahora era momento de descansar, llevaba dos días en Karonga y aún no había hablado con Julia, solo les quedaban dos días para estar juntas y quería aprovecharlos. Cuando su amiga se fuera, le dedicaría su vida a Emmanuel y al centro, pero en este momento se debía a otra persona. Cerró la puerta de su nuevo despacho y se marchó en busca de Julia.

—¡Aquí estás! ¿Tienes ya tu maleta preparada?

Carmen sobresaltó a Julia, que contemplaba absorta a los niños que jugaban en el patio.

—Sí, no tengo gran cosa que guardar, he donado prácticamente todo lo que traía: pantalones, camisetas, ropa interior. En realidad creo que lo único que regresa conmigo son las fotos que traje de las niñas y de Juan, y mis recuerdos de África.

—¿Te llevas entonces también a Héctor? —preguntó Carmen.

—No. Él se queda aquí, con África. No entiendo por qué insinúas tal tontería.

Julia sonrió, intentando quitarle importancia al comentario de Carmen.

—Entonces te dará igual que vuelva esta noche.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes? —preguntó Julia con demasiado interés.

—Me lo ha dicho Emmanuel, y no es lo único que me ha contado. ¿Vas a decirme la verdad o seguimos fingiendo que tu vida es maravillosa?

—¿Qué quieres saber, Carmen? ¿Por qué hui de casa o por qué vuelvo? Porque aún no sé ninguna de las dos respuestas.

—No, lo que quiero saber es desde cuándo eres tan estúpida. ¿Qué haces complicándote la vida con un hombre como Héctor? Tienes un marido increíble que te adora.

—No sé lo que te habrán dicho, pero entre Héctor y yo no ha habido nada salvo trabajo. ¿Quieres saber si me atrae como hombre? Pues sí, me atrae más de lo que debería. ¿Quieres saber de primera mano si lo deseo? Pues sí, es cierto, me gusta y lo deseo. ¿Quieres saber si he engañado a Juan? Físicamente no, a no ser que pienses que un beso puede implicar engaño. ¿Deseas conocer mis sentimientos por Juan? Pues no los conozco ni yo, así que no te puedo complacer. Lo quiero y lo respeto, es el padre de mis hijas, pero estoy perdida, Carmen, llevo mucho tiempo así. Aquí he encontrado partes de mí que pensé olvidadas y no tengo intención de abandonarlas en África. Supongo que mi futuro depende de cuánto de mí sea capaz de salvar.

—De acuerdo, Julia, no te enfades. No pretendía ofenderte, solo entenderte.

—Lo siento, Carmen, supongo que llevaba demasiado tiempo callada y has sido el detonante. Me alegro de haber expresado en voz alta lo que tanto miedo me da admitir. He querido y quiero a Juan muchísimo, es el amor de mi vida. Él quiso darme todo, pero se olvidó de ofrecerme lo que más necesitaba: la libertad, la sensación de ser válida, de servir para algo que no fuera ser madre y esposa, y me ahogué. No creo que imagines el pánico que siento ante la idea de volver a ver a Héctor. Él personifica todo lo que no es Juan: aventura, pasión, inseguridad, adrenalina. Él consigue ponerme entre la espada y la pared, hacerme caminar por la cuerda floja continuamente. Desapareció tras aquel fatídico beso, te juro que no pasó nada más, pero fue suficiente para encender la mecha de mi deseo. Estos días sin él aquí han sido un suplicio, pero me sentía agradecida por no tenerlo cerca, para no sentir flaquear mi integridad. Agradecida de no tener que verlo antes de irme.

—No soy quién para juzgarte ni lo voy a hacer. Eres mi amiga y te quiero. Pero no creo que complicarte con Héctor sea una opción. Tienes una vida plena esperándote en Madrid y Héctor lo sabe.

—Lo sé, no dejo de decírmelo desde que llegué aquí. Haber venido a Karonga es lo mejor y lo peor que me ha pasado nunca. Todas y cada una de las cosas que me han ocurrido desde que llegué han cambiado mi comprensión del mundo, el orden de mis prioridades. Me han transformado en alguien menos superflua. Pero también me han dado la oportunidad de sentirme más útil e independiente que nunca, mi trabajo aquí ha sido importante. ¿Qué me espera en Madrid?

—Tus hijas y Juan, ¿te parece poco?

—Ellos son mi mundo. Y ese es el problema, en Madrid mi único mundo son ellas y Juan.

—Me da mucha pena oírte hablar así. Tienes una vida maravillosa y no eres capaz de verlo.

—Puede que tengas razón. Por favor, no quiero seguir con el tema, estoy cansada de pensar. Cuéntame algo de las chicas, no sé nada de ellas. Aquí no hay Internet y echo muchísimo de menos nuestro chat.

—Tienes razón, no sé qué voy a hacer aquí sin vosotras incordiando a todas horas —dijo Carmen.

—Venga ya, suelta prenda. ¿Qué está pasando en casa? ¿Cómo están

Gema y Víctor?

—No me gusta pensar en ellos. En estos momentos Gema es la gran ausente del grupo. Aprovecha cada minuto disponible para trabajar, apenas se deja ver. Ha ampliado el horario de la consulta hasta límites insospechados, y no solo por dinero. Ahora a Gema le resulta más sencillo estar encerrada en el consultorio que estar en casa, Víctor y ella se han separado definitivamente. Él está cayendo en una depresión nerviosa de la que parece no querer salir, está hundido y su carácter se va tornando cada vez más huraño. Por lo poco que cuenta Gema, se muestra envidioso y resentido hacia ella. No soporta que ella mantenga el trabajo que les permite seguir a flote, y ha llegado incluso a acusarla de ser la causante de su despido. Gema no está bien, no sabe cómo enfrentarse a algo así, el problema le viene demasiado grande. Víctor siempre había sido el fuerte, el luchador, el líder de su vida, y ahora, verlo de esta manera no solo le parte el corazón, también la asusta.

—Pero eso es terrible ¿Cómo están los niños?

—Los niños están destrozados, imagina a tus hijas en esa situación. Eran una familia perfecta, lo tenían todo, y ahora los pequeños se ven derrotados. La separación ha sido traumática para todos los que la hemos vivido de cerca, él no ha conseguido superar la crisis del despido. Parece mentira que en tan poco tiempo Víctor perdiera el sentido, cambió drásticamente y se transformó en un sádico.

Julia recordó, aún con escalofríos, el día que Gema había acudido a ella. Entonces ella pensó que su estado de nerviosismo debía de deberse a la angustia producida por la inestabilidad existente en su vida. Absorta como estaba en los cambios que se estaban produciendo en su vida, procuró aliviarla quitando importancia a lo que ahora comenzaba a entender como un drama. Julia se sentía muy culpable, Gema la llamó buscando alguien con quien desahogarse entre lágrimas y sollozos, con el fin de liberar sus miedos, y ella la ignora.

Víctor había sido el amor de su vida y solo había sido desplazado por el amor incondicional que una madre les ofrece a sus hijos. Él lo sabía, pero desde su despido la convivencia en casa resultaba insostenible.

—Pero ella lo adoraba, ¿cómo pudo llegar a una separación tan rápido?
—preguntó Julia, sorprendida por la noticia.

—Fue espantoso. Todo sucedió muy deprisa. Gema no paraba de trabajar; como ya sabes, necesitaban dinero para sufragar todos los gastos y

ella extendió su horario todo lo que pudo. Aquel día era extremadamente tarde, ella se había quedado revisando los expedientes que la esperaban el día siguiente porque resultaban ser de pacientes difíciles. El enfrentamiento comenzó después de que ella entrara a la habitación de los niños para darles un beso. Víctor estaba bebido cuando empezó a gritarle, Gema le rogaba tranquilidad porque sospechaba que Santiago, su hijo, seguía despierto, y no quería que presenciara una escena tan grotesca y traumática como aquella. Él la acusaba de todo mientras sostenía en su mano derecha una botella casi vacía de ginebra.

«¿Tienes que seguir llegando tarde? ¿No te basta con haber conseguido que me despidieran? Claro, la señora logopeda no puede dejar a sus pacientes para estar con sus hijos, su trabajo es demasiado importante y, de cualquier manera, ya está su marido. ¿Qué más te daba mi carrera? Solo te importa tu consulta, tu prestigio, tu nombre. ¿Y ahora qué pasa conmigo? ¿Acaso crees que voy a ser tu siervo? Pues estás muy confundida, Gema, no pienso acatar tus órdenes. Es más, si crees tan solo por un momento que me tienes bajo tu yugo, te puedes ir olvidando, no voy a malgastar mi vida criando a tus bastardos porque ¿Quién me dice que son míos? Puede que sea de alguno de tus amigos. Últimamente tienes muchos.»

Julia escucha absorta las palabras de su amiga sin atreverse a interrumpir. Todo aquello había sucedido en su ausencia.

—Gema no sabía cómo enfrentarse a algo así. Ver a Víctor así la aterrorizaba. No entendía sus reacciones, aquellos arranques de ira parecían llevar tiempo contenidos. ¿Cómo podía haber cambiado tanto en un plazo de tiempo tan breve? Gema intentaba recapitular sus vidas buscando los motivos de aquel rencor. Era cierto que nunca había controlado estrictamente el horario de salida del consultorio, pero siempre lo hizo por los dos y nunca pensó que con ello su marido se sintiera menospreciado. Aun así, intentó aguantar, pero antes de que terminara el mes Víctor la abofeteo, dejándole el rostro marcado con la huella de su desequilibrio.

—¡No! —grito Julia.

—Las borracheras de Víctor fueron en aumento hasta que no tuvieron remedio. La depresión y el alcohol destrozaron no solo el matrimonio, sino también su vida. A Gema no le quedó otra opción que divorciarse, por el bien de sus hijos y por su seguridad.

—Cómo lamento escuchar eso, en cuanto vuelva a casa la llamaré —dijo Julia, pensando en lo mucho que heriría a sus hijas una situación

similar—. Me da miedo preguntar por Olga y Elsa, dime que están bien.

—Las demás están todas bien. Ya conoces a nuestra dulce Elsa, ella vive en un limbo aparte del mundo. A mi parecer, está más o menos igual que siempre, o eso es lo que nos hace creer. Pero sabes que no tengo demasiado *feeling* con ella, nos cuesta un poco comunicarnos con honestidad. Y Olga es una roca, anda de gresca, como siempre, con su jefe de grupo, al final terminará comiéndoselo.

—Carmen, cuánto te voy a echar de menos. Creo que cada día que pase voy a lamentar más haberte dicho que vengas.

Para Julia dejar Karonga resultaba más duro por momentos. Si no existieran las niñas..., se decía una y otra vez, pero ellas y Juan eran una realidad, en casa le esperaba el camino que había elegido. Con toda probabilidad, si sus pequeños soles no existieran, ella nunca regresaría a España, se quedaría allí como una más, como Carmen. Para vivir hasta el límite aquella oportunidad. Pero sus circunstancias la obligaban a ser sensata, Karonga para ella no consistía solo en la gran labor social que allí se llevaba a cabo. Estaba Héctor, pero él destruiría su vida actual.

—Por el contrario, yo cada día que pase voy a agradecer haberte conocido. Esto no habría sido posible de no ser por ti. Sin tu ánimo, de mí no habría salido el coraje para enfrentarme a Jordi y arrastrar a mis hijos hasta aquí.

—Vais a estar bien, Emmanuel te quiere y los niños aquí disfrutaran de libertad y aire libre. Él no dejará que os falte nada ni que os ocurra percance alguno.

—No sabes cómo deseo creer en ello. He arriesgado todo viniendo hasta aquí tras él. Fracasar sería quemar mi último cartucho para ser feliz. Sin contar el desastre que sería para los niños.

—No digas barbaridades, no quiero escucharte hablar así. Eres una gran persona, mereces esto y todo lo bueno que pueda venirte.

Julia apenas podía contener las lágrimas, Carmen era su tótem, su emblema protector. Ella la había escuchado y apoyado cuando creyó hundirse, había sido su pañuelo de lágrimas y consuelo. Y ahora se quedaba atrás a kilómetros de distancia.

Ahora creo que tienes un problema mayor. Héctor está entrando en el despacho de Emmanuel —contestó Carmen a su amiga, emocionada.

—Me voy, no estoy preparada para encontrarme con él. Prefiero postergar el encuentro lo más posible. ¿Me disculpas?

Carmen se levantó y asintió.

—¿Quieres que vaya contigo o prefieres estar sola?

—No te molestes, pero prefiero estar sola —pidió Julia con premura, deseando desaparecer.

—Claro. Procura no pensar demasiado. Descansa.

Carmen observó a Julia marcharse en dirección a su habitación. Sentía lástima por la encrucijada en la que se encontraba su amiga, y también por Juan. Ellos no se merecían esto. ¿Qué pasaba con ese Dios que permitía que sucedieran estas cosas? ¿Acaso disfrutaba tanto del libre albedrío de sus creaciones que sembraba tentaciones con las que divertirse? Desde el primer día que Héctor vio a Julia, Carmen supuso que su apuesto jefe les daría horas de juego y diversión, pero nunca imaginó que su amiga se dejase engañar por él. Héctor siempre había sido un vividor y alardeaba de serlo, no le gustaba el compromiso salvo con su trabajo. Carmen no se atrevería a asegurar que fuera un mujeriego, pero, desde luego, nunca había oído hablar de ninguna pareja estable en su vida. Ni tan siquiera la madre de su hija Rebeca había sido algo importante para él. Al menos esa era la conclusión que Carmen había alcanzado tras las ocasiones en las que Emmanuel había hablado de su amigo.

Cuando Julia desapareció en la noche, Carmen se dirigió a su habitación, donde sus hijos debían de estar jugando con las consolas que habían traído de casa. Esperaría allí a Emmanuel. Los dos hombres estaban aún en el despacho y ella no quería interrumpir lo que estuvieran hablando, ya fuera por motivos laborales o personales, la reunión amenazaba con durar aún un buen rato. Carmen conocía la fuerte amistad que existía entre ambos. Emmanuel no disfrutaba de muchas de las actuaciones de Héctor, pero hasta donde la memoria de Carmen llegaba, siempre lo excusaba. Después de tantos años colaborado y luchando por un mismo objetivo, ellos eran más que amigos, eran familia.

En la habitación Fran y Olivia, jugaban entre risas a un juego de manos que una de las niñas del centro les había enseñado. La niña tenía su cabeza llena de pequeñas y finas trencitas, que con toda seguridad eran obra de las niñas que jugaban cariñosamente con ella esa mañana. Fran aparentaba estar bien, pero aún era pronto para celebrarlo. Parecía que el niño agradecía tanto como Carmen haber escapado de su antigua vida y tener la oportunidad de empezar de cero sin una historia detrás de él. Carmen observaba a sus pequeños con optimismo. Quizá pudiera ofrecerles un destino mejor que el

que les esperaba en Madrid. Al día siguiente, Carmen llamaría a su abogada. Había salido precipitadamente de casa y no había tenido oportunidad de hablar más que cinco o diez minutos con ella. Aunque ella le había asegurado y vuelto a asegurar que Jordi no podía hacer nada, que no podía acusarla ni reclamar nada, Carmen no se había quedado tranquila. Quería volver a verificar que Jordi había firmado la autorización de salida del país de los niños.

Julia se ocultaba en su habitación de la presencia de Héctor en el campamento, mientras escribía en las páginas vacías de su diario lo que le avergonzaba reconocer en voz alta. Pasase lo que pasase, no tenía intención de llevar consigo aquel testigo de su indecisión. Antes de subir al avión que la llevaría de regreso a su vida, Julia se desharía de él. Destruiría para siempre cualquier vestigio de su existencia, no conservaría ningún recuerdo de Héctor más que los que su mente insistiera en no borrar. A solas en el frío silencio de su habitación, descargaba su insatisfacción en las páginas del cuaderno que se había convertido en su más íntimo confidente, en el que cada noche, desde su llegada a Karonga, confesaba sus dudas, su incertidumbre y su cobardía, su continuo sentimiento de culpa por centrarse en ella cuando a su alrededor tenía tantas personas que necesitaban su ayuda. El pequeño diario atesoraba su debate, el enfrentamiento permanente entre la madre y la mujer, en el que Julia se reprochaba el desamor que mostraba hacia sus hijas y el férreo deseo de libertad que la embargaba. Y no cesaba de preguntarse en ningún momento cómo había llegado a esa situación.

Su nueva realidad la atormentaba.

El problema no consistía en la atracción que inexorablemente sentía hacia Héctor, un hombre que parecía estar hecho a la medida de sus sueños. Lo que la atormentaba en secreto era la necesidad de continuar con la vida que se abría camino ante ella. África le ofrecía libertad, paz y éxito.

Cada amanecer, Karonga le traía un nuevo regalo, una oportunidad de ayudar a alguien o colaborar en algo. Pequeños actos que ayudaban a un todo mayor. Acciones tan comunes al género humano como eran consolar a un pequeño que lloraba en la calle por haberse tropezado, colaborar en la enfermería para ponerle un apósito a algún herido, compartir un lápiz en la

escuela o ayudar en la limpieza del centro.

Todas aquellas obras, que en casa se interpretaban como pequeñas o insignificantes, en África se transformaban en grandes proyectos, porque cualquier pequeña labor era recompensada con una inconmensurable sonrisa de agradecimiento. Esa sonrisa llenaba de fe y paz el alma de Julia, que se sentía crecer con cada palabra o gesto de gratitud.

¿Qué haría si al regresar a casa no era capaz de conservar el sentimiento de plenitud que encontraba allí? ¿Cómo conseguiría regresar al redil sin luchar? ¿Cuál sería su castigo si no era capaz del olvidar la grandeza de la vida en África, o a Héctor? ¿En qué clase de mujer la convertía esa actitud egoísta? ¿Y si al asomarse al balcón de su casa extrañase la galería del campamento?

Unos golpes en la puerta la sacaron de su ensimismamiento. Segura de que el responsable de ellos era Héctor, cerró el diario para responder. Miró por la ventana de su habitación solo por la costumbre, no tenía necesidad de hacerlo porque estaba segura del artífice.

Julia no se atrevió a salir a la galería, sentía miedo del recuento con Héctor. Acobardada, prefirió responder desde dentro de la habitación.

—Dime, Héctor.

—Necesito hablar contigo. Por favor, sal para que podamos hablar sin una puerta de por medio. Creo que no es necesario.

—No tengo ni quiero hablar de nada contigo.

—Por favor, sé que mi precipitada marcha no fue correcta. Debí haberte llevado, lo merecías, lo sé. Emmanuel me ha dicho cuánto te molestó.

—Cierto, lo mínimo que merecía es que me hubieras preguntado.

—Soy un imbécil, lo admito. Solo quiero compensar lo que hice.

—Me temo que es imposible. ¿Olvidas que regreso a Madrid pasado mañana?

—Lo sé, y aunque no me creas, lo lamento. Pero nos queda un día, déjame que mañana te enseñe Karonga. No has visto todo lo que tiene que ofrecer y no quiero que te marches sin llevarlo grabado en tu memoria.

Después de unos segundos de lucha interna, Julia contestó:

—Es cierto, eres un imbécil y un cretino, pero está bien, mañana te acompañaré. Ahora vete.

No quería sentir lo que sentía, no necesitaba ni deseaba tener la tentación tan cercana. Tener todas las emociones a flor de piel no la ayudaba a centrarse. No quería ni debía desear estar con Héctor tanto como lo hacía,

y sin embargo, no podía resistirse a aquello. Había decidido disfrutar de su último día en África sin pensar en nada más que en ella. Cuando pasase, mantendría su promesa y trataría de borrar de su memoria todo lo que le recordase a Héctor. Volvería a casa con las vivencias, pero sin el recuerdo.

Héctor, satisfecho por el resultado de su breve conversación, abandonó la galería para dirigirse a su habitación. Allí celebraría con una copa el inesperado éxito obtenido en su acercamiento a Julia. No había albergado la esperanza de que ella accediese tan fácilmente a acompañarlo. Su fama de mujeriego le precedía. Julia parecía rechazar todo lo que él quería ofrecerle y Héctor, reacio, podía entender sus motivos. De cualquier manera, dispondría de un día para convencerla de que se quedara con él.

La habitación le resultaba claustrofóbica. Hacía tiempo que los lugares cerrados le eran insufribles. Héctor necesitaba sentir el aire en su rostro para sentirse vivo. Le hacía enormemente feliz no necesitar regresar a Madrid, en su ciudad natal se sentía preso. Guardar la compostura, las buenas formas y las reuniones con los colaboradores eran asuntos de Emmanuel, Héctor necesitaba la sabana para sentirse vivo. Después de llenar su copa de whisky, salió al porche en busca de su sillón para trazar su plan del día siguiente. Necesitaba pasar el último día con Julia y enseñarle todo lo que aún le quedaba por descubrir en Karonga, con la intención de hacerle desear quedarse allí, ya fuera por África o por él. Estaba convencido de que Julia era su última oportunidad de formar una familia, de tener una vida estable con alguien. Ella le entendía, en parte era igual que él. Héctor no tenía necesidad de fingir ser quien no era delante de Julia. Compartían el mismo afán de libertad, la misma necesidad de espacio y, lo más importante, eran capaces de compartirlo.

Necesitaba explicarle a Julia que Emmanuel estaba convencido de que ella solo suponía un nuevo capricho en su vida sentimental. Había tratado de hacerlo entrar en razón enviándolo lejos y le había pedido encarecidamente que se alejase de ella, que respetase a su familia, que pensase en sus hijas. Héctor lo había intentado con todas sus fuerzas, pero la distancia había resultado insoportable. Cada minuto que pasó lejos del campamento no hizo otra cosa que pensar en Julia. Intentó olvidarse de su fuerte temperamento, de su risa y del brillo que residía en sus ojos desde su llegada a Karonga. Estaba seguro de saber qué era lo que la detenía y tenía el férreo propósito de hacerle cambiar de opinión.

Cansado por el trayecto y seguro de que era la mujer predestinada para

ocupar un lugar a su lado, Héctor cerró los ojos para descansar en su lugar predilecto. Sabía que había encontrado lo que buscaba y estaba convencido de que Julia anhelaba quedarse en África tanto como él deseaba que lo hiciera. No se conformaría sin ella, tenía que intentarlo.

13. Las decisiones duelen

Julia se despertó mucho antes de lo acostumbrado. Apenas había conseguido pegar ojo. Eran las cinco de la madrugada y estaba más despierta que nunca. Hoy pasaría el día con Héctor y la expectativa la llenaba de energía. Había buscado mil pretextos para ocultarse a sí misma el porqué de la vitalidad que sentía, pero sabía que el motivo de su alegría no era solo por pasar el día recorriendo Karonga, era él. Sin querer parar a pensarlo más de lo que ya lo había hecho, se levantó para ir a la ducha. Se arreglaría, y después, antes de desayunar, iría al despacho para tratar de hablar con Juan. Necesitaba conectarse a su eje para encontrar la seguridad que no sentía. Era vital que algo le hiciese recordar qué era lo que la esperaba en casa, aquello que no estaba dispuesta a perder, antes de acudir al encuentro de Héctor.

Además, necesitaba hablar con él acerca de su regreso. Calculaba que aterrizaría en Madrid a eso de las tres de la madrugada y quería ultimar los detalles con Juan. No quería llegar al aeropuerto y encontrarse con la puerta de embarque vacía.

Cogió lo primero que encontró en sus manguadas pertenencias para terminar de vestirse. Poco a poco se había desprendido de sus cosas, a esas alturas del viaje no había sospechado que necesitaría nada especial antes de marcharse. Había regalado los peines, las horquillas, los brillos de labios, la ropa. Solo le quedaban un par de camisas y dos pantalones caquis al uso, y como único aderezo, un par de coleteros.

Después de mirarse al espejo Julia cogió su cámara de fotos y se encaminó al despacho, no tenía intención de regresar a la habitación. No quería perder tiempo ni hacer esperar a Héctor, al que imaginaba esperándola desde hacía rato en el todoterreno. Julia estaba deseosa de recorrer Karonga en su compañía. No sabía bien qué esperar de aquella experiencia: temía vivirla y al mismo tiempo la anhelaba por experimentar el peligro que entrañaba.

Ya en el descansillo del despacho esperó paciente a que Jaime terminase su conferencia. Él también regresaría a casa con ellos y ultimaba los planes

de su llegada con su mujer. Mientras tanto, Julia pensaba qué decirle a Juan. No sabía si podía o debía contarle la excursión que en breve haría con Héctor u omitirlo. Sabía que si optaba por esconderlo estaría aceptando lo contraproducente del hecho.

—Hola, Juan. ¿Qué tal todos?

—Hola. ¡Cielos, qué ganas de que llegue mañana! —contestó él al escuchar la voz de su mujer.

—Bueno, ya queda menos, dentro de poco me tendréis allí para que os regañe a todos. Seguro que cuando llegue tendré que estar una semana organizándolo todo.

—No creas, estoy siendo todo un amo de casa, ya lo verás cuando llegues.

—Estoy segura de ello —dijo Julia mientras pensaba en lo mucho que iba a extrañar el campamento.

—Cariño, ¿a qué hora sale el avión mañana? He avisado en la oficina para que no cuenten conmigo en dos días, quiero que pasemos unos días tranquilos. He pensado que podíamos ir a aquel hotel en la sierra que te gustó tanto.

—Me encantaría —contestó Julia, fingiendo un ánimo que no sentía—, pero imagino que tendré que pasar por la ONG para dejar en la oficina lo que Emmanuel o Héctor me den.

Descontento pero preparado para aquella respuesta, Juan contestó:

—Bueno, no creo que ninguno de tus dos jefes ponga impedimento para que los que llegáis mañana de tan largo viaje tengáis un par de días libres antes de incorporaros a vuestros trabajos. Sobre todo los que, como tú, tenéis una familia a la que atender.

—No lo sé, Juan, imagino que, como dices, no habrá demasiado problemas, pero deberías pensar que quizá cuando llegue estaré cansada y con ganas de estar contigo y con las niñas en casa.

Julia no buscaba discutir con su marido, pero así como ardía en deseos de marcharse inmediatamente de paseo con Héctor, la idea de pasar unos días en la sierra con Juan no le llamaba la atención en absoluto. Por el contrario, le apetecía más enseñar a sus hijas las fotos del campamento, de los niños y contarles las experiencias de su viaje.

—En cualquier caso, llegaré sobre las cinco de la madrugada, el número de vuelo es el 5539. Si no te importa, hablaremos a mi llegada, cuando haya descansado un poco. ¿Te parece bien?

—Sí, de acuerdo. Te veo mañana.

—Te quiero. Da un beso de mi parte a las niñas y diles que las adoro.

—Yo también te quiero, hasta mañana.

Una vez hubo colgado el teléfono, Julia salió de nuevo a la galería. Decidió sentarse unos minutos antes de dirigirse al comedor, donde imaginaba que estaría el resto de sus compañeros. Necesitaba organizar sus ideas y evaluar la conversación que terminaba de mantener con su marido. Le había quedado claro, por si albergaba cualquier duda, su falta de entusiasmo hacia su vida y lo poco que deseaba regresar a ella. La vida en Madrid nunca dejaría de ser previsible y monótona, aunque ella luchara por cambiarla. Julia se preguntó de nuevo si deseaba realmente aquello para ella.

Tras unos minutos de reflexión sin conseguir encontrar otro camino que aceptar la libertad de la que disponía en esos momentos, Julia se levantó y se dirigió al comedor en busca de su desayuno y, con suerte, de Héctor. Si este no había decidido en el último momento volver a dejarla atrás, cosa que, viendo su retraso, no le extrañaría.

En el comedor se encontraba Carmen junto a Fran y Olivia. Los niños se habían despertado pronto y habían insistido en que su madre los acompañara al comedor, donde los esperaba el desayuno. Estaban deseosos de comenzar un nuevo día en el campamento para encontrarse con sus nuevos amigos.

—Buenos días, te veo radiante esta mañana. ¿Tantas ganas tienes de irte? —saludó Carmen.

—Pues lo cierto es que no tengo demasiadas. Si no fuera porque me muero por ver a las niñas me quedaría otros quince días aquí, en Karonga.

—Pues para marcharte mañana tienes muy buen aspecto. ¿Qué harás hoy? Podíamos pasar el día juntas, así nos despediríamos en debidas condiciones.

—Creo que no podré. Héctor me va a llevar a visitar partes de Karonga que no he podido ver. De hecho, debería andar por aquí, a no ser que haya cambiado de opinión.

Carmen se quedó estupefacta. No podía creer lo que escuchaba de la boca de su amiga.

—Te vas a pasar el día a solas con Héctor. ¿Estás demente? Debería atarte a una silla hasta que recobres el sentido común. Mañana vuelves a casa con tu marido y tus hijas, no lo olvides. Juan no se merece que le hagas esto.

—Carmen, no dramatices, solo voy a pasar un día agradable en Karonga, fuera del campamento. No es tan grave, ni mucho menos un pecado.

Si había algo que Julia no necesitaba en aquel momento era un Pepito Grillo a su lado tomando la batuta de su conciencia. Ya había pensado en todos los pros y contras de aquel pequeño escarceo y, tras sopesarlo, había decidido vivirlo, aunque fuera necesario sufrir las consecuencias.

—¡Julia, aquí estás! Llevo buscándote un buen rato —dijo Héctor al llegar a la altura de la mesa que compartían las amigas—. Buenos días, Carmen. ¿Qué tal habéis dormido, chicos?

—Bien, Héctor, quizá con un sueño más tranquilo que el tuyo —contestó Carmen, mordaz.

Héctor ignoró el comentario y centró su atención en Julia.

—Cuando quieras, está todo preparado. Deberíamos marcharnos pronto, son las diez y el tiempo vuela cuando lo pasas bien.

Héctor no podía evitar ver graciosa e inverosímil la actitud de Carmen. Parecía escandalizarse de que dos personas adultas quisieran divertirse y pasar un rato juntos. Carmen aún tenía demasiados prejuicios para ser una mujer madura. A su edad, y con la vida que le había tocado vivir, debía ser más abierta a ciertas situaciones.

—Vale, espérame un segundo aquí con Carmen, tengo que ir un momento a mi habitación y salimos —dijo Julia.

Julia no necesitaba coger nada del cuarto, pero tenía que tranquilizarse un poco antes de salir con Héctor del recinto. Por más tiempo que pasase, no conseguiría mitigar sus dudas. Cuando comprendió que retrasar más tiempo la marcha sería infantil y del todo absurdo, Julia fue en busca de Héctor al todoterreno. Este aguardaba su llegada con el motor encendido, mientras hablaba con Emmanuel. Al verla, ambos caballeros la saludaron con la mano.

—Emmanuel, nos marchamos. Tienes todos los documentos sobre la mesa, están firmados y organizados tal y como me pediste. Ahora discúlpanos, pero quiero enseñarle a Julia a Don Malwin.

—¡Ah! ¿No lo conoces? Bueno, pues que disfrutéis el día. Espero que conozcas todo lo que te quedaba por conocer —dijo Emmanuel, y se despidió de ellos.

Julia dudaba ya de cualquier cosa, incluso el inocente comentario que terminaba de hacer Emmanuel le parecía amenazador. Como si la advirtiese de algo que a su entender era incorrecto.

—Tranquila, Emmanuel piensa igual que todo el mundo. Que soy un mujeriego incorregible y que jamás cambiaré. Por el contrario, a ti te ve como una amante esposa y una abnegada madre. Piensa que te estoy pervirtiendo con el único fin de hacerte perder tu camino. Solo espero que tú no pienses lo mismo —dijo Héctor, dedicándole una encantadora sonrisa mientras salían del campamento.

—Bueno, lo cierto es que me pareció una advertencia más que una despedida.

Quince minutos después ambos caminaban por el centro de Karonga. Héctor aparcó el todoterreno con la intención de pasear por el pueblo. Allí Julia pudo disfrutar de la imagen pintoresca que les ofrecía Karonga: las casitas bajas, las calles arenosas que les rodeaban, la plaza, los ancianos sentados en sillas junto a las puertas de sus casas o comercios, las mujeres trajinando de un lado a otro, la manera atípica de vestir, en la que las tallas y colores parecían encajar más con el gusto del individuo que con su tamaño o necesidad. Julia llegó a pensar que no le daban importancia a cómo les quedara la prenda en sí, estaba convencida de que lo único que les importaba era si les agradaba el tejido, el diseño o el color. Lo mismo daba que el caballero llevara una chaqueta tres tallas más grandes de la que necesitaba, o que la señora llevara a medio abrochar la camisa, si esta le gustaba.

—¿Dónde iremos primero? ¿Qué era eso de Don Malwin? No pregunté nada antes porque no quería darle motivos a Emmanuel para seguir hablando.

—Don Malwin es como llamamos cariñosamente Emmanuel y yo a Malauisaurio. Un dinosaurio de doce metros de largo y tres de alto del que se hallaron restos fósiles a unos kilómetros del pueblo.

—¿En serio? No tenía ni idea. Casi quince días aquí y no lo sabía. Me alegro de que me hayas traído, no imagino mejor manera de despedirme de Malauí.

—Sí. De hecho, fue un gran hallazgo para Malauí, y gracias a él este pueblo no se perdió en el olvido. Vamos a ver una réplica del animal y el museo, donde te enseñaré algunas esculturas que representan, o pretenden hacerlo, la forma que debió de tener el dinosaurio.

Julia permaneció durante el resto de la mañana cerca de Héctor. La idea de quedarse sola en territorio desconocido no le hacía ninguna gracia. Llevaba varios días en África, pero eso no la había hecho más confiada. Después de escuchar hablar acerca de los robos y secuestros exprés, no

deseaba caminar sola por las calles de Karonga, sin contar con el machismo de sus ciudadanos. Por eso estaba segura que no sería conveniente quedarse sola allí.

Después de visitar la sala donde se exponían los restos fósiles que hablaban acerca de la evolución humana en el valle Riffit y la sala donde se revelaba la existencia del comercio de esclavos, Julia y Héctor recorrieron los senderos que llevaban hasta los lugares de los descubrimientos. Cansados por el paseo, Héctor optó por llevar a Julia a uno de los *lodges* más lujosos de Malawi, con la pretensión de tomar un refresco y algún tentempié antes de continuar con su ruta.

—Gracias, ha sido un paseo increíble.

—¿Gracias? ¿Ya te cansaste? Tenía la intención de enseñarte Chitimba. Linda con el río, es una playa paradisiaca.

—Me encantaría —dijo Julia—. Héctor, ¿crees que conseguiréis ayudar a todas estas personas? Viendo la magnitud del problema, considero que es un deseo demasiado pretencioso.

—Sabemos que no podemos ayudar a todos, pero estamos seguros de que entre todas las ONG que trabajan aquí diariamente conseguiremos mejorar su vida. Ayudarlos a obtener una mayor igualdad con el resto del mundo. Si no creyese en la posibilidad del éxito, por muy lejano que este parezca, no le hubiese consagrado mi vida a Malawi.

—Porque te gusta mantener esa imagen tuya de hombre inaccesible. Alguien que piensa así, que lucha por el bienestar ajeno de forma tan desinteresada como lo hacéis vosotros, no puede ser tan frío y distante como tú quieres aparentar ser. ¿Por qué no te casaste o estabilizaste tu vida con alguien?

—Nunca tuve tiempo de pensar en formar una familia porque siempre estuve unido a África. Aunque lo cierto es que no te había conocido, quizás ahora cambiase de idea.

Incluso sabiendo que Héctor solo bromeaba en ese momento, un torbellino de calor recorrió el cuerpo de Julia y le hizo desear que las palabras de su compañero fueran ciertas. La mañana había sido maravillosa, recorrer Karonga de la mano de Héctor había sido emocionante. Durante unas breves horas, Julia había olvidado su vida en Madrid y lo que allí le esperaba, e incluso ahora, que el recuerdo vino inhóspitamente a su mente, lo desterró voluntariamente. No deseaba recordar sus responsabilidades.

—Aun sabiendo que es mentira, has conseguido ruborizarme.

—Que no lo creas no significa que sea mentira —dijo Héctor, dando la conversación por terminada.

Tras hablar del tiempo, del sistema político y de cuantas curiosidades pasaban por la cabeza de Julia, Héctor pagó la cuenta en dólares. Malauí era un lugar en el que podías vivir sin utilizar la moneda local porque todo el mundo estaba dispuesto a adquirir la moneda estadounidense.

Les esperaba alrededor de una hora de viaje hasta llegar a Chitimba. Héctor sabía que no les daría tiempo a visitar toda la aldea, pero deseaba enseñarle los lugares más interesantes: la escuela, algún hogar nativo, lo que comían los locales y, por supuesto, el hechicero del poblado. Héctor esperaba que Julia deseara conocer su futuro al verlo bailar y realizar su trabajo. Futuro que él anhelaba que fuese en su compañía.

Julia, emocionada, disfrutaba como una niña cada minuto que pasaba en compañía de Héctor. El recorrido de Karonga había sido increíble: no solo enriquecedor, también apasionante. Héctor conseguía dar énfasis a cada pequeño detalle, transformaba cada pequeño relato en una historia apasionante. La caminata a través de Chitimba añadía el toque de romanticismo justo al paseo, que ya de por sí era maravilloso. Disfrutar de las hermosas vistas del lago Malauí, rodeado de las montañas Nyika y Livingostonia, tal y como le había prometido Héctor, era un sueño del que Julia no deseaba despertar.

Sentados en el sosiego de la tarde que les ofrecía la hermosa playa de arena dorada, entre palmas de plátano y árboles de papaya, contemplaban el paraíso. Julia, al lado de Héctor, vislumbraba el futuro que este podía ofrecerle. Una gran parte de ella deseaba dejarse ir y tomar cada partícula de lo que él representaba. Olvidar las ataduras que la amarraban a su hogar, dejarse llevar lejos, a algún lugar donde las heridas sanasen y que le diera un motivo para cambiar, para crecer, para abrir sus alas y lanzarse a volar a una nueva existencia. Quizás a un destino en soledad, pero en un camino apasionante lleno de vida. El silencio también avivaba el remordimiento. Juan era un buen hombre, ¿se merecía aquello?

—¿En qué piensas? —preguntó Héctor.

—En el poco tiempo que me queda aquí y lo mucho que lo voy a echar de menos.

—¿Porque no postergas la partida? Sabes que te puedes quedar todo el tiempo que desees.

—Porque sospecho que si mañana no cojo ese avión, no seré capaz de

regresar nunca a casa. Y el remordimiento empieza a no dejarme respirar — dijo Julia con sinceridad.

—No me refiero a que te quedes aquí el resto de tu vida, Julia —mintió Héctor—. Solo un poco más. Hay tantas cosas que desearía enseñarte.

—El campamento no es un hotel. No podría ir de visita. Lo de hoy ha sido maravilloso, pero no es lo que tendría.

—Es cierto que hay trabajo por hacer, más del que podemos gestionar. Pero eso no significa que no te pudiese mostrar algunos parajes. Por ejemplo, no hemos recorrido el camino que lleva a la Manchawe, donde nos podríamos haber dado un baño en el manantial. Está tan solo a unas seis o siete horas de camino montañoso. Insisto, hay demasiadas cosas que se han quedado sin ver.

—Sería increíble —dijo Julia, y se quedó en silencio.

La conversación fluía plácidamente entre ambos, arropados por la armonía del paisaje y la música que provenía de la barra del *lodge*. El camarero preparaba otro increíble cóctel para ellos. Julia y Héctor se sentaban en una de las mesas más alejadas, desde donde podían contemplar la orilla del lago bañados por la luz de la luna, acompañados por los destellos que emitían los pequeños candiles, colgados de los mástiles de la carpa de la terraza del *lodge*.

En aquel lugar de ensueño, sumergidos en el silencio del atardecer, Héctor miró a Julia con una mezcla de admiración y deseo y sintió el impulso de aproximarse a ella. Julia era una mujer hermosa, admirable, íntegra, fuerte y aun así sincera, y conseguía llenarlo de calma y pasión al mismo tiempo. Fue acortando poco a poco la distancia que los separaba con el pretexto de buscar la intimidad de la conversación, con la intención de satisfacer sus deseos. Cuando la distancia lo permitió, Héctor aferró a Julia entre sus brazos y acercó más sus cuerpos al percibir la excitación en ella. Julia no fue capaz de reaccionar al ver las intenciones en los profundos ojos que la miraban; el deseo que sentía por Héctor la envolvió. En el sosiego del anochecer, la brisa bañaba su cuerpo y enfriaba su piel mientras el abrazo de Héctor calentaba su sangre. Julia, vencida por el impulso que había sentido desde el primer momento, cerró los ojos y aceptó su deseo. La euforia inundaba sus sentidos. La pasión que sentía por aquel hombre crecía con cada caricia que él depositaba en su cuerpo.

—No te vayas —susurró Héctor.

Julia no respondió, tan solo lo miró. Allí, tras las palmeras, bajo la

discreción del atardecer, Héctor, impulsado por el deseo que sentía por Julia y la necesidad de convencerla de que cada parte de su ser la necesitaba, la atrapó entre sus brazos. Ella esperaba, anhelante, que él se apoderara de su cuerpo, que acariciara su piel. Se humedeció los labios, anticipando aquel acto, lo que avivó el deseo de Héctor. Sin poder resistirse a la tentación, él mordió, dulce pero apasionadamente, sus carnosos labios, que ahora se mostraban más rosados y voluptuosos por la pasión que la desbordaba. Mientras sus manos adivinaban su espalda, su cintura, ella lo incitaba a seguir enredando sus manos en su pelo. Embriagado por el deseo que hacía demasiado tiempo que sentía por Julia, correspondiendo a su entrega, Héctor la condujo entre sus brazos hacia la palmera que tenía frente a él. Ambos sentían cómo sus corazones palpitaban al mismo ritmo que marcaba su deseo compartido. Julia no era capaz de hablar, no quería hacerlo; solo deseaba sentir las manos fuertes de Héctor sobre ella, percibir cómo rozaba sin prejuicios su piel, arrasando sus miedos, quemando su carne con el calor de su deseo. Ella ardía por sentirle, por recorrer con sus labios la piel salada de su cuello, por sentir la humedad de su piel sobre la suya. Deseosa de mirarlo, de disfrutarlo, se apartó lo suficiente como para poder desabrochar los botones de la camisa de Héctor. Él no quiso hacerla esperar: arrojó la camisa al suelo y mostró su torso desnudo. Julia quería tocarlo, recorrer con sus manos su musculoso pecho, acariciar su brillante piel. Héctor levantó el bajo de su falda y acarició sus piernas, buscando deshacerse del *culotte*, anhelando que todo su cuerpo sintiera el roce de su piel. Julia correspondiendo a su contacto con pasión, lo que animó a Héctor a continuar despojándole de su ropa. Desabrochó los botones de su camisa y dejó entre ellos el tenue tejido de encaje que aún cubría sus senos. El tiempo se detuvo. Ya no había prisa, solo urgencia por conocer y recorrer sus cuerpos por primera vez. Estaban ellos solos, bajo la delirante luz de los candiles que alumbraban levemente la orilla. Julia sentía la firmeza de las manos de Héctor sobre sus pechos. Buscaban desenfrenadamente poseerla, y conseguían aflorar en ella sensaciones que hacía mucho tiempo dormitaban escondidas en su interior. Ella se estremecía con cada roce, con cada caricia, con cada beso. Volvía a sentirse mujer, volvía a sentirse deseada de nuevo. Notó cómo Héctor desprendía el enganche de su sujetador y exponía su excitado cuerpo. Héctor, enfebrecido, percibió el olor dulce y sensual que desprendía Julia y, sin poder soportar más su necesidad, la tomó de nuevo entre sus manos con el fin de levantarla y llevarla hasta la toalla. Allí la

dejó. Julia observaba, con la respiración entrecortada, cómo Héctor se desprendía de sus pantalones. No debía hacer lo que hacía, pero no podía evitar desear hacerlo, desear estar con él. Ávida de deseo por el hombre que tenía frente a ella, se irguió para ayudarlo a despojarse de su pantalón. Después aferró su pelo y lo acercó a ella. Deseaba que él la poseyera. Él, contagiado por el deseo y la premura de Julia, la penetró diluyendo sus sentidos, castigando su ser, buscando cada gemido que ella emitía al sentir sus embistes, dulcificando o acelerando según el deseo no hablado de Julia, siguiendo la lectura de su cuerpo, de sus manos, que clavaban sus uñas en la piel de su espalda o aferraban sus hombros con firmeza, haciéndole partícipe del placer que experimentaba, dejándose llevar por aquel ritmo desenfrenado hasta que ambos sucumbieron.

Tras la pasión vivida, se abrazaron, buscando no perder el calor mutuo que se ofrecían. Héctor miraba con temor a Julia en busca de muestras de arrepentimiento que no encontraba. Por un momento temió que ella se levantara y le increpara, pero no lo hizo. Julia permanecía en silencio, con los ojos cerrados y la respiración levemente entrecortada. Estaba callada pero tranquila, no había indicios de error. Él depositaba su mano sobre su cintura, deseoso de volver a tenerla otra vez, pero decidido, pese a sus deseos, a darle espacio y tiempo.

Julia mantenía los ojos cerrados. No sentía arrepentimiento. Ansiaba estar con Héctor, aunque no lo hubiese querido admitir, Enloquecida por su esencia, debatiéndose entre lo correcto y lo prohibido, abatida por las caricias que Héctor prodigaba sobre su espalda, cada parte de ella había suplicado que cediera al deseo y a la curiosidad. Pero aun sin remordimientos, Julia supo que no volvería a suceder. Se había preguntado en múltiples ocasiones si al estar con Héctor sentiría o descubriría algo nuevo que Juan no le diese, la respuesta no dio lugar a equívocos. El sexo había sido increíblemente bueno y placentero, se sintió viva, plena y correspondida, extremadamente deseada, se reencontró con el deseo, la pasión y el delirio, pero al terminar, lo único que halló fue un gran vacío en el lugar donde debía residir el amor. La confianza y la entrega, aquel lugar que Juan llenaba con maestría creando una simbiosis de sus cuerpos, de sus consciencias, no podía encontrarla aquí.

A punto de acercarse a un final que difícilmente tendría vuelta atrás, luchando con la pasión que sentía hacía Héctor, Julia logró serenarse y se zafó de él despacio.

—¿Por qué? —preguntó Héctor.

—No puedo. Vendería mi alma porque las cosas fueran diferentes, pero no lo son y no puedo. Has llegado a mi vida para cambiarla y volverla del revés, pero las sombras de mi vida no me permiten dejar mi camino.

—Julia, te quiero a mi lado.

—No puedo, Héctor, debo volver. Amo a mi marido y a mis hijas, no les puedo hacer esto.

—¿Y yo? Porque sé que hay otra parte de ti que desea estar aquí conmigo.

—Es cierto, y esa Julia se quedará aquí contigo, en África, para siempre. En este momento te deseo más que a nada, pero mi sitio está en Madrid.

—No estoy de acuerdo. Tu sitio está donde esté tu alma.

—Te equivocas. Mi lugar está donde se encuentra mi corazón. Y ese sitio es junto a mis hijas y mi esposo. Quizá me equivoque, puede que algún día mire atrás y piense con tristeza y añoranza en lo que dejé perder, pero este no es el momento.

—No te creo —insistió Héctor.

—Si no existiesen mis hijas... Pero no es así. Están mis pequeñas, y está Juan. Mis hijas me necesitan, y Juan no se merece que yo haga esto, ni siquiera merece que tenga esta conversación contigo ni que este aquí. Esto es un gran error.

—Y yo, ¿merezco que te vayas?, ¿que ni te plantees tenerme en tu vida?

—Has tenido mucho tiempo y muchas personas en tu vida Héctor. Yo no puedo ser la mujer que quieres, tengo un marido que me espera, unas hijas que me necesitan. En definitiva, una familia que me quiere, me espera y me necesita.

—Nadie sabe en qué momento de su vida va a encontrar su destino, y el mío eres tú. Sé que eres tú.

—Lo lamento, Héctor, no debió pasar, nunca debí haberte besado y nunca seré capaz de olvidarlo. Me he permitido pasar mi último día en Malawi en tu compañía, y aunque no lo lamento, ha sido un tremendo error. Mañana regresaré con mi familia. Esperaré que pase el tiempo y que se lleve lo que no debió ocurrir. Estoy segura de que ambos lo olvidaremos.

El silencio creció entre ellos, Julia no había pretendido ofender ni engañar a Héctor, que aparentaba estar dolido por el rechazo. El camino de regreso a Karonga se presentaba difícil, cuarenta silenciosos e incómodos kilómetros separaban Chitimba del campamento. Ninguno de los dos parecía

tener nada más que decir, ambos habían enseñado sus cartas, todo estaba hablado. Héctor deseaba que Julia se quedara con él en África, y ella, aun deseándolo, no podía. Un complicado final se cernía sobre una relación que aún no había comenzado, pero para Julia era sin duda el único posible.

Héctor odiaba la existencia de Juan y de todo aquello que ataba a Julia a un destino ajeno a él. Aborrecía el mañana que arrancaría a la mujer que deseaba de su lado, y al avión que la llevaría de regreso a España. En silencio, callado y amargado por el rechazo, condujo el todoterreno hasta el campamento, donde se despidieron.

—Me gustaría llevarte mañana al aeropuerto.

—No quiero que te molestes. Además, no creo que sea lo más conveniente —dijo Julia.

—No es molestia, y realmente quisiera despedirme de ti.

—Como deseas. Pero he de admitir que verte fuera del avión mientras este despega no me hará más fácil la marcha.

—Te engañaría si dijese que eso me disgustaría, que no deseo que no montes en ese maldito avión.

Julia admiró la luna que, brillante y llena de vida, iluminaba la noche del campamento. Observando la inmensidad del cielo africano, del que se despediría en escasas horas, contestó a Héctor.

—No sé si es lo mejor y tampoco estoy segura de que sea lo más conveniente para nosotros, pero me encantaría que me acompañaras y que fueses lo último que viera de África. Sé que soy egoísta y que me estoy comportando de manera contradictoria.

Héctor sonrió.

—No se hable más entonces. Supongo que con salir del campamento a las cinco tendremos suficiente tiempo. Te estaré esperando aquí. ¿Necesitas que te ayude con el equipaje?

—No, solo llevo algunos recuerdos. He ido dando todo lo que traje de Madrid.

—Descansa entonces, mañana nos vemos.

Marcharse y dejar a Héctor en el todoterreno fue de las cosas más difíciles que Julia se había visto obligada a hacer en su vida. Cada partícula de su cuerpo reclamaba al hombre que dejaba tras ella, mientras su mente la anclaba firme a su corazón, que latía por su familia.

Julia, desalentada, recordaba la última discusión que había mantenido con Juan en Madrid cuando este, refiriéndose a Jordi, insistía en que el

hecho de la existencia de una aventura extramatrimonial no correspondía exactamente con el desamor a la pareja. Ahora que ella sufría el desencanto de la lujuria, la contradicción de sentimientos, el enfrentamiento entre lo correcto y lo erróneo, entendía cuánta razón tenía Juan. Julia nunca creyó posible que ella, una mujer segura y de carácter estable, pudiese encontrarse en aquella situación, amando a un hombre y deseando estar con otro. Apesadumbrada, se dispuso a retomar el camino en dirección a su estancia. ¿En qué momento se había perdido? ¿Cuándo abandonó la pasión en su matrimonio? ¿Dónde se había escondido la sensación que se había avivado de nuevo con Héctor?

La noche fue larga para Héctor. Por primera vez había deseado tener una existencia normal, terminar sus días acompañado por una pareja que compartiese los largos momentos de silencio que comenzaba a tener, y que, inevitablemente, con la llegada de Carmen y sus hijos a Karonga, serían más largos e intensos. Héctor sabía que Emmanuel compartiría todo el tiempo del que dispusiese con Carmen, hecho que Héctor entendía plenamente, y que le hacía celebrar la felicidad de su amigo, pero que también odiaba, porque le haría consciente, día tras día, de lo que quiso tener con Julia pero no consiguió. El destino había jugado su mano, decidiendo que fuese esta la mujer que no se rindiera a él. Había intentado convencerla de que ella era especial, pero Julia no había permitido que sus impulsos la separasen de su familia, de su responsabilidad. De nada serviría acudir en su búsqueda. Ir a su encuentro de nuevo sería inútil, la distancia existente entre ambos era insorteable.

Julia terminaba de escribir las últimas palabras que plasmaría en las páginas de su improvisado diario sentada en el escritorio de su cuarto, amparada por la tenue luz que desprendía la lamparita de la mesa. Había pensado en destruir aquel testigo silencioso de su visita a África, pero ante los últimos acontecimientos había cambiado de opinión. Tras las declaraciones realizadas por Héctor, había decidido que le entregaría como regalo de despedida sus últimos pensamientos, donde podría vislumbrar las huellas que África había marcado en ella. Creía que era lo mínimo que podía hacer. Héctor había sido el artífice de su nueva vida, le había proporcionado la oportunidad de salir de casa, de trabajar, de volver a ser alguien más que una madre. Eran los motivos por los que Julia pensaba que se merecía saber por qué no podía corresponder a sus sentimientos aunque lo deseara. Julia desconocía si aquello le serviría en algún momento o solo lo utilizaría para

reírse de ella, al igual que lo había hecho de otras muchas antes, pero que se quedara con aquella parte de ella haría que Julia se marchara de Karonga sintiéndose menos culpable. Julia nunca había buscado engañar a su marido y no debía haber mantenido aquella relación. La belleza de África había sido la culpable de nublarle el pensamiento, de dar rienda suelta a su imaginación y alas a sus sentidos.

Las aguas volvían a su cauce, el raciocinio retomaba su posición y devolvía a Julia a su lugar. Ahora que se veía libre de las ataduras, era cuando la verdad venía a ella: extrañaba a Juan, deseaba estar cerca de su marido, reunirse con él lejos de aquel paraíso en el que se encontraba para que, como siempre, él la acunara en su regazo, la cuidara y la protegiera como siempre había hecho y le hiciera sentirse segura y a salvo. Ansiaba reencontrarse con sus hijas, para que su corazón encontrase el ritmo que la mantenía cuerda y con vida.

Por fin, tras los desvaríos a los que había sometido a su mente, había conseguido poner en orden sus prioridades. Había llegado a comprender que seguir sin Juan no era una alternativa, solo un castigo. La pasión que experimentaba en su sangre al acercarse a Héctor era, al igual que África, solo el espejismo de una vida alternativa a la que no estaba dispuesta a ceder, no ahora.

Unos pequeños golpes en la puerta despertaron a Julia, que miró asustada el despertador temiendo haberse quedado dormida y perdido el avión. No era así, aún no eran las cuatro de la mañana. Se levantó con rapidez, preguntándose quién podía estar llamando a la puerta. No deseaba que los golpes despertaran a su compañera. Quien fuese parecía tener gran interés en verla, por la forma en la que, aunque no demasiado alto, golpeaba incesantemente la puerta de la habitación.

—Carmen, me has asustado —dijo Julia en un susurro, mirando a su amiga en la penumbra de la noche.

—No creerías que dejaría que te marcharas sin despedirme, ¿verdad?

—Digamos que fue una opción que sopesé —bromeó Julia, que aún dormida como estaba se alegró de poder ver a Carmen antes de dejar Karonga—. No quería despertarte.

—No te hubiese perdonado que no lo hicieras. ¿A qué hora te marchas?

Julia sonrió a su amiga con la certeza de que comenzaría a echar de menos a Carmen en el momento en el que se subiese al avión.

—He quedado con Héctor a las cinco, se ofreció a llevarme al

aeropuerto.

Carmen miró con recelo a su amiga.

—¿Ha pasado algo de lo que quieras que hablemos antes de que te marches?

—Tranquila, Carmen. Ayer hablamos y todo quedó claro entre nosotros. Regreso con Juan y las niñas. Con Héctor no ha pasado nada de lo que pueda llegar a arrepentirme.

—Sabes que puedes contar conmigo si necesitas hablar.

—¿Y cómo lo voy a hacer si te quedas aquí?

—Prometo llamarte por lo menos una vez a la semana y visitarte cuando pueda.

—Carmen, no sabes lo mucho que me alegro por ti. Y lo muchísimo que te voy a echar de menos.

—No seas boba, claro que lo sé.

—Por lo de Héctor no te preocupes. Es cierto que me siento atraída por él y es evidente que es recíproco. Si no existiesen Juan y las niñas me quedaría aquí con vosotros, con él. Pero quiero a mi marido y añoro a las niñas, me he dejado cegar por todo esto —dijo Julia, y miró a su alrededor con aire soñador—. Estuve confundida, desorientada, pero al fin comprendí dónde deseo estar y qué quiero hacer. Por eso te digo que estés tranquila, Carmen. Héctor me llevará al aeropuerto, pero solo será una despedida. No habrá nada más porque no puede haberlo.

Carmen asintió, sin estar realmente convencida por las palabras de su amiga. Conocía a Héctor y no se fiaba de él.

—Está bien, sé que harás lo más conveniente para todos. Ahora te dejo para que termines de prepararte. Solo quería decirte lo mucho que te voy a echar de menos y lo agradecida que me siento por tu ayuda. De no ser por ti, jamás habría tomado la decisión de venir en busca de Emmanuel.

—Te quiero, Carmen, y te tomo la palabra. Espero una llamada a la semana, de lo contrario me enfadaré muchísimo. Se despidió Julia abrazado a su amiga.

El regreso a casa sin ella sería caótico y contradictorio. Carmen nunca se planteó visitar África. Cuando conoció el proyecto puso el grito en el cielo, gritó y pataleó por perder a Emmanuel, pero no pensó en seguirlo. Y ahora era ella la que se trasladaba definitivamente a Karonga mientras Julia retornaba a casa dejando atrás África y sus conflictos. ¿Con quién hablaría ahora cuando se sintiese decaer? En Madrid seguían estando Olga, Gema y

Elsa, pero las cosas sin Carmen no serían igual. Sus amigas eran alegres, simpáticas y cordiales, siempre predispuestas a hacerse un favor las unas a las otras, pero la complicidad existente entre Carmen y Julia no se hacía extensible al resto del grupo. Además, ahora, con todo lo que estaba sucediendo entre Gema y Víctor, Julia no sería capaz de exteriorizar sus sentimientos, que parecían minucias comparados con los problemas existentes entre la pareja, que se estaba desintegrando. Gema necesitaba todo el apoyo que ellas pudieran darle, por lo que Julia sabía que se sentirá muy sola cuando regresase a la monotonía de su vida. Al menos confiaba con poder refugiarse en el día a día de la oficina de la calle Prim.

Ya en la habitación, Julia cogió la pequeña y destartada bolsa de mano que le había conseguido Jaime. Después de despedirse de Carmen no tenía tiempo que perder. Antes de terminar de vestirse guardó los recuerdos y regalos que había ido comprando para Juan y las niñas. Solo llevaría aquel pequeño maletín de mano, todo lo demás —maleta, ropa, enseres y medicamentos— se quedarían allí, en Karonga, donde sería más útil.

A las cinco, puntual, Héctor esperaba pacientemente la llegada de Julia donde habían acordado. Llevaban unos diez minutos de retraso y eso resultaba arriesgado en aquel lugar imprevisible. Héctor había quemado todos los cartuchos de los que disponía y, pese a que la resignación no entraba en su vocabulario, no tramaría nada. Si sucedía cualquier contratiempo de camino al aeropuerto no sería responsabilidad suya.

—Vamos, Julia —le apremió Héctor al verla aparecer a lo lejos—. Reza para que no pinchemos o tengamos cualquier problema. ¿Acaso no recuerdas las carreteras de Malauí? Vamos muy retrasados, aquí es mejor ir sobrados de tiempo.

—Perdona, Carmen vino a despedirse y eso me atrasó.

—No me pidas perdón a mí, pídeselo a tu marido si no llegas en ese avión.

—Ya lo sé, pero no seas gafe y vámonos —dijo Julia sin querer mirar a Héctor.

—¿Dónde está tu equipaje? —quiso saber Héctor, que miraba extrañado la falta de maletas.

—No llevo nada más que esto.

Sin más dilación, Héctor encendió el motor del todoterreno y se dispuso a salir del recinto. Con cada metro que recorrían fuera del campamento, Julia experimentaba una punzada de dolor en el corazón al dejar atrás a esas

increíbles personas. Hombres y mujeres estaban entregando sus vidas para mejorar el sistema, porque sabían que el proyecto se veía cada día amenazado por la corrupción, la enfermedad o la violencia, que, sin ser excesiva, no era inexistente.

El viaje duró lo estimado, alrededor de una hora hasta el aeropuerto. El silencio incómodo y el polvo de la carretera habían sido la constante en el recorrido. Cuando finalmente llegaron al aeropuerto de Malauí, donde Julia volvería a tomar aquel pequeño avión comercial que la llevaría de regreso a Kinshasa, los rayos del sol inundaban la inmensidad del cielo. Le regalaban a Julia, por última vez, la belleza del paisaje africano del que tantas veces había disfrutado desde que había llegado.

Héctor ayudó a Julia a bajar del todoterreno y cogió galantemente la bolsa del compartimento trasero.

—Aún estás a tiempo de cambiar de opinión y quedarte conmigo —dijo mientras se acercaba a ella y dejaba el equipaje en el suelo.

—No puedo —dijo Julia.

Las lágrimas se agolpaban en su garganta por la inminente despedida.

—Las niñas podrían venir, como han hecho los hijos de Carmen. Aquí estarían bien.

—No puedo, Héctor, tengo que volver con Juan.

—Sé que una parte de ti quiere quedarse, Julia —insistió Héctor mientras se aproximaba sin que Julia se lo impidiese.

—Es cierto, pero en casa me espera mi marido.

—¿Tan importante es un anillo, una firma?

—No, no lo es. Pero mi sitio está con él. Lo quiero y no lo puedo abandonar.

—¿Por qué? ¿Qué tenía que haber hecho diferente, no haberme ido a la ciudad? Te lo dije, fue por intentar olvidarte, por intentar convencerme de que no eras tan importante para mí, Julia. Lo nuestro es distinto, no eres una aventura más.

—No es por eso, Héctor. No me gustó lo que hiciste, pero no es ese el motivo por el que me voy. Sencillamente quiero a Juan. No niego que me atraes, no niego que si no estuviese él me quedaría junto a ti, pero mi realidad es que él existe y me espera en casa. Debo volver con él.

—Por favor, no te marches.

Julia se distanció con dificultad de Héctor para mirar sus hermosos ojos por última vez. Las manos de él abrazaban aún su cintura mientras las

lágrimas de ella corrían libres por su rostro. Sería inútil intentar olvidar a Héctor, que tiraba con fuerza de su corazón.

Aprovechando el momento, Héctor atrajo con fuerza a Julia hacia él con la intención de recordarle todo lo que podía ofrecerle: libertad, fuerza, pasión por la vida. La besó intensamente, electrificando su cuerpo por el deseo existente entre ambos. Julia dejó que él continuara con aquel beso, deseando que la pasión existente entre ambos no desapareciese, añorando su calor antes de distanciarse de él. Sabía que cuando al fin se separasen, no se volverían a ver.

Finalmente, Héctor la miró.

—Por favor, quédate conmigo.

Julia miró a Héctor con tristeza y añoranza. Sin poder hablar por miedo a cejar en su empeño de regresar a casa, decidida, recogió la bolsa de mano del suelo y se separó de él. Aquello no debía volver a suceder, ya había decidido lo que debía hacer y sin querer había quebrantado ciertos límites que se había prometido no volver a cruzar. Tenía que alejarse de Héctor con premura y sin pérdida de tiempo. Si pasaba cinco minutos más en su compañía no estaba segura de tener la fuerza necesaria para atravesar la puerta de embarque. La tentación era enorme, distanciarse de él apremiaba. Cuanto antes estuviera en el refugio que le ofrecía el aeropuerto, más fácil sería ejecutar su marcha. Definitivamente, esta sería su despedida, su adiós.

Héctor permaneció quieto y en silencio, observando cómo Julia desaparecía tras las puertas correderas del deteriorado edificio. Ya no existía esperanza, Julia se marchaba y él no había sido capaz de detenerla. Al ver desaparecer sus esperanzas frente a él, Héctor volvió a recordar cada una de las veces que él mismo se había marchado, que había abandonado sin piedad a las mujeres con las que había compartido su vida sin mirar atrás y sin más explicación que el adiós. Ahora comprendía el sentimiento de abandono al que, sin justificación, las había sometido, y el justo odio o rencor que ellas le guardaban. La rabia crecía en él a medida que la certeza del abandono lo llenaba. Había albergado inútilmente la esperanza de que Julia cambiara de opinión, de que se quedara a su lado. Su ego masculino creyó poder convencerla, pero se equivocó. Ella vio el vacío que dejaba en él, pero no fue suficiente para retenerla. Vencido por la realidad, Héctor la dejó marchar y emprendió el regreso al campamento, donde lo esperaba su gente.

Apenas faltaba un par de horas para el regreso de Julia. Juan no recordaba haber estado tan nervioso en años. La última vez que se había sentido tan impaciente había sido cuando había llevado a Julia al hospital para recibir a Sara. La pequeña había comenzado a dar señales de su carácter hostil desde su llegada, y había tenido a sus padres en vilo veinte largas horas esperando su nacimiento. Ahora Juan paseaba impaciente a lo largo y ancho del salón de su casa, esperando que las horas pasasen para acudir al aeropuerto en busca de su mujer. Había revisado veinte veces el bolsillo del pantalón en busca de las llaves del coche y las de casa, y comparado otras tantas veces que el reloj de la cocina, el del dormitorio y el de su muñeca marcaban la misma hora. Julia apenas se había ausentado quince días de casa, pero para Juan había sido una eternidad. Desde que se habían conocido no se habían separado. A Juan le aterraba que su mujer no volviera, que hubiese encontrado algo que él no le ofreciera. Julia había decidido cambiar de vida y él había aguantado estoicamente en silencio cada una de las decisiones que ella había tomado en los últimos meses, esperando que su familia fuese suficiente para ella. Juan no era un necio y sabía a lo que se exponía.

Juan sopesó ir a buscar a Julia con las niñas, pero el vuelo llegaría de madrugada y no quería que las pequeñas madrugasen tanto. Estarían pesadas y tontonas y lo más probable es que Sara no aguantara la espera y terminara por quedarse dormida en el aeropuerto. Así que decidió que se quedasen con Sofía e irían a buscarlas a primera hora de la mañana. También necesitaba mantener unos momentos de intimidad con su mujer, un tiempo de reencuentro para que ella pudiera contarle todo lo que había hecho y visto, unos minutos para disfrutar egoístamente de su compañía sin compartirla con nadie.

Media hora antes del aterrizaje, el comandante del vuelo 5832 avisaba a los pasajeros de que debían permanecer sentados en sus asientos con el cinturón abrochado. Julia jugaba con su alianza y le daba vueltas alrededor de su dedo, jugaba con ella al igual que había estado jugando con su matrimonio esos últimos días. Al percibir la proximidad de su hogar comenzó a asustarle la reacción que tendría al ver a Juan esperándola en la

puerta de salida de la terminal. Deseaba desesperadamente sentirse feliz y plena al reencontrarse con su esposo. A pesar de estar convencida del amor que sentía por Juan, el miedo la embargaba, porque su corazón aún aullaba de dolor por la separación de Héctor.

Julia percibió cómo el tren de aterrizaje del avión tomaba contacto con la pista. Apesadumbrada, cerró los ojos y culpó a la nostalgia por hacerle sentir aún las caricias que Héctor había depositado en su piel y el hormigueo que había provocado en su ser al besarla. Se preguntó en qué momento había abandonado la pasión en su matrimonio y si sería capaz de avivar en él la chispa que Héctor había prendido con maestría. Nunca imaginó que se encontraría en ese lugar, dudando del destino que correrían ella y Juan. Julia no podía creer que, estando a punto de ver a su esposo, pudiese tener tanto miedo. Nunca había dudado del amor que sentía hacia él, de la estabilidad que su marido le había dado.

No necesitaba pasar por la cinta transportadora, el único equipaje que traía regresaba con ella en cabina, el pequeño bolso cargado de recuerdos y un corazón que no volvería a ser el mismo. Julia cerró los puños, buscó en su interior toda su fuerza y entereza, y se dispuso a traspasar las puertas de la terminal. Al abrirse, le permitieron ver a Juan esperándola en la distancia. Desconcertada, frenó súbitamente, preguntándose si lo que veía frente a ella era lo que de verdad quería. Allí estaba él, al igual que el primer día que lo vio, con aire despistado y distraído, buscando su destino en las puertas de salida. La emoción al ver cómo la miraba su marido al encontrarla la llenó de ilusión por un nuevo comienzo. Caminó decidida hacia la salida, dejando en Karonga todo aquello que no debió salir jamás de África.

Llena de culpa y arrepentimiento, Julia abrazó a Juan. Quería volver a unir sus almas, restaurar la conexión que antaño había existido entre ellos y que nunca debió permitir que se debilitara.

14. Para siempre

Puntual a su cita matinal, Julia oteaba el horizonte esperando la salida del sol sobre las montañas. Hacía quince años que había abandonado África y seguía añorando sus amaneceres multicolor y el aroma de la mañana de Karonga. No pasaba un día en el que no recordara a Tanisha y sus maravillosas tortas, con las que la cocinera solía sorprenderles en el campamento, así como a Faustino con sus increíbles anécdotas.

Hacía trece años que tenían La Jara en posesión. Cuando Julia volvió a Madrid comenzó a echar en falta los espacios abiertos y la libertad de la selva africana a los que tan rápido se había acostumbrado. Por ese motivo, Juan decidió comprar aquella finca, en la que ambos encontraban la paz y tranquilidad y las niñas podían correr salvajes por el monte sin correr peligro.

Cada fin de semana, Juan organizaba alguna salida por los alrededores de la ciudad con el fin de sacar a Julia de Madrid, donde parecía incapaz de encontrar su lugar. Fue en una de aquellas excursiones cuando encontraron La Jara, una pequeña finca en Rascafría, en las proximidades de las Presillas, la piscinas naturales de la zona. Eran dos hectáreas de terreno cercado con una preciosa y gran casa de campo de doble altura, de la que Julia se enamoró a primera vista. Sus dueños, un matrimonio mayor y sin familia, la tenían a la venta, y, sin pensarlo dos veces, Juan se puso en contacto con ellos para adquirirla.

Trece años después de aquella primera vez, Julia seguía encandilada con aquel lugar, donde cada mañana podía mirar el horizonte y ver el sol nacer de nuevo, desde el corredor que bordeaba la casa. Sentada en el porche, podía recordar su pasado, recordando las cálidas mañanas de Karonga. Sin que nadie sospechara de su nostalgia.

Era un gran día para Julia, esperaba la llegada de su hermana Carolina y su marido, que eran los últimos de la familia que faltaban por llegar. Joaquín, Sofía y los niños, si aún se les podía llamar así, ya que Marcos este año había cumplido treinta y Germán veinticinco, llevaban una semana en La Jara, ayudando a Julia con los preparativos para la fiesta. En unas horas

comenzarían a llegar el resto de invitados.

Hoy hacía veinticinco años que Juan y Julia habían contraído matrimonio en Cercedilla, ocasión que deseaban celebrar con toda la familia en aquel entorno que se había convertido en su hogar. Casi todo estaba preparado. El *catering* había llegado a tiempo y esperaba, colocado sobre las mesas que se habían puesto en el comedor, a que los invitados se sirviesen lo que quisiesen. Las niñas se habían encargado de preparar la mesa dulce, ambientada con toques agrestes, como no podía ser de otra manera. En el medio de la mesa, una cascada de chocolate sería el deleite de grandes y pequeños, a los que Julia podía imaginar bañando en ella sus nubes o galletas.

Los chicos habían salido con Germán a dar un paseo por el monte antes de que la celebración diese comienzo. El senderismo fue una actividad que no tardó en convertirse en uno de sus *hobbys* preferidos, pasaban días enteros recorriendo los senderos marcados y los que ellos se marcaban. Julia no cesaba de recriminar a German, su sobrino, su falta de consciencia; caminar por la sierra solos podía llegar a ser peligroso. El que ellos llevaran móviles y fueran equipados no conseguía tranquilizar a Julia, que siempre temía que alguno regresase herido. El hijo pequeño de Sofía no había cambiado con el paso de los años, seguía tan trasto como siempre. Germán disfrutaba tanto como sus tíos de La Jara e intentaba acompañarlos siempre que podía. Después de tantos años conocía cada rincón de aquella sierra. Sara y Ángela continuaban apuntándose a casi todas las excursiones que Germán proponía, motivo por el que en más de una ocasión Juan y Joaquín habían tenido que ir en su rescate campo a través.

En la bodega de la casa, Sofía, enfadada, protestaba incesantemente mientras ayudaba a Julia con la leña.

—No la sigas defendiendo, Julia, se hará vieja y no cambiará.

—¡Ja! Carolina ya es vieja, las tres lo somos.

—No bromees, Julia, Carolina es una descerebrada. Con todo el trabajo que hemos tenido y que aún nos aguarda, no se ha dignado a ofrecer su ayuda.

—¿Crees que Carolina hubiese sido de ayuda? —dijo Julia, intentando amainar el espíritu alterado de Sofía.

—Bueno, de lo que estoy segura es de que preferiría protestar por su incapacidad para el trabajo y la coordinación en lugar de hacerlo, como siempre, por su morro.

—No seas protestona y vamos, las dos sabemos que disfrutas teniéndolo todo controlado. Quiero terminar con esto para poder subir a arreglarme. Estoy nerviosa. Ángela nos presentara hoy a Saúl, el chico con el que sale, y quiero causarle buena impresión.

—Es cierto, me parece mentira que hayan crecido tan rápido, Julia.

—¿Rápido? ¡Pero si tiene veinte años! Además, ya era hora de que nos presentase al muchacho, llevan saliendo más de un año. Comenzaba a impacientarme.

—Tienes razón, Julia, pero para mí tanto Ángela como Sara siguen siendo mis niñitas.

—No te pongas nostálgica. Los cuatro han crecido y a nosotras nos espera una fiesta —dijo Julia, negándose a entristecerse.

—¿Cuándo llegarán Carmen y los niños? ¿Vendrá también Emmanuel? —quiso saber Sofía.

—Juan debe de estar recogiénolos en el aeropuerto. Tengo tantas ganas de verlos y de conocer al pequeño Akhyar. Espero que Emmanuel también venga, pero no tenía claro poder ausentarse de Karonga. Imagino que sigue sin fiarse de Héctor.

Julia sonrió al recordar a Héctor.

—¿Por qué le pusieron un nombre africano al niño?

—No lo sé, pero, a mi modo de ver, era lo más lógico. El niño nació allí y a Emmanuel le hacía ilusión ponerle a su hijo un nombre africano, además de ser un nombre original y muy bonito.

—Si tú lo dices.

Tras un leve encogimiento de hombros, Julia se encamino al salón con el fin de depositar la leña cerca de la chimenea, por si durante la fiesta necesitaban calentar la estancia.

—Aún echas de menos África —dijo Sofía.

—Cada día, Sofía, pero mi lugar está aquí, con Juan y las chicas. Soy feliz con lo que tengo y no lo cambiaría por nada. Pero sí, echo de menos África, y más que por lo que dejé allí, por la incertidumbre de qué hubiese sido de mi vida si me hubiese quedado —dijo Julia pensativa—. Venga, dejémonos de cháchara que es tarde. Vamos a arreglarnos, en una hora y media tenemos aquí a todo el mundo.

En su habitación, Julia terminaba de arreglarse frente al espejo de su alcoba. Contemplaba los cambios que el tiempo había hecho sobre ella, cada uno de los años transcurridos desde su regreso de África había sido marcado

en su rostro y en su cuerpo. La frescura de la juventud se había perdido, y en cada una de las huellas dejadas por el tiempo Julia encontraba las vivencias del camino que había disfrutado recorriendo de la mano de Juan y de las niñas. Las arrugas no eran más que testigos armoniosos de la vida que ella había decidido vivir, y que después de los años deseaba seguir viviendo.

Julia escuchaba discutir en el piso de abajo a Sofía y a Carolina, que al fin había llegado. En esta ocasión el motivo de la disputa parecían ser las bebidas. Sus dos hermanas siempre se habían llevado como el perro y el gato. Desde tiempos inmemoriales ninguna de las dos había sido capaz de ceder en nada y hoy no sería diferente. Julia debía darse prisa en bajar si no quería que aquello terminase en un desastre.

En aquel preciso instante el sonido del claxon del coche de Juan anunció la llegada de su querida amiga. Hacía quince largos años que no se veían, y Julia ardía en deseos de estrechar a su amiga entre sus brazos. Habían mantenido el contacto una vez por semana, tal y como ambas prometieron, pero por motivos de trabajo —y otros de los que Julia prefería no acordarse— no se habían podido ver.

Carmen informaba semanalmente a Julia de todos los cambios y adelantos que se producían en Karonga, mientras Julia mantenía informada a su amiga de lo que acontecía en Madrid.

Hacía mucho tiempo que habían perdido el contacto con Olga, Gema y Elsa. Cuando las niñas terminaron el colegio, bien por descuido o por las diferentes ocupaciones que cada una de ellas tenía, poco a poco fueron abandonando la amistad.

Por lo que Julia sabía, Olga seguía trabajando en la misma empresa como coordinadora del *call center* de la aseguradora. Cuando su jefe se jubiló le ofrecieron cambiar de puesto, y ella, harta de perseguir nuevas altas e intentar no perder clientes, aceptó encantada. Elsa se había trasladado a Londres con Javier. La empresa trasladó a su marido a Reino Unido y ella no dudó en seguirlo. Lo poco que sabía de ellos era a través de Ángela, que seguía en contacto con su hijo, Sergio. El muchacho aseguraba que estaban muy adaptados a la vida en Londres y no creía que fueran a regresar a España por un tiempo. Gema continuaba con el consultorio tras separarse de Víctor.

—¡Julia, Julia! —oyó gritar a Carmen por la escaleras.

—¡Carmen!

Julia se lanzó a los brazos de su querida amiga.

—Pero qué guapísima estás, no has cambiado nada. Yo por el contrario estoy hecha unos zorros —dijo Carmen entre lágrimas.

—¿Qué dices, Carmen? Estás mejor que nunca. ¿Y los chicos? Me muero por verlos.

—Abajo, con Emmanuel y Juan. Se han encontrado con Germán y las niñas. Les están enseñando todo esto. Tenéis una casa preciosa, Julia.

—Nada comparado con Karonga, Carmen. ¿Cómo están todos? Cuéntame de Faustino, ¿sigue con sus traducciones de chistes? ¿Me has traído tortas de Tanisha?

—Todos están bien, allí pocas cosas cambian, estamos todos estancados. Por cierto, él me dio esto para ti, quería que lo tuvieras. Me dijo que prefería que lo conservaras tú. Nunca te olvidó —dijo Carmen, mientras le entregaba un pequeño paquete.

—Gracias, Carmen. De algún modo yo tampoco lo hice.

—Volviendo al presente, creo que deberíamos bajar. Tienes a un montón de personas ahí abajo y Ascensión debe de estar pensando en cómo arruinarte la fiesta.

—Cierto, esa mujer no cambiará nunca —bromearon las amigas.

Julia dejó el paquete que Carmen le había entregado en el cajón de su mesilla, deseaba estar sola y tranquila para verlo. Sospechaba lo que podía ser y no deseaba que nadie la viera desenvolverlo. Ahora alrededor de sesenta personas, entre familiares, compañeros y amigos, esperaban en el jardín de La Jara. Aunque era noviembre, el tiempo todavía acompañaba. Nunca habían celebrado una fiesta como aquella en la finca, pero la ocasión lo requería. Celebrarían, acompañados de todos sus seres queridos, sus bodas de plata. Aquella tarde cumplían veinticinco años desde que se habían dado el sí quiero delante de todas aquellas personas.

Eran las once de la noche y nadie parecía tener intención de marcharse. Julia descansaba en el porche, sentada en su hamaca favorita. Juan y ella la habían comprado en un pueblecito cercano a la costa. Habían ido con las niñas a pasar unos días con Sofía a la playa. La hamaca no tenía nada especial, pero cuando Julia la vio supo que la quería para La Jara. Allí pasaba largas horas contemplando el arbolado paisaje que la rodeaba, tan diferente a las extensas llanuras de Karonga, donde la vista se perdía sin

hallar ningún obstáculo. Alejada del bullicio, Julia arropó entre sus manos el paquete que Carmen le había entregado. Una caja de tamaño rectangular envuelta en un papel añejo que Julia recordaba a la perfección. Al abrirlo no le sorprendió encontrar su improvisado diario junto con una breve carta.

Querida Julia:

Han pasado quince años desde que me dijiste adiós. Durante este tiempo he pensado en ti y en cómo hubiese sido nuestra vida juntos, más veces de las que quisiera reconocer.

Sé de ti a través de Carmen. Ella procura tenerme al tanto de tu vida sin entrar en detalles que, realmente, no deseo conocer. Mi camino sigue en solitario. Quizás ese sea mi destino, mi justo castigo por las personas a las que impunemente abandoné.

En tal caso, creo que ha llegado el momento de devolvarte este diario, que en tantas ocasiones ha acompañado mis noches. Me ayudó a comprender que, de habernos conocido en otro momento, o si tu familia no hubiese existido, nuestra vida hubiera sido distinta. Que sentiste por mí más de lo que quisiste admitir, pero que no era suficiente como para hacerte abandonar tu hogar.

Pero todo tiene un final y es hora de decirte adiós. Es mejor dejarte marchar e intentar olvidar lo que nunca podrá ser.

Tuyo para siempre, Héctor.

27 de octubre de 2025.
Karonga, Malawi.

Sin previo aviso, Sara salió de la nada, sorprendiendo a su madre.

—Mamá, te estaba buscando. ¿Qué haces aquí fuera? Hace frío.

Sara vio cómo su madre trataba de ocultar de su vista un pequeño cuaderno.

—Necesitaba descansar un poco de tu abuela —contestó Julia quitándole importancia al cuaderno que Sara miraba—. Dentro hay mucho bullicio y quería descansar un rato.

Sara cogió una silla para sentarse al lado de su madre. Quería estar un rato a solas con ella, mientras miraba a los invitados hablar y bromear a través de la ventana.

—Mamá, ¿cómo puedes saber si un hombre te ama de verdad? —le preguntó Sara.

Julia miró hacia la ventana, a través de la que podía ver a Juan charlando

animadamente con Emmanuel.

—Cuando al mirarle a los ojos puedas ver que si estuviese en su mano te pondría el mundo a tus pies —contestó Julia mirando a su esposo, que la miraba mientras señalaba la fiesta.

—Y ¿cuándo sabré si yo realmente también lo amo? —insistió Sara.

—Bueno, creo que aún eres muy joven y que te aguardan muchas cosas por vivir, cariño. Pero imagino que lo sabrás el día que, por muy fuerte que sean los obstáculos, no consigan separarte de él.

Sara miró complacida a su madre.

—Voy dentro ¿vienes? —dijo mientras le daba un abrazo.

—Ve entrando, ahora te sigo, tengo que coger fuerzas por si Ascensión quiere molestar un rato más antes de marcharse.

Julia observó a Sara entrar en la casa, su niñita se había hecho mayor. Antes de que se dieran cuenta Ángela y ella se marcharían de casa, dejándolos solos. Absorta en sus pensamientos, Julia volvió a mirar las páginas de su viejo diario, ahora que lo volvía a tener entre sus manos, no sabía qué hacer con él. Siempre pensó en destruirlo para que nadie conociera lo sucedido en Karonga. Pero ahora, años después, no tenía tan claro querer deshacerse de aquellas páginas llenas de contradicciones que formaban parte de su vida y de la mujer que era hoy. Quizás un día sus hijas encontrasen en él un punto de conexión con ella o quizá con el tiempo solo fuera alimento para el fuego.

Por el momento lo guardaría como una preciada pertenencia. No le preocupaba demasiado que Juan llegara a encontrarlo. Porque si bien aquel diario estaba lleno de dudas y secretos que nunca quiso contar, al final de sus páginas la gran incógnita se desvelaba. El amor que Julia sentía hacia Juan y sus hijas era palpable en aquel viejo cuaderno.

Una semana después, Carmen y su familia regresaban a Malauí. Emmanuel se había ausentado más de lo que debía y el retorno era necesario. La plantación de té precisaba su presencia. Después de la planta energética, el té suponía uno de los principales recursos económicos de los que disponía la organización. La recogida de la hoja andaba retrasada y tenían que solucionarlo. La idea de la plantación había surgido de Héctor seis años atrás, tras regresar de una de sus visitas a Mulanje, una montaña de aproximadamente tres mil metros de altura bañada con aquella exuberante vegetación. Julia se la imaginaba como un inmenso mar verde donde los agricultores recogían diariamente la hoja de la planta.

Ya en la puerta del coche, Carmen se dirigió por última vez a su amiga.

—No te digo que espero verte pronto porque sé que no será posible.

—Cierto. Te voy a echar mucho de menos, Carmen. Estos días han sido increíbles. Gracias por venir.

—No me lo hubiese perdido por nada del mundo. Aunque hubiese tenido que traer a Emmanuel atado en la maleta.

—¿Me llamarás en cuanto llegues?

—Sí, te lo prometo. Y todas las semanas, como hasta ahora.

—Te quiero, Carmen. Sé feliz —dijo Julia con la cara inundada de lágrimas.

—Yo también. Te deseo lo mismo.

Carmen subió al coche con el resto de su familia. Después se marcharon mientras Julia y sus hijas miraban cómo se alejaban por el camino.

—Vamos dentro, mami, te mereces un café bien caliente —dijo Sara, rodeando a su madre entre sus brazos.

—Me vendrá de maravilla, cielo —contestó Julia, y abrazó a sus dos hijas.

—Germán, ¿quieres un café? —preguntó Ángela a su primo, que aparecía tras los matorrales con un par de conejos en la mano.

—Eso no se pregunta, Ángela. Me lavo y voy en vuestra busca.

Hacía quince años que Julia había emprendido un viaje sin destino, buscando valor para encontrar lo que le faltaba. Ahora aquí, en La Jara, rodeada por su familia, comprendía que no tenía que salir a buscar nada porque siempre lo tuvo junto a ella. Los mejores momentos de su vida nunca estuvieron unidos a nada material, sino a vivencias salidas del corazón. Nunca existió maldad en sus actos, solo incoherencia e inseguridad. Buscó en un cielo lleno de estrellas lo que ya tenía en su hogar. Ahora volvía a mirar al frente, donde podía contemplar a sus soles crecer mientras podía sentir cómo las sombras de su vida se desvanecían.

FIN



Lourdes Tello es una aficionada a la escritura desde su juventud, cuando disfrutaba inventando y narrando pequeños relatos a familiares y amigos. Animada por ellos, afrontó el reto de desarrollar *Amor entre leyendas*, su primera novela, una apasionada historia de amistad, amor y celos. A sus cuarenta y dos años, ha sabido compaginar su gran pasión por la literatura con su vida profesional y familiar en la ciudad de Madrid.